



AVENTURAS DE NIGEL.



Biblioteca popular.

T. I. 264

LAS AVENTURAS DE NIGEL.

POR SIR WALTER SCOTT.

EL AMOLADOR. ¿Una historia?—
¡Dios os bendiga! No tengo ninguna
que contaros.
Poesía del Anti-Jacobino.

TOMO I.

MADRID 1845:



ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO.

DE D. F. DE P. MELLADO.—*Editor.*

EPÍSTOLA DE INTRODUCCION.

El capitán Clutterbuck

AL REVERENDO DOCTOR DRYASDUST.

Mi estimado señor,

Agradeciendo infinito las corteses espresiones con que me honra la apreciada carta de vmd., me apresuro á contestar á ella, y adhiero enteramente á su citacion: *quam bonum et quam jucundum*. Podemos efectivamente considerarnos como miembros de la misma familia, ó segun el proverbio de nuestro pais, como hijos del mismo padre. Así es que no tenia vmd. necesidad de escusa alguna, señor doctor reverendo, para pedirme los informes que puedo darle acerca de lo que desea saber. La conversacion de que vmd. me habla se verificó el invierno pasado, y de tal modo se gra-

vó en mi memoria, que me será muy fácil recordar los pormenores de toda ella.

Bien sabe vmd. que el haber tomado parte en la publicacion de la novela intitulada *El Monasterio*, me ha transformado en una especie de autor entre los literatos de nuestra metrópoli escocesa. No me detengo ya en las librerías á regatear, cuando compro alguna obra, entre los muchachos que van á comprar cuadernillos de papel. Recíbeme mas bien el librero mismo que se adelanta diciendo:—Capitan, pase vmd. adelante.—Muchacho, acerca una silla al capitan Clutterbuck.—Aquí tiene vmd. la gaceta, la gaceta de hoy: ó esta obra nueva: tome vmd. la plegadera: no importa que rasgue vmd. algunas hojas. Puede vmd. meterla en la faltriquera y llevarla á su casa. Y si vmd. quiere guardarla, no le costará mas que á los libreros.—Quizá tal vez podrá el buen librero estender su liberalidad hasta decir:—No tiene vmd. que pagarla: pues sale de mis prensas, y es uno de los ejemplares que tiramos ordinariamente para darlos á los conocidos. Suplico á vmd. recomiende la obra á sus amigos los literatos.

Nada diré de los banquetes literarios, en los que se reunen los convidados al rededor de un pavo, de una pierna de carnero ó cosa semejante; ni de las escelentes botellas de la mejor cerveza,

tinta de Roberto Cockburn, ó de su real cerveza, para avivar nuestra conversacion acerca de los libros viejos, ó de nuestros proyectos de publicar otros nuevos. Estas delicias están reservadas para los que gozan de los privilegios y franquicias del gremio de las letras, y tengo la ventaja de ser uno de tantos.

Pero todo está espuesto á mudanzas debajo del sol, y siento entrañablemente que, en las visitas que hago todos los años á la metrópoli, me vea privado de la franca y cordial acogida del amigo sensato y obsequioso que me dió á conocer al público, y cuyos talentos hubieran sido bastantes para formar una docena de oradores de profesion, y que estaba dotado de una alegría original capaz de hacer dichosos á muchos. A esta grande pérdida ha seguido otra que espero será momentánea, y es la de otro librero amigo mio, que con sus miras elevadas y sus ideas liberales, no solamente ha fijado en su patria el depósito de la literatura nacional, sino que ha establecido en ella al mismo tiempo una córte capaz de imponer respeto á las personas mismas mas inclinadas á desviarse de sus reglas. Lo que resultará de estas innovaciones, obradas en gran parte por la inteligencia rara y los diestros cálculos de un hombre que ha sabido sacar un partido mas ventajoso que el que se hubiera atrevido él mismo á

esperar de los talentos que en todos géneros producía su país, se conocerá mejor sin duda en las siguientes generaciones. (1)

Entré en su librería (High-Street) para adquirir alguna noticia acerca de la salud de mi digno amigo, y supe con gusto que su mansion en el Mediodía había disminuido los síntomas fatales de su enfermedad. Aprovechándome entonces de los referidos privilegios, me adelanté siguiendo el laberinto de cuartos pequeños y sombríos, ó hablando en el estilo de los anticuarios, por las criptas que forman la parte posterior de aquella célebre librería. Confieso que al pasar de una estancia á otra, llenas las unas de libros viejos, y las otras de obras colocadas con orden en los estantes, y que me parecieron las menos vendibles entre las obras modernas, no pude menos de sentir un santo terror al pensar en el riesgo que corria de perturbar á algun bardo inspirado en medio de su furor poético, ó de interrumpir tal vez la soledad de un corrillo de críticos al hacer pedazos la víctima que hubiesen arrojado á sus pies. Bajo este supuesto empezaba ya á sufrir las torturas de aquellos adivinos montañeses á quienes obliga el don fatal de deuteroscopia á ver las cosas que se ocultan al resto de los mortales.

(1) Este es un elogio casi directo á M. Archibaldo Constable, comerciante de libros en Escocia.

Pero el impulso irresistible de una vaga curiosidad me arrastraba siempre atravesando aquellos cuartos oscuros, cuando llegué, como el joyero de Delhi (1) en casa de Benaskar el mágico, á una estancia consagrada al silencio y al secreto, y ví sentada junto á un belon y leyendo una segunda prueba que enmendaba, la persona, ó debiera decir tal vez, el *Eidolon* ó la aparicion del autor de *Waverley*. No estrañará vmd. que el instinto filial me hiciese reconocer al punto las facciones de aquel venerable fantasma, ni que me arrodillase al mismo tiempo dirigiéndole aquella salutación clásica: *Salve, magne parens!* Al punto el espectro me interrumpió acercándome una silla, y dándome á conocer que me estaba aguardando y que tenia que hablar conmigo.

Me senté con sumision y respeto, y procuré notar con cuidado la fisonomía de aquel, junto al que me encontraba de un modo tan inesperado; pero no me es posible satisfacer sobre este punto la curiosidad de vuestra reverencia, porque además de la oscuridad de la estancia y la agitacion de mis nervios, se apoderó de mí un sentimiento de respeto filial que no me permitió descubrir, ni recordar lo que sin duda el personage que se hallaba en mi presencia, podia querer tener secreto. Y efectivamente estaban sus fórmulas tan en-

(1) Véanse las *Mil y una Noches*.

cubiertas, con una capa ó bata, ó cosa semejante, que hubieran podido aplicársele los versos de Spencer:

Entretanto su semblante
 No daba indicios bien claros,
 De si era varon ó hembra
 Aquel personage raro.

Sea lo que fuese, continuaré sirviéndome (pues he comenzado), del género masculino, porque, á pesar de las razones muy ingeniosas y que parecen evidentes, alegadas para probar que dos señoras de talento son el autor de *Waverley*, yo sostengo la opinion general que juzga que es de un sexo menos bello y amable. Hay en sus escritos hartas cosas

Quæ maribus sola tribuuntur. (1)

para que pueda tener la menor duda sobre eso. Referiré en forma de diálogo y con la exactitud posible lo que pasó entre nosotros, haciendo observar únicamente que mientras duró la conversacion, disipó insensiblemente su afabilidad mi encogimiento y timidez, y que tal vez al fin recobré la confianza que me era permitido tener.

(1) Que pertenecen solo á los hombres.

EL AUTOR DE WAVERLEY. Deseaba mucho ver á vmd., señor capitán Clutterbuck, por ser la persona de mi familia que mas estimacion me merece desde que falleció Jedediah Cleishbotham. Y temo haber perjudicado á vmd. asignándole *el Monasterio* por su parte en mi herencia. Tengo ciertas ganas de indemnizar á vmd., nombrándole padrino de este niño que aun no ha visto la luz (y al decir esto me mostraba la prueba). Pero hablemos desde luego del *Monasterio*. ¿Qué es lo que se dice acerca de él en público? Vmd. que conoce á muchas gentes, podrá fácilmente saberlo.

EL CAPITAN CLUTTERBUCK. ¡Ya, ya! es una pregunta muy delicada. No he oido á los editores arrepentirse de haberle publicado.

EL AUTOR. Eso es seguramente lo mas esencial; pero una obra insulsa puede tal vez ser llevada á remolque por otras que han salido del puerto antes que ella viento en popa. ¿Qué dicen de él los críticos?

EL CAPITAN. La opinion... general... es que no agrada la Dama Blanca.

EL AUTOR. Yo mismo estoy persuadido de que no debia hacer fortuna; pero mas bien á causa de la ejecucion que de la invencion del personaje. Si hubiese yo evocado un *espíritu aéreo*, fantástico é interesante, caprichoso y bueno; una especie de

duende, que no hubiera estado sugeto á ley alguna, ni á ningun motivo de accion, fiel y apasionado, aunque al mismo tiempo tentador y ligero....

EL CAPITAN. Perdóneme vmd., señor mio, si le interrumpo: creo que hace vmd. la descripcion de una muger linda y graciosa.

EL AUTOR. Yo lo creo tambien. Necesito dar á mis entes imaginarios carne y sangre como á los hombres. Sus facciones están trazadas con líneas demasiado delgadas para el gusto actual del público.

EL CAPITAN. Dicen tambien que vuestra Nixie debiera tener carácter algo mas noble, y que las zambullidas que da al pobre fraile no son diversiones propias de una nayade.

EL AUTOR. Ya; pero debiera perdonarse alguna cosa á los caprichos de lo que no es al cabo mas que un duende de mejor especie. El baño en que Ariel, la mas delicada creacion de la imaginacion de Shakspeare, hace entrar á nuestro jocosó Trínculo, (1) ni despedia olor de ámbar ni de rosas. Pero nadie me verá nadar contra la corriente. Sépase, si se quiere, que yo escribo para divertir al público, y aunque ninguna intencion tengo de conseguir jamás la popularidad valiéndome de medios indignos de mi carácter, tampoco por

(1) Véase *La Tempestad*.

otro lado me obstinaré en defender mis propios errores contra la opinion general.

EL CAPITAN. ¿Abandona vmd, segun eso, en esa obra (mirando la prueba) lo místico, la mágia, y todo el sistema de los signos, los prodigios y los presagios? ¿No hay en ella ni sueños, ni predilecciones, ni alusiones ocultas á los sucesos futuros?

EL AUTOR. Ni un rasguño de Cock-Lane, hijo mio. Ni un golpe sobre el tambor de Tedworth. Ni el mas mínimo presagio de muertes y desdichas. Todo es sencillo y patente, y un metafísico escocés podrá creerlo todo sin dejar un sílaba.

EL CAPITAN. Y sin duda será la fábula sencilla y verosímil, interesante el principio, natural la continuacion, feliz desenlace; como la corriente de un hermoso rio que se escapa espumoso de alguna gruta sombría y pintoresca, llevando magistuosamente sus aguas, sin detener ni precipitar jamás su curso, ve como por natural instinto todos los objetos interesantes del pais por donde pasa; al paso que se adelanta, se ensancha y se profundiza; y en fin llega vmd. á la catástrofe final como el rio á un gran puerto de mar, en el que toda clase de navíos amainan las velas y las antenas.

EL AUTOR. ¡Cómo, cómo! ¿qué diablos está vmd. diciendo? Es el genio poético de Ercles, y se necesitaria de otro que se pareciese á Hércu-

les mas que yo, para crear una historia, que brotase y marchase sin jamás descansar, que viese y se hiciese mas ancha, mas profunda y todo lo demas que veria el curioso lector. Estaria metido ya en en la tumba hasta el pescuezo antes de haber logrado mi objeto; y durante ese tiempo los chistes y las agudezas que hubiera imaginado para hacer reir al lector, se me detendrian en el gañote como le sucedia con sus adagios á Sancho Panza mientras estaba enfadado don Quijote.

Jamás se ha compuesto sobre un plan semejante novela alguna, desde que el mundo es mundo.

EL CAPITAN. Perdóneme vmd.: *Tom-Jones*.

EL AUTOR. Es verdad, y aun quizá *Amelia*. Fielding se formaba una alta idea de la dignidad de un arte del que puede considerársele como el fundador. Ha hecho las novelas dignas de ser comparadas á los poemas heróicos. Smolett, Lessage y otros, sacudiendo el rigor de las reglas que él habia establecido, han escrito mas bien una relacion de las diferentes aventuras que encuentra un individuo en el curso de su vida, que una epopeya, arreglada á un plan regular y bien tramada. Estos grandes escritores se han contentado con ir divirtiendo al lector, y llega únicamente la conclusion por ser preciso que la obra tenga fin, al modo que los viajeros se detienen en una posada por ser ya de noche.

EL CAPITAN. Es un modo de viajar muy cómodo por lo menos para el autor. En suma, es vmd. del parecer de Bayes (1) cuando dice: ¿De qué diablos sirve el plan, sino de reunir cosas bonitas.

EL AUTOR. Dado caso que así sea, y que pueda yo escribir con gracejo y talento algunas escenas entrelazadas sin trabajo ni embarazo, y que contengan bastante interés para causar algun alivio á los sufrimientos del cuerpo, para distraer las inquietudes del ánimo, y poner freno al ceño que causan las fatigas del dia, ahuyentar los malos pensamientos ó sugerir mejores, escitar á los perezosos á estudiar la historia de su pais; en una palabra, para ofrecer á todo el mundo una inocente diversion, excepto aquellas personas, á las que esta lectura alejaria del cumplimiento de obligaciones sérias; el autor de una obra semejante, por mal desempeñada que estuviese; ¿no podría disculparse de sus errores y descuidos, clamando como aquel esclavo que iba á ser castigado por haber divulgado la noticia falsa de una victoria: ¡Oh atenienses! ¿me castigareis por haberos dado un dia próspero?

EL CAPITAN. ¿Quiere vmd. permitirme que le cuente una anécdota de mi difunta abuela?

EL AUTOR. No puedo comprender qué tendrá de

(1) Personage de la comedia del duque de Buchingham: *La Repeticion.*

comun, capitan Clutterbuck, con el asunto de que tratamos.

EL CAPITAN. Puede entrar en nuestro diálogo, segun el plan de Bayes. La buena señora, que de Dios goce, tenia mucho talento y era muy devota: no podia tolerar que las malas lenguas hablasen mal de un ministro de Dios sin defenderle con calor; y habia sin embargo cierto punto sobre el que abandonaba constantemente la causa de su reverendo protegido: sucedia así cuando llegaba á saber que habia predicado un sermon en debida forma contra los maldicientes y calumniadores.

EL AUTOR. ¿Y qué quiere vmd. sacar de ahí en limpio?

EL CAPITAN. He oido decir á los ingenieros que se corre el riesgo de indicar el lado débil al enemigo en el hecho mismo de manifestar demasiado ahinco en fortificarle.

EL AUTOR. Pero volviendo á mi tema ¿qué sacaremos en limpio?

EL CAPITAN. Pues bien, sin mas metáforas, diré que temo que esta nueva produccion, en la que tiene vmd. la generosidad de darme alguna parte, podrá tener grande necesidad de indulgencia, ya que juzga vmd. necesario emprender su defensa antes que el asunto se halle en juicio. Apostaria una botella de Burdeos á que la fábula se conduce sin orden.

EL AUTOR. ¿Una pinta de Oporto, quiere vmd. decir sin duda?

EL CAPITAN. No señor de Burdeos; sí, del buen vino de Burdeos del *Monasterio*. ¡Ah! señor, si tan solo quisiera vmd. seguir los consejos de sus amigos, para tratar de merecer por lo menos una parte del favor que ha obtenido vmd. del público, beberíamos todos vino de Tokay.

EL AUTOR. Beberé lo que se quiera con tal que sea sana la bebida.

EL CAPITAN. Piense vmd., pues, en su gloria y su reputacion.

EL AUTOR. ¿En mi gloria? Diré á vmd. acerca de eso que, en la defensa del famoso Jem McCoul, un amigo mio, hombre instruido y de mucho talento, respondió á la parte contraria, que echaba en cara á su cliente el no querer responder á las preguntas, á las que toda persona celosa de su reputacion se apresuraria á replicar.— Mi cliente, dijo, (y al paso añadiré que se hallaba Jem en pié detrás de él, lo que presentaba una buena escena) mi cliente por desgracia, ningun aprecio hace de su reputacion, y faltaria yo á la lealtad debida al tribunal si dijese que merece de modo alguno su solicitud.—Y yo me encuentro aunque por motivos muy diferentes, en ese feliz estado de indiferencia. La gloria es para los que tienen una forma sustancial; pero una sombra (y

un autor que no es nadie, ¿viene acaso á ser otra cosa?) no puede dar sombra.

EL CAPITAN. Tal vez no es vmd. ya tan desconocido como hasta ahora lo era, pues las cartas escritas al miembro que representa en el parlamento la universidad de Oxford..... (1)

EL AUTOR. Prueban el talento, el génio y la delicadeza del autor, y deseára yo sinceramente que los hubiese empleado en algun asunto mas importante: prueban tambien que el anónimo ha dado lugar á un talento precoz á entrar en una discusion espinosa y delicada. Pero no todas las causas bien defendidas y con ingenio se ganan siempre. Debe vmd. acordarse de que todos los testimonios, que tan diestramente habian sido reunidos para probar los titulos de sir Felipe Francis á las *Cartas de Junius*, parecian al pronto irrefragables, y sin embargo esos razonamientos han perdido su fuerza, y Junius es en la opinion general tan desconocido como antes. Pero ni la lisonja ni la violencia podrán obligarme á añadir sobre esto una palabra. Decir que no soy seria empezar á decir que soy; y como de ningun modo ambiciono, como no lo hacia un juez de paz que menciona Shenstone, el rumor ó los *se dice*

(1) *Letters to sir Richard Hébert*, obra en la que se discute la cuestion de saber á quien deben atribuirse las novelas del autor de *Waverley*.

que semejantes obras difunden en el mundo, continuaré guardando silencio sobre un asunto que, á lo que imagino, no merece el ruido que ha causado, y aun menos todavía los debates sérios en los que el jóven autor de esas cartas ha desplegado tanto ingenio y talento.

EL CAPITAN. Pero aun dado caso, señor mio, que no necesite vmd. cuidar de su reputacion ni de la de otros literatos á los que podrán achacar los errores de vmd., permítame que le diga con toda franqueza que el agradecimiento que debe vmd. naturalmente al público, por la buena acogida con que le ha honrado, y á los críticos por haberle tratado con indulgencia, deberia empeñar á vmd. mas y mas en perfeccionar y corregir sus historias.

EL AUTOR. Hijo mio, le exhorto á vmd. á alejar de su mente todo género de hipocresía, como hubiera dicho el doctor Johnson. En cuanto á los críticos, se proponen otro objeto diferente en sus lucubraciones. Ya sabe vmd. lo que dicen las nodrizas.

Cifran los niños de Holanda

Su gusto en hacer muñecos.

Asi como los ingleses

Lo cifran en deshacerlos

Del mismo modo vengo á ser yo el humilde

:

abastecedor de los críticos, el chacal (4) afanadísimo en buscarles alimento para ver despues si le tragan ó le desechan. En cuanto al público, me encuentro para con él casi casi en las mismas circunstancias que los que van distribuyendo cartas de casa en casa. Si contienen algunas buenas noticias, un billete amoroso, una carta de un hijo ausente, el aviso de que va á pagar un corresponsal que amenazaba hacer bancarrota, son recibidas con regocijo, leídas y releídas, plegadas y guardadas con esmero. Pero si lo que encierran es algun asunto desagradable, alguna carta de un acreedor que pretende ser pagado exactamente, es quemada al momento, causando no poco despecho tener que pagar el porte. Y al mismo tiempo el distribuidor de las cartas, no piensa en ellas en ambos casos mas que en la nieve que cayó el invierno último. La única benevolencia que prodiga en realidad el público á un autor, es el hallarse bastante inclinado á acoger con cierta indulgencia las obras que publica un antiguo favorito, aunque no sea sino por rutina, siendo así que el autor forma naturalmente una grande idea del gusto del público, al ver que aplaude tan liberalmente sus producciones. Pero creo que nin-

(4) Dicen que el chacalleva al leon la presa para comer los restos.

guna de las dos partes tiene derecho de reclamar un verdadero agradecimiento.

EL CAPITAN. Por respeto á sí mismo debería vmd. ser mas prudente.

EL AUTOR. Si, cuando pudiese la prudencia hacer mas probable un buen éxito. Pero, si he de confesar la verdad, las obras y los trozos que han sido mas aplaudidos, son en general los que han sido escritos con la mayor rapidez; y cuando he visto comparar unas partes á otras que han encontrado mejores, he apelado á mi pluma y tintero, que pueden testificar que los trozos que parecen los peores, son los que han costado mayor trabajo. Dudo tambien que produzca buen efecto el demasiado descanso, para con el público y para con el autor. Es preciso machacar el hierro antes que se enfrie, y salir del puerto cuando es el viento favorable. Si deja un autor de fama la escena, otro se apodera de ella al momento. Si deja un escritor pasar diez años sin dar á luz una obra nueva, otros acuden á ocupar su lugar, ó si es el siglo escaso en ingenios y no tiene que temer semejantes rivalidades, su misma reputacion llega á ser su mayor enemigo. Pensará el público que su nueva produccion debe ser diez veces mejor que las anteriores: el autor aspirará á una celebridad diez veces mas grande, y puede apostarse ciento contra uno que ambas partes se llevarán chasco.

EL CAPITAN. Eso puede justificar cierto grado de rapidez en el trabajo de un instante; pero no debe echarse en olvido el antiguo proverbio *poco á poco se va lejos*. Por lo menos debe vmd. emplear el tiempo necesario para disponer el plan en toda regla.

EL AUTOR. Eso es lo mas difícil, hijo mio. Crea vmd. que no he sido tan tonto que no haya tomado en esta parte las ordinarias precauciones. Muchas veces me ha sucedido arreglar el plan de una obra, dividirla en tomos y capítulos sueltos, inventar una fábula que pudiese desenrollarse capaz de excitar una viva curiosidad, y de concluirse con una catástrofe notable. Pero algun diablillo se introduce en el cañon de mi pluma, cuando empiezo á escribir, y la desvia del asunto. Los caracteres se desenvuelven, los incidentes se multiplican, la historia desfallece mientras se aumentan los materiales: mi construccion regular se cambia en una irregularidad gótica, y se concluye la obra antes de haber logrado el objeto que me proponia en ella.

EL CAPITAN. Un poco de cachaza y otro poco de resolucion bastarian para que vmd. remediase ese inconveniente.

EL AUTOR. ¡Ah! ¡qué poco conoce vmd., querido, la fuerza irresistible de la ternura paternal! Cuando encuentro un carácter como el del bailio

Jarvie, ó Dalgetti, mi imaginacion se enciende, y se aclaran mis ideas á cada paso que doy con él, aunque me conduce muy lejos, separa del camino trillado y me fuerza á pasar barrancos y romper matorrales hasta volver al buen camino. Si acaso resisto á la tentacion, segun vmd. me lo aconseja, mis ideas se hacen prosáicas, pesadas, fastidiosas: escribo con fatiga, y va creciendo en mi ánimo el abatimiento: los colores brillantes con que habia revestido mi imaginacion los incidentes, desaparecen, y todo se llena de sombra y tristeza. No soy ya el mismo autor, como sucede al perro condenado á dar movimiento durante algunas horas á la rueda de una máquina que en nadá se parece á sí mismo cuando corre alegre en busca de su rabo, y salta libre y sin traba alguna. En suma, señor mio, en tales casos me juzgo encantado.

EL CAPITAN. Par diez, si hay de por medio encantos, brujas ò cosa semejante, nada tengo que decir, pues es preciso caminar como quiera el diablo. ¿Y por eso, sin duda no saca vmd. á la escena ninguna obra, como ha sido solicitado para hacerlo con frecuencia?

EL AUTOR. Podria alegar como una excelente razon de no escribir para el teatro, la incapacidad que tengo de inventar un plan. Pero si he de hablar á vmd. con franqueza, lo que ha hecho pen-

zar á algunos jueces que podia tener yo tal cual disposicion para ese género de literatura, son los retazos de antiguas comedias que juzgan ser parto de mi imaginacion porque han salido de un manantial que no han podido descubrir los compiladores. Es tan extraordinario el medio que me hizo poseedor de estos fragmentos, que no puedo menos de referírsele á vmd.

Ha de saber vmd. que hace ya unos veinte años que fuí al Worcestershire á ver á un amigo antiguo que habia servido conmigo en los dragones.

EL CAPITAN. ¿Ha sido vmd. militar acaso?

EL AUTOR. Que lo haya sido ó no, todo viene á ser la misma cosa: el grado de capitán es muy útil durante un viage. Hallé por casualidad la casa de mi amigo llena de alojados, y segun costumbre me condenaron (porque el castillo era muy antiguo) á habitar un cuarto de los mas frecuentados. He visto ya, como lo ha dicho un ilustre contemporáneo, demasiados espectros para creer en ellos: asi es que me disponia á dormir, ayudado por el viento que soplaba por entre los tilos, cuyas ramas oscurecian la claridad de la luna que reflejaba en el cuarto, atravesando las vidrieras de la ventana, cuando ví una sombra mas espesa entre la luna y mi persona: distinguí sobre el tablado del cuarto...

EL CAPITAN. La Dama Blanca de Avenel, á lo que presumo.

EL AUTOR. No, señor: ví una muger con su escofieta redonda, un babero y un delantal, las mangas remangadas hasta los codos, teniendo una caja de harina en una mano y en la otra una cuchara. Pensé al principio que era sin duda la cocinera de mi amigo que se paseaba durmiendo, y como sabia yo cuanto estimaba á Saily, que para hacer tortillas era una de las criadas mas diestras de todo el condado, me levanté para llevarla poco á poco hasta la puerta. Pero al acercarme á ella, me dijo:—Deténgase vmd., señor: ¿quién piensa vmd, que soy? Palabras tan acomodadas á las circunstancias que ninguna inquietud me hubieran causado, á no haber sido pronunciadas con una voz hueca y sobrenatural.—Sepa vmd., pues, que soy, dijo en el mismo tono, el espectro de Betty Barnes.—Que se ahorcó enamorada del cochero de la diligencia, dije yo para mi capote: ¡linda cosa por cierto!—De la desdichada Elisabeth ó Bettys Barnes, continuó ella diciendo, que fué durante mucho tiempo cocinera de M. Warburton el laborioso colector, aunque ¡ah! el descuidadísimo depositario de la coleccion mas voluminosa de piezas de teatro que ha existido jamás; y de las que, por la mayor parte, solo han quedado los títulos para adornar los prólogos de

las ediciones *variorum* de Shakspeare. Si, forastero, estas son las fatales manos que entregaron á la grasa y al fuego los muchos y pesados tomos en cuarto que si ahora existiesen, harian trastornar la cabeza á todo el club de Roxburgo. Estos son los dedos culpables que emplearon en la cocina las obras perdidas de Beaumont y Flecher, de Massinger, Johnson, Webster: diré mas, del mismo Shakspeare. Como todo apasionado de las antigüedades dramáticas, sentí un golpe mortal, á causa de mi curiosidad ardiente, viendo que los dramas citados en los repertorios de los teatros, y objeto de tantas investigaciones y afanes, habian sido comprendidos en el holocausto de víctima que aquella desdichada habia sacrificado al dios de los glotones. No es pues estraño que como el ermitaño de Parnell:

Haya al punto desatado
 Al temor todas las cuerdas
 Esclamando con acentos
 Que el horror interrumpieran;
 ¡Oh muger abominable!
 Mas no bien dió rienda suelta
 A mis iras tal palabra
 Que se escapó de mi lengua,
 Cuando Betty, enarbolando
 En el aire su cazuela...

—¡Cuidado con eso! exclamó ella, pues la rabia que se apodera de vmd. tan fuera de propósito, pudiera hacerle perder la ocasion y el miedo que todavia tengo de resarcir al mundo el daño que le hizo mi crasa ignorancia. En esa bodega en que se depositaba el carbon, se esconden llenos de grasa y tizne los únicos fragmentos que han quedado de aquellos antiguos dramas exentos de la destruccion. Asi pues... (1)

¿Pero de qué se admira vmd., señor capitán? Aseguro á vmd. que es la pura verdad; ¿qué lograría yo con forjar un embuste? como dice mi amigo el mayor Longbow.

EL CAPITAN. ¡Embuste, señor mio! Dios me libre de llamar embustero á un sugeto tan verídico como lo es vmd! Está vmd. hoy de buen humor, y á esto está reducido todo. ¿Pero no haría vmd. mejor en reservar esa anécdota para el prólogo de una coleccion de comedias antiguas inéditas, ó cosa semejante?

EL AUTOR. Tiene vmd. muchísima razon: extraña cosa es la habitud, hijo mio: me habia olvidado de que hablaba con vmd. Si, por cierto, á una coleccion de dramas destinados á la lectura mas bien que á la representacion...

(1) Esto alude á una anécdota muy conocida en Inglaterra. La negligencia de M. Warburton y la ignorancia de su cocinera, fueron fatales á la gloria de algunos autores de los que no ha quedado sino el nombre.

EL CAPITAN. Muy bien, y es el único medio de que logre vmd. verlas representadas, porque los directores se las pelan por obligar á las gentes á alistarse bajo sus banderas mientras se ofrecen mil voluntariamente á su servicio.

EL AUTOR. Conmigo mismo se ha verificado ya, pues de grado ó por fuerza, me han obligado á ser poeta dramático como otro Laberio. (1) Creo que mi musa será *aterrada* (2) hasta el punto de tener que presentarse en el teatro, aunque no escribiese sino un sermón.

EL CAPITAN. Y lo que hay que temer en tal caso es que los dramaturgos trasformen las novelas en farsas y entremeses. Y por esta razón, si quisiese vmd. cambiar de estilo, le aconsejaria yo componer un volúmen de dramas como los de lord Byron.

EL AUTOR. No: su señoría tiene otro temple muy diverso. No quiero luchar con él si puedo evitarlo. Pero mi amigo Allan acaba de componer un drama como los que pudiera yo escribir, cuando me soplase la musa, con una pluma de las finas de Bramah (3). Aunque sin tales requisitos nada de bueno soy capaz de hacer.

EL CAPITAN. ¿Habla vmd. de Allan Ramsay?

(1) Décimo Laberio no fué poeta dramático á pesar suyo; pero contra su voluntad y para humillarle César le obligó á subir á las tablas y representar en sus propias piezas.

(2) Juego de palabras. Un tal TERRY ha sacado asuntos de drama de casi todas las novelas del autor de *Waverley*.

(3) Bramah ha inventado en Inglaterra las plumas de metal.

EL AUTOR. No, ni tampoco de Bárbara Allan, sino de Allan Cunningham (1) que acaba de publicar la tragedia de *Sir Marmaduke Maxwell*, y en la que se ven fiestas y matanzas, y un escena de amor despues de otra de sangre, y lances que á nada conducen, pero que en suma agradan. No hay nada de verisímil en el plan; pero hay tal fuerza en algunos lances, y tal vena de genio poético en todas las escenas, que quisiera yo poder imitarla en mis *restos de cocina*, si acaso llego á publicarlos. En una hermosa edicion se leerian con gusto las bellezas de Allan: pero en el estado en que se presenta solo se notarán sus defectos, ó lo que es peor todavia, ningun caso harán de él. Pero no le dé á vmd. eso cuidado ninguno, señor Allan, pues no le impedirá ser el ornamento de la Escocia. Ha compuesto tambien algunos dramas líricos, y no haria vmd. mal en leerlos, capitán. El drama intitulado: *Tis hame, and' tis hame* (2) no cede á Burns.

EL CAPITAN. Asilo haré. El club de Kennaquhair se ha hecho mas fastidioso desde que fue Catalani á ver la abadía. *Mi pobre Gelé* fué recibido con frialdad, y *las riberas de Bonnie Doon* están por tierra.—*Tempora mutantur*.

(1) Autor escocés, cuya tragedia merece en ciertos lances lo elogios que le dá el autor de *Waverley*.

(2) Es la casa y es la casa.

EL AUTOR. El tiempo no puede permanecer siempre en un mismo estado; está sujeto á mudanzas como nosotros los pobres mortales. Pero ¿qué importa? Al cabo de la cuenta, tanto vale un hombre como otro.

La hora de separarnos llega ya.

EL CAPITAN. ¿Está vmd. segun eso dispuesto á seguir el mismo sistema? ¿No teme vmd. que se atribuya la publicacion sucesiva y rápida de tantas obras á un motivo innoble? Todos pensarán que solo trabaja vmd. por el cebo de ganar, por un vil interés.

EL AUTOR. Además de los otros motivos que pueden estimularme á presentar mis obras con mas frecuencia al público, y de las grandes ventajas que son el pago de los sucesos literarios, este emolumento es la cuota voluntaria que asigna el público para pagar ciertos generos de diversion literaria: á nadie se le saca por fuerza; y pienso que solo la pagan los que están en estado de pagarla y reciben un placer proporcionado al precio que dán. Si es considerable el capital que hacen circular estas obras, ¿no ha dejado utilidades sino á mi solo? ¿No puedo decir á cien personas, como Duncan el fabricante de papel decia á los diablos (1) mas traviesos de la imprenta: no habeis

(1) *Printers devils*: asi llaman á los aprendices de un impresor.

tomado una parte? ¿No habeis ganado vuestro jornal?—Estoy bien persuadido de que nuestra Atenas moderna me debe mucho por haber establecido una manufactura tan vasta: y cuando tengan todos los ciudadanos el derecho de votar en las elecciones, cuento con la proteccion de todos los obreros subalternos que mantiene la literatura, para obtener una plaza en el parlamento.

EL CAPITAN. Habla vmd. como si fuese un fabricante de calicot.

EL AUTOR. Esa tambien es hipocresía, hijo mio: ese no es vino puro: todo en este mundo es contrahecho y falso. Lo sostendré á despecho de Adam Smith y de sus secuaces: un autor aplaudido es un cultivador industrioso, y sus obras constituyen una porcion de la fortuna pública tan efectiva como las que dimanar de las demas fábricas. Si un artículo que en sí mismo tiene un valor intrínseco y comercial es el resultado de la operacion, ¿por qué los fardos de libros de un autor no han de ser mirados como una porcion igualmente útil de la riqueza pública que las mercaderías de cualquier otro fabricante? Lo digo con respecto á la cantidad de dinero en circulacion, ó al grado de industria que una obra tan futil como esta debe estimular y recompensar, antes que salgan los volúmenes de la tienda del editor. A mí es á quien se debe esta ventaja, y hago en es-

to un servicio al país. En cuanto á mis emolumentos, los gano con mi trabajo, y á nadie tengo que dar cuenta sino á Dios del uso que hago de ellos. Un hombre equitativo pensará que no los destino únicamente á satisfacer un vil egoismo; y sin que el que obra así pretenda que sea ese un gran merito, puede haber alguna parte de ellos

Que por el cielo guiada,
Vaya á socorrer al pobre.

EL CAPITAN. Sin embargo, se mira como una bajeza escribir únicamente por el mero interés pecuniario.

EL AUTOR. Bajeza seria, si escluyese ese motivo á los otros y si fuese el objeto principal de una empresa literaria. Y aun me atreveré á asegurar que una obra de imaginacion, compuesta con el único objeto de ganar dinero, jamás lo ha logrado ni lo logrará jamás. Asi es que el abogado que litiga, el soldado que pelea, el médico que visita los enfermos, el eclesiástico (si acaso puede haber semejantes) que predica sin tener ni celo por su profesion, ni dignidad y decoro, en una palabra, todas esas gentes que solo piensan en ganar un salario ó una paga, se ponen al nivel de los jornaleros y artesanos. Y por eso, por lo que respecta á dos de las facultades sábias, por lo menos sus servicios son considerados como inapreciables

y los que ellas hacen son remunerados, no segun una estimacion exacta, sino con un *honorarium*, ó agradecimiento voluntario; pero si un litigante ó un enfermo llega á olvidarse de dar la friolera del honorario, que se supone cosa enteramente ajená de consideracion entre ellos, ya verán en lo sucesivo en qué tono se explica el sábio doctor. Hablemos con franqueza, lo mismo sucede con los emolumentos literarios. Ningun hombre sensato, sea de la clase y rango que se quiera, debe tener á menos recibir el justo resarcimiento de su tiempo, ó una parte equitativa del capital que es el producto de sus afanes. Cuando el czar Pedro trabajaba en hacer trincheras, recibia el pré del soldado; y los gentiles-hombres, los hombres de estado, y los hombres de iglesia de su tiempo no se han desdeñado de tener cuenta corriente con los libreros.

EL CAPITAN (*cantando*).

No hay que achacarlo á bajez a,

Si acaso lo han descuidado:

¿Quién de una indigna impureza

Pudiera haber acusado

Ni al clero ni á la nobleza?

EL AUTOR. Tiene vmd. razon; pero ningun hombre de honor, de genio ó de talento tendrá la codicia por principal objeto, y menos por única

mira de sus trabajos. Por lo que á mí toca, no me desagrada ganar en el juego, siempre que logre agradar al público, y continuaré probablemente por el gusto solo de jugar; porque estoy dominado tanto como otro cualquiera, por el amor de componer, que es quizá el mas vivo de todos los instintos, y arrastra al autor hácia su pluma, al pintor á sus pinceles, muchas veces sin que esperen lograr aplauso ni obtener recompensa. He dicho quizá demasiado, y pudiera sin duda, con tanta sinceridad como otros muchos, disculparme acerca de la acusacion de tener una alma mercenaria y avarienta; pero no soy bastante hipócrita para negar los motivos por los que ordinariamente obra sin cesar todo cuanto me rodea á costa de la tranquilidad, de la felicidad, de la salud y de la vida. No me jacto del desinterés de aquella sociedad ingeniosa de individuos, de que habla Goldsmith, que daban por diez cuartos un ejemplar de sudario, solo por entretenimiento y diversion.

EL CAPITAN. Solo me falta añadir una cosa: dicen que va vmd. ya de capa caída.

EL AUTOR. Los que lo dicen tienen muchísima razon: pero ¿qué importa? Cuando ellos dejen de bailar, cesaré yo de tocarles mi flauta, y no faltarán almas caritativas que me advertirán que mi tiempo ha pasado ya.

EL CAPITAN. ¿Y en qué vendremos á parar nos-

otros, que formamos la familia de vmd? Caeremos en el desprecio y el olvido sin duda.

EL AUTOR. Como otros muchos pobres diablos cargados ya de una familia numerosa, no puedo menos de trabajar para aumentarla.—Esa es mi vocacion, Hal. (1)—Será preciso que los que merecen olvido entre vmds., todos tal vez, se resignen á él. Por otra parte, han sido leídos en su tiempo, y no podrá decirse otro tanto de algunos de sus contemporáneos, que han tenido menos dicha y mas mérito. No podrán menos de confesar que vmds. han logrado la palma. Por lo que á mi toca, siempre mereceré por lo menos el tributo involuntario que Johnson ha pagado á Churchill, comparando su genio á un árbol que solo produce manzanas silvestres, y que sin embargo, tal cual es, es prolífico, y da gran cantidad de fruta. No es poco haber entretenido la atencion pública durante siete años. Si solo hubiese escrito *Waverley*, habria sido hace mucho tiempo únicamente, como acostumbra decirlo, el autor ingenioso de una novela muy estimada en su tiempo. Y efectivamente creo que la reputacion de *Waverley* está sostenida especialmente por los elogios de los que se inclinan á preferir esta obra á las siguientes:

EL CAPITAN. ¿Quiere vmd., segun eso, sacrifi-

(1) Espresion de Shakspeare.

car la gloria futura á un aplauso momentáneo.

EL AUTOR. *Meliora spero*. Ni aun el mismo Horacio esperaba que sobreviviesen á él todas sus obras, y yo espero vivir en algunas de las mías: *Non omnis moriar*. Y es un consuelo el pensar que los mejores autores de todos los países son los que mas tomos han publicado; y muchas veces ha sucedido que los que fueron mas aplaudidos en su tiempo, han continuado tambien á agradar á la posteridad. No tengo tan baja opinion de la generacion presente, que presuma que reprobarán las futuras necesariamente el favor con que ella me honra.

EL CAPITAN. Si todos obrasen segun esos principios, pronto se veria inundado el público.

EL AUTOR. Dejemos á un lado la hipocresía, hijo mio. Vmd. habla en el supuesto de que el público tiene la obligacion de leer los libros por el mero hecho de estar ya impresos. Mucho se alegrarian los libreros de que asi fuese. El daño mayor que pueden hacer tales inundaciones es que se vendan mas caros los trapos con que se hace el papel. La muchedumbre de obras que se publican ningun daño causa al siglo presente, y podrá ser ventajosa al que le seguirá.

EL CAPITAN. No, no concibo yo así.

EL AUTOR. Las quejas que se suscitaron en tiempo de Isabel y de Jacobo acerca de la espan-

tosá fertilidad de la imprenta, hicieron tanto ruido como las que oímos en el día, y sin embargo, mire vmd. la ribera sobre la que se ha estendido la inundacion de ese siglo: se parece á las orillas encantadas de *la Reina de las Hadas*. (1)

Cubierto de oro y de preciosas piedras,
Záfiro y rubís ornan los prados;
Y entre la arena misma hay mil tesoros.

Créame vmd.: en las obras mas despreciadas del siglo actual, podrá descubrir el venidero minas preciosísimas.

EL CAPITAN. Hay obras que volverán locos á los alquimistas.

EL AUTOR. Serán muy pocas; pues los escritores que no tienen mérito alguno, como no publiquen sus obras á sus espensas, como sir Ricardo Blackmore, pronto dejarán de fatigar y fastidiar al público, viendo que ningun librero querrá correr el riesgo de dar á luz sus desatinos y sandeces.

EL CAPITAN. Es vmd. incorregible. ¿No tiene límites semejante audacia?

EL AUTOR. Tiene los límites sagrados del honor y de la virtud. Me encuentro como en el cuarto encantado de Britomarte:

(1) Poema de Spencer.

Mirando hácia todos lados,
 Vió escrito sobre el portal;
 VALOR. En todos los sitios
 Llegó tambien á notar
 Este aviso saludable,
 (Y misterioso en verdad),
 Cuando en un sitio apartado
 Leyó sobre otro portal
 Estas palabras notables;
 PERO SIN TEMERIDAD.

EL CAPITAN. Pues bien, debe vmd. correr el riesgo de continuar segun sus mismos principios.

EL AUTOR. Y vmd. segun los suyos, sin perder aquí el tiempo mientras se acerca la hora de comer. Voy á aumentar con esta obra el patrimonio de vmd., *valeat quantum*.

Aquí dió fin nuestro diálogo, porque un pequeño Apolo de Canongate (1) vino con la caratizada á pedir la prueba de parte de N. Mac-Cor-kindale: y oí que M. C. reñia á M. F. en otro lado del laberinto que dejo descrito, por haber permitido que penetrase alguno hasta los *penetralia* de su templo.

Piense vmd. lo que guste acerca de la importancia de este diálogo; yo no puedo menos de creer que complaceré á nuestro padre comun pu-

(1) Parte de una calle de Edimburgo.

blicando esta carta al principio de la obra á que se refiere.

Soy, mi reverendo señor, su sincero y afectísimo servidor.

CUTHBERT CLUTTERBUCK.

Kennaquhair, 1.º de abril 1822.



LAS AVENTURAS DE NIGEL.

CAPÍTULO I.

--Now Scot and English are agreed
And Saunders hastes to cross the Tweed
Where, such the splendours that attend him,
His very mother scarce had kend him.
His metamorphosis behold,
From Glasgow frieze to doth of gold;
His bacw-sword, i wth the iron hilt,
To rapier fairly hatcht and gilt;
Was ever seen a gallant traver!
His very bonnets grokn á beaver.

THE REFORMATION.

Transigieron al fin el inglés y el escocés, y al pasar Saunders (4) el río Tweed, era tal el esplendor que mostraba, que aun su misma madre le desconoció. He aquí su transformación: ricos y magníficos tisúes en vez de su antiguo traje de bayeton de Glasgow; un luciente espadín de guarnición dorada en lugar de su espadon de su empuñadura de hierro: ¡hase visto mas apuesto doncel! hasta su gorra nacional se habia convertido en un gran sombrero de plumas.

LA REFORMA.

Las dilatadas hostilidades que habian dividido, durante algunos siglos, la parte meridional de la Gran-Bretaña de la que está mas al norte, se habian felizmente concluido con el advenimiento del pacífico Jacobo I al trono de Inglaterra.

(4) El escocés: este nombre se aplica á los escoceses en general como el de Paddy á los irlandeses.

Empero, aunque las coronas reunidas de la Inglaterra y Escocia fuesen llevadas por el mismo monarca, fué necesario que pasase mucho tiempo, y mas que una generacion, antes que desapareciesen las preocupaciones nacionales inveteradas, que habian dominado durante tanto tiempo á los dos reinos vecinos, y que los habitantes de ambos países separados por el Tweed, pudiesen llegar á mirarse como amigos y hermanos.

La violencia de estas preocupaciones necesariamente debia ser mayor durante el reinado de Jacobo. Acusábanle los ingleses de parcialidad en favor de sus antiguos súbditos, y los escoceses con no menor injusticia le echaban en cara haber olvidado el pais en que nació, y abandonado á los antiguos amigos cuya fidelidad le habia sido tan útil.

Como el carácter del rey era pacífico y aun tímido, le obligaba continuamente á presentarse como mediador entre las facciones opuestas cuyas querellas turbaban la córte. Mas, á pesar de todas sus precauciones, vemos en la historia que muchas veces el ódio reciproco, con que se miraban dos naciones tan recientemente reunidas, estalló con furia tal, que amenazaba una explosion general. El mismo espíritu dominaba á las altas clases que al populacho, ocasionaba debates en el consejo, producía facciones en la córte, y originaba disensiones y rizas en el pueblo.

Cuando se hallaba esta animosidad en el grado mas alto, habia en la ciudad de Lóndres un obrero ingenioso, pero extravagante y muy apegado á sus ideas. Llamábase David Ramsay, y era muy aplicado á los estudios abstractos. Ya

fuese porque su talento en su profesion le habia servido de proteccion, como pretendian los cortesanos, ó porque habia nacido en Dalkeith, cerca de Edimburgo, y esto le daba tal ventaja, segun decian sus vecinos murmuradores: ocupaba en la casa de Jacobo I el oficio de fabricante de relojes y péndolas de su magestad: sin dejar por eso de tener al mismo tiempo una tienda en Temple-Bar, á pocos pasos de la iglesia de San-Dunstan.

Las tiendas de mercaderes de Lóndres eran en aquel tiempo (podemos suponerlo así) muy diferentes de las que se ven en el dia en aquel mismo barrio. A las mercaderías expuestas en venta en cajones, solo las resguardaba y ponía á cubierto de las intemperies un toldo de arpillera, ó lienzo grosero: lo que tenia mas semejanza con las tiendas de las ferias de aldea, que con el almacén de un rico comerciante. Pero la mayor parte de los mercaderes de rumbo (y era de ese número David Ramsay) tenían un cuartito al que se entraba por el centro de la tienda, y que era con respecto al toldo que la precedía, lo que la caverna de Robinson Crusóe con respecto al que puso á su entrada. Allí solía retirarse Ramsay para trabajar en sus cálculos matemáticos; porque tenía la ambicion de querer perfeccionar su arte, hacer en él descubrimientos, y como Napier (4) y otros matemáticos de este tiempo, llevaba sus investigaciones hasta la ciencia abstracta.

Mientras se ocupaba de esta manera, abandonaba el puesto exterior de su establecimiento co-

(4) Napier ó Naper, sabio escocés de los siglos diez y seis y diez y siete, inventó los logaritmos. Este grande matemático se dedicaba al mismo tiempo á la teología y metafísica.

mercial á dos robustos aprendices, que gritaban con voz estentórea:—¿Quiere vmd. comprar alguna cosa? ¿Qué es lo que necesita vmd? añadiendo á estas preguntas el elogio pomposo de los objetos que habia de venta. Esta costumbre de incitar á los que pasan á comprar, no subsiste ya en el dia, según creemos, sino en Montmouth-Street (y tal vez no existe ya tampoco en este depósito de vestidos viejos) entre los restos esparcidos de las tribus de Israel; pero en la época de que hablamos estaba recibida por los judíos y los gentiles, y venia á ser un equivalente de la charlatanería de los avisos insertos en los diarios, con los que los mercaderes piden al público en general y á sus amigos en particular, que fijensu atencion en la superioridad sin igual de cada cosa que venden, y que ofrecen á precios tan ínfimos, que pudiera creerse que se proponen solo por mira el provecho y las ventajas del público antes bien que su particular beneficio é interés.

Los que proclamaban á voz en grito la perfeccion y excelencia de lo que vendian, tenian la ventaja, sobre los que ponen ahora los anuncios en las gacetas, de poder adaptar su cháchara al ademan, á la clase y circunstancias de los que pasaban. Y esto es lo que tenemos presente que, como hemos dicho, sucedia en Montmouth-Street. Nos acordamos de que nos hicieron notar allí que no era bastante largo por detrás nuestro vestido, y con ese motivo no excitaban á comprar otro que llegase hasta los talones. Pero esto es ya una digresion.

Esta moda de convidar directa y personalmente á los que pasaban, llegaba á ser una tentacion

peligrosa para los jóvenes traviosos y petulantes, encargados, en la ausencia del amo, de solicitar la venta. Fiados en su número y en su union, se tomaban muchas libertades con los que pasaban, como la de escarnecer y ridiculizar á los que no esperaban atraer con su elocuencia. Si algun quejoso pretendia vengarse usando de violencia, acudian todos en masa para socorrer á sus camaradas: y por servirme de dos versos que el doctor Johnson solia declamar:

Grande ó pequeño, en esta lid
Suele acudir todo aprendiz.

Muchas veces se suscitaban grandes querellas en semejantes ocasiones, sobre todo cuando los templarios (1) ó los jóvenes del partido aristocrático eran ó creian ser insultados. Se desenvainaban entonces con frecuencia los aceros, y solian resultar heridas y muertes por una y otra parte. De poco ó nada servia la policia, y el alderman del distrito no tenia mas recurso que llamar á voces á los vecinos, para ahogar la disputa á fuerza de gente, como se separan en el teatro los capuletos y los montescos. (2)

En la época en que era tal la general costumbre de los mas ricos mercaderes y de los tenderos todos de Lóndres, David Ramsay se habia retirado, en la velada que nos parece digna de la atencion del curioso lector, para entregarse á solas á trabajos mas abstractos, abandonando el

(1) Los que estudiaban derecho habitaban y habitan todavía los edificios del Templo.

(2) En *Romeo y Julia* de Shakspeare.

cuidado de su tienda exterior á los referidos aprendices, que eran malignos, activos, vigorosos, y estaban dotados de excelentes pulmones; llamábanse Jenkin Vincent y Frank Tunstall.

Debía su educación Vincent á la excelente fundación del hospital de Christ-Church. Había nacido en Lóndres, y estaba dotado de la destreza, la maña y audacia que distinguen á los jóvenes de una capital. Tenía entonces como unos veinte años, era pequeño, pero muy fuerte, y se había distinguido por sus hazañas los días de huelga, en muchos ejercicios gimnásticos. Pocos le igualaban en el manejo del sable, aunque aun no le había aprendido sino sirviéndose de un garrote. Mejor que la doctrina había estudiado la topografía y las vueltas y revueltas de las cercanías. La misma actividad empleaba en los negocios de su amo que en las aventuras que le causaba su carácter travieso y maligno; porque se conducía de manera, que el crédito que ganaba por una parte le libraba de todo castigo, ó le servía de excusa por otra, cuando sus travesuras le ponían en algún gran embarazo. Y debemos añadir que aun no había cometido ninguna acción infame. Su amo David Ramsay le reprendía ciertos y ciertos extravíos; pero hacia la vista gorda acerca de otros, porque suponía, que se verificaba en él como en un reloj, que necesita de una fuerza impulsiva que le ponga en movimiento.

La fisonomía de Jin Vin (pues así le llamaban sus vecinos) correspondía con el bosquejo que hemos hecho de su carácter. Una gorra de aprendiz solía cubrirle solo un lado de la cabeza cubierta de cabellos espesos, negros, y rizados,

que hubieran podido llegar á ser muy largos; pero le obligaba á cortarlos la moda del modesto empleo que ocupaba, y así lo exigía también su amo con todo rigor. Alguna pena le costaba, pues veía con envidia los rizados y pendientes cabellos, que los cortesanos y los estudiantes del Templo, sus vecinos, empezaban á dejar crecer como señal de nobleza y superioridad. Eran sus ojos negros, vivos, llenos de fuego, de malicia y sagacidad, y espresaban el sarcasmo, aunque sólo se servía del lenguaje de su clase, como queriendo ridiculizar á los que escuchaban con seriedad lo que decía. Tenía no obstante bastante maña para soltar de cuando en cuando algunas agudezas entre la rutina común de los tenderos: y su vivacidad, su buen porte, su agrado y su sagacidad le habían grangeado el favor de todos los parroquianos de su amo. Sus facciones nada tenían de regulares; pues tenía la nariz aplastada, demasiado grande la boca, la tez morena en demasía, para que se creyese en aquella época compatible con la hermosura ni aun en los hombres; pero al mismo tiempo, aunque siempre había vivido en una ciudad tan grande, su tez brillaba con los colores que anuncian muy buena salud, su nariz remangada daba un aire de ingenio y burla á lo que decía, y sus labios dejaban ver, cuando se reía, dos filas de dientes que parecían perlas. Tal era el aprendiz principal de David Ramsay fabricante de relojes de S. M. sacratísima Jacobo I.

El compañero de Jenkin no ocupaba sino el segundo lugar, aunque era de mas edad. Era también mas reposado y tranquilo. Descendía Frank Tunstall de una de aquellas familias rancias y or-

gulosas, que se decian *irreprehensibles*, es decir sin tacha, porque entre las vicisitudes de las largas y sangrientas guerras de las dos Rosas, habian permanecido fieles, con una *lealtad* pura siempre, desde el origen de la casa de Lancastre. El mas ínfimo renuevo de árbol semejante daba importancia al tronco de donde salia; y se creia que Tunstall alimentaba en secreto algun germen del orgullo de familia que habia arrancado no pocas lágrimas á su madre, viuda y pobre, cuando se vió obligada á colocarle en una carrera tan inferior, segun sus ideas, á la que habian seguido sus ascendientes.

Y no obstante, á pesar de aquel orgullo aristocrático, encontraba David Ramsay al jóven bien nacido mas dócil, mas regular, mas cuidadoso de sus deberes que á su compañero que era mas listo y activo. Ni estaba menos satisfecho de la particular atencion que daba al parecer Tunstall á los principios abstractos de la ciencias que tienen relacion con el oficio que se veia precisado á aprender, y cuyos límites se estendian diariamente en proporcion de los progresos de las matemáticas. Vincent era sin comparacion superior á su compañero en el despacho, en lo concerniente á la práctica y destreza necesaria para trabajar en todo lo mecánico de su arte, y tambien le llevaba mas ventaja aun en todo lo respectivo al tráfico de la tienda. Sin embargo solia decir su amo que, aunque era Vincent mas hábil para ejecutar, conocia mejor Tunstall los principios del arte, y echaba algunas veces á este en cara, que conociendo en que consistia la escelencia de la teórica, se contentase con hacer tan pocos progresos en la práctica.

Era Tunstall tímido al mismo tiempo que estudioso, y aunque se mostraba muy complaciente no le parecía hallarse en su lugar cuando desempeñaba su empleo en la tienda. Era alto y bien formado, tenía los cabellos rubios, las facciones regulares, los ojos azules, la nariz á la griega, y una fisonomía que indicaba buen humor é inteligencia. Pero le acompañaba una gravedad impropia de sus años, y que llegaba á ser ya tristeza. Vivía en grande intimidad con su compañero, y se hallaba dispuesto siempre á socorrerle cuando le veía empeñado en alguna de las escaramuzas, que como dejamos dicho ya, turbaban en aquel tiempo la ciudad de Lóndres. Pero aunque manejaba mejor que nadie el garrote, que era el arma usual de los condados del norte, y aunque era tan ágil como vigoroso, su intervencion en querellas semejantes, parecía siempre necesaria, y no tomando jamás voluntariamente parte en las disputas ni juegos de los jóvenes del barrio, no hacían de él tanto aprecio como de su bravo é infatigable amigo Jin Vin. Y lo que mas es, á no haber mediado el interés que tomaba Vincent por su camarada, hubiera corrido el riesgo de ser totalmente excluido de la compañía de los jóvenes de su clase, que por mofa le llamaban el caballero Cuddy y el noble Tunstall.

Por otra parte este jóven, que se veía privado del aire libre en que se habia criado, y no pudiendo hacer el mismo ejercicio al que estaba acostumbrado en otro tiempo cuando vivía en la casa en que habia nacido, iba perdiendo poco á poco el color, y aunque no estaba enfermo, se iba poniendo flaco y pálido. Se percibían al parecer en

él las señales de una salud débil; pero de nada se quejaba, no tenia ninguna de las habitudes de los enfermizos, sino alguna inclinacion á huir la sociedad, y á dedicar al estudio todo el tiempo que podia, con preferencia á divertirse con sus compañeros. Tampoco manifestaba inclinacion alguna á frecuentar los teatros, que eran entonces la reunion general de las gentes de su clase, y donde arrojaban manzanas medio comidas y nueces cascadas, haciendo retumbar en la segunda galería sus gritos descompasados.

Pero en suma, respetaban á su amo, y éste, que tenia muy buen corazon aunque era distraido y estravagante, les apreciaba muchisimo. Cuando despues de alguna francachela, se hallaba achispado, solia vanagloriarse en su dialecto del norte, — de tener dos lindos muchachos, que se llevaban las atenciones de las damas de la córte, cuando llegaban á la tienda, ó los veian en otras partes. — Pero al mismo tiempo enderezaba su seca y flaca persona, haciendo un gesto, y meneando su cabeza, para indicar que podia haber tambien en Fleet-Street otras figuras tan buenas como las de Frank y Jenkin.

Su vecina la costurera, viuda Simmons, que habia provisto en su tiempo de cuanto dá de sí su profesion á la flor y nata de los alborotadores del Templo, hacia una distincion notable en la especie de atencion que las señoras referidas prestaban á aquellos jóvenes, y decia asi: — Frank atrae las miradas de las damas porque hay en su fisonomía mucha nobleza y modestia, que el pobre muchacho no sabe hacer valer por cortedad de genio. Y al contrario Jin Vin tiene tal acopio de

chistes y agudezas y tan buena voluntad, y es tan despejado, tan servicial, juntando á unos modales tan agradables, un ademan tan ágil como el de un gamo del bosque de Epping; y en fin sus ojos negros como los de una gitana, son tan hermosos, que ninguna muger dejará de hacer distincion entre ambos. Por lo que toca al pobre vecino Ramsay, es un hombre de bien, un sábio sin duda, y podria enriquecerse, si acompañase á su ciencia de un poco de sensatez; Ramsay, nuestro vecino, no es hombre maligno, sin embargo de ser escocés, pero como está siempre rodeado de humo, y cubierto de limaduras de cobre, grasa y aceite, solo á fuerza de tener en su tienda tantos relojes, puede conseguir que se decida alguna muger de mérito á tocarle el pelo de la ropa.

Otra autoridad mas grande todavía, á saber, la de la tia Ursula, la muger del barbero Benjamin Suddlechops, era tambien del mismo parecer.

Tales eran, por lo que respecta á las calidades naturales y á la opinion publica, los dos jóvenes que reemplazaban, un dia hermoso de abril, á su amo en el cuidado de la tienda, despues de haber desempeñado su deber sirviendo, durante la comida, á Ramsay y á su hija, á la una, y haber comido en la segunda mesa con dos criadas, cocinera la una, y dueña la otra de mistress Margarita. Efectivamente, señores aprendices de Londres, esta era la disciplina á la que estaban sujetos los predecesores de vmds. Los de nuestro relojero se pusieron despues, segun se acostumbraba, á hacer á los que pasaban el elogio de las mercaderias de David Ramsay, llamando asi su atencion para incitarles á comprar alguna cosa.

En este género de servicio debía llevar sin duda Jenkin Vincent mucha ventaja á su compañero tímido y reservado. Este hablaba poquísimo, y como por obligacion; y medio avergonzado se servia de esta fórmula:—¿Qué desea vmd.? ¿Gusta vmd. de péndulos, de relojes, de anteojos? ¿Qué es lo que vmd. quiere, relojes, anteojos ó péndulos? ¿Qué desea vmd. señor? ¿Qué desea vmd. señora? ¿Anteojos, ó péndulos, ó relojes?

Y esta repetición árida y fastidiosa, por mas variada que pudiese ser por la discordancia y cambio de las palabras, parecia mas tonta todavía al lado de las pomposas recomendaciones que hacia resonar el talento oratorio del intrépido Vincent, que estaba dispuesto siempre á replicar en caso necesario.—¿Qué quiere vmd., noble señor? ¿qué desea vmd., señora hermosa? Decia con tono atrevido y al mismo tiempo lisonjero, y que sabia acomodar y variar bastante bien para agradar á las personas á las que dirigia la palabra, y divertir á los demas que escuchaban.

—Dios bendiga á vmd., dijo á un eclesiástico beneficiado: el griego y el hebreo han debilitado la vista de Vuestra Reverencia: aqui tiene vmd. un par de anteojos de David Ramsay. El rey (¡Dios bendiga su Magestad sacratísima!) el rey no compra jamás otras para leer el hebreo y el griego.

—¿Es eso cierto? dijo un tosco ministro del valle de Evesham. Si el gefe de la iglesia los gasta (¡Dios bendiga su Magestad sacratísima!) veré si me pueden servir, porque no estoy en estado de distinguir una letra de hebreo de otra, desde... no sabré decir desde cuando: tenia entonces una fiebre maligna. Escójame vmd. un par

idéntico á los que usa su Magestad sacratisima.

—Con el beneplácito de vuestra reverencia, respondió Jenkin señalando un par de anteojos que tocó con mucho tiento y respeto, hé aquí un par que su Magestad ha llevado sobre sus sagradas narices, habrá cosa de tres semanas; y los hubiera guardado para su uso diario, si no fuesen de un color tan oscuro, y mas propio, como dijo su Magestad sacratisima, para un obispo, que para un príncipe seglar.

—Su Magestad sacratisima, dijo el digno ministro, ha sido siempre un verdadero Daniel para juzgar. ¡Oh! ¿quién sabe sobre qué narices podrán estar estos anteojos de aquí á un par de años? Nuestro reverendo hermano de Glocester está ya bastante avanzado en edad.

Sacó el bolsillo, pagó los anteojos, y se fué con pasos mas magestuosos que los que le habian traído.

—Es una mala vergüenza, dijo Tunstall á su compañero, esos anteojos jamás podrán ser de provecho á un hombre de su edad.

—Es vmd. un tonto, Frank: si el bueno del doctor hubiera querido los anteojos para leer, los hubiera ensayado antes de comprarlos. No los quiere sin duda para ver los objetos, sino para que le vean con ellos; y para eso le podrán servir igualmente que los mejores que tenemos en la tienda.—¿Qué desea vmd.? exclamó volviendo á empezar sus sollicitaciones: ¿un buen espejo, linda señora? Vuestro peinado está torcido un poco, y ¡es una lástima porque es de un gusto exquisito! Detúvose la dama, y compró un espejo.—¿Qué desea vmd.? ¿un reloj, señor abogado, un reloj

tan seguro y arreglado como vuestra elocuencia?

—¡Silencio! señor mio, respondió el togado, al ver que los gritos de Vincent le impedían seguir en una consulta con un famoso procurador: ¡silencio! Tiene vmd. la lengua mas espedita que hay desde la taberna del diablo hasta Guildhall.

—Un reloj, prosiguió diciendo Jenkin sin enfadarse, que no discrepará tres minutos durante un pleito de trece años.

—Está lejos y no me oye:—un reloj de cuatro ruedas.—Señor poeta, un reloj que dirá á vmd. cuanto tiempo durará la paciencia de los espectadores la primera vez que representen alguna comedia de vmd. en el teatro de Black-Bull.—Rióse el bardo, y registrando sus faltriqueras, encontró en ellas una moneda, y se la dió.

—Toma esa moneda, y prosigue ejercitando tu talento, hijo mio, le dijo el poeta.

—Gracias, respondió Vincent: procuraré llevar conmigo, cuando representen una comedia de vmd., un crecido número de compañeros cuyos aplausos ahogarán las críticas del patio y de los elegantes de la escena (1); ó se vendrá el teatro abajo, á puros palmoteos.

—¡Eso es una bajeza, dijo Tunstall, recibir dinero de un pobre coplero que se muere de hambre!

—Ya le tengo dicho á vmd. que es un tonto, respondió Vincent. Si no le queda el dinero necesario para comprar queso ó rábanos, comerá de gorra con un protector ó un cómico, como lo acos-

(1) Los pisaverdes de aquel tiempo se colocaban en la escena misma. En Francia hacian lo mismo.

tumbra hacer cinco veces cada semana. No es cosa regular que pague un poeta la cerveza; emplearé esta moneda en beber á su salud, por no hacerle un desaire, y en la tercera representacion el dia de su beneficio, yo aseguro que le daremos otras muchas.—Aquí llega otro comprador. ¡Qué diablo de original! abre la boca mirando á cada tienda, como si fuese á tragar cuanto hay en ellas. San Dunstan atrae ahora sus miradas. Quiera Dios que no trague sus estatuas. Está embobado delante de Adan y Eva. Mira, Frank, tu que eres un sábio, explícame quien es ese de la gorra azul, con una pluma de gallo para hacer ver que es de buena condicion. Tiene azules los ojos, rubios los cabellos, espada con puño de hierro que pesa un quintal, vestido ceniciento, el andar á la francesa y el mirar á la española. Lleva en el cinto á un lado un libro, y al otro un cuchillo de monte, para hacer ver sin duda que es medio pendiente y medio espadachin. ¿Qué viene á ser un ente semejante?

—Algun escocés recién venido, segun yo creo, para ayudar á sus compañeros á vivir á costa de la vieja Inglaterra; un pobreton de mas.

—Caballito, Frank: y como dice muy bien el poeta:

Ya que le vieron nacer
De la Escocia las montañas
Aunque sea un pordiosero
Necesita su pitanza.

—¡Punto en boca, Vincent! Nuestro amo...—
Sabe bien á qué hora se almuerza, y te ase-

guro que ha vivido bastante tiempo entre los ingleses y á espensas de los ingleses, para que lleve á mal que tengamos apego á nuestro país. Pero hé aquí nuestro escocés que ha abandonado á San-Dunstan, y se dirige hácia este lado. ¡Cáscaras! es un compadre vigoroso y bien formado, aunque algo atezado y rubicundo al mismo tiempo. Ya se acerca; voy á divertirme con él.

—Tenga vmd. cuidado; pues será capaz de darle en pago una bofetada. No tiene traza de ser cargador de carbon (1).

—Ya lo veremos mas despacio, dijo Vincent; y dirigiéndose al forastero: compre vmd. un reloj, noble Thane del norte, añadió, para contar las horas de abundancia desde el feliz momento en que dejó Berwick á sus espaldas. Compre vmd. anteojos, para ver el oro de Inglaterra, que podrá recoger sin mas trabajo que el de agacharse, compre vmd. lo que quiera, y lo pagará de aquí á tres dias; pues siendo escocés y hallandose en Lóndres, aunque estuviesen sus faltriqueras tan vacías como las del padre Fergus, se llenarán en ese tiempo.

Miraba el forastero con mal gesto al burlon, y empuñó con fuerza su garrote.

—Compre vmd. una purga, dijo el intrépido Vincent, si no quiere comprar ni tiempo ni luz. Al otro lado de esta calle encontrará vmd. una botica.

El aprendiz discípulo de Galeno, acudió con la gorra en la cabeza y los brazos remangados; y

(1) Proverbio inglés para decir que un hombre sabe golpear á los que le golpean.

siguiendo la burla que habia empezado Jenkin, añadió:—¿Qué desea vmd., señor? Compre vmd. unguento caledoniano de primera calidad: *Flos sulphur, cum butyro quant. suff* (1).

—Del que se debe hacer uso, añadió Vincent, despues de haberse hecho frotar bien con una servilleta de encina de Inglaterra.

El buen escocés habia dado lugar á esta 'descarga deteniendo el paso, y mirando al soslayo, ya al uno y al otro de los que le asaltaban, como amenazándoles de algun modo; pero su cachaza, ó su prudencia, pudo mas que su indignacion, y sacudiendo la cabeza como quien desprecia las burlas que se le hacen, continuó adelantándose en Fleet-Street, por entre las carcajadas de sus perseguidores.

—El escocés no pelea hasta ver correr su sangre, dijo Tunstall, á quien el haber nacido en el norte de Inglaterra habia hecho familiares semejantes proverbios.

—No lo sé á fé mia, dijo Jenkin; pero creo que se preparaba á hacer una de las suyas, y á vengarse sin ir mas lejos.—Escuchemos, escuchemos he aqui la señal.

Y en efecto el grito acostumbrado:—¡Aprendices! aprendices! los garrotes! los garrotes! resonaba ya en Fleet-Street, y echando mano Jenkin de su arma, que estaba en un rincon de la tienda, y llamando á Tunstall para que hiciese lo mismo, echó á correr hácia el lugar de la escena, repitiendo el mismo grito, y atropellando cuanto se oponia á su carrera. Despues de haber llamado

(1) Flor de azufre y mantquilla en cantidad suficiente.

su camarada á su amo, para que cuidase de la tienda, siguió á Jenkin corriendo cuanto podia, pero sin atropellar á nadie. David Ramsay, levantando los ojos y las manos al cielo, acudió con su delantal verde, y dejando lo que tenia entremanos, muy azorado á su tienda para asegurar sus mercaderías; porque sabia por esperiencia, que cuando gritaban en la calle ¡los garrotes! los garrotes! no podia hacer carrera con los aprendices.

CAPITULO II.

This, sir, is one among the Seignory
Has wealth at will, will to use his wealth,
And wit to increase it. Marry, his worst folly
Lies in a thriftless sort of charity,
That goes a-gadding sometimes after objects,
Which wise men will not see when thrust upon them.

THE OLD COUPLE.

Este es, señor, uno de los que pertenecen á la nobleza; tiene cuantas riquezas puede desear, voluntad para gozar de ellas y suficiente ingenio para aumentarlas, pero ¡voto va! su mayor locura consiste en una especie de caridad tan desordenada, que escudriña para ejercerla ciertos objetos, que no pueden menos de repugnar á una persona de juicio.

EL MATRIMONIO VIEJO.

Iba y venia de una parte á otra el viejo relojero de mal humor delante de su tienda, y regañando porque le habian llamado tan pronto, interrumpiéndole en sus estudios abstractos. No pudiendo ahuyentar de su mente la série de los cálculos en los que se hallaba ocupado, hacia una rara mezcla de los fragmentos de su operacion aritmética y la arenga que acostumbraba dirigir á los que pasaban, con algunas reflexiones acerca de sus aprendices holgazanes.—¿Qué desea vmd. señor? ¿Señora, qué desea vmd.? ¿Péndulos para

el salon y la antesala, relojes, para el dia, relojes para la noche? *Estando la aceleracion...* ¿Por qué esos bribones se han escapado precisamente cuando?... *Estando la aceleracion en razon de cinco minutos, cincuenta y cinco segundos, cincuenta y tres tercias, cincuenta y nueve cuartas...* ¡Ya me la pagarán los dos cuando vuelvan! Sí, ¡me la pagarán, por el inmortal Napier!

En esto fué interrumpido nuestro filósofo por la llegada de un grave y recomendable personage habitante de la ciudad, que le saludó familiarmente, llamándole *David, mi conocido antiguo*; y apretándole cordialmente la mano, le preguntó por qué estaba de mal humor.

El traje del forastero no indicaba ostentacion, aunque era mas brillante que solia serlo ordinariamente el de los comerciantes de su clase. Era de terciopelo negro forrado de seda carmesí, y adornado con muchísimos botones de plata ricamente filigranados. Llevaba en el cuello una cadena de oro, y en la cintura en lugar de espada ó cuchillo de monte, un cuchillo de mesa ordinario y un estuche de plata, que al parecer contenia lo necesario para escribir. Distinguíanle de un secretario ó de un empleado público, su toca sencilla y sus zapatos muy negros y relucientes, que indicaban pertenecer á la ciudad. Era un hombre bien formado, de mediana estatura, y gozaba al parecer de buena salud, aunque era ya viejo. Sus miradas denotaban sagacidad y buen humor; y al aire respetable que le daba su traje, realzaban sus ojos brillantes, sus megillas rubicundas y sus cabellos canos. Pronunció las primeras palabras en escocés; pero de modo que apenas podia dis-

tinguirse si era por burlarse un poco del acento de su amigo, ó si era su dialecto natural, pues su tono ordinario no se parecia al de los habitantes de las provincias.

Respondiendo á las preguntas de su respetable amigo, lanzó Ramsay un profundo suspiro, y repitió sus propias palabras.

—¿Por qué estoy de mal humor? por muchos motivos: aseguro á vmd. que valiera mas vivir en un pais encantado que en el barrio de Faringdon-Without. Mis aprendices son unos duendes, se aparecen y desaparecen como fantasmas, y no están mejor arreglados que los malos relojes. Siempre que se ofrece alguna ocasion de hacer travesuras y calaveradas, acude Jenkin el primerito, y Frank Tunstall jamás deja de seguirle y acompañarle. Todos los titiriteros, todos los que hacen bailar á los osos, y en fin todos los charlatanes se han conjurado, amigo mio, al parecer contra mí; pues pasan delante de mi tienda diez veces, por una que pasen delante de las demas de la ciudad. Acaba de llegar un tunante italiano que llaman Polichinelo; y todos entrando en la danza...

—Muy bien, dijo el señor Jorge, interrumpiéndole: pero ¿qué tiene eso que ver con vuestro mal humor actual?

—Acaban de gritar ¡al ladron! ¡al asesino! (Deseo de los dos males el menor entre estos inmundos ingleses hartos de pouding). Me han interrumpido en medio de los cálculos mas profundos, á los que puede aplicarse un hombre, señor Jorge.

—¿Y qué? tenga vmd. un poco de paciencia, amigo mio. Vmd. sabe aprovecharse del tiempo, adelantarle ó atrasarle á su antojo. Nadie se puede

quejar con menos razon que vmd. de perder algunos instantes por aquí ó por allí. Pero aquí llegan los aprendices, y sin duda ha sido sería la cosa, pues traen un hombre muerto.

—Tanto mejor, dijo enfadado el relojero; pero me alegro de que no les haya sucedido ningun percance á estos haraganes. ¿Y por qué traeis aqui ese cadaver, buenas piezas? Preguntó á sus aprendices que traian el cuerpo, al frente de un sin número de compañeros, algunos de los cuales estaban cubiertos de honrosas heridas que habian recibido en la refriega.

—No ha muerto todavia, señor respondió Tuns-tall.

—Llevadle, pues, á la botica, replicó el amo. ¿Pensais que puedo dar yo movimiento á un hombre como si fuese algun reloj?

—Por amor de Dios, amigo mio, dijo el señor Jorge, pongámosle en el sitio mas próximo: creo que no es mas que un desmayo.

—¡Desmayo! ¿Y qué necesidad tenia de desmayarse en medio de una calle? pero en suma, por complacer á mi amigo, el señor Jorge, no tendré reparo en que traigan á mi casa todos los muertos de la parroquia de San Dunstan. Que venga Sam Porter á tener cuidado de la tienda.

Al decir esto, hizo que llevasen adentro al hombre desmayado: era aquel mismo escocés, que poco tiempo antes habia sido escarnecido por los aprendices, y le pusieron en una poltrona hasta que el boticario acudiese desde el otro lado de la calle á darle algun socorro. El tal boticario, como suele suceder á los individuos de las profesiones sabias, tenia mas palabras científicas que ciencia

verdadera, y empezó á hablar de *sinciput* y de *occiput*, de *cerebrum* y de *cerebellum* hasta dar al traste con la paciencia de David Ramsay, que no tenia mucha.

—¡Bello! ¡bello! decia indignado, y ¿qué importa que sea hombre bello, ó no? Lo que necesita es un emplasto en la cabeza.

El señor Jorge, preguntó con mas sensatez al boticario si no seria mas útil hacerle una sangría. Vaciló el doctor, tartamudeó, y no hallando por el pronto ninguna receta mejor, dijo que en todo caso, semejante operacion descargaria el cerebro, *cerebrum*, si acaso habia en él alguna tendencia á un depósito de sangre, que pudiese causar una compresion en un órgano tan delicado. Por fortuna estaba en estado de hacer la sangría, con la ayuda de Jenkin Vincent, que era ya ducho en puntos á las cabezas rotas. Emplearon agua fria y vinagre, segun el método científico adoptado en nuestros dias en semejantes casos; y en fin el herido empezó á enderezarse, y á manifestar todos los síntomas de una persona que procura recobrar sus sentidos y su memoria.

—Sería bueno meterle en la cama de la alcoba, dijo el señor Jorge, que, al parecer, conocia perfectamente todas las habitaciones de aquella casa.

—Le cederé mi lado en nuestra cama, dijo Jenkin, pues la cama de la alcoba era de los dos aprendices, yo podré dormir en el mostrador.

—Y yo tambien, añadió Tunstall, y el pobre diablo tendrá toda la cama.

—Es el sueño, dijo el boticario, segun la opinion de Galeno, un remedio confortativo y febrí-

fugo, tómese del modo que se quiera, en cama ó sentado.

—Lo mejor que se pueda, dijo el señor Jorge, y aquí tenemos dos lindos muchachos que abandonan de buena gana su cama. Vamos, es preciso desnudarle y llevarle á ella desde luego. Enviaré á llamar al doctor Irving, cirujano del rey, que no vive lejos de aquí, y tomaré asi parte en el deber del samaritano, señor Ramsay.

—Muy bien, señor mio, dijo el boticario; es vmd. muy dueño de hacer que vengan otros facultativos: yo no tengo inconveniente en entrar en consulta con el doctor Irving, ó con cualquier otro médico instruido, y continuaré dando los medicamentos que sean necesarios. Sin embargo, diga lo que quiera el doctor Irving, que segun creo se graduó en Edimburgo, y piensen lo que piensen los doctores todos ingleses ó escoceses, sostendré yo con Galeno que el sueño es febrífugo y confortativo (1).

Añadió algunas otras palabras sábias, y dió fin al discurso diciendo al amigo de Ramsay, en inglés mas claro que sus latines, que le consideraba como responsable de los medicamentos dados y por dar, igualmente que del tiempo y cuidados, empleados y por emplear en favor del enfermo desconocido.

Solo le respondió el señor Jorge pidiéndole una cuenta de lo que se le debia ya, y advirtiéndole

(1) Bueno será saber que los boticarios ingleses, conservar aun el derecho de ordenar remedios, y por consiguiente son examinados. Asi es que los médicos prefieren enviar sus recetas á casa de los *droguistas-químicos*, que se contentan con el papel modesto de manipuladores, sin que su ciencia les permitia criticar á los doctores.

dole que se le volveria á llamar en caso necesario. El farmacéutico, que por lo que habia descubierto en el enfermo, no habia formado una favorable opinion acerca de sus medios de pagar, apenas vió á un hombre rico que se interesaba por él, cuando sintió cierta repugnancia en renunciar á la ganancia que podia esperar cuidándole y medicinandole; y fué necesario que el señor Jorge, que, á pesar de su buen humôr, sabia hablar con firmeza cuando lo exigia el caso, emplease no pocas insinuaciones para descartarse de aquel Esculapio de Temple-Bar.

Quando se vieron ya libres del tabardillo M. Raredrench, hicieron Jenkin y Frank caritativos esfuerzos para desnudar al enfermo, quitándole su gran vestido ceniciento; pero el escocés se opuso fuertemente á ello.—Antes perderé la vida: ¡antes morir! se le oia decir. Y en medio de esta lucha, el vestido, que exigia ser tratado con mas tiento, cedió á los esfuerzos de los dos aprendices, mas no sin rasgarse, lo que hizo casi que se volviese á desmayar el herido. Quedóse pues en la silla poltrona con solo el vestido interior, que era tal, que causaba al mismo tiempo la risa y la compasion. Por eso seguramente tenia tal repugnancia de desembozarse de una capa que servia, como la de la caridad, á cubrirlo todo.

Echó una ojeada sobre el vestido que habia quedado descubierto, y se abochornó de tal suerte al verle, que dijo entre dientes que llegaria tarde á donde le estaban esperando, haciendo al mismo tiempo un esfuerzo para levantarse y salir de la tienda. Pero Jenkin y su camarada, estimulados por una mirada del señor Jorge, se opusieron

à su intento, y fácilmente le obligaron á sentarse.

Echó entonces otra ojeada al rededor de sí el estrangero, y dijo en muy buen language y con el acento enteramente escocés.

—Señores, ¿cómo llaman vmds. semejante trato, dado á un forastero que viene á vivir á Londres? Me han roto vmds. la cabeza, me han roto y rasgado el vestido, y pretenden aun tenerme preso! Mas prudentes eran que yo, añadió poco despues, los que me decian que debía ponerme los peores vestidos para caminar en las calles de este pueblo, y si hubiese tenido peores vestidos todavía.....

—No era cosa, fácil dijo Jenkin aparte á su compañero.

—Aun hubieran sido bastante y demasiado buenos, si debian ser manejados por gentes que no conocen las leyes de la urbanidad.

—Hablando en plata, dijo Jenkin (que no podia permanecer callando, aunque prescribia el uso de aquel tiempo á los jóvenes guardar en presencia de sus padres, de sus maestros y superiores una reserva respetuosa, y una humildad, de la que la presente generacion no tiene idea alguna): hablando en plata, los vestidos de este buen señor no consienten que se les toque sino con muchísimo tiento.

—Silencio, señorito, dijo el señor Jorge con seriedad: no hay que burlarse nunca de los forasteros ni de los pobres. El buey negro no le ha pisado á vmd. todavía (1) ni sabe á que paises podrá ir á parar, ni cuales serán los vestidos que podrá usar antes de morir.

(1) Proverbio que se funda en una supersticion, para decir que aun no ha conocido la desgracia.

Agachó Vincent la cabeza sin replicar; pero no satisfizo al desconocido lo que acababan de decir en su favor.

—Soy extranjero, dijo, es muy cierto, aunque me parece que en calidad de tal me han tratado con alguna familiaridad en esta ciudad. Pero si soy pobre, creo que ninguno tiene derecho de echármelo en cara mientras no pida de puerta en puerta una limosna.

—De todo hay en aquel amado país, dijo aparte el señor Jorge á David Ramsay: pobre y soberbio, como un montañés.

Pero David estaba absorto y profundamente ocupado con sus cálculos, que abrazaban toda la ciencia de los números desde la unidad hasta los millones, y no respondió á la observacion de su amigo porque no la habia entendido. El señor Jorge, viéndole anegado en sus meditaciones sábias, dirigió la palabra al escocés.

—Pienso, segun eso, Jockey, que si alguno le ofreciese á vmd. un noble (1) se le arrojaría vmd. á la cara.

—No, si pudiese hacerle algun buen servicio para ganarle. Me encuentro dispuesto á ser útil en lo que pueda, aunque salgo de una casa honorable, y puedo decir, de algun modo, que tengo bastante...

—¡Ola! ¡Ola! Y ¿cuál es esa dichosa casa?

—El blason debe estar ya borrado, como dicen en cierta comedia, dijo Jenkin en voz baja á su amigo y compañero.

—Vamos, Jockey, vamos: hable vmd., añadió el señor Jorge, que notaba que el escocés, como

(1) Moneda de aquel tiempo.

acostumbran sus compatriotas cuando les hacen alguna pregunta directa, se detenia algunos momentos para responder.

—Yo no me llamo Jockey, señor mio, dijo el extranjero como enfadándose de que le diese un nombre que designaba entonces en general á un escocés, como en el dia el de Sawney. Mi nombre y apellido, si quiere vmd. saberlo, es Richie Moniplies, y salgo de la antigua casa de Castle-Callop, muy conocida en West-Port de Edimburgo.

—¿Y quién es el West-Port?

—Si place á vuestro honor, dijo Richie, (que despues de haber vuelto en sí, notó el esterior respetable del señor Jorge, y empezó á hablarle con mas urbanidad que desde el principio) el West-Port es una puerta de nuestra ciudad como los arcos de ladrillo de Whitehall forman aquí la entrada del palacio del rey; aunque el West-Port está construido en piedra, y decorado con mas adornos de arquitectura.

—Pero en verdad, amigo mio: ¿sabe vmd. que las puertas de Whitehall han sido hechas segun los planes del célebre Holbein? Pienso que ese accidente le ha trastornado á vmd. la cabeza, buen hombre. ¿Me dirá vmd, despues sin duda que hay en Edimburgo un rio navegable tan hermoso como el Támesis, cubierto de barcos?

—¡El Támesis! dijo Richie con un tono de desprecio inexplicable; ¡Dios perdone el error de vuestro honor! Tenemos en Edimburgo las aguas del Leith y el North-Loch (4).

(4) Las aguas del Leith, que no es mas que un riachuelo. El North-Loch, una laguna pequeña que está seca en el dia.

—Y el Pow-Burn, y el Quarry-Holes, y el Gusedub, dijo el señor Jorge en buen escocés con un acento natural y bien marcado. Los tunantes como vmd. son los que destruyen aquí la reputación de nuestro país con sus embustes.

—Dios me perdone, señor, dijo Richie, sorprendido al ver al inglés supuesto hecho un verdadero escocés; pensaba que vuestro honor era inglés, pero pienso que nada se pierde en sostener el honor de su país, en un reino distinto, en donde todos tratan de vilipendiarle.

—¿Y piensa vmd. que hace un grande honor á su país demostrando que uno de sus hijos es un solemnísimo embustero? Pero vamos, no hay que apesadumbrarse por eso. Ha encontrado vmd. un compatriota, y tendrá vmd. en él un amigo, con tal que lo merezca, y sobre todo, si me responde con franqueza y con verdad.

—No veo qué ventaja podré sacar de hacer lo contrario.

—Pues bien, supongo en primer lugar que es vmd. hijo del anciano Mungo Moniplies carnicero de West-Port.

—Creo que vuestro honor es brujo.

—¿Cómo así se atreve vmd., señor mio, á pasar por noble?

—No lo sé á fé mia, respondió Richie, rascándose la cabeza. Oigo hablar mucho en estos contornos de un conde de Warwick, creo que le llaman Guy, que se hizo célebre á fuerza de matar vacas salvages, jabalíes y otros animales; y estoy bien persuadido de que mi padre ha muerto mas vacas y cerdos, sin hablar de los bueyes, terneras, carneros, ovejas y corderos, que

todos los altos barones de Inglaterra juntos.

—Es vmd. un buen perillan; pero cuidado con la lengua y con responder á derechas. Su padre de vmd. era un buen hombre, y sindico de su corporacion; siento no ver á su hijo con trage mas decente.

—No es de los mejores, señor, dijo Richie Moniplies dando una ojeada, no es de los mejores; pero es el ordinario entre los muchachos pobres de nuestro pais; es el que nos dá nuestra anciana abuela la Miseria. Necesitamos tener paciencia. Desde que el rey dejó la Escocia, nada se puede hacer en Edimburgo. La yerba crece en las plazas y calles. Los animales que mi padre mataba, encontrarian pasto en el sitio donde estaba su madero.

—Eso es muy cierto; dijo el señor Jorge, y mientras hacemos aqui nuestra fortuna, nuestros vecinos antiguos mueren de hambre en sus casas, ellos y sus familias. No deberiamos echarlo en olvido. ¿Pero por qué le han golpeado á vmd. de esa manera? ¡Cuidado con mentir!

—¿A qué fin le contaria á vmd. mentiras? Al pasar por esta calle todos han querido divertirse á mi costa insultándome de mil maneras. Sois muchos y yo uno solo, me he dicho á mi mismo; pero si llego á encontraros en el parque de Barford, ó en Vennel, os haré cantar diferente música. En esto, pues, un diablo de ollero se acercó á mi con socarronería, y ofreciéndome una taza, me dijo que la podia llenar de perfumes de Escocia. Le di un empellon, como era natural, y el grandísimo pícaro cayó sobre las ollas y cacharros, y rompió un par de docenas. Todos gritaron entonces ame—

nazándome, y á no haberme socorrido estos dos jóvenes bizarros, me hubieran asesinado sin remedio. Y al mismo tiempo que me cogieron, para librarme del tumulto, me ha dado un marinero zurdo el porrazo que me ha entontecido.

El señor Jorge miró entonces á los aprendices para conocer si debía darse crédito á aquella narracion.

—Es verdad, señor, dijo Jenkin. Aunque no he oído hablar de la taza, sino de las ollas que habia quebrado, y decian... perdone vmd., señor mio, que al lado de un escocés nada puede prosperar.

—No importa que lo digan. Y ha hecho vmd. muy bien en tomar partido en favor del mas débil. Y vmd., buena alhaja, añadió el señor Jorge dirigiéndose á su compatriota, venga vmd. á verme mañana temprano á mi casa.

—Iré sin falta á casa de Vuestro Honor, respondió el Escocés haciendo una profunda reverencia, es decir, si me lo permite mi noble amo.

—¿Tiene vmd. segun eso, un amo?

—En cierto modo pudiera decir que tengo dos, si place á vuestro honor, pues mi amo y yo somos igualmente los esclavos de la Miseria, y esperábamos huir de ella, viniendo de Escocia á Inglaterra. Soy, pues, en resumidas cuentas, servidor de un servidor.

—¿Y cómo se llama ese amo? preguntó el señor Jorge. Si acaso es un secreto, no me lo diga vmd. añadió, viéndole vacilar.

—Es un secreto, pero no es muy útil el guardarlo. Ya sabe vmd. que nuestros estómagos del norte son demasiado orgullosos para manifestar hambre. Mi amo se encuentra momentáneamente

privado de todo, añadió Richie mirando á los dos aprendices; pero el real erario le debe muchísimo dinero. Es decir, añadió hablando al señor Jorge en voz baja, que el rey le debe un Potosí de dinero, y segun parece, no hay medio de obligarle á pagar. Mi amo es el jóven lord de Glenvarloch.

El señor Jorge se sorprendió mucho al oír pronunciar este nombre.

—¿Es vmd. de la comitiva del jóven lord de Glenvarloch? dijo: y ¡vestido de esa manera!

—Y no hay mas comitiva que mi persona sola: por ahora se entiende. Y quisiera verle en una situacion mas floreciente que la mia, aunque permaneciese yo en esta en que vmd. me ve.

—He visto á su padre, dijo el señor Jorge, ir seguido de cuatro pages y diez lacayos vestidos de terciopelo y galones. Vivimos en un mundo en el que todo se cambia; pero otro llega mejor despues. ¡La noble y antigua casa de Glenvarloch, que ha servido á su rey y á su pais durante quinientos años!...

—Pudiera decir vuestro honor durante mil ó mas, dijo el escóces.

—Digo lo que sé que es verdad, amiguito, y nada mas. ¿Se encuentra vmd. ya bien y en estado de caminar?

—Si, señor: todo ha sido un atolondramiento. Me he criado en West-Port, y mi cabeza puede resistir á un golpe capaz de matar á un buey.

—¿En donde vive su amo de vmd.?

—Vivimos, si place á vuestro honor en una casita al fin de una calle que llega hasta la orilla del rio, en casa de un buen hombre llamado Christie, revendedor de la marina: su padre era

de Dundee. No me acuerdo del nombre de la calle, pero es al frente de aquella iglesia de allá. Sepa vuestro honor que usamos solo del apellido de nuestra familia: somos Nigel Olifaunt, aunque en Escocia nos llamábamos lord Nigel.

—Eso denota prudencia por parte de su amo de vmd., dijo el señor Jorge. Encontraré vuestra casa, aunque no son muy claras las señas que me ha dado vmd.

Al decir esto dió á Richie Moniplies una moneda de plata, y le dijo que volviese á su casa y no suscitase nuevas querellas.

—Me guardaré bien de ello, respondió Richie con un aire de importancia, ahora que tengo algo que perder. Así pues, deseando á todos vmds. una buena salud, y dando gracias en particular á estos dos jóvenes gentiles-hombres....

—Gentil-hombre, yo no lo soy, dijo Jenkin echando mano á la gorra. Soy un aprendiz de Lóndres, y espero obtener un día las libertades y franquicias de la ciudad. Frank puede llamarse, si gusta, gentil-hombre.

—Lo fui en otro tiempo, dijo Tunstall, y me glorió de no haber hecho cosa alguna capaz de degradarme.

—¡Bien! ¡bien! como vmds. quieran, dijo Richie Moniplies, pero debo mucho al uno y al otro, y si no les digo á vmds. gran cosa, no es por falta de buena voluntad.—Buenas noches, mi buen compatriota.

Al decir esto estiró por entre su vestido remendado una mano larga y seca, y un brazo cuyos músculos estaban tirantes como cuerdas. El señor Jorge le apretó la mano, y Frank y Jenkin

se sonreían. Deseaba Richie dar también gracias al amo de la tienda, pero viéndole, según dijo después, escribir como un insensato, se contentó con quitar la gorra, y se fué.

—Ya se fué Jockey con cuanto tiene de bueno y de malo, dijo el señor Jorge al señor David, que aunque involuntariamente, había suspendido los cálculos que le tenían ocupado, y con la pluma en la mano miraba á su amigo sin hacer caso alguno de lo que decía.

—Ese perillan, añadió el señor Jorge sin notar la distracción de Ramsay, manifiesta con colores los más vivos y fieles de qué modo el orgullo y la pobreza nos hacen ser mentirosos y fanfarrones. Y sin embargo, ese mismo que no dirá tres palabras á un inglés sin mentir y jactarse, será para su amo, sin duda alguna, un servidor y un amigo adicto y fiel; y quizá se habrá privado por él de su capa durante los últimos fríos, esponiéndose á quedarse *en cuerpo* como dicen los españoles. Es extraño que el valor y la fidelidad (pues aseguro que será fiel y animoso) no se vean acompañadas en él sino de fanfarronadas y de vanidad. Pero vmd. no me escucha, mi amigo David.

—Perdone vmd., perdone vmd., escucho con mucha atención. Como el sol da la vuelta del cuadrante en veinte y cuatro horas, añada vmd. para la luna cincuenta minutos y medio...

—Pero vmd. está en el séptimo cielo.

—¡Perdon! ¡perdon! que la rueda *A* haga en veinte y cuatro horas la vuelta, estoy en ello. Y que la rueda *B* la haga en veinte y cuatro horas cincuenta minutos y medio, siendo cincuenta y siete á cincuenta y cuatro como cincuenta y nueve á

veinte y cuatro horas, cincuenta minutos y medio poco mas ó menos... Perdon, señor Jorge, perdon; tenga vmd. buenas noches.

—¡Cómo, buenas noches! Aun no me ha dado vmd. los buenos dias. Vamos, amigo mio, deje vmd. eso á un lado, ó el mecanismo interior de su cabezase encontrará trastornado, como se encuentra roto el exterior de la de nuestro compatriota ¡Buenas noches! ¡ya! ¡ya! no se verá vmd. libre de mi presencia tan pronto. Vengo á merendar con vmd., y á oír á mi ahijada mistress Marget (4) que tocará el laud.

—Discúlpeme vmd., estaba distraido, señor Jorge; pero bien sabe vmd. que cuando estoy con las ruedas...

—Por fortuna solo fabrica vmd. pequeñas, le respondió su amigo mientras Ramsay le llevaba por una escalera á la habitacion que ocupaba con su hija en el primer piso.

—Los dos aprendices despidieron á Sam-Porter, y acudieron á su puesto consabido.

—Frank, dijo Jenkin á Tunstall, ¿ha visto vmd. de qué modo el buen platero ha dado la mano á su compatriota andrajoso? ¿Dónde se encontrará un escocés que haga cosa semejante con un inglés? No hay ninguno; y aun entre los mejores escoceses, estoy seguro de que se arrojarán al agua hasta el pescuezo por ser útiles á un conciudadano, y no se mojarán un dedo por impedir que se ahogue un inglés. Sin embargo: el señor Jorge no es en esta parte escocés sino á medias, pues le he visto mas de una vez servir tambien á los ingleses.

(4) Margarita.

—Pero vmd. mismo, Jenkin, dijo Tunstall, ha recibido segun creo, una educacion inglesa á medias; ¿por qué ha tomado vmd. á su cargo el partido del escocés?

—¿No ha hecho vmd. otro tanto?

—Despues que vmd. ha comenzado. Y tampoco acostumbran en el Cumberland pelear cincuenta contra uno.

—Ni en Cheist-Church tampoco; juego limpio, y ¡viva la vieja Inglaterra! Y por otra parte, hablando en plata, su voz tenia un acento... su dialecto quiero decir... me hacia acordar de una lengua, en la que encuentro mas dulzura que la que tendrá para mi oido el sonido de la campana de San Dunstan cuando me anuncie el fin de mi aprendizaje. ¿Sabes de quién estoy hablando?

—No por cierto. ¡Ah! tal vez piensas en Juanita, la lavandera escocesa.

—No me acuerdo de la Juanita ni de la espuma de su jabon. No, no, no: eres un mentecato; pues no ves que hablo de la lindísima mistress Margaret.

—¡Bah! dijo Tunstall con sequedad.

Los ojos negros de Vincent chispearon. —¡Bah! ¿Qué significa ese bah? Seria yo el primer aprendiz que se hubiese casado con la hija de su amo?

Los que lo hayan hecho habrán, segun me imagino, guardado el secreto de sus amores hasta el fin de su aprendizaje.

—Le diré á vmd. lo que sucede, Frank. Eso es bueno para los gentiles-hombres, acostumbrados desde niños á mostrar dos caras diferentes; pero yo...

—Allí está la escalera, respondió Tunstall con

frialdad: no tiene vmd. que hacer mas que subir y pedir mistress Marget al amo. Ya veremos que cara pone.

—Me guardaré bien de hacerlo, dijo Jenkin, en este momento; pero me tomaré tiempo; y todos los condes del Cumberland no serán bastantes para hacerme echar pié atrás: puede vmd. tenerlo por seguro.

No quiso Frank replicar; y volviendo á su ordinaria ocupacion, se pusieron á llamar de nuevo la atencion de los que pasaban.



CAPITULO III.

Boabdil. J. praij you, possess no gallane of your acquaintance with á Knowledgt of my lodging.

Master Matthew. Uho, J. sir?—¡Lord, Sir!

BEN TONSON.

Boabdil. Os suplico que á ninguno de vuestros conocidos digais donde vivo.

El señor Mateo. ¡Quién? yo, señor? ¡Santo cielo!

BEN TONSON.

La mañana del siguiente dia encontró á Nigel Olifaunt, el jóven lord Glenyarloch, sentado triste y solo en el cuarto pequeño que ocupaba en casa de John Christie, revendedor de la marina, y por agradecimiento á la profesion que le daba los medios de ganar la vida, habia sin duda hecho este lo posible, para que se pareciese el cuarto á la cámara de un capitan de navío.

Estaba esta casa situada junto al muelle de San Pablo, al fin de una de las alamedas que, por ser estrechas y tortuosas formaban (hasta que fué consumida esta parte de la ciudad por las llamas en el grande incendio de 1666) un extraordinario laberinto de salidas pequeñas, tenebrosas, húmedas y mal sanas, y en algun rincon de ellas, en aquel tiempo, la peste se hallaba escondida

con tanta frecuencia, poco mas ó menos, como en nuestros dias en los barrios oscuros de Constantinopla. Pero la casa de John Christie daba hácia el Támesis, y por consiguiente tenia la ventaja de la ventilacion, aunque estaba impregnada del tufo de los artículos de comercio de todas clases que reunia en su tienda, como por ejemplo, tocino, mantequilla, jabon, velas, queso, tabaco, etc., del perfume de pez, de resina, y además de un olor de lodo al retirarse la marea.

Si se exceptúa que su imaginacion no flotaba cuando llegaba el flujo, ni decaia con el reflujo, se encontraba el jóven lord tan bien alojado casi como lo habia estado á bordo del barquito de comercio en el que habia venido á Lóndres, desde la larga ciudad de Kircaldy en el condado de Fife. Tenia por otra parte para con él Christie todas las atenciones imaginables, porque Richie Moniplies no habia creído preciso guardar bastante rigurosamente el incógnito de su amo, para que el buen revendedor no sospechase que su locatario era de condicion superior á lo que era al parecer. Por lo que hace á la señora Nelly, su muger, que era muy redonda, de cascos alegres, muy risueña con ojos negros, un corpiño ajustado, delantal verde y un zagalejo rojo y tan corto, que permitia ver una pierna bien formada, y un pié pequeño, veia con un interés natural á un jóven bien formado, de buen humor, de fácil contentar, y cuyos modales probaban con evidencia que era de un rango muy superior al de los capitanes que solia alojar. Efectivamente, cuando estos solian partir, encontraba sus entarimados tan bien lavados con manchas de tabaco, que empezaba á usar-

se entonces, á pesar de los esfuerzos del rey Jacobo, y sus cortinas mas hermosas perfumadas de ginebra y otros licores fuertes; gran motivo de indignacion para la señora Nelly que decia, y decia bien, que el olor de la tienda y del almacén bastaba sin tal añadidura.

Por el contrario, todo lo que hacia M. Olifaunt llevaba el sello de la regularidad y la limpieza; y sus modales, aunque francos y sencillos, anunciaban de tal manera un cortesano, y un hombre bien nacido, que formaban un contraste notable con los gritos descompasados, las groseras burlas, y la tosca impaciencia de los locatarios habituales de la señora Nelly. Veia ella tambien que estaba triste, aunque hacia cuanto podia para manifestarse contento y divertido. En una palabra, sin pensarlo, tomó por él aquella especie de interés que un jóven poco retenido y escrupuloso hubiera procurado aumentar, en perjuicio del buen John, que tenia como unos veinte años mas que su muger. Pero Olifaunt tenia otras cosas en que pensar, y por otra parte, si hubiera caído en semejante tentacion, la hubiera rechazado como una negra ingratitud, y una infraccion á las leyes de la hospitalidad; pues su padre le habia infundido las máximas mas rígidas de la fé nacional, y habia formado sus costumbres segun los principios mas delicados del honor. No habia podido librarse de aquella debilidad que domina en su país, un orgullo escesivo fundado en la alcurnia, y una inclinacion á estimar el mérito y la consideracion de los demas segun el número y la gloria de sus antepasados; pero estos humos de familia se hallaban en él subyugados y casi enteramen-

te disimulados por su sensatez y urbanidad..

Siendo tal como acabamos de pintarle, estaba Nigel Olifaunt, ó mas bien el lord Glenvarloch, en el momento en que le coge nuestra relación, muy incierto acerca del paradero de su fiel y único criado. Habia enviado la víspera por la mañana y muy temprano á Ricardo Moniplies hasta la corte en Westminster. Veinte y cuatro horas habian pasado ya sin que volviese. El lector sabe ya lo que le habia sucedido, y en esta parte está mas instruido que su amo. Al mismo tiempo la señora Nelly, aunque tambien se hallaba inquieta, no lo mostraba tanto como su huésped. Le dió para el desayuno un buen trozo de carne de vaca fiambre con su sal y pimienta, y el acompañamiento ordinario de navos y zanahorias, le ponderó la escelente mostaza de la tienda de su primo de Tenksbury, le preparó la tostada con sus propias manos, y con sus propias manos tambien le presentó un jarro de *ale* (1). Asi se almorzaba generalmente en aquella época.

Cuando echó de ver que la desazon le impedía disfrutar del almuerzo que le habian presentado, dió principio á una letanía de consuelos, hablando con la locuacidad ordinaria de las mugeres de su clase, que, si saben que son un poco lindas, y tienen buena intencion y mejores pulmones, no tienen miedo de fatigarse ni de fastidiar á quien las escucha.

—¡Virgen santísima! ¡Que tal! ¿Qué quiere decir eso? ¿quiere ymd. volver á Escocia tan flaco y consumido? Seria una cosa agena del orden na-

(1) Cerveza.

tural. Tenemos un ejemplo en mi suegro mismo Sandie Christie, que esté gozando de Dios en la gloria. He oído decir que era una momia, un esqueleto ambulante cuando vino del norte; pues, para servir á vmd., cuando murió, hace diez años el día de San Bartolomé, pesaba ciento y sesenta libras. Era yo aun muy muchacha entonces, y vivía cerca de aquí, y no pensaba en casarme con John, pues tiene veinte años cumplidos mas que yo; pero sabe ganar la vida y es un buen marido. Y su padre murió, como le digo á vmd. gordo como un cebon. ¿Qué me dice vmd., señor?.. Creo que lleva vmd. á bien mis chanzas, y que la ale es del gusto de vuestro honor, ¿y el pedazo de carne y la mostaza?

—Todo es excelente, respondió Olifaunt, y demasiado bueno: todo es en su casa de vmd. tan sazonado y tan limpio, señora Nelly, que lo echaré de menos seguramente cuando esté ya de vuelta en mi país, si acaso vuelvo algun día.

Añadió estas palabras casi sin quererlo, y lanzando un profundo suspiro.

—Estoy segura de que vuestro honor volverá, si gusta; á no ser que prefiera vmd. casarse en Inglaterra con una bonita y jóven señorita, muy rica por supuesto, como se ha verificado con otros muchos de sus compatriotas. Aseguro á vmd, que algunas de las mas remilgadas de la ciudad se han casado con escoceses. Lady Trebleplumb, viuda de Tomás Trebleplumb, el rico negociante de Turquía, se ha casado con sir Awley Macaulay, que Vuestro Honor conoce sin duda, y la linda mistress Doublefee, que saltó por la ventana de la casa de su padre, se casó en la última feria

de mayo, con un escocés cuyo nombre es tan duro y largo, que mal le pudiera yo pronunciar. Las dos hijas de Piteport, el comerciante de leña se han casado últimamente con dos irlandeses. Y si alguno me hecha en cara que tenga en mi casa un escocés, hablando de vuestro honor, le digo que sin duda tiene miedo de que se enamoren de él su hija ó su muger. Debo yo en conciencia defender á los escoceses, pues John Christie lo es á medias, y como tengo dicho, es industrioso y buen marido, aunque me lleva sobre unos veinte años. Por eso quisiera yo que vuestro honor estuviese alegre; y pues el almuerzo está aqui, coma vmd. y eche un par de tragos.

—Le diré á vmd. en pocas palabras, que no puede ser. La ausencia de mi criado dura tanto tiempo, que me da mucho cuidado. Hay mil peligros en esta ciudad.

Diremos al paso que el medio que adoptó la señora Nelly de dar consuelos, era el de probar que no había motivo de afligirse; y aun se servia de ese sistema para consolar á sus vecinas cuando perdian sus maridos. En la presente ocasion dijo que Richie hacia solo veinte horas que faltaba de casa; y en cuanto á lo que solia suceder que se asesinasen las gentes en las calles de Lóndres, era cierto que se habian encontrado dos hombres muertos en los fosos de la Torre la semana anterior; pero eso era lejos de allí y en la parte oriental de la ciudad. Tambien habian degollado á otro pero en campo raso, junto á Iclington, y el que fué muerto por un estudiante del Templo, cerca de San-Clemente en el Strand, fué á resultas de una querrela: era un irlandés. Citaba todos estos

ejemplos para probar que nada ofrecian que pudiese aplicarse á Richie, pues era escocés y habia ido á Westminster solamente.

—Mi mayor consuelo, señora, es el saber que ese muchacho no es camorrista ni alborotador, á no ser que reciba insultos y provocaciones; y que solo tiene consigo algunos papeles, que á la verdad no dejan de interesarme á mí en particular.

—Vuestro honor tiene razon, respondió la incansable Nelly, que tardaba cuanto podia en poner todo en órden en el cuarto, para continuar aun en sus hablaturías, yo aseguro que M. Moniplies no es vicioso ni alborotador, en cuyo caso iria á picos pardos y en busca de pelanduscas con los tunantes y marineros del barrio. Pero no, ni aun le pasa por el pensamiento. Una vez quise llevarle conmigo á casa de mi comadre la señora Drink-Water, para que comiese un poco de queso y bebiese un vaso de anisete, porque habia parido dos niños hermosos, ya se lo dije á vuestro honor, y era un pequeño agasajo que yo queria hacer á ese jóven; pero de ningun modo quiso acceder á ello; no señor, ni poco ni mucho; y prefirió quedarse en casa con mi marido, que tiene veinte años mas que él, pues me atrevo á decir que el criado de vuestro honor no parece tener mas edad que yo. ¿Qué es lo que pudieron decirse uno á otro? Se lo pregunté á mi vuelta á Christie, y me dijo que me fuese á acostar.

—Si no llega tan pronto, suplicaré á vmd. me diga á qué autoridad debo dirigirme; pues además del cuidado que me causa por sí mismo, necesito saber el paradero de los papeles, si le ha sucedido algun contratiempo.

—Vuestro honor puede estar seguro de que estará ya aquí antes de un cuarto de hora, porque no es un mozo capaz de ausentarse durante veinte y cuatro horas. En cuanto á los papeles vuestro honor me perdonará el que les haya echado una ojeada mientras le daba una copilla de agua destilada no mayor que mi dedal, para fortificar su estómago contra la humedad, y ví que iban dirigidos á la escelentísima magestad del rey; por consiguiente su magestad ha sin duda pensado que era lo mejor que Richie aguardase hasta que pudiese volver con una respuesta favorable y conveniente.

La casualidad hizo en este momento que atinase la señora Nelly con un motivo de consuelo mas eficaz que los que habia dado hasta entonces, porque el jóven lord tenia tambien una vaga esperanza de que su mensajero habia sido detenido en la córte, hasta que pudiese traer una respuesta favorable: sin embargo, á pesar de su ninguna experiencia en todo cuanto tenia relacion con los negocios públicos, le bastó un momento de reflexion para convencerse de que no era probable una circunstancia tan opuesta á lo que habia oido decir acerca de las reglas de la etiqueta, y de los obstáculos y dilaciones que encontraba en la córte toda reclamacion. Respondió á Nelly, suspirando, que dudaba mucho que el rey echase siquiera una mirada sobre los papeles que le habia dirigido, y que esperaba aun mucho menos que les tomase desde luego en consideracion.

—¡Vamos! ¡vamos! Es preciso tener mas ánimo. ¿Por qué nuestro rey no podrá hacer por nosotros lo que hacia nuestra graciosa reina Isabel? Alguno

nos prefieren tener un rey; pero otros quisieran mas bien una reina; y sobre eso hay mucho que decir; pero en cuanto á mí, pienso que nos conviene mas un rey á los ingleses; y ademas ese buen hombre ¿no va tambien con frecuencia á Greenwich, y no da de comer á tantos barqueros y marineros como la reina Isabel? ¿No favorece con su real favor al poeta John Taylor, que tiene un barco y sabe remar? ¿No tiene su córte en Whitehall á la orilla del rio? Pues, siendo asi que nuestro rey es tan buen amigo del Tamesis, no concibo por qué todos sus súbditos no obtendrian, y con especialidad vuestro honor, de su parte, una satisfaccion.

—Es cierto, señora Nelly, eso es muy cierto; esperemos que todo se compondrá; pero es preciso que yo tome la capa y la espada, suplicando á vuestro marido que me acompañe en busca de una autoridad.

—A buen seguro que yo podré hacerlo tan bien como él, pues jamás ha sabido menear la sin hueso, aunque confieso que es un buen marido, y un hombre capaz de hacer fortuna como el mas pintado de cuantos habitan en esta calle de un lado á otro. Hay siempre un alderman en Guildhall que está junto á San Pablo, y hace en la ciudad cuanto puede hacer la prudencia humana; por lo demás, no hay mas remedio que la paciencia. Pero quisiera estar tan segura de tener cuarenta libras esterlinas, como lo estoy de que Richie volverá sano y salvo con el favor de Dios.

Como Olifaunt no gozaba enteramente de la misma tranquilidad, se puso la capa, y se disponia á ceñir su espada, cuando la voz de Richie

Moniplies que oyó en la escalera, le detuvo, y casi al mismo tiempo entró en el cuarto su fiel criado. La señora Nelly, no bien hubo dicho á Moniplies que se alegraba de verle de vuelta, cuando empezó á vanagloriarse de la sagacidad con que la habia previsto, y por último se retiró. La causa fué que además del instinto de urbanidad natural que se oponia á su curiosidad, no podia esperar que Richie empezase su relacion delante de ella; y se fué con la esperanza de sonsacarles con maña á los dos el secreto, cuando volviese á hablarles separadamente y á solas.

—Por el sol que nos alumbra, dijo entonces Nigel Olifaunt ¿qué le ha sucedido á vmd.? ¿Dónde ha estado vmd. tanto tiempo? ¿qué ha hecho vmd? Llega vmd. blanco como el papel, con las manos manchadas de sangre, y el vestido rasgado. ¿Qué vida es esta? sin duda se ha emborrachado vmd., Ricardo, y se ha hallado en alguna camorra.

—Es cierto que me han golpeado, respondió Ricardo; pero para emborracharse en Lóndres se necesita dinero, y no tenia un cristo de moneda. No tengo la culpa de lo que me ha sucedido; me han roto la cabeza porque no es de hierro, y mi vestido no es tampoco una coraza; y asi me han rasgado el uno con las manos, y me han roto la otra á garrotazos. Unos cuantos tunantes desvergonzados han dicho mil blasfemias de la Escocia por insultarme, y les he obligado á huir; pero han sido tantos los que despues me han acometido, que no he podido resistir. Me han sacudido un garrotazo en la cabeza, y me han llevado, despues de haber caido desmayado y bañado en sangre, á

una tienda que está cerca del Templo, en la que se venden esas pequeñas máquinas redondas que sirven para medir el tiempo, como se miden las piezas de tartan. Me han hecho una sangría por fuerza, y me han tratado bastante bien; y sobre todo, un respetable compatriota, del que hablaré á vmd. despues.

—¿A qué hora poco mas ó menos?

—Los dos hombres de hierro, que están en lo mas elevado de una iglesia, acababan de dar seis martillazos á la campana.

—¿Y por qué no ha vuelto vmd. á casa desde que podia caminar?

—La respuesta, milord, está en la mano. Para venir á casa, se necesitaba encontrarla; y habia perdido el nombre de la calle. Y cuantas mas preguntas hacia, mas se reian todos de mí, y se divertian en estraviarme, de modo que tuve que dejar de buscarla, hasta que quisiese Dios que amaneciese, para poder dar con ella; y como me hallaba cerca de una iglesia, entré en el cementerio, para pasar mas cómodamente la noche.

—¿En el cementerio? Pero no necesito preguntar á vmd. como se vió reducido á semejante estremo.

—No precisamente por falta de dinero, milord, dijo Richie dándose un aire de misterio y de importancia, pues ya tenia algun dinero; pero hablaremos de eso despues. ¿No hubiera sido una locura dar seis cuartos á alguna de las criadas bribonas de una posada, pudiendo dormir tan tranquilamente á la luna de Valencia, una noche hermosa de primavera? Cuando volvia á Edimburgo demasiado tarde, y estaba cerrado West-Port,

¿no encontraba buena cama en el cementerio de San Cuthbert? Pero en el cementerio de San Cuthbert está la tierra cubierta de hermosa yerba, que puede servir de colchon hasta que cante la alondra elevándose en los aires á la altura del castillo; mientras que en los de Lóndres hay grandes piedras unidas unas á otras; y como no es mi vestido capaz de suplir los colchones, tardé poco en levantarme temiendo quedar tullido. Que los muertos duerman allí profundamente, santo y bueno; pero ningun otro puede pegar ojo en cama semejante.

—¿Y que hizo vmd, despues?

—Me tendí sobre una especie de banco, que encontré á la entrada de una tienda, y que sirve de dia para sostener las mercaderías, y dormí allí tan bien como en un palacio. No dejaron de despertarme varias veces las pelanduscas que corren las calles, y me tiraban del brazo; pero al ver que conmigo solo podian ganar alguna bofetada, me daban las buenas noches, llamándome mendigo escocés; y me alegraba de que me dejaran en paz. Al fin he venido hácia aquí poco á poco esta madrugada; pero me ha costado mucho trabajo, porque habia ido del otro lado hasta un sitio llamado Mile-End, y aseguro á vmd. que dista cinco millas ó seis de aquí.

—Me alegro de que todas esas aventuras se hayan concluido felizmente, Ricardo; pero vaya vmd. á almorzar, pues debe tener ya buenas ganas de comer alguna cosa.

—Tiene vmd. razon, milord, pero con licencia de vuestra señoría.....

—Déjese vmd. por ahora de señorías, Richie,

como se lo tengo advertido ya varias veces.

—Pudiera muy bien, dijo Ricardo, olvidarme de que vuestro honor es un lord; pero seria preciso para eso que me olvidase al mismo tiempo de que sirvo á un lord, y eso no es tan fácil. Pero sea de eso lo que fuere, lo cierto es que me he presentado en la córte esta mañana; y el amigo que me habia prometido llevarme á la presencia de su graciosísima magestad, ha cumplido su palabra, pues me ha llevado á una cocina, y me ha dado el mejor almuerzo que he visto desde que nos hallamos en esta maldita ciudad de Lóndres, en donde todo lo que habia comido hasta entonces estaba siempre sazonado con la triste idea de tener que pagar. Y no era sino huesos y caldo; pero vuestro honor sabe que vale mas el salvado del rey que la harina de los demás, y en todo caso, como no tenia que pagar... Pero veo que se impacienta vmd.

—No, Richie, respondió el lord con resignacion porque sabia que era su criado como aquellos caballos, que por mas espolazos y palos que se les dé, jamás salen de su paso. Ha sufrido vmd. bastante durante su viage, para tener derechos á hacer á su modo la relacion de él. Dígame vmd. únicamente como se llama el que debia llevarle á la presencia del rey. Ha tenido vmd. gran reserva sobre eso, al intentar poner mi súplica en las propias manos de su magestad, sirviéndose de su intervencion, ya que todas las que he enviado hasta ahora han logrado solo carpetazo, quedando entre las manos de su secretario, segun lo que debo sospechar

—Pues bien, milord, si no he dicho á vmd. des-

de luego su nombre y calidad, es porque temia no quisiese que un hombre semejante se mezclase en los asuntos de vuestra señoría; pero en la corte hay muchos que echan manos de peores escaleras para subir. Es, pues, Laurie Linklater, uno de los empleados de la cocina, que fué en otro tiempo aprendiz en casa de mi padre.

—¿Que está vmd. diciendo? ¡Un mozo de cocina! exclamó lord Nigel manifestando un gran desagrado y mal humor.

—Pero hágase vmd. cargo, milord, dijo Richie sin turbarse, de que todos vuestros mas grandes amigos echan pié atrás, alejándose al parecer, y de que ninguno de ellos ha querido tomará su cargo el apoyar vuestra justa demanda. Quisiera yo por cierto, por vuestro honor, por mí y por él mismo, pues es un mozo servicial, que fuese Laurie de una clase elevada; pero vuestra señoría debe considerar que el mas mínimo empleado de la realísima cocina del rey, puede hombrearse con los mas famosos cocineros de cualquiera otra casa; pues, como tengo dicho ya, el salvado del rey...

—Tiene vmd. razon, dijo lord Nigel; lo confieso; no teniendo mejores medios de que poder valerme, para hacer valer mis derechos, debo recurrir á los que se me presenten con tal que sean honrados.

—Y Laurie, dijo Richie, es un mozo tan honrado como el mas estirado de cuantos manejan la espumadera. No es esto decir qué no se chupará los dedos como lo demás; pero ¿que nos importa eso? En fin, pues veo que vuestro honor vuelve á impacientarse, Laurie me llevó á palacio; donde todo estaba en brasas, porque iba el rey á partir

para ir á caza á Black-Heath, segun he podido llegar á saber. Y tenia un caballo soberbiamente enjaezado, el mas hermoso caballo tordo que pudiera verse, con la silla, los estribos, el freno de oro reluciente, ó de plata dorada por lo menos. En fin, milord, el rey llegó con todos los nobles, vestidos en traje de caza, de paño verde, con bordados y galones de oro. Me acordé de su figura, aunque hacia mucho tiempo que no le habia visto: y dije para mi capote: á fe mia, amiguito, que los tiempos se han cambiado mucho desde el dia en que se salvó vmd. sobre la escalera del antiguo palacio de Holy-Rood, muerto de miedo, sosteniendo con las manos los calzones, porque no habia vmd. tenido tiempo de abotonarlos, y Frank Estuardo, el furioso conde Bothwell, iba á vmd. á los alcances; y si el lord Glenvarloch no hubiera cubierto su brazo con su capa, y recibido mas de una herida, para dar á vmd. tiempo de tomar soleta, no levantaria vmd. el gallo en el dia. Al pensar en esto, no puedo menos de creer que la *súplica* de vuestra señoria no dejará de serle agradable, y me escurri por medio de todos los lores. Laurie creyó que yo perdia la chabeta, y quiso detenerme, empuñando el cuello de mi vestido, que quedó entre sus manos. Encontréme, pues, enfrente del rey, al ir á montar á caballo, y puse en su mano la *súplica*. La abrió sorprendiéndose; y cuando empezó á leer los primeros renglones, se me puso en la idea que debia saludarle; pero por desgracia, tocó un poco mi gorra á su maldita bestia, que se espantó y recalcitó; y el rey, que se tiene á caballo como Dios es servido, estuvo á pique de caer al suelo; lo que me

hubiera espuesto á perder las tragaderas. Arrojó entonces el papel, y dijo: que saquen de aquí á ese bribon al momento y alejen de mi presencia. Todos se arrojaron sobre mí, gritando: ¡traicion! traicion! y yo pensé en los Ruthvens, que habian sido muertos á puñaladas en su misma casa, y tal vez con tan poca razon. Sin embargo oí que se contentaban con hartarme de palos, y mientras me arrastraban hácia la portería, para calentarme sin duda las costillas, empecé á gritar como un desesperado. El rey me oyó pedir perdon á grito tendido, y como habia tenido tiempo de afirmarse en la silla y cobrar aliento, dijo que no me hiciesen ningun mal. Es uno de nuestros bueyes del norte, añadió, le reconozco al oír sus mugidos. Y todos soltaron la careajada, y mugieron todavía con mayor fuerza que yo. Que le den una copia de la proclama, dijo entonces, y que se vuelva al norte en el primer carro de carbon que encuentre de vacio, antes que le suceda alguna desgracia mayor. Soltáronme entonces, y se fueron todos riendo, murmurando y cuchicheando no sé qué á la oreja. Tuve despues una grande reyerta con Laurie Linklater, que me dijo que aquel asunto causaria su ruina; pero cuando le dije que lo que habia hecho no tenia mas objeto que el de servir á vmd., me echó en cara no habérselo dicho antes; pues á haberlo sabido, se hubiera arriesgado de buena gana á ser reñido por vmd., porque se acuerda todavia del difunto lord... Díjome despues que era lo que yo debiera haber hecho: poner una mano sobre las cejas, como si el resplandor del rey y el pelo brillante de su caballo me hubiesen ofuscado, y hacer no sé cuantas mone-

rias semejantes, en vez de presentarle la *súplica*, como quien dá de comer á un oso. Porque el rey, Richie, me dijo, es un hombre bueno y justo por naturaleza, pero está rodeado de cortesanos, que son una canalla vil, de la que nadie se debe fiar. A nadie se lo diría sino á un hombre discreto como vmd., anadió en voz baja; pero hay al lado del rey gentes capaces de convertir en demonio á un ángel que bajase del cielo. Hubiera podido decir á vmd. que es lo que debió hacerse; pero sería, como dicen, despues del asno muerto, la cebada al rabo.—¡Bien! ¡bien! Laurie, respondí yo; creo que tiene vmd. razon; pero ya que me veo libre de la horca y de los palos, el diablo cargue conmigo, si vuelvo jamás aquí con otra *súplica*, y al decir esto, me fuí, y á la vuelta me sucedió el percance que he referido.

—¡Bien! ¡bien! Ricardo, dijo lord Nigel, las intenciones de vmd. eran buenas, y me parece que la empresa no habia sido conducida tan mal que mereciese semejante resultado. Pero vaya vmd. á almorzar, y despues me dirá lo que falta.

—Nada tengo ya que decir, milord, si no que encontré á un gentil-hombre, ó por mejor decir, á un sugeto honrado, muy bien vestido, que estaba con el que vende las máquinas redondas con agujas, y cuando supo quien era yo, nos encontramos con que era tambien escocés, y precisamente de nuestro pueblo mismo. Me dió esta moneda portuguesa, para beber sin duda; pero dije yo á mi capote, no somos tan tontos, mejor será comerla. Dijo tambien que vendrá á hacer á vmd. una visita.

—Creo que no le habrás dicho en qué casa ha-

bito, miserable, dijo enfadado lord Nigel. ¡Dios de mi vida! todos los patanes de Edimburgo querrán ser testigos de mi miseria, y vendrán á pagar un scheling por ver al noble lord en berlina.

—¡Decirle donde vive vmd! respondió Richie: ¿cómo hubiera podido decirle lo que no sabia yo mismo? Si me hubiera acordado del nombre de la calle, no hubiera pasado la noche en el cementerio.

—Pues ¡cuidado con decírselo á nadie! dijo el noble lord: yo podré encontrar en San-Pablo, ó en el tribunal á los que tengo que ver.

—El mal está ya hecho, dijo Richie entre sí mismo; pero le hablaré de otra cosa.

Preguntó en seguida á su amo qué contenia la proclama que le habian entregado y tenia aun en su mano.—No habiendo tenido tiempo, dijo, de deletrearla, solo he visto la estampa, en la que el leon ha echado las garras sobre uno de los lados del escudo de la antigua Escocia; pero este escudo no era peor cuando hábia en él un unicornio á la derecha y á la izquierda.

Leyó lord Nigel la proclama, y se encendió con la rabia y la indignacion que le causó su lectura, porque su contenido venia á ser plomo derretido sobre una herida reciente.

—¿Qué diablos hay, pues, en ese papel, milord? preguntó Richie no pudiendo reprimir la curiosidad al ver la agitacion de su amo. No haria á vmd. tal pregunta, si solo se tratase de sus asuntos; pero una proclama debe ser conocida por toda clase de personas.

—Si, no hay duda, debe serlo, respondió lord Nigel; y proclama la deshonra de nuestro pais y la ingratitud de nuestro monarca.

—¡Dios nos proteja! dijo Moniplies. ¿Y eso se publica en Inglaterra?

—Oiga vmd., Ricardo, dijo Nigel Olifaunt. Dicen los lores del consejo en este escrito, que en consideracion á que los holgazanes de baja condicion abandonan el reino de Escocia de su magestad, por ir á su córte de Inglaterra á hacer demandas y presentar memoriales; que esos mendigos, esas gentes de baja extraccion son una deshonra para la augusta persona del rey, y degradan su pais á los ojos de los ingleses, se prohíbe á todos los capitanes y dueños de navíos, en todas las partes de la Escocia, que reciban á bordo semejantes individuos, para conducirlos á Inglaterra, bajo la pena de ser multados y presos.

—Me admiro de que el capitan nos haya recibido á bordo, dijo Richie.

—No se admirará vmd. de saber de que modo será despedido, dijo lord Nigel. Hé aquí un artículo que dice que esos tales holgalzanes serán enviados á Escocia á espensas de su Magestad, y castigada su audacia con la prision ó los azotes, segun las circunstancias. Esto quiere decir, segun su clase de pobres ó ricos: yo no veo otra distincion.

—Eso no se aviene con el proverbio:

Quien vé el semblante
De un rey amado,
Desde el instante
Se halla agraciado.

Pero ¿qué mas contiene ese papel?

—¡No es cosa! un articulito que nos concierne

particularmente, pues pronuncia penas mas severas todavia contra los que tengan el arrojo de presentarse en la córte con el pretesto de reclamar del rey el pago de deudas antiguas ; lo que es , segun dice la proclama , de todas las importunidades la que mas horror causa á su magestad.

—En eso el rey se parece á otros muchos deudores; pero los acreedores son una especie de moscardones que no todos pueden ahuyentar tan fácilmente como él.

Un aldabazo interrumpió en esto la conversacion. Miró Olifaunt por la ventana, y vió á un anciano respetable que no conocia. Richie echó tambien una mirada , y por haber visto que era el mismo de la vispera, fingió no haberle conocido. Para que no descubriese su amo que debia á él semejante visita, se salió del cuarto con el pretesto de ir á almorzar , y dejó á la señora Nelly el encargo de anunciar á lord Nigel la llegada del señor Jorge , encargo que desempeñó á las mil maravillas, y con su gracia acostumbrada.



CAPITULO IV.

Ay, Sir, the clouted shoe hath oft times craft ind
Ays says rustic proverb; and your citizen,
In's grogam suit, gold chain, and well-Hack'd shoes
Bears uncer his flat cap oft times á brain,
Wiser than burns beneath the cap and feather,
Or seethes within the statesman's veluet night cap.

READ ME MY RIDDLE.

Si, señor, debajo de una mala capa se oculta un buen bebedor, como dice el proverbio ; á veces un ciudadano honrado sin mas lujo que su trage modesto, su cadena de oro y sus zapatos lustrosos, tiene debajo de su gorro mas seso que el que cubre el bonete de plumas de un hidalgo ó el gorro de dormir de un diplomático.

ADIVINA MI ENIGMA.

Recibió el jóven lord escocés al mercader de la ciudad con una frialdad, que indicaba la especie de reserva con la que un hombre de un rango elevado procura hacer conocer algunas veces á un plebeyo que su visita es importuna. Pero el señor Jorge no se mostró ni descontento ni desconcertado. Se sentó en la silla que, por consideracion á á su edad, lord Nigel no pudo menos de ofrecerle, y guardó silencio durante algunos momentos, mirando á Nigel con interés y respeto.

—Perdóneme vmd. esta grosería, dijo al fin; queria encontrar en vmd. las facciones del digno lord vuestro respetable padre.

Hubo todavía otra pausa hasta que el joven Glenvarloch le respondiese, con la misma reserva siempre :

—Todos han creído que me parecía á mi padre, y me alegro, señor mio, de ver alguno que espese su memoria; pero el asunto que me ha obligado á venir á esta ciudad es urgente, y tal, que me veo en la precision....

—Le comprendo á vmd., milord, y no quisiera interrumpir largo tiempo sus asuntos; ni privarle de mas agradable conversacion. El objeto de mi visita se verá casi logrado, cuando haya dicho á vmd.. que me llamo Jorge Heriot : que la proteccion de vuestro escelente padre me dió á conocer á la familia real de Escocia, hace ya mas de veinte años; y que habiendo sabido que vuestra señoría se hallaba aquí por un asunto importante, me ha parecido un deber... encuentro sumo placer... en... en presentarme delante del hijo de mi protector, y como soy bastante conocido en la córte y en la ciudad, en ofrecerle mi celo, crédito y experiencia.

—No dudo que tengá vmd. ese crédito y esa experiencia, señor Jorge, y agradezco á vmd. la buena voluntad con que se ofrece á servir á un forastero ; pero mi asunto está ya concluido, y estoy resuelto á salir de Lóndres y aun de Inglaterra, y trasladarme á un pais estrangero para tomar en él servicio. Debiendo añadir que necesito salir tan pronto, que no tengo sino muy poco tiempo de que poder disponer.

El señor Heriothizo orejas de mercader, y permaneció inmóvil en su silla; pero con el embarazo de un hombre que tiene que decir alguna cosa

y no sabe como decirla. Al fin, sacudiendo la cabeza y sonriéndose, dijo :

—És vmd. muy dichoso, milord, en haber concluido con tal prontitud su asunto en la córte. Me ha dicho la señora Nelly que hace solo quince dias que vmd. llegó , y por lo regular pasan meses y aun años enteros antes que la córte y un pretendiente ó reclamante puedan darse la despedida.

—Mi asunto se ha concluido con muchísima brevedad, respondió lord Nigel con sequedad para acabar la conversacion.

No por eso abandonó el señor Heriot su asiento; y su aspecto respetable y la cordialidad benéfica que se echaban de ver en él, impidieron que lord Nigel manifestase mas claramente que deseaba perderle de vista

—Vuestra señoría, dijo el señor Jorge para seguir conversando, aun no ha tenido tiempo de ver todos los sitios públicos, las diversiones , los espectáculos y demas reuniones de la juventud. Pero sin duda el papel que tiene en la mano vuestra señoría es el anuncio de algun nuevo poema dramático. ¿Cuál es su título?

—¡Oh! es un drama muy conocido, respondió lord Nigel arrojando con impaciencia al suelo la proclama, es escelente, y ha sido muy aplaudido: *Nueva manera de pagar deudas viejas* (1).

—Conozco ese drama, dijo Heriot mientras recogia el papel; y su autor es mi antiguo amigo Felipe Massinger. Pero habiendo fijado sus ojos en la proclama, miro luego á lord Nigel Olifaunt, y le dijo sorprendido: ¡Creo que vuestra señoría no

(1) Es el título del drama de Manssinger.

piensa que esta prohibicion sea aplicable á su persona ó á su reclamacion!

—Trabajo me ha costado tambien á mí el creerlo, y sin embargo es un hecho positivo. Y le diré á vmd., para dar fin á esta conversacion, que se ha dignado su magestad enviarme esa proclama, como única respuesta al memorial lleno de respeto, en que le pedia el reembolso de considerables sumas que le prestó mi padre para el servicio del Estado, en un tiempo en que el rey se hallaba sin un cuarto.

—¡Imposible! ¡Eso es absolutamente imposible! Aun cuando el rey hubiese echado en olvido que es lo que se debe á la memoria de vuestro padre, no hubiera podido... diré mas: no hubiera osado cometer un acto de injusticia semejante, con el hijo de un hombre que aunque murió, vive todavía y vivirá en la memoria de todos los escoceses.

—Así lo hubiera creído yo, pero los hechos hablan.

—¿A qué se reducía la súplica? ¿En qué terminos iba concebida? ¿Quién la ha presentado? Preciso es que hubiese alguna cosa muy estraña en su contenido, ó...

—Puede vmd. examinar el borrador, dijo Nigel dándole un papel que sacó de una cartera. El fondo es de un legista escocés, hombre hábil y sensato: yo la he escrito, y me lisongo de que no se echan en ella de menos ni el respeto ni la moderacion.

El señor Heriot dijo, despues de haber leído el memorial:—¡Muy bien, escelente! ¡No puede escribirse con mayor respeto y dignidad! ¿Cómo

es posible que haya podido el rey tratar este memorial con desprecio?

—Le ha arrojado al suelo, y me ha enviado, en lugar de una respuesta, esa proclama que me clasifica entre los pobres y pordioseros que vienen de Escocia á degradar su córte á los ojos de los orgullosos ingleses. No he recibido otra respuesta. Y si mi padre no le hubiera sostenido con su valor, con su espada y con su fortuna, quizás el rey no hubiera visto la córte de Inglaterra jamás.

—Pero ¿quién ha presentado la súplica, milord? pues muchas veces el gusto con que se recibe un mensajero influye sobre la acogida del mensaje.

—Mi criado, el hombre que vmd. ha visto, y aun ha favorecido segun creo.

—¿Vuestro criado, milord? Trazas tiene de ser un mozo astuto. Podrá ser muy fiel; pero me parece que...

—¿Qué no he debido enviar tal mensajero al rey? Convengo en ello; pero ¿qué podía yo hacer? Han sido vanas cuantas tentativas he hecho para que mis memoriales lleguen hasta el rey: todos han quedado entre las manos de los empleados y secretarios; y habiéndome dicho ese mozo que tenía un amigo en la casa del rey, capaz de introducirle hasta la presencia del monarca, he creído...

—Muy bien, milor; pero dándole á vmd. su rango y su nobleza el derecho de presentarse en la córte, ¿por qué no ha solicitado una audiencia que no hubiera sido rehusada?

Avergonzóse el jóven lord mirando á su vestido, que era muy sencillo; pues, aunque se hallaba en buen estado, no era ya nuevo.

—No sé porqué deba avergonzarme de decir la

verdad, respondió un momento despues; no tenia un traje bastante decente para presentarme en la córte; estoy resuelto á no hacer gastos que no pueda pagar; y creo que no me aconsejaria vmd. ir á ponerme en persona á la puerta del palacio, para presentar mi memorial, con los mendigos que esponen á la letra su miseria y piden una limosna.

—Eso de ninguna manera convenia, dijo el señor Jorge; pero no puedo menos de persistir en creer, milord, que hay en esto alguna equivocacion, alguna circunstancia.. ¿Quiere vmd. permitirme hablar con ese criado?

—No sé de qué podrá eso servir, respondió el jóven lord; pero el interés que vmd. toma en mis desgracias es al parecer tan sincero, que.. Llamó y al momento llegó Moniplies limpiándose la barba y los bigotes, lo que manifestaba estar almorzando.

—¿Me permite vuestra señoría hacer algunas preguntas á su criado? Preguntó Heriot.

—Diga vmd. al page de su señoría, señor Jorge, si quiere espresarse como conviene.

—Déjese vmd. de impertinencias, le dijo su amo, contentándose con responder distinta y directamente á las preguntas que se le dirijan.

—Y *con verdad*, si vmd. lo lleva á bien, señor page, añadió el señor Jorge; pues sabe vmd. muy bien que tengo el don de descubrir los embustes.

—Muy bien, muy bien: sea enhorabuena, respondió Richie algo embarazado á pesar de su desfachatez; pero me parece que la verdad que basta á mi amo es bastante para los demas.

—Los pages mienten á sus amos por el dere-

cho que les dá la costumbre, dijo el señor Herriot; y vmd. se atribuye ese privilegio, aunque me parece que no es el mas jóven de la cofradía; pero en cuanto á mí, sino dice vmd. la verdad, le advierto que se acabará esto en el poste al que se amarran los pages.

—Y que no conviene á mi reposo, ni me agrada: asi pues veamos, señor Jorge, cualesson vuestras preguntas.

—Parece que entregó vmd. ayer á su magestad una súplica ó memorial, de parte de este honorable lord vuestro amo.

—No puedo negarlo: habia alli muchos testigos.

—Y ¿dice vmd. que arrojó su magestad el papel al suelo con desprecio? Mire vmd. que tengo los medios de saber lo cierto. Mas le valiera á vmd. hallarse metido hasta el pescuezo en el North-Loch, que elogiaba vmd. ayer tanto, que comprometer el nombre del rey con una mentira semejante.

—No hay necesidad de mentir para eso, dijo Richie con firmeza: el rey arrojó la *súplica*, como si le hubiese ensuciado los reales dedos.

—Ya oye vmd., señor, dijo Olifaunt.

—Perdone vmd., milord: es muy ladino, y tiene mucha solapa(1). No se escape vmd., señor page, dijo á Moniplies, que manifestaba deseos de continuar su almuerzo, aun no se han acabado todas mis preguntas. Al presentar á su magestad el memorial ¿le ha entregado vmd. alguna otra cosa?

—Y ¿qué pudiera haberle entregado?

(1) Tiene muchos pliegues en su capa, dice el original, aludiendo á Moniplies, *muchos pliegues*.

—Vmd. necesita decirmelo. Vamos, ¡diga vmd!

—Pues señor, en cuanto á eso... no diré que... que no puse en manos del rey... una pequeña *súplica* por mi parte con la de milord... para ahorrar tiempo, y que pudiese leerlas el rey al mismo tiempo las dos.

—¡Una *súplica* de vuestra parte, miserable! exclamó su amo.

—Me parece, milord, que los pequeños pueden tener que hacer *súplicas* como los grandes.

—¿Y qué contenía el tal memorialito? preguntó Heriot.—Suplico á vmd., milord, que no se impaciente, si desea poner en limpio este extraño asunto.—Vamos, respóndame vmd., señor page: yo respondo también de la seguridad de vmd.

—Larga sería la historia; pero se reduce en suma á una cuenta antigua de algunas cosas que dió mi padre, para la graciosísima madre de su magestad, cuando vivía en el palacio. Mi padre tuvo el honor de dárselas, y no dudo que el rey tendrá el de pagármelas; pues ciertamente me sería agradable coger esas monedas.

—¿Qué impertinencias son esas? exclamó lord Nigel.

—Es la pura verdad, como las palabras que pronunciaba John Knox (1). Esta es la copia de mi *súplica*.

Y sacó, al decir esto, de la faltriquera, un papel arrugado y súcio, que el señor Heriot le arrebató de entre las manos, y del cual leyó algunos fragmentos...—con el debido respeto espone.....

(1) El mas famoso entre los primeros apóstoles de la reforma en Escocia. Véase *El Monasterio*.

que la graciosísima madre de su magestad... deudora de quince marcos, cuya cuenta sigue:

Doce patas de ternera.

Un cordero por las navidades.

Un lechoncillo muy gordo, para el cuarto privado, un dia en que lord Bothwell cenó con su Gracia.

—Me parece, milord, que no es extraño que el rey haya recibido con alguna rudeza y mal humor un memorial semejante:—La consecuencia que saco yo, señor page, es que habrá tenido vmd. buen cuidado de presentar su súplica antes que la del amo.

—No, ciertamente, respondió Moniplies: mi intencion era presentar primero la de milord, como estaba en el orden, pues hubiera abierto el camino para la mia. Pero en medio del tumulto... de la confusion... del ruido que hacian todos esos animales de caballos, posible es que... tenia yo las dos en la misma mano... y tal vez la mia estaria encima. Además, si las cosas no han salido á derechas, yo he sufrido todo el miedo, todo el riesgo, y asi...

—Y los palos que faltan todavía, dijo Nigel. ¡Miserable! ¿Me dejaré yo insultar y degradar de ese modo? ¿Cómo te has atrevido á mezclar tus asuntos asquerosos con los míos?

—Vamos, vamos, milord, dijo el señor Jorge Herriot: yo he logrado descubrir su estupidez, y suplico á vmd. no le muela las costillas. Harta razon tiene vmd. de enfadarse; pero no ha cometido un pecado de malicia, sino de ignorancia, y en otras ocasiones servirá á vmd. mejor, si le perdona esta falta.

—Váyase vmd., señor page, yo me encargo de hacer las paces.

—No, no, dijo Moniplies, manteniéndose firme sin querer salir del cuarto : si quiere castigar de ese modo á un criado que le ha seguido por pura amistad, pues desde que salimos de Escocia, creo que no hemos tratado de salario... (pero no importa) que me dé milord cuantos palos guste: ya verá que es lo que vá á ganar con eso. Doy á vmd. sin embargo mil gracias, señor Jorge; pero quiero mas que mi amo me muela las costillas, que ver que se meta de por medio un extranjero.

—Váyase vmd., pues, dijo su amo, y aléjese de mi presencia, grandísimo majadero.

—Asi lo haré, respondió Moniplies antes de irse ; he venido porque me han llamado , y hace media hora que me hubiera ido de muy buena gana sin las preguntas del señor Jorge , que han alborotado el gallinero.

Salió murmurando asi, y como sorprendido de recibir reconvenciones , creyéndose con derecho á hacerlas.

—Nadie ha tenido jamás un criado semejante, dijo lord Nigel. No deja de tener capacidad, y le he encontrado siempre servicial y fiel. Pero tiene tan ventajosa opinion de sí mismo , es tan obstinado y cabezudo , que á las veces tiene mas trazas de ser el amo que yo. Y cuando hace alguna necedad , se queja como si tuviese yo la culpa y no él.

—No importa, milord, consérvele vmd. en su servicio. Mis canas y mi esperiencia se lo aconsejan á vmd. ; el afecto y la fidelidad son calidades mas raras en el dia que cuando no era tan an-

tigo el mundo. Pero no le confie vmd. encargos superiores á su nacimiento y educacion, pues ya vé vmd. lo que puede resultar.

—Todo eso es ciertísimo, señor Heriot, y lo que siento es haber sido injusto para con mi soberano y vuestro amo. Pero, como verdadero escocés, me arrepiento siempre muy tarde. El mal está hecho, y ha sido desatendida mi súplica. Echaré mano de mis recursos para ir con Moniplies á un pais estrangero á buscar los peligros y morir con las armas en la mano como mis antepasados.

—Valiera mas vivir para servir á vuestra patria como vuestro noble padre, milord. No hay que bajar los ojos ni menear la cabeza, pues el rey no ha desatendido la súplica, ni la ha visto siquiera. Solo pide vmd. justicia, y él la debe á todos sus súbditos. Si, milord, asilo debe hacer, y asi desea hacerlo.

—Asi quisiera yo creerlo, y no obstante.... no hablo de las injusticias que me han hecho, sino de mi pais, que ha sufrido muchos males que no han sido remediados.

—Milord, yo hablo del rey mi amo, no solamente como un hombre que agradece los favores recibidos, sino tambien con toda la franqueza de un escocés libre y leal. El rey se halla dispuesto á hacer á todos justicia: pero hay gentes á su lado que se valen de amaños para poner no pocos obstáculos. Vmd. ha sido ya, sin saberlo, víctima de tales manejos.

—Me admiro de que me hable vmd., señor Heriot, como si estuviese muy instruido acerca del estado de mis asuntos.

—Milord, respondió el platero, la naturaleza de

mi comercio me proporciona la entrada libre en lo interior del palacio. Es sabido que ninguna parte tomo en las intrigas y los manejos de ningún partido, y por esa razón ningún favorito ha procurado todavía impedir mi entrada al gabinete del rey: por el contrario, he sido amigo de todos ellos cuando estaban en candelero, y cuando han caído, he quedado yo en pie. Pero no puedo tener tan frecuentes relaciones en la corte sin saber, aun sin quererlo, qué ruedas son las que allí se mueven, y de qué medios se sirven los que aceleran ó retardan su movimiento. Es natural que, cuando quiero saber alguna cosa, busque los medios de lograrlo. He dicho á vmd. ya por qué tomo tanto interés en los asuntos de su señoría. Ayer noche cuando supe que se hallaba vmd. en Londres, y antes de venir aquí esta mañana, he logrado algunos informes acerca de los obstáculos que se oponen á vuestra justa pretension.

—Doy á vmd. gracias por el interés que toma en mi favor sin haberlo merecido, dijo Nigel, y no sé como he obtenido semejante favor;

—Ante todas cosas permítame vmd., milord, que le haga ver que es un interés verdadero. Y no es extraño que no quiera vmd. dar crédito á las protestas de un extranjero, cuando sus parientes y las personas de su rango, con las que tenia vmd. tantas relaciones, le han manifestado tan poca amistad. Pero escúcheme vmd.; hay sobre los bienes de vuestro padre una hipoteca de cuarenta mil marcos, que se deben á Pelegrin Peterson conservador de los privilegios de Escocia en Compere.

—No sé qué viene á ser una hipoteca, respon-

dió el jóven lord: pero es cierto que hay un *Wadset* y sino le redimo, pierdo todos los bienes de mi padre por una suma que no llega á la cuarta parte de su valor. Por esta razon quiero que me pague el gobierno las sumas que debia á mi padre, para poder sacar mis bienes de entre las manos de un acreedor avariento.

—Lo que llaman *wadset* en Escocia es lo mismo que una hipoteca por este lado del *Tweed*. Pero no conoce vmd. todavia á su verdadero acreedor. El conservador *Peterson* es un testafarro que presta su nombre á otros, y es este nada menos que el lord Canciller de Escocia, que espera por medio de esta deuda apropiarse él mismo los bienes de vmd., ó tal vez, cederlos á otra tercera persona de mas influjo y poder. Probablemente permitirá á su hechura *Peterson* entrar en posesion de los bienes; y cuando se haya echado en olvido lo odioso de este asunto, los dominios de vmd. serán transmitidos al gran personage por el testafarro, simulando una venta ó convenio.

—¿Y es eso acaso posible? dijo lord *Nigel*: el lord canceller lloró cuando me despedí de él: me llamó su primo, y aun su hijo, y me dió cartas de recomendacion. Aunque no le pedí ningun socorro pecuniario, me dijo que sentia no poder ofrecerme ningun dinero, por razon de los gastos que exigian su rango y su familia. No, no puedo yo creer en un noble, tal bajeza y perfidia.

—Es cierto que yo no soy noble, respondió el platero; pero ya vé vmd. que tengo canas. ¿Habia de deshonorarlas yo mintiendo bajamente en un asunto, que solo puede interesarme porque es concerniente al hijo de mi protector? Haga vmd.

sus reflexiones: ¿qué ventaja ha sacado vmd. de las cartas del lord canceller?

—Ninguna: buenas palabras, cumplimientos fastidiosos, hojarasca y nada mas. He pensado que los sugetos, á quienes venian dirigidas estaban deseando perderme de vista. Sin embargo uno de ellos, á quien hablé ayer acerca de mi proyecto de espatriarme, me ofreció el dinero que necesitase para embarcarme.

—Eso ya lo concibo muy bien: con gran placer le darán á vmd. alas los que no quieren que permanezca aqui.

—Voy á buscarle ahora mismo, dijo lord Nigel, y decirle que es lo que pienso acerca de una conducta tan infame.

—Espero que no lo hará vmd., dijo Heriot deteniéndole: ¿quiere vmd. por una querrela semejante causar la ruina del que le ha dado esos avisos? Con gusto arriesgaria la mitad de cuanto tengo en mi tienda por servir á vmd., pero creo que sentiria haberme hecho daño sin sacar de ello algun provecho.

—La palabra *tienda* sonó bastante mal al oido del jóven lord que replicó con viveza:

—¡Dañar á vmd., señor mio! tan lejos estoy de querer dañar á vmd., que le suplico cese en hacer ofrecimientos inútiles de servicio, á un hombre á quien no puede servir.

—Déjeme vmd. hacer lo que pueda. Hasta aquí ha escogido vmd. un mal camino. Permítame llevarme el borrador de esta súplica: la haré poner en limpio, y me lisonjeo de que sabré escoger con mas tino y prudencia que vuestro page, el momento de ponerla en manos del rey. Espero que

pronto tendré una ocasion, y casi me atrevo á asegurar que dará la respuesta que vmd. desea; pero aunque no la dé al momento, no por eso abandonaré tan buena causa.

—Señor Heriot, dijo lord Nigel; son las palabras de vmd. tan amistosas, y me encuentro yo en tal estado, que no sé como podré dejar de aceptar sus ofrecimientos, aunque me abochorno de admitir los favores de un extranjero.

—Somos ya bastante conocidos uno de otro, respondió el platero; y para recompensarme, cuando haya logrado mi intento, y se haya restablecido la fortuna de vmd., podrá comprar el servicio de plata en casa de Jorge Heriot.

—Seré muy mal pagador, señor Heriot.

—No lo creo. Pero me alegro mucho de ver á vmd. con semblante mas alegre: me parece que veo en vmd. ahora las facciones del lord vuestro noble padre, lo que me dá aliento para pedir á vmd. una gracia, y es la de venir á comer mañana conmigo sin ceremonia. Vivo cerca de aqui en Lombard-Street. Mi comida diaria se reduce á una taza de buen caldo, un capon bien asado y algun guisado á la escocesa, en honor del pais, y podremos tambien añadir un vaso de buen vino, anterior á la época en que la Escocia y la Inglaterra llegaron á formar una nacion. Nos acompañarán uno ó dos compatriotas nuestros, y tal vez conseguirá mi tia que nos acompañen tambien una ó dos hermosas conciudadanas.

—Aceptaria gustoso el convite, señor Heriot; pero para presentarse á las señoronas de Lóndres, necesitaria ir bien vestido. No quisiera degradar la idea que ellas han podido formar de un noble

escocés; pues sin duda les hace vmd. elogios de nuestro pobre país; y en este momento mi traje nada tiene de brillante.

—La franqueza de vmd., milord, me estimula á dar otro paso mas. Soy... soy deudor á vuestro padre de algun dinero; pero si vuestra señoría me mira así de hito en hito, no podré proseguir mi historia; y hablando en plata, jamás he sabido mentir. Diré á vmd. por lo mismo, milord, que para lograr nuestro intento, es preciso que se presente vmd. á la córte como conviene á su rango. Yo soy platero, y mi comercio se estiende tambien á prestar dinero (1). Deseo dar á vmd. prestadas cien libras esterlinas, que me pagará cuando se hayan arreglado sus asuntos.

—¿Y si no se arreglan nunca?

—En tal caso, milord, la pérdida de una suma semejante seria lo que menos me afligiria.

—Señor Heriot, dijo lord Nigel, me ofrece vmd. servirme con generosidad, y lo acepto con franqueza. Debo presumir que espera vmd. mas que yo sacarme de este apuro; pues creo que sentiria vmd. abrumarme con un nuevo peso, aconsejándome contraer otras deudas que no pueda pagar. Recibiré el dinero que vmd. me ofrece, esperando que me pondrá en estado de devolvérsele.

—Le haré ver á vmd., milord, respondió el platero, que pienso tratarle como á un deudor que podrá pagarme; y en consecuencia tendrá vmd. la complacencia de firmar el recibo de la

(1) Los plateros de Lóndres, por lo menos los de segunda clase, han continuado hasta el dia colocando su dinero de muchas maneras: prestan cuanto se quiera guardando en depósito alhajas de valor.

suma, obligándose al mismo tiempo á pagarla.

Sacó de la cintura el estuche que contenia lo necesario para escribir, y dictó él mismo el recibo que exigia. Sacando despues de la faltriquera un saquito de cuero, dijo que debia haber allí cien libras, y las contó. Nigel le dijo que no se molestase, pues recibiria la suma fiándose en su palabra; pero eso se oponia á las ideas del viejo y al modo que tenia de tratar sus negocios.

—Permitame vmd., milord, le dijo, seguir la rutina: los mercaderes de la ciudad somos gente prudente y circunspecta; y perderia mi reputacion en todas partes, hasta donde puede llegar el sonido de las campanas de San Pablo, si recibiese una obligacion, y firmase despues el recibo de una suma que no hubiese sido contada y entregada. Vea vmd., creo que está cabal. Y añadió mirando por la ventana: veo que me han traído la mula, es preciso que vaya á Westward-Hoe. Guarde vmd. su dinero, milord, no es cosa prudente dejar gorgear á esos gilgueros (1) cerca de sí en un cuarto alquilado de Lóndres. El cofre de vmd. no tendrá quizás una cerraja bastante segura, y en tal caso podré proporcionarle uno muy barato, que ha guardado muchos miles de libras. Era del buen sir Faithful frugal: el despilfarrado de su hijo ha vendido la cáscara despues de haber comido la nuez, y eso se vé con frecuencia en la ciudad.

—Espero que la fortuna de vmd. tendrá otro fin, señor Heriot, dijo el jóven lord.

(1) La palabra inglesa es *gold-finch*: las plumas doradas del gilguero hacen que se le dé este nombre: *gold-finch* pájaro de oro.

—Yo tambien lo espero, milord, respondió risueño el viejo platero; pero, para servirme de una frase del honrado John Bunyan, añadió enternecido, me ha probado Dios al perder dos hijos, y solo tengo uno adoptivo. ¡Ay! ¡y qué cerca están las desgracias de las dichas! Pero me resigno, y agradezco al cielo los favores que me ha enviado. No me faltarán herederos mientras haya huérfanos en Auld-Reckie (1). Muy buenos dias, milord.

—Uno de ellos debe á vmd. muchísimas gracias, dijo lord Nigel acompañándole hasta la puerta del cuarto: y no poco trabajo costó al viejo impedir que le acompañase hasta la de la calle.

Al fin de la escalera pasó por la tienda, y la señora Nelly le saludó. Le preguntó si se hallaba con salud su marido, y respondió ella que estaba ausente, porque había ido á Deptford, á arreglar una cuenta con el dueño de un barco holandés. Nuestro tráfico le obliga á ausentarse á menudo, pues está á las órdenes del primer marinero que necesite una libra de estopa.

—Y hace muy bien en eso, dijo el platero. Dele vmd. memorias de mi parte, de parte de Jorge Heriot de Lombard-Street; le conozco: es justo y puntual; exacto en cumplir lo que promete. Cuide vmd. mucho de que nada falte á ese noble señor. Aunque en el dia le acomoda vivir retirado y solo, no deja de haber gentes que se interesan por el, y estoy encargado de darle cuanto necesite. Podrá vmd. cuidar de que me dé su marido noticias de milord, diciéndome si necesita alguna cosa

(1) En Edimburgo. (*La vieja ahumada*).

—¿Pero es un lord acaso? Así lo había pensado yo al verle tangalan y airoso, ¿Por qué no va, pues, al Parlamento como los demás?

—Irá al Parlamento de Escocia, que es su país.

—¡Ah! no es mas que un lord escocés! Por eso está sin duda avergonzado de tomar el título.

—¡Que no le oiga á vmd. hablar así!

—¿Quién? ¡yo! no me pasará semejante cosa por el pensamiento. Sea inglés ó escocés, es un hombre cortés y amable, y para que nada le falte, le serviré yo misma, é iré hasta Lombard-Street á decir á vmd. lo que fuere necesario.

—Su marido de vmd. es quien debe ir á buscarme, respondió el platero, que era algo rígido y formal: dice el proverbio que la muger andariega echa la casa por tierra; y deje vmd. que sirva al lord su criado en su cuarto; pues será lo mas conveniente. Adios, señora.

—Adios, señor, respondió la señora Nelly con bastante frialdad. Y cuando estuvo ya lejos, lo bastante para no poder oír lo que ella decía, añadió con tono áspero: ¿Quién te pide á tí consejos, calderero escocés de los demonios? Mi marido es tan cuerdo y tan viejo como tú; y siempre que esté contento, no hay mas que pedir. No es tan rico como otros; pero le verá algun dia montado como ellos, sobre una mula bien enjaezada, y con un par de lacayos que le sigan á la cola.

CAPÍTULO V.

Wherefore come ye not to court?
Certain' tis the rarest sport;
There are silks and jewels glistening,
Prattling fools and wise men listening,
Bullics among brave men justling,
Beggars amongst nobles bustling;
Low-breath d' talkers, minion lispers,
Cutting honest throats by whispers;
Wherefore come ye not to court?
Skelton swears tis glorious sport.

SKELTON SKELTONIZETH.

¿Por qué no venis á la córte? Es á la verdad una de las mejores diversiones; aqui brillan las fajas y las sedas: se vé á los locos charlatanes atendidos por los sábios, á los fanfarrones y perdonavidas entre los verdaderos valientes, á los miserables mendigos alternando con los poderosos, á los hipócritas y hombres afeminados manchando la honra agena con sus cuchicheos. ¿Por qué, pues, no venis á la córte? Segun asegura Skelton es la mas completa diversion.

SKELTON SKELTONIZETH.

No precisamente por ostentacion, nuestro benéfico platero habia dado orden á dos criados de venir con su mula, lo que, segun ha visto el curioso lector, exaltó algun tanto la bilis de la muger de Christie. Verdad es que se apaciguó con el soliloquio que hemos referido. Además del deseo natural de darse los humos de un rico negocian-

te, iba el buen hombre á Whitehall para hacer ver al rey Jacobo una obra de plata preciosamente trabajada, que pensaba agradaria infinito á su magestad, ya que no quisiese comprarla. Habian puesto á la mula una gualdrapa, para pasar por calles estrechas, sucias, y llenas de transeuntes. Un criado llevaba la obra de plata, cubierta con un pedazo de tafetan rojo, y otros le servian de escolta, porque era tal el estado de la policia en la capital, que se veian las gentes públicamente atacadas en las calles; y los que tenian que temer verse robados ó asesinados, procuraban, si eran prudentes, ir acompañados de gente armada. Esta costumbre, adoptada en un principio por los grandes y los hidalgos solamente, se estendió poco á poco á todos los ciudadanos que hubieran podido por sus circunstancias escitar la rapacidad de los ladrones.

Yendo de ese modo á Whitehall, se detuvo el señor Jorge Heriot enfrente de la tienda de su compatriota el relojero, y habiendo encargado á Tunstall que viese si iba bien su reloj, quiso hablar á su amo. Al punto salió el relojero de su caverna, con un semblante parecido al de un busto de bronce, negro por el polvo, y brillante aquí y allí con algunas partículas de cobre. Tan ocupado estaba en los cálculos á los que acababa de entregarse, que miró á su amigo el platero durante un minuto, antes de dar muestras de saber quien era el que tenia delante, y de comprender el convite que le hacia Heriot de ir á comer con él el dia siguiente, al mediodia, con la linda mistress Margarita, su hija, previniéndole que encontraria allí á un jóven conciudadano suyo.

—Yo te haré hablar por fuerza, dijo entre sí Heriot viendo que no le respondía su amigo. Mi vecino David, añadió mudando de repente el tono y alzando la voz: dígame vmd. cuando ajustaremos la cuenta de la plata que tengo dada á vmd. para el reloj del palacio de Theobal (1), y el péndulo que ha hecho vmd. al duque de Buckingham. Habiendo tenido que pagar á la casa de comercio española, ¿necesito acaso decir á vmd. que han pasado ya dos meses desde la entrega?

Tan ágrio, tan ronco, tan penetrante es el sonido de la voz de un acreedor que pide con fuerza y precision lo que le deben, que ningun tímpano, por mas duro que sea, es capaz de resistir á él. David Ramsay se estremeció, volvió en sí, y respondió enfadado:

—¡Ciertamente, Jorge, que no merecen tanto ruido unas ciento y veinte libras á lo sumo! Todo el mundo sabe que sé pagar lo que debo, y vmd. mismo me ha dicho que aguardaria hasta que su graciosísima magestad y el noble duque me hubiesen pagado. Vmd. debe saber por esperiencia que no puedo ir á dar gritos descompasados á la puerta de suscasas, como un montañés grosero, del mismo modo que viene vmd. á hacerlo á la mia.

Heriot se sonrió y le dijo:—Muy bien, David, veo que el pedirle á vmd. dinero hace el mismo efecto que si le echasen á cuestras un caldero de agua; lo que prueba que es vmd. un hombre como los demas. Dígame vmd. ahora, como un cristiano responde á lo que se le pregunta, si consien-

(1) A doce leguas de Lóndres, residencia predilecta de Jacobo I.

te vmd. en venir á comer mañana al mediodia con mi linda ahijada mistress Margarita, para acompañar á nuestro noble compatriota, el jóven lord de Glenvarloch.

—¡El jóven lord de Glenvarloch! De muy buena gana. Mucho gusto tendré en volver á verle. Cuarenta años hace que no nos hemos visto. Estaba dos años mas adelantado que yo en el estudio de las humanidades. ¡Esceleute mozo!

—Vmd. habla de su padre.... del padre.... del padre. ¿Me comprende vmd. vegestorio, botarate aritmético? Sería, por cierto, un lindo muchacho, si viviese, el digno señor. Le hablo á vmd. de su hijo, el lord Nigel.

—¡De su hijo! Quizás necesita un cronómetro ó un reloj. Pocos señores jóvenes se privan de ellos en el dia.

—Pudiera aun, ¿quién sabe? comprar la mitad de vuestra tienda, si pudiese cobrar lo que le deben. Pero, David, no eche vmd en olvido su promesa, ni haga tampoco lo que hizo el dia en que mi cocinera tuvo que cocer una cabeza de carnero hasta las dos, aguardando á vmd.

—Y eso le hizo muchísimo honor, porque nos pareció esceleute; aunque, como dicen en nuestro pais, una cabeza de carnero, cuando está demasiado cocida es un verdadero pescado.

—Muy bien, David; pero como no tendremos mañanacabeza de carnero, podrian muchos platos perder todo su mérito; y ningun refran que yo sepa, les daria su verdadero gusto y sazón. Comerá tal vez con nosotros el amigo Mungo Malagrowth, pues pienso convidarle; y asi acuda vmd. á las doce en punto.

—Si, iré, y seré tan exacto como un cronómetro.

—Sin embargo no me fiaré de vmd. —Jenkin, amiguito, escuche vmd. Vaya vmd. á encargár á Juanita la comision de decir á mi linda ahijada, mistress Margarita, que recuerde con cuidado á su padre, que necesita ponerse mañana bien vestido, para ir á mi casa antes del mediodia. Díga-le vmd. que comerá con nosotros un noble escocés, un lord, muy buen mozo.

Esto causó á Jeekin aquella especie de tos seca, á la que están sujetos los que reciben un encargo que les desagrada, ó los que escuchan opiniones opuestas á las suyas y no se atreven á contradecirlas.

—¿Qué quiere decir esa tosecilla? preguntó el señor Jorge, que, como hemos dicho ya, era rígido en punto á la disciplina doméstica. ¿Hará vmd. mi encargo, ó no, buena alhaja?

—Si, por cierto, señor Jorge, respondió el aprendiz; y solo quería decir que no era probable que mistress Margarita echase en olvido un convite semejante.

—Asi lo creotambien yo, es una buena muchacha, y tiene afecto á su padrino, aunque suelo llamarla algunas veces aturdida. Escúcheme vmd. Jenkin, su camarada de vmd., y vmd. harán muy bien en ir con sus garrotes para acompañarles cuando vuelvan á casa. Pero tengan vmds. cuidado de cerrar la tienda y decir antes á Sam Porter que vele y dé suelta al perro. Les escoltarán á vmds. dos criados míos, pues dicen que los jóvenes del Templo son ahora mas aturdidos y alborotadores que lo han sido jamás.

—Sabremos defendernos de sus aceros con

nuestros garrotes, respondió Jenkin, sin necesidad de los criados de vmd.

—Y si fuere necesario, añadió Tunstall, tenemos espadas tan buenas como los estudiantes del Templo.

—No, no, de ningun modo, jamás; dijo el platero: ¡Ceñir espada un aprendiz! ¡Dios nos libre de semejante cosa! Tanto valiera verle con sombrero con plumas.

—Pues bien, replicó Jenkin, usaremos de armas propias de nuestra condicion, y defendéremos á nuestro amo y su hija, arrancando las piedras de la calle, si fuere menester.

—Eso se llama hablar como verdadero aprendiz de Lóndres, dijo el señor Jorge, y en pago beberán vmds un trago á la salud de los padres de la ciudad. Observo á vmds., y veo que son buenos muchachos, y que prometen mucho, cada cual segun su carácter.—¡Adios, David! hasta mañana, al mediodia, sin falta.

Al decir esto montó sobre su mula y la dejó ir al paso, atravesando Temple-Bar con la lentitud que convenia á su clase y permitia á sus criados seguirle á pié.

Hizo otro alto á la puerta del Templo, se apeó de la mula, y entró en una de las tiendecitas que ocupaban allí los escribientes públicos. Un jóven cuya cabellera era muy corta y no le cubria las orejas, se acercó á él saludándole con la mayor humildad, y quitándose el sombrero, que no quiso volver á ponerse, por mas señas que para ello le hizo el mercader.

—¿Cómo vamos de negocios, Andrés? le preguntó el platero.

—Bastante bien, señor, respondió el jóven escribiente con respeto, gracias á la proteccion de vmd.

—Saque vmd. un buen pliego de papel y una pluma nueva, córtela vmd. muy bien. La raja vmd. demasiado, Andrés, y es una pura pérdida en vuestro oficio. El que no cuida de un grano de trigo jamás llegará á tener una fanega. Un sábio que llegué á conocer yo, escribia mas de mil páginas con la misma pluma.

El jóven escuchaba las advertencias que le hacia el platero sobre su oficio, con veneracion y docilidad.

—Con las instrucciones de un hombre como vmd., respondió, un pobre como yo puede esperar hacer alguna fortuna.

—Mis instrucciones son cortas, Andrés, y es fácil ponerlas en práctica: sea vmd. honrado, industrioso y económico, y conseguirá vmd. pronto riquezas y consideracion. Sáqueme vmd. una copia de este memorial con todo esmero y primor: aguardaré hasta que vmd. haya concluido.

El jóven puso manos á la obra, y sin dejar la pluma, ni perder de vista el papel, sacó la copia que satisfizo los deseos del que le empleaba. El señor Jorge le dió un ángel (1), y le encargó guardar siempre la mayor discrecion en todos los asuntos que pasasen por su mano. Montó sobre su mula, y continuó su camino por el Strand.

Quizás conviene decir al curioso lector que en aquella época Temple-Bar, por donde pasaba Heriot, no estaba cerrado con la puerta ar-

(1) Moneda de aquel tiempo.

queda que se encuentra en el día , sino con un enrejado ó una barrera, que algunas veces solian cerrar con cadenas. El Strand no era una calle con casas á un lado y otro , aunque empezaba á serlo. Se le podía mirar aun como una especie de camino real , que estaba cubierto del lado del sur de casas y palacios pertenecientes á los nobles, y cuyos jardines llegaban hasta el Támesis, con escaleras que facilitaban entrar en los barcos. Estos edificios han dado los nombres de sus nobles dueños á casi todas las calles que van ahora desde Strand al Támesis. Del lado del norte habia tambien muchas casas, y detrás, como en San Martin, San Lane , y otros sitios, se levantaban edificios; pero Convent-Garden era una huerta, ó por lo menos solo habia allí algunas casassin órden (1). Todos los alrededores anunciaban sin embargo, el aumento rápido de una capital que habia gozado largo tiempo de las ventajas de la paz y de la opulencia, bajo un buen gobierno. Por todos lados se veian casas nuevas: y nuestro platero se figuraba la época poco remota, en la que la especie de camino que seguia llegaría á ser una calle regular, uniendo el pueblo y la córte á la ciudad de Lóndres. Pasó despues á Charing-Cross , que no era ya aquella bonita aldea, en que los jueces solian almorzar yendo á Westminster-Hall, y que empezaba, segun la espresion de Johnson, á ser la arteria por la que pasa toda la sangre de la poblacion de Lóndres. Pero á pesar del crecido número de casas que se

(1) Convent-Garden, es ahora una plaza. El segundo teatro de Lóndres tiene una salida por aquel punto.

aumentaba de dia en dia , solo podian dar una idea débil de lo que es en el dia aquella plaza.

Por fin Whitehall vió llegar á nuestro viajero, que entró por una de las puertas trazadas por Holbein y construidas con ladrillos; puerta que Moniplies habia tenido la desfachatez de comparar con West-Port de Edimburgo. Entró en el vasto palacio de Whitehall , en donde se echaba de ver por todas partes la confusion que acompaña á los trabajos de una nueva construccion. No creia entonces Jacobo que edificaba un palacio, con ventanas , por una de las cuales saldria su hijo un dia para ir al cadalso. Ocupábase en demoler las antiguas habitaciones casi arruinadas de De Burg, de Enrique VIII y de Isabel , para sustituir la arquitectura soberbia en la que Inigo Jones desplegaba todo su genio. Ignorando el rey el porvenir , y queriendo activar con su presencia los trabajos, residia aun en Whitehall, en medio de los escombros de las habitaciones antiguas, y de la confusion que causaba la construccion del nuevo edificio, que formaba entonces un intrincado laberinto.

El platero de la casa del rey, que era al mismo tiempo; si no miente la fama, su banquero algunas veces, porque estas dos profesiones aun no estaban separadas la una de la otra, era un personaje demasiado importante para que ningun portero ni centinela alguna le detuviese medio minuto. Dejando su mula y sus dos criados en el primer patio, llamó á una puerta trasera del palacio, y fué admitido al momento, seguido del otro criado que llevaba la consabida obra de plata. Le dejó en una antecámara, en la que estaban tres ó

cuatro pages con librea, desabrochados, ó en mangas de camisa; en una palabra, sin la decencia y respeto que debian inspirar al parecer el sitio en que se encontraban, y la proximidad de la persona de un monarca. Estaban jugando, ó tendidos sobre los bancos, y medio dormidos. Una galería inmediata estaba guardada por dos porteros, que se sonrieron al dejar entrar al rico platero sin el menor obstáculo. No le dijeron una sola palabra; pero el uno de ellos miró primeramente á Heriot, y despues á una puerta pequeña entreabierta, como para preguntarle: ¿es allí á donde tiene vmd. que ir? El platero inclinó la cabeza en lugar de decir que sí; y el cortesano, caminando sobre la punta de los pies, como si hubiera tenido que pisar sobre huevos, se adelantó hasta la puerta, la abrió con mucho tiento, y pronunció en voz baja dos ó tres palabras. El platero oyó luego la voz del rey Jacobo, que respondió con acento enteramente escocés:—Déjele vmd. entrar, Maxwell. Habiendo vivido tanto tiempo en la córte, ¿ignora vmd. acaso que el oro y la plata son recibidos bien siempre en todas partes?

El portero hizo á Heriot la señal de entrar, y el rico platero fué introducido en el gabinete del soberano.

La escena de confusion y desorden en la que encontró al rey sentado, era una débil imágen del espíritu de aquel príncipe. Veíanse allí soberbios cuadros y adornos riquísimos, pero estaban mal colocados, llenos de polvo, y perdian la mitad de su mérito, ó por lo menos, del efecto que debian producir, por no estar bien presentados á la luz. Al lado de algunos tomos enormes en fólío, habia co-

lecciones pequeñas de chistes y de anécdotas licenciosas. Estaba la mesa cubierta de notas, de discursos dilatadísimos, de ensayos sobre el arte de reinar, coplas y balatas miserables del real aprendiz del arte de la poesía, (ese título se daba á sí mismo el rey) de proyectos acerca de la pacificación general de la Europa, y habia allí tambien una lista que contenia los nombres de sus perros, y una coleccion de recetas contra la rabia.

Gastaba Jacobo un vestido de terciopelo acolchado y forrado de modo que no pudiese penetrarle un puñal; lo que le hacia parecer tan corpulento que le afeaba mucho. Cubria este trage unabata oscura, de cuya faltriquera sacaba su corneta de caza. Su sombrero alto y ceniciento, rodeado de una cadena de rubís, estaba en el suelo entre el polvo, y tenia una gorra de dormir de terciopelo azul, con una pluma de un ave que algun halcon favorito habia cogido entre sus garras en un momento crítico y que guardaba el rey como un recuerdo.

Estos contrastes ridículos en su trage y en sus ocupaciones, eran el símbolo de los de su carácter, que sus contemporáneos no podian definir, y debia ser un problema para los futuros historiadores. Se hallaba profundamente instruido, y no tenia ningun conocimiento útil: manifestaba en muchas ocasiones sagacidad, y no tenia un juicio sano. Aunque sostenia fuertemente su autoridad, y buscaba los medios de mantenerla y aumentarla, se dejaba no obstante conducir por los favoritos mas indignos. Defendía altamente por medio de sus discursos el mas mínimo de sus derechos, y los veia tranquilo cuando estaban caidos y holla-

dos. Le gustaban al rey Jacobo las negociaciones, y jamás era el mas ducho en ellas; y temia la guerra, siendo asi que hubiera podido hacer conquistas. Quería sostener su dignidad, y se degradaba á cada paso con familiaridades inoportunas. Era capaz de entregarse al trabajo en los negocios públicos, y los descuidaba, siempre que interviniese la menor ocasion de divertirse. Era erudito pero pedante; era sabio, y le gustaba la conversacion de los ignorantes, y las gentes sin educacion. Su natural timidez no era uniforme, y en algunos momentos de su vida, en los lances criticos, desplegó la energía de sus ascendientes. Era laborioso para las cosas frívolas, y frívolo cuando debia entregarse á algun trabajo sério. Tenia sentimientos religiosos; pero solian ser profanos sus discursos. Era naturalmente justo y benéfico; y no sabia reprimir las injusticias ni las opresiones que cometian los que le rodeaban. Era avariento cuando se trataba de dar dinero por su propia mano, y le prodigaba de un modo inconsiderado cuando solo tenia que firmar un libramiento contra el tesorero. En una palabra, las buenas calidades que manifestaba en las ocasiones particulares, no eran ni bastante sólidas, ni bastante constantes para dirigir su conducta en general; y como no las manifestaba sino por intérvales, le han dado únicamente derecho á la reputacion que le dá Sully, diciendo que era el loco mas sábio de toda la cristiandad.

Por un destino tan raro como su carácter, este monarca que entre los Estuardos fué el que tuvo ciertamente menos talento, se sentó tranquilamente en un trono contra el que sus predecesores

habian tenido tanto trabajo en defender el suyo. Y en fin, aunque parecia destinado su reinado á asegurar á la Gran Bretaña la tranquilidad durable y la paz interior que convenian tambien á sus disposiciones, se esparcieron sin embargo, mientras reinó, los gérmenes de disension que dieron, como los dientes del dragon de la fábula, por cosecha una guerra civil, sangrienta y universal.

Tal era el monarca que, saludando familiarmente á Heriot con el nombre de Geordie Retintin, pues era costumbre suya inveterada dar nombres á todos los que trataba con familiaridad, le preguntó con qué nueva estratagema venia á privarle de su dinero.

—¡No quiera Dios, señor, respondió el platero, que pueda yo concebir un proyecto tan desleal! Vengo solo á hacer ver á vuestra magestad una obra de plata que, siendo tan hermosamente trabajada, y representando un asunto tan sublime, no he debido ofrecer á ninguno de vuestros súbditos antes de ponerla á vuestra disposicion.

—Poco perderemos en verla, Heriot, aunque el último servicio de plata para Steenie me ha parecido tan caro, que casi me habia dado mi palabra real de no volver á cambiar mi oro ni mi plata por la de vmd.

—En cuanto á la obra de plata del duque de Buckingham, vuestra magestad, señor, habia ordenado que nada se ahorrara para que...

—¿Qué importa lo que yo habia ordenado? Cuando un hombre cuerdo se halla rodeado de locos ó de niños, se ve obligado á jugar y á hacer locuras como ellos; pero hubiera debido vmd. tener bastante tino y reflexion para oponerse á las

fantasías de Carlillos y de Steenie. Hubieran querido cubrir el piso de sus cuartos con plata, y me admiro de que no lo hayan hecho.

Heriot inclinó la cabeza, y nada quiso replicar. Conocía demasiado á su amo, para procurar justificarse sino por una alusion distante de sus órdenes; y Jacobo, que en las ideas de economía, solo tomaba un interés pasagero y momentáneo, concibió luego el deseo de ver la obra de plata que Heriot le queria manifestar. Dió orden á Maxwell de ir á buscarla, y preguntó entre tanto á Heriot de donde venia.

—De Italia, señor, respondió el platero.

—¿Pero hay algo en ella que huela á papismo? dijo el rey poniéndose muy sério.

—No por cierto, señor; no seria acertado traer á la presencia de vuestra magestad la menor cosa que tuviese el signo de la bestia.

—Vmd. seria no poco bestia en semejante caso. Nadie ignora que en mi juventud he combatido á Dagon, y que le he arrojado por tierra en su mismo templo, prueba evidente de que algun dia tøndré, aunque indigno, el título de Defensor de la Fé. (1) Pero aquí llega Maxwell, encorvado con su peso, como el asno de oro de Apuleyo.

Heriot descargó al portero, cogiendo el salero, que era una obra de plata muy grande (2) y le co-

(1) Título de los reyes de Inglaterra desde Enrique VIII.

(2) El salero que se usaba aun en Inglaterra en aquella época, era una obra de plata muy grande, y representaba una torre ó castillo, un peñasco, etc., se dividía con muchisima variedad, y en él ponian diferentes suertes de especias, salsas, etc. Se colocaba en medio de la mesa, y servia de linea de division entre los convidados de distinto rango.

locó en un sitio conveniente para que viese el rey las esculturas.

—¡Por vida mia! dijo el rey, que es una alhaja curiosa y digna al parecer de un rey. Tiene vmd. razon, Geordie; el asunto es propio de una testa coronada, pues es, segun veo, el juicio de Salomon, príncipe cuyos pasos deben seguir todos los monarcas con emulacion.

—Pero cuyos pasos, dijo Maxwell, si puede un súbdito hablar así, solo uno ha podido hasta ahora seguir.

—Calle vmd., adulator miserable, dijo el rey con una sonrisa que hacia ver que no le habia desagrado la lisonja; mirad esta obra maestra, y moderad la lengua. ¿Y quién ha trabajado una obra tan bella, Geordie?

—Señor, se debe á las manos del famoso florentino Benvenuto Cellini, y la habia hecho para Francisco I, rey de Francia; pero creo que logrará mas digno dueño.

—¡Francisco de Francia! ¡Enviar Salomon, rey de los judíos á Francisco, rey de Francia! ¡Por vida mia! bastaba eso para declarar á Cellini loco rematado, aunque jamás hubiese dado otras pruebas de locura. ¡Francisco! era un extravagante que solo pensaba en batirse, y en nada mas; le hicieron prisionero en Pavia como á nuestro David de Escocia en Durham. Si hubiesen podido enviarle la sabiduría de Salomon, le hubieran hecho mayor servicio. Pero Salomon debe tener mejor compañía que la de Francisco de Francia.

—Espero que Salomon logrará esa dicha.

—La escultura es curiosa y bien ejecutada, continuó diciendo el rey; pero me parece que el

verdugo vibra su sable demasiado cerca del rey, pues pudiera tocarle. No se necesitaba de toda la sabiduría de Salomon para hacerle conocer que una hoja bien afilada es peligrosa siempre, y hubiera debido dar orden al tal hombre de envainar el sable ó alejarle mas.

Jorge Heriot procuró responder á esta crítica diciendo al rey que el ejecutor estaba en la realidad mas lejos de Salomon de lo que parecia, y que era preciso respetar las leyes de la perspectiva.

—Váyase vmd. al diablo con su perspectiva, dijo Jacobo. No puede haber perspectiva mas desagradable para un rey legítimo, que desea vivir en paz y morir tranquila y honrosamente, que la de un sable desenvainado á su vista. En suma es una buena alhaja. ¿Y cuál es su precio?

—El platero dijo entonces que aquel salero no era suyo, sino de uno de sus compatriotas, que se hallaba muy atrasado y con necesidad de hacer dinero.

—Eso lo dice vmd. para tener un pretesto de pedir el doble de lo que vale, dijo el rey: ya conozco yo los manejos y los artificios de los mercaderes de la ciudad.

—Me seria imposible, dijo Heriot, frustrar la sagacidad de vuestra magestad. He dicho solamente la verdad, y el precio de esta obra maestra es el de ciento y cincuenta libras esterlinas, si vuestra magestad gusta pagarla de contado.

—¡Ciento y cincuenta libras! exclamó el monarca enfadado; ¡y otros tantos brujos y brujas que carguen con ellas! ¡Por vida mia! Geordie Retintin, se le ha puesto á vmd. en la cabeza sin duda hacer sonar muy bien su bolsillo. ¿Cómo quiere

vmd. que le dé yo ciento y cincuenta libras, siendo así que no pesa otros tantos marcos? ¿Sabe vmd. que los criados y empleados de mi casa no han recibido un cuarto hace ya seis meses?

Como estaba acostumbrado el platero á oírle hablar de aquella manera, sostuvo el ataque con firmeza, y se contentó con responder que, si el salero agradaba á su magestad, y deseaba comprarle, era cosa fácil componerse en cuanto al pago. Era cierto que su dueño necesitaba dinero al contado, pero podía él, Jorge Heriot, dar desde luego la suma por cuenta de su magestad, si así le placía, y aguardaría el tiempo necesario para el reembolso de este objeto como el de otros muchos, pues entretanto reeditaría el dinero el interés ordinario.

—¡Por vida mia! dijo Jacobo, eso se llama hablar como un mercader honrado y razonable. Necesitaremos obtener de las comunidades otro subsidio, y pagaré entonces esta suma.—Llévese vmd. el salero, Maxwell, llévele vmd.; y es preciso colocarle en un sitio en el que Steenie y Carlillos puedan verle al volver de Richemont.—Ahora que estamos solos, mi amigo antiguo Geordie, diré que creo en verdad, hablando de vmd. y de Salomon, que toda la sabiduría del país abandonó á la Escocia, cuando salimos nosotros para venir hácia el sur.

Jorge Heriot respondió que los sábios siguen naturalmente al sábio, como los gamos al que les sirve de gefe.

—Hay ¡por vida mia! en lo que vmd. dice, alguna cosa que se parece á la verdad, le dijo el rey, pues nosotros mismos con las gentes de nues-

tra córte y de nuestra casa, como por eemplo vmd. (y los ingleses, por buena opinion que tengan de sí mismos, lo dicen) no dejamos de tener talento; pero los que hemos dejado atrás pierden la chabeta, y no saben que es lo que hacen, como si fuesen otros tantos brujos y brujas y se hallasen en la víspera del sabat del diablo.

—Siento, señor, oiros hablar de ese modo. ¿Podré preguntar á vuestra magestad que han hecho mis compatriotas para merecer semejantes reconvenciones?

—Todos se han vuelto locos rematados. Por mas publicidad que demos á nuestras proclamas, no podemos lograr que se alejen de nuestra córte. Ayer, sin ir mas lejos, habiendo montado á caballo y al partir, llega un gato de los tejados de Edimburgo, un tunante, cuyos andrajos parecia que se estaban despidiendo unos de otros, cuyo sombrero y trage hubieran podido servir de espantajo para ahuyentar los gorriones; y sin temor ni respeto, nos pone rudamente en la mano un memorial, en el que se trataba de no sé qué deuda de nuestra graciosa madre, y otras necesidades semejantes. En esto nuestro caballo se espanta, se empina; y sino hubiésemos sido tan diestro en el arte de la equitacion, arte en que, segun dicen, nos aventajamos á la mayor parte de los príncipes soberanos de la Europa, y de sus súbditos, aseguro á vmd. que hubiéramos dado un batacazo, cayendo al suelo.

—Es vmd., señor, su comun padre, y eso es lo que les dá ánimo bastante para llegar á vuestra presencia.

—Ya sé que soy *pater patriæ*; pero no parece

sino que me quieren arrancar las entrañas , para heredarlas. ¡Vive Dios! Geordie, no hay un patan de esos que siquiera sepa de qué modo debe presentarse una súplica á su soberano.

—Yo quisiera conocer tambien el modo mas conveniente y respetuoso de entregar los memoriales, señor, aunque no fuese sino para enseñar á nuestros pobres compatriotas á comportarse mejor.

—¡Por vida mia! Es vmd., Geordie, un hombre civilizado , y perderé algunos instantes en instruirle. Desde luego, vea vmd., es preciso que se acerque vmd. á mí de este modo, cubriéndose los ojos con la mano, para manifestar que sabe que está en presencia del virey del cielo.—Bien, Geordie: lo hace vmd. bien y con gracia.—Se arrodilla vmd., y manifiesta querer besar nuestro vestido, nuestro zapato, ó cosa semejante.—Perfectamente.—Mientras que nos, como príncipe bondadoso y amigo de nuestros súbditos, lo impedimos, y os hacemos una señal para que os levanteis.—No, no. No obedecéis, y como teneis que pedir una gracia, meteis la mano en la faltriquera, y sacando de ella el memorial, le poneis respetuosamente en nuestra mano.

Habíase conformado el platero, con la mayor exactitud, con todos los puntos del ceremonial; y ejecutó el último, dejando asombrado á Jacobo, al poner en su mano el memorial del lord Glenvarloch.

—¿Qué quiere decir eso, traidor? dijo el rey confundido y enfadado, ¿le he enseñado á vmd. á manejar las armas para que las emplee contra mí? Eso ha sido darme un pistoletazo. ¿Y en nues-

tro gabinete mismo, adonde nadie debe llegar sin nuestro beneplácito?

—Yo espero, dijo Heriot, de rodillas siempre, que se dignará vuestra magestad perdonarme el haber puesto en práctica, en favor de un amigo, la leccion que tenia la bondad de darme.

—De un amigo? ¡mucho peor, mucho peor! le digo á vmd.: si hubiera sido para vmd., seria otra cosa. Hubiera podido esperarse que no se repetiria la escena; pero puede vmd. tener doscientos amigos, y venir á presentarme un memorial de cada uno de ellos, lo que seria cosa insufrible, abominable.

—Me lisongo de que vuestra magestad se dignará juzgarme segun la esperiencia, y no sospechará que soy capaz de semejante presuncion.

—Eso es lo que yo no sé, respondió el monarca sin enojo, pues creo que todos se vuelven locos; pero *semel insanivimus omnes*. Eres mi antiguo y fiel servidor, si, por cierto, y si se tratase de alguna cosa que te concerniese personalmente, no tendrias que pedírmela dos veces. Pero me ama tanto Steenie, que se enfada de que algun otro sino él me pida alguna gracia.

El portero volvió despues de haber dejado el salero.—Maxwell, le dijo el rey, váyase vmd. á la antecámara, no necesitamos de testigos.—En verdad, Geordie, que no me olvido de que hace mucho tiempo que logras mi confianza, ni de que eras mi platero cuando podia decir con el poeta moralista.

Non ebur neque aureum
Mea renidet in domo lacunar.

Pues á fé mia, la antigua casa de mi madre habia sido saqueada, de suerte que lo mejor que nos quedaba en la cocina eran dos vasos de estaño, platos de tierra y de madera, y aun nos dábamos por satisfechos, porque teníamos algo que poner en ellos sin hacer ascos de la materia ó metal con que se habian fabricado tan preciosos utensilios. ¿Te acuerdas tú, pues nos solias acompañar siempre, del dia en que enviamos seis bandideros azules á dar un asalto al palomar y al gallinero de lady Longanbouse, y de las quejas que la pobre señora dió de Jock de Milch y de los ladrones de Annandale, que estaban tan inocentes de aquel hecho como lo estoy yo del crimen de asesinato?

—Y Jock habia sido en eso muy dichoso, dijo Heriot, pues si mal no me acuerdo, eso fué lo que le salvó en Dumfries, del dogal que habia merecido por sus maldades y robos.

—¡Ah! si: ¿ya se acuerda vmd. de eso tambien? Pero ese Jock de Milch tenia otras habilidades, y siendo un escelente cazador, cuando llamaba á su perro resonaba la voz en todo un bosque. No le impidió eso acabar como verdadero cazador de Annandale, pues lord Tortorwal le pasó el cuerpo de parte á parte con su lanza. ¡Pardiez! Geordie, cuando me acuerdo de aquel tiempo, no sé sino vivíamos mas alegremente en nuestro antiguo palacio de Holy-Rood, sacando partido de todo, que en el dia que tenemos el heno y el pesebre (1): *cantabit vacuus*. No teníamos muchas inquietudes.

(1) Espresion proverbial.

—¿Y se acuerda vuestra magestad qué trabajo nos costó reunir bastante vajilla de oro y plata para deslumbrar al embajador de España?

—Sin duda, respondió el rey, que estaba de humor de charlar; pero no me acuerdo del nombre del bizarro lord que nos prestó cuanto tenia, para que su rey pudiese mantener bastante dignidad en presencia de los que tenian á sus órdenes las Indias.

—Creo que se acordaria vuestra magestad, si leyese el papel que tiene en la mano.

—¡Cierto! lord Glenvarloch. Si, si, era él. *Iustum et tenacem propositi virum*: un hombre justo, pero testarudo como un toro que se vé acosado. Hubo un tiempo en que se habia declarado contra nosotros ese lord Randal Olifaunt de Glenvarloch; pero en el fondo era un súbdito leal, y nos amaba. Este, de quien hablamos, deberá ser hijo suyo, pues Randal está, hace mucho tiempo en aquel pais, adonde todos los reyes y los lores deben ir, *quò pius Æneas*, y adonde irá vmd. tambien, Geordie. ¿Y qué nos pide su hijo?

—El pago de una considerable suma, que le debe el real erario, y que su padre dió á vuestra magestad en un momento muy crítico, en el tiempo del asunto de Ruthven.

—Me acuerdo de eso muy bien. ¡Por vida mia! Acababa de escaparme de entre las garras del maestro de Glamis y de sus cómplices: y jamás ha sido dinero alguno recibido mas á propósito por ningun príncipe. ¿No es una deshonra que una testa coronada pueda tener necesidad de una suma tan módica? ¿Pero qué necesidad tiene de atormentarnos, y darnos caza como á un raposo?

Reconocemos la deuda, y la pagaremos cuando podamos, ó le satisfaremos de alguna otra manera: y es todo cuanto un súbdito puede exigir de un príncipe. No estamos *in meditatione fugæ*, Geordie; no pensamos en huir, para que sea preciso estrecharnos de esa manera.

—¡Ah! señor, respondió el platero meneando la cabeza, lo hace bien á pesar suyo. Solo por verse forzado por la mas urgente necesidad, importuna asi á vuestra magestad ese pobre lord. Pero necesita dinero, y sin dilacion alguna, para reembolsar una suma que debia su padre á Pelegrin Peterson, conservador de los privilegios de Comprere, que á falta de pago, vá á desposeerle de su baronía y todos sus dominios de Glenvarloch.

—¿Qué me dice vmd.? ¿qué está vmd. diciendo? exclamó el rey con impaciencia: la noble y antigua familia de Olifaunt seria arrojada de sus dominios por ese rústico conservador, por el hijo de un vil marinero holandés? ¡Por vida de Dios! No se verificará. Suspendemos en ese asunto todo procedimiento: sobreséase.

—Dudo mucho que sea eso posible, señor; pues los legistas de Escocia pretenden que, segun las leyes del pais, no hay mas remedio que pagar.

—Pues bien, que se mantenga en posesion, resistiendo cuanto pueda, hasta que podamos arreglar nuestros negocios.

—El gobierno pacífico de vuestra magestad, señor, la voluntad que ha mostrado de hacer á todos sus súbditos una justicia imparcial, el buen orden que ha establecido en sus Estados, todo eso

se opone á hacer uso de la fuerza; y solamente en algunas partes de las ásperas montañas de Escocia puede aun recurrirse á ella.

—¡Diablo! ¡Diablo! Geordie, dijo el monarca, cuyas ideas todas de justicia, conveniencia y recursos, se hallaban confundidas en aquella ocasion; es justo que paguemos nuestras deudas, como debe ese jóven pagar las suyas; es preciso que sea pagado, y lo será, *in verbo regis*, doy mi palabra real. Pero ¿dónde encontraremos dinero, Geordie? ese es el nudo gordiano. Vea vmd. si podrá la ciudad....

—Si he de decir la verdad, señor, á fuerza de préstamos, de dones gratuitos, y de subsidios, la ciudad en este momento....

—No necesito saber qué es la ciudad. Nuestra tesorería está tan seca como las homilias del decano Giles sobre los salmos penitenciales. *Ex nihilo nihil*. No es fácil quitarle los calzones á un montañés escocés. Los que vienen á pedirme dinero deberian decirme al mismo tiempo de donde le podré sacar. Le digo á vmd. que es preciso dar un tiento á la ciudad, Heriot. ¿No le llaman á vmd. Geordie Retintin? *In verbo regis*, pagaré mi deuda al noble jóven, si vmd. me procura un empréstito, y no repararé en aceptar las condiciones. Aquí, para entre los dos, Geordie, mucho me afligiria ver que el antiguo dominio de Glenvarloch cambiase de dueño. ¿Y por qué no viene ese mozo á la córte? ¿Es bien parecido? ¿Es digno de ser presentado?

—Seguramente, señor; pero...

—Le comprendo á vmd., Geordie. *Res angusta domi*. ¡Pobre mozo! Tenia su padre el corazon de

un verdadero escocés, aunque era encaprichado y cabezudo en ciertos puntos. Heriot, es necesario darle doscientas libras, para que pueda equiparse. Tome vmd., añadió el rey presentándole la cadena de rubíes que rodeaba su sombrero, esa es una prenda suficiente para una suma mas considerable; y supuesto que no es vmd. mas que un levita, guárdela en su poder, hasta que reciba yo algun subsidio y pague la suma.

—Si quisiese vuestra magestad darme por escrito la orden... dijo el platero.

—¡Vete á los diablos! Geordie, eres mas rígido que los puritanos: eres un nullifidiano (1) hasta los tuétanos. ¿La palabra de un rey no le basta á vmd. acaso para una miserable suma de doscientas libras esterlinas?

—Perdone V. M., señor, me basta; pero no para guardar la joyas de la corona.

Acostumbrado el rey á tratar con acreedores desconfiados, escribió á Jorge Heriot, su bien amado platero y joyero, la orden de pagar á Nigel Olifaunt, lord de Glenvarloch, doscientas libras esterlinas, autorizándole á guardar en su poder una cadena de rubíes y un diamantes, segun estaba todo descrito en el inventario de las joyas de su magestad, hasta el reembolso efectivo de dicha suma. Por medio de otro escrito encargó su magestad á Jorge Heriot de tratar con algunos capitalistas, á fin de obtener un empréstito de la suma que pudiese encontrar, no bajando de cincuenta mil marcos.

(1) Secta poco conocida ya. Su nombre se deriva del latin *nulli a dei*: incrédulo, escéptico.

—¿Y ese lord Nigel es mozo instruido? preguntó el rey.

Jorge Heriot no pudo responder á esta pregunta con precision; pero dijo que, segun creia, el jóven lord habia hecho sus estudios en pais extranjero.

—Le daremos nuestro aviso acerca del método que debe seguir para continuar estudiando con fruto, y aun podremos hacerle venir á la córte para que estudie con Steenie y Carlitos. Pero, ahora que me acuerdo, váyase vmd., váyase vmd., Geordie: los niños van á llegar, y no quiero que sepan nada de lo que hemos tratado en este asunto. *Prospera pedem*; monte vm., sobre su mula, y buen viage.

Asi se concluyó la conferencia entre el rey Jacobo y el buen platero diamantista.



CAPITULO VI.

O, I do know him-'tis the mouldy lemon
Which our court wits will wet their lips withal,
when they would sauce their honied conversation
with somewhat sharper flavour.—Marry, Sir,
That virtue 's wellnigh left him—all the juice
That was so sharp aud poignant, is squeezed out;
While the poor rind, although as sour as ever,
Must season soon the draff, we give our grunTERS,
For two-legg 'd things are weary on 't

THE CHAMBERLAIN.—A COMEDY.

Oh! le conozco ; es el limon ya pasado, con el cual se humedecen la boca los criticos cortesanos para dar mas sabor á sus melosos chistes. Pero por desgracia ha perdido ya su virtud ; todo aquel jugo tan ácido y picante está ya agotado, al mismo tiempo que su corteza, tan ágría como siempre, servirá pronto de condimento al pasto de nuestros cerdos, porque los bipedos están ya hastiados de ella.

EL CAMARERO.—COMEDIA.

Las personas escogidas, á las que Jorge Heriot habia convidado, para que se reuniesen en su casa de Lombard-Street, y tomasen parte en la comida que divide el dia, acudieron al mediodia, hora en la que las gentes de moda de nuestro siglo, empiezan á despertarse, y despues de haber dudado y reflexionado bien, creen por fin que es ya tiempo de levantarse. Llegó el joven Nigel sencillamente vestido, pero con un trage mas acomodado á su edad y su rango que el de

la víspera, y con su criado Moniplies que tambien habia mejorado de trage. Notábase su seriedad debajo de una gorra de terciopelo azul inclinada á un lado, y tenia un vestido de paño fuerte azul, diferente de los viejos, pues hubiera resistido á los esfuerzos de todos los aprendices de Fleet-Street. El sable y el escudo pequeño que llevaba eran las señales de su condicion; y una chapa de plata, en que estaban grabadas las armas de su amo, hacia ver que pertenecia á algun miembro de la aristocracia. Fué á sentarse en la cocina del platero, y se alegró no poco al pensar que despues de haber servido á su amo durante la comida, participaria de algunos manjares, tales que no habia visto aun sino muy raras veces.

M. David Ramsay, el profundo é ingenioso artista, llegó sano y salvo á Lombard-Street á la hora citada, muy bien lavado, sin el hollin de los hornillos y la fragua. Acompañábale su hija, que tenia unos veinte años. Era muy bonita y muy reservada; pero sus ojos negros y vivarachos manifestaban de cuando en cuando que no era en ella natural y sincera la ordinaria gravedad que el silencio, la discrecion, una gorrita lisa de terciopelo, y un trage modesto la obligaban á mantener como hija de un artista.

Habia tambien allí otros dos tenderos de Londres, con vestidos muy anchos y cadenas de oro en el cuello, hombres que habian hecho fortuna en el mundo, llenos de esperiencia en los negocios, pero que no exigen que los describamos mas particularmente; y además un clérigo de bastante edad, con el vestido que distingue su estado, persona venerable, cuyos modales daban á entender

que era sencillo como las ovejas que estaban confiadas á su cuidado.

Podemos contentarnos con estas pocas palabras en cuanto á ellos; pero no en lo concerniente á Mungo Malagrowther de Girnigo-Castle, que exige de nuestra parte mayor esmero y atencion por ofrecer su carácter cosas particulares del tiempo en que vivia.

Este buen caballero llamó á la puerta del señor Heriot en el instante mismo en que sonó la primera campanada de las doce, y estaba ya sentado cuando se oyó la ultima. Esto le dió ocasion de lanzar unos cuantos sarcasmos contra los que iban llegando despues de él y aun algunas pullas contra los que habian llegado demasiado temprano.

Como no tuviese propiedad alguna sino la de su título, se habia introducido sir Mungo en la córte, siendo aun muy jóven, en calidad de *niño dellátigo*, como entonces los llamaban, del rey Jacobo VI, y habia sido instruido en todas las ciencias con su magestad por su célebre maestro Jorge Buchanan. El empleo de niño del látigo condenaba al desdichado que cumplia sus funciones, á recibir todas las zurras de azotes que el ungido del Señor, cuya persona era sagrada, podia merecer mientras estudiaba la gramática y la prosodia. Verdad es que bajo la severa disciplina de Jorge Buchanan, que no aprobaba este modo de castigar á uno por otro, Jacobo sufría él mismo la pena de sus faltas, y Mungo Malagrowther lograba una ganga y un beneficio simple; pero el otro pedagogo de Jacobo, Patricio Young, cumplia mas á la letra sus funciones, y hacia estremecer al jó-



ven rey con los terribles azotes que daba al niño del látigo, cuando no estudiaba bien la lección su magestad. Y es preciso decir en loor de Mungo, que bajo ciertos aspectos era muy apropiado para cumplir admirablemente su empleo. Tenía desde su más tierna edad las facciones naturalmente irregulares y grotescas, y cuando estaba agitado por el temor, el dolor, ó la ira, se parecía á una de las figuras estafalarias que vemos en los edificios góticos. Tenía la voz áspera y chillona, y cuando estaba en el tormento bajo las disciplinas del cruel maestro Patricio Young, el gesto de su fisonomía grotesca, y sus alaridos que no se parecían nada á la voz humana, bastaban para producir en el monarca, que había merecido la zurrá, todo el efecto que se podía esperar de la vista de un inocente pagando la pena que merece el culpable.

De este modo sir Mungo Malagrowth (pues le nombraron caballero) fué introducido en la corte. Cualquier otro, que no fuese como él se hubiera aprovechado de eso; pero cuando llegó á ser demasiado grande para ser azotado, se encontró sin ninguna cualidad que le hiciese recomendable. Tenía un genio irascivo, un humor mordáz, una malicia habitual, y una constante envidia de todos los que eran más favorecidos que él que tenía tan amables prendas, prendas que no siempre á la verdad, han sido obstáculos invencibles para los adelantos de un cortesano, y sobre todo, cuando se encuentran amalgamadas con cierta dosis de prudencia y tino; pero Mungo no la tenía.

Sus sátiras eran mordaces: no podía disimu-

lar su envidia; y cuando llegó á ser mayor de edad, se comprometió en tantas disputas, que no le hubieran bastado, para hacer frente á ellas, las nueve vidas que tiene, segun dicen, cada gato. En uno de esos lances recibió, tal vez por su dicha, una herida que le puso en estado de no poder admitir desafíos. Sir Rullion Rattray de Ranagullion le cortó de un tajo tres dedos de la mano derecha, lo que le puso en la imposibilidad de manejar en lo sucesivo el sable ó la espada. Habiendo poco tiempo despues compuesto unos versos satíricos dirigidos á lady Cockpen, fué tan maltratado por los que se encargaron de castigar su arrojo insolente, que le encontraron medio muerto y con una pierna rota. No se la curaron bien sin duda, pues quedó cojó lo restante de su vida. Estos dos accidentes, que hicieron aun mas grotesco á semejante original, le pusieron tambien al abrigo de las resultas peligrosas á que le esponia su humor; y siguió sirviendo en la corte, seguro de no perder la vida y los miembros que le quedaban, pero sin amigos y sin obtener empleo alguno.

Aunque se divertia algunas veces el rey con sus picantes chocarrerías, jamás tuvo él bastante maña para aprovecharse de alguna ocasion favorable; y sus enemigos, que eran infinitos, encontraban siempre medios de hacerle perder el favor del rey su amo. El célebre Archie Armstrong le ofreció generosamente un dia la falda de su vestido de loco, para comunicarle de ese modo los privilegios é inmunidades de un bufon de profesion; porque, como decia Archie, sir Mungo se conduce de modo, que solo gana con decir un

chiste que le perdone su magestad el haberle dicho.

Ni tampoco en Lóndres la lluvia de oro que caia alrededor de él reanimó la triste suerte de sir Mungo Malagrowther. Segun fué envejeciéndose, se puso sordo, se hizo muy regañon, y aun llegó á perder la vivacidad que habia dado energía á sus sarcasmos. Jacobo no hacia mas que tolerarle, aunque conservaba él mismo, en una edad casi tan avanzada, en un grado poco ordinario y aun absurdo, el deseo de hallarse rodeado de muchachos.

Sir Mungo habiendo llegado sin hacer fortuna al otoño de sus años, se presentaba en la córte, con su cuerpo flaco y sus viejos bordados, solo cuando se lo permitia su deber; pasaba el tiempo y despedia sus flechas satíricas paseándose en los lugares públicos, y sobre todo á los lados de la catedral de san Pablo, que era entonces el sitio en donde se reunian los noveleros y todos los ociosos, asociándose principalmente á los que miraba como sus inferiores. De este modo, aunque aborrecia y despreciaba el comercio, veia con frecuencia á los artistas y á los mercaderes escoceses, que han venido con la córte á Lóndres; y podia entregarse con ellos á su humor cínico sin esponerse á ofenderlos mucho, porque los unos sufrían sus sarcasmos, por consideracion á su nacimiento y á su título, y los otros mas sensatos, se compadecian de un pobre anciano, á quien no habian favorecido ni la naturaleza ni la fortuna, y toleraban su mal humor.

Era uno de estos últimos Jorge Heriot, y aunque sus costumbres y su educacion le habian en-

señado á tener con la aristocracia una consideracion que en el dia pareceria ridícula y extravagante, tenia no obstante bastante talento y juicio para no dejarse dominar por un hombre como sir Mungo, ni sufrir que se tomase con él demasiadas libertades. Tenia, sí, para con él cierta atencion respetuosa en todas ocasiones, y aun le trataba con bondad y generosidad.

Probablemente influyó esta conducta en el modo de conducirse que tuvo sir Mungo al entrar en la habitacion. Saludó con mucha cortesía al señor Heriot y á una muger anciana, de severo aspecto, que tenia una escofieta sencilla, y que hacia bajo el título de *la tia Judith* los honores de la casa y de la mesa; pero su fisonomía se cubrió de ceño al hacer una inclinacion ligera de cabeza á David Ramsay y á los dos mercaderes. Trabó no obstante conversacion con estos, para decirles que acababa de oir en San Pablo noticias de la bancarrota de Pindivide, rico negociante, que segun se esplicaba él mismo, acababa de dar un pudding á los cuervos, y del que sabia eran acreedores los dos mercaderes.

—No hay que esperar sacar nada de esa quiebra; lo sé de muy buena tinta. Es un navío que se ha perdido con todo el cargamento: ni una tabla ha quedado sobre el agua.

Miráronse los dos mercaderes uno á otro haciendo un gesto: pero como eran prudentes, no quisieron discutir delante de testigos sus negocios particulares; y bajando la cabeza, pusieron fin á la conversacion hablando entre ellos en voz baja. El anciano caballero escocés se inclinó entonces hácia el relojero, y le dijo sin mas ceremonias ni rodeos:

—¡Qué tal! David, viejo insensato, casquivano, ¿no se ha vuelto vmd. loco todavía, aplicando las ciencias matemáticas, como vmd. las llama, al libro del Apocalipsis? Espero que nos explicará vmd. el signo de la BESTIA, poniéndole tan claro como la luz del mediodía.

—Sir Mungo, dijo Ramsay; habiendo podido apenas acordarse de quien le hablaba y que era lo que le decia: puede suceder que esté vmd. mas cerca del objeto que lo que piensa: pues, cogiendo los diez cuernos de la bestia con facilidad, podrá vmd. contar por sus dedos...

—¿Por mis dedos? ¡reloj viejo roñoso! exclamó sir Mungo entre chanzas y veras, y poniendo sobre el puño del sable su mano, ó mas bien su garra, pues el de sir Rullion le habia dado aquella forma; y añadió: ¿quiere vmd. motejarme por haber sido por mi desgracia mutilado?

Púsose de por medio el señor Heriot.

—No puedo lograr, dijo, persuadir á nuestro amigo David que las profecías que contienen las Escrituras Santas, deben quedar en la oscuridad, hasta que su inesperado cumplimiento haga ver, como en otras ocasiones, la verdad de lo que está escrito. Y á pesar de eso, no hay que ejercitar contra él vuestro valor caballeresco.

—Seria, á fe mia, muy mal empleado, dijo sir Mungo risueño: seria eso como tocar la corneta y montar á caballo para matar un carnero.—Aguarde vmd.: véale vmd. ya con sus abstracciones, metido hasta el gañote entre cifras, cocientes y dividendos.—Dígame vmd., mistress Margarita, hermosa niña, pues los atractivos de aquella señorita obligaban aun al mismo sir Mungo á son-

reirse. ¿Es siempre tan divertido su padre de vmd. como se muestra en este momento?

Margarita se sonrosó, bajó los ojos, los levantó, miró hácia otro lado, y despues de haber manifestado su rubor, como creia deber hacerlo, para encubrir la prontitud de su réplica bastante natural en ella, respondió.

—Es cierto que mi padre suele distraerse á menudo; pero he oido decir muchas veces que mi abuelo hacia lo mismo.

—¡Vuestro abuelo! exclamó sir Mungo como si no hubiera entendido bien. ¿Ha dicho su abuelo? Ha perdido la chaveta. ¿Hay alguna niña en este lado de Temple-Bar que pueda citar un grado tan remoto de parentesco?

—En todo caso, sir Mungo, dijo Jorge Heriot, puede citar un padrino con el que tiene vmd. bastantes consideraciones, para escuchar la súplica que le hace de no hacer que se ruborice así su linda ahijada.

—¿Se ruboriza? exclamó sir Mungo: ¡Tanto mejor! Eso la honra, pues habiendo nacido y habiéndose criado en un barrio en el que se oyen las campanas de la iglesia de Bow (1), puede ruborizarse de alguna cosa. Y á fe mia, señor Jorge, es bastante bonita para que no necesite de ascendientes, por lo menos de una region como Cheapside, en donde no puede decir la sarten á la caldera...

Margarita volvió á avergonzarse, y el señor Jorge interrumpió á sir Mungo antes que hubiese acabado su proverbio trivial, para presentarle á

(1) En el barrio de Cheapside.

lord Nigel. Sir Mungo no entendió al pronto lo que le decía.

—¿Que dice vmd.? exclamó: ¿quién, quién?

Habiéndole repetido el nombre de Nigel Olifaunt, lord de Glenvarloch, se enderezó, y mirando al amo de la casa con mal gesto, le echó en cara no haber dado antes á conocerse dos hombres de calidad que se hallaban en su casa, para que pudiesen cumplimentarse antes de hacer alto en los demás de la compañía. Saludó despues al jóven lord con toda la gracia que podia tener un hombre tan estropeado. Dijole que habia conocido al lord su padre ya difunto, que se alegraba mucho de verle en Londres, y esperaba verle en la córte.

Los modales de sir Mungo, y una mirada del señor Jorge, que apenas podia contener la risa, le dieron á conocer que las habia con un ente muy original y le saludó á su vez con la cortesía capaz de satisfacer al hombre mas quisquilloso. Sir Mungo le consideraba entre tanto con la mayor atencion; y como la vista de los dones que la naturaleza habia dado á un individuo, le era tan desagradable como los favores que la fortuna habia concedido á otros; apenas hubo visto la hermosa talla y las facciones del jóven lord, cuando se acercó á él para hablarle de la pasada grandeza de los antiguos lores de Glenvarloch, y del pesar con que habia sabido que el representante actual de tan noble familia iba probablemente á verse despojado de los dominios de sus abuelos. Se estendió muy á la larga sobre las bellezas de la baronía de Glenvarloch, la ventajosa situacion del castillo, la noble laguna inmediata que cria

tantas aves salvages, las colinas cubiertas de árboles que dan asilo á los gamos y á los ciervos; en fin hizo ver tan bien todo el precio de aquel antiguo dominio, que Nigel á pesar de sus esfuerzos, no pudo menos de suspirar.

Era sir Mungo ducho en conocer si las personas que le escuchaban se daban por resentidas de lo que decia, y vió que el jóven lord estaba en brasas. Hubiera por lo mismo dado rienda á su maldita lengua; pero el cocinero, golpeando una mesa con un cuchillo de cocina, hizo bastante ruido para que le oyesen en toda la casa desde la bodega hasta el tejado, y este estrépito sirvió tambien de señal á los criados para poner la sopa sobre la mesa, y á los convidados para acudir al comedor. Sir Mungo, que era amigo de comer opíparamente (digamos de paso que pudo contribuir eso á dignarse comer con los tenderos), digo que sir Mungo fué el primero que acudió; y dejando á un lado su cháchara, y en paz á Nigel y á los demas convidados, solo pensó ya en el asiento que le destinarian en la mesa. La tia Judith le suplicó que se sentase á su lado izquierdo, y los honores del lado derecho fueron reservados á lord Nigel, á quien no vió sir Mungo sin envidia colocado entre la matrona y la linda mistress Margarita. Pero se consoló algun tanto al ver un soberbio capon asado que le pusieron delante.

Fué la comida conforme al uso de aquel tiempo, y todo era escelente en su clase. Ademas de los guisados á la escocesa, que habian sido prometidos, se veian sobre la mesa el *rostbeef* y el *pudding*, platos predilectos de la antigua Inglaterra. Todos admiraron con particularidad las alha-

jas de plata preciosamente trabajadas; y añadió sir Mungo á los elogios de los demas un barniz de ironía, y felicitó á su dueño el que no le hubiesen costado nada las hechuras.

—Yo no me avergüenzo de ser un platero, sir Mungo, dijo Heriot. Dicen que los buenos cocineros se chupan los dedos; y me parece que seria muy extraordinario que tuviese yo platos y cucharas de estaño, siendo asi que ha pasado por mis manos la mitad de la plata labrada que hay en la Gran Bretaña.

El ministro pronunció *Benedicite*, y los convidados se dispusieron á dar principio á la tarea. Los primeros instantes se pasaron en silencio, segun es costumbre; y en fin la tia Judith, para elogiar el capon, dijo que era de una especie particular, que trajo ella misma de Escocia.

—Se parece mucho, señora, á sus compatriotas, respondió el mordáz sir Mungo, mirando con disimulo á Heriot: mucha grasa ha adquirido en Inglaterra.

—Hay algunos de sus conciudadanos, dijo el señor Jorge, á quienes todo el tocino de Inglaterra no ha podido engordar.

—Sir Mungo agachó las orejas, y todos soltaron la carcajada; pero el cínico, que por buenas razones, no queria malquistarse con el señor Jorge, calló durante el resto de la comida. Acabada esta, pusieron sobre la mesa los postres, y vinos de la primera calidad; y vió Nigel que los burgo-maestres opulentos de los paises extranjeros, que le habian dado buenas comidas, se quedaban muy atrás al lado de un tendero de Lóndres. Y sin embargo no habia allí ninguna ostentacion, nada

que pudiese desdecir de un ciudadano rico.

Durante la comida dirigió la palabra lord Nigel (segun exigia la política en aquella época) desde luego á mistress Judih, que le pareció mujer de juicio; pero mas inclinada al puritanismo que su hermano el señor Jorge; pues era su hermana, aunque le llamaba sutia. Queríale ella mucho, y cuidaba de que nada le faltase de cuanto podia agradarle. Como la conversacion de esta buena señora no era muy animada ni muy atractiva, se dirigió naturalmente el jóven lord á la otra vecina, la hija del relojero; pero no pudo obtener de ella respuesta alguna que pasase de un sí ó un no; y mientras él decia las hermosas espresiones que le dictaba la política, no hizo ella mas que sonreirse con mucho disimulo. Empezaba ya á fastidiar á Nigel la compañía en que se hallaba, pues los cuatro mercaderes habian empezado á hablar de asuntos de comercio, que no estaban á sus alcances; cuando sir Mungo atrajo de repente la atencion general.

—Este amable personage habia abandonado su asiento hacia algunos instantes, y estaba junto á una ventana, desde la que se veia la calle y la puerta de la casa. Probablemente se habia puesto allí porque las calles de una capital ofrecen un cuadro ambulante, que ordinariamente presenta algunos objetos que están de acuerdo con los pensamientos de un misántropo. Lo que hasta entonces habia visto era poco importante sin duda; pero en aquel momento se oyó el ruido de un caballo, y sir Mungo exclamó:

—¡Por vida mia! señor Jorge, que haria vmd. bien en bajar á la tienda; pues acaba de llegar

Kinghton, el escudero del duque de Buckingham. con dos lacayos, como si fuese el duque en persona.

—Mi cajero está allí, dijo Heriot sin moverse; y si las órdenes de su Gracia exigiesen mi presencia al momento, ya me lo enviará á decir.

—¡Un cajero! dijo entre sí mismo sir Mungo, maldita la falta que tenia de un cajero la primera vez que yo le ví.—Pero ¿no quiere vmd. asomarse á la ventana tampoco? le preguntó. Kinghton ha echado á rodar una alhaja de plata en su casa de vmd. ¡ah! ¡ah! ¡ah! á rodar como si fuese un aro: ¡ah! ¡ah! ¡ah! yo no puedo menos de reirme de la impudencia de semejante bribon.

—Creo, respondió el señor Jorge levantándose y saliendo de la habitacion, que se reiria vmd. lo mismo al lado de su mejor amigo al verle morir.

—¿Qué le parece á vmd., milord, esa pulla? preguntó sir Mungo á lord Nigel. Nuestro amigo, como es platero, no arroja flechas armadas de plomo.—Voy á ver que viene á ser eso.

Al bajar por la escalera encontró Heriot á su cajero que subia, y vió en su semblante que las cosas no iban sin duda bien.

—¿Qué sucede, pues, Roberto? le preguntó; ¿qué viene á ser este contratiempo?

—Kinghton llega de la córte, señor Heriot: Kinghton, el escudero del duque viene con el salero que vmd. ha llevado á Whitehall, y le ha arrojado á la entrada de la tienda como si hubiera sido una sopera vieja de estaño, diciendo que el rey no necesita de los desechos de vmd.

—¡Desechos! repitió Heriot; sígame vmd., Roberto. Mas notando que sir Mungo estaba allí, y

queria ir con ellos, le dijo: Perdone vmd., sir Mungo, soy con vmd. al momento.

En vista de esta prohibicion indirecta, sir Mungo, que habia oido como los demas en la escalera la conversacion entre el señor Jorge y su cajero, tuvo que detenerse, lisongeándose de poder satisfacer su curiosidad, haciendo algunas preguntas á Kinghton al irse; pero este mensajero de un gran personage, despues de haber añadido al recado descortés unas cuantas insolencias, salió como un relámpago con sus dos satélites, sin hacer caso alguno del caballero.

Durante ese tiempo el nombre del duque de Buckingham, del gran favorito del rey y del príncipe de Gales, habia causado algun cuidado entre los que se habian quedado en el primer piso. Era mas bien temido que amado y aunque no era tiránico su carácter, tenia opinion de altivo, violento y vengativo. Un secreto instinto decia al parecer á Nigel, sin que pudiese adivinar porque ni como, que podia ser él la causa primera del enojo del duque contra el señor Jorge. Los demas hicieron en voz baja sus comentarios, y Ramsay, que no habia oido nada de lo que pasaba, por estar siempre ocupado en los cálculos relativos á las ciencias abstractas, cuya aplicacion hacia á todos los acontecimientos, llegó sin embargo á oir algunas palabras que le obligaron á esclamar:—¡El duque! ¡el duque de Buckingham! ¡Jorge Villier! Si: he hablado de él con Lambe (4).

—¡Válganme Jesus y Nuestra Señora! ¡Cómo se atreve vmd. á hablar asi, padre mio? dijo su hija,

(4) Astrólogo de aquel tiempo.

que tenia bastante penetracion para ver que su padre se esponia.

—¡Cómo pues, hija mia! dijo Ramsay, los astros pueden dominar, pero no forzar. Ya sabes que los que tienen el talento y los conocimientos necesarios en la materia, dicen que habia, cuando nació su gracia, una conjuncion muy notable de Marte y de Saturno, cuyo tiempo aparente ó real, reduciendo á la latitud de Lóndres los cálculos hechos por Eichstadt para la de Oranienbourg, dá siete horas, cincuenta y cinco minutos, cuarenta y un segundos, y...

—Calle vmd., señor astrólogo, dijo Heriot que volvió en aquel momento mas sosegado ya y tranquilo: los cálculos de vmd. son ciertos, incontables, cuando tienen por objeto la mecánica y la relojería; pero los acontecimientos futuros están á la disposición del que tiene en su mano el corazon de los reyes.

—Muy bien, señor Jorge, respondió Ramsay; pero habia cuando nació ese señor signos que probaban que seria muy estraña su vida. Hace mucho tiempo que de él se ha dicho que nació en el momento de la conjuncion de la noche y el dia, bajo las influencias que se combaten y se atraviesan, y que pueden llegar á nosotros como á él.

Marea alta y llena luna
 Señal de grande fortuna:
 Si en la aurora y cielo hay fuego
 Morirá algun grande luego.

—Lo mejor es, dijo Heriot, no tomar en boca semejantes cosas, y sobre todo, si se trata de los

grandes personajes; porque las paredes oyen, y hay aves que llevan las noticias.

Muchos de los convidados se declararon de la misma opinion. Los dos mercaderes se despidieron desde luego como si hubieran temido algun chubasco. Los dos aprendices, guardias del cuerpo de mistress Margarita, habian llegado; tiró esta á su padre de la manga, interrumpiendo sus cálculos, ya tuviesen por objeto las ruedas del tiempo, ó fuesen relativos á las de la fortuna, dió las buenas tardes á mistress Judith, y recibió la bendicion de su padrino que al mismo tiempo le puso en un dedo una sortija de valor, y preciosamente trabajada; pues era rara la vez que la dejase sin darle alguna prueba de su cariño. En seguida salió con su escolta para volver á Fleet-Street.

Sir Mungo se habia despedido del señor Herriot cuando salió este de su despacho; pero tomaba tanto interés en los negocios de su amigo, que mientras subió el platero al salon, no pudo menos de entrar al *sanctum sanctorum* para ver qué es lo que estaba haciendo el cajero. Le encontró sacando apuntes de los libros en fólío, que son el orgullo y la seguridad de los comerciantes, y el terror de sus parroquianos cuyo año de plazo ha espirado ya (1). El buen caballero, apoyándose sobre los codos en el escritorio, dijo al cajero lamentándose;

—Creo que han perdido vmds. un buen parroquiano, señor Roberto. ¿Está vmd. ajustando las cuentas?

(1) Esto alude á la costumbre que tienen en Inglaterra de pagar á los tenderos, panaderos etc., con plazo de un año; por lo regular despues de las Navidades.

Sucedió, pues, que Roberto era, como asimismo sir Mungo, algo sordo; y sabia hacer oídos de mercader: por consiguiente, le respondió como si hubiese comprendido mal.

—¿La cuenta de vmd., sir Mungo? Pido á vmd. perdon de no habérsela enviado ya: el amo me habia dicho que no molestase á vmd.: pero ya que vmd. lo desea, al momento diré á vmd. cuales son los principales artículos. Al mismo tiempo ojeó el *libro de los destinos* diciendo.—Por componer un sello de plata—id. una cadena de oro—un adorno dorado para un sombrero, á saber, una cruz de San Andrés rodeada de cardos—espuelas doradas, un par. (Este último artículo le hemos tomado en casa de Daniel Driver, porque no tenemos objetos de esa clase). Iba á continuar; pero sir Mungo, que tenia pocas ganas de oír el catálogo de sus deudas, y menos aun de pagarlas, le dió las buenas tardes, y salió de la casa sin mas ceremonia. El cajero le siguió con la vista, sonriéndose; y volvió al trabajo interrumpido por la visita del original sir Mungo.



CAPITULO VII.

Things needful we have thonghton; but the ting
Of all most needful—that which Scripture terms
As if alone it merited regard,
The ONE thing needful—that's yet unconsider' d

THE CHAMBERLAIN.

Ya hemos tratado de asuntos necesarios; pero del mas importante de todos, de aquel que consideran las Sagradas Escrituras como indispensable, como el único que debería llamar la atencion no nos hemos ocupado todavia.

EL CAMARERO.

Habiéndose ido todos los convidados, excepto el ministro; el jóven lord Glenvarloch se levantó tambien para despedirse; pero el señor Jorge le suplicó que se detuviese.

—Milord, le dijo, hemos pasado algunos instantes en una recreacion honesta y permitida, y quisiera ahora ver á vmd. ocupado en otra cosa mas grave é importante. Cuando logramos la dicha de gozar de la compañía del buen M. Windsor, tenemos la costumbre de oirle recitar nuestras devociones antes de separarnos. Milord, vuestro excelente padre no hubiera dejado de cumplir este deber con nosotros. ¿Podré lisongearme de que hará vmd. otro tanto?

—Con muchísimo placer, señor, respondió Nigel; y eso es añadir una obligacion nueva á las que

debo á vmd. ya. Cuando se olvidan los jóvenes de su deber, es muy justo que agradezcan los consejos del amigo que se le hace recordar.

Mientras hablaban de esa manera, se llevaban los criados la mesa, traian un púlpito, y preparaban las sillas para su amo, su ama, y el noble lord. Al lado de la silla del señor Heriot pusieron otra mas baja, ó por mejor decir, un taburete. Aunque era poco importante esta circunstancia, Nigel no pudo menos de notarla con atencion, porque, al querer tomar aquel asiento, el platero le hizo señal de no hacerlo, y de apoderarse de una de las sillas. Púsose el ministro delante del púlpito. Los aprendices, y todos los demas individuos de la familia que no eran pocos, y á los que se agregó tambien Moniplies, se colocaron en bancos detrás de los primeros y con gravedad.

Todos estaban sentados, y por lo menos en apariencia, con devocion, cuando oyeron llamar á la puerta con tiento. Mistress Judith miró á su hermano como para pedirle sus órdenes, este le hizo una señal con la cabeza mirando hácia la puerta, y su hermana yendo ella misma á abrirla, condujo al salon una muger hermosa, cuya llegada repentina y singular casi hubiera podido hacer creer que era una aparicion. Su semblante era muy pálido. Sin esta circunstancia que privaba de viveza á sus facciones, eran estas tan bellas, que su rostro hubiera podido pasar por perfecto. Flotaban sus cabellos largos y negros, peinados con cuidado, sobre sus espaldas; pero no les cubria adorno alguno, lo que parecia extraordinario en una época, en que las mugeres de todas clases y condiciones gastaban lo que se llamaba adorno de

cabeza, mas ó menos rico segun sus facultades. Tenia un vestido blanco muy sencillo que cubria toda su persona, menos el cuello, la cabeza y las manos. Era tan bien formada, que los ojos de cuantos la miraban no pensaban siquiera en hallar en ella el menor defecto. Llevaba, en oposicion con la sencillez de su trage, un collar que hubiera podido envidiar una duquesa, porque era de grandes y hermosos diamantes. Su cinturon, adornado de rubíes, no era de mucho menor valor.

Cuando entró en el salon, miró á Nigel, y se detuvo un instante, como indecisa entre adelantarse ó volver atrás; y sus miradas mas bien denotaban incertidumbre que timidez. La tia Judith la cogió por la mano, y la llevó hácia donde estaban los demás. Sus ojos negros continuaban dirigiéndose hácia Nigel con cierta espresion de melancolía, de la que se vió él poseido de una manera estraña. Y aun despues de haberse sentado en su taburete, que sin duda habia sido puesto para ella, le miró todavía mas de una vez, siempre pensativa, inquieta y reflexiva, pero sin timidez y sin mudar tampoco de color.

Desde que esta muger estraña cogió el libro del rezo, sus deberes religiosos ocuparon al parecer esclusivamente su atencion; y aunque la de Nigel, que queria dedicarla al rezo, fué distraida de tal modo por aquella aparicion estraordinaria, que no pudo menos de mirarla muchas veces mientras el ministro celebraba el oficio divino, no vió que sus ojos se desviasen una sola vez del libro que ella tenia en la mano; y ninguna cosa denotaba en ella la menor distraccion. Por el contrario Nigel estuvo muy distraido, porque

la apariencia de esta señora era tan estraña, que, aunque su padre le habia acostumbrado á dar la mayor atencion al oficio divino, se hallaba turbado á pesar suyo, en la presencia de aquella desconocida, y aguardaba con impaciencia el fin del rezo, esperando satisfacer su curiosidad.

Cuando se hubo concluido el servicio, y pasó cada uno, segun la práctica ejemplar de la Iglesia, algunos instantes en la contemplacion y oracion mental, esta señora misteriosa se levantó la primera, y Nigel notó que ninguno de los criados abandonó su asiento, ni aun se movió tampoco antes que ella fuese á doblar una rodilla delante de Heriot, que al parecer le dió su bendicion, estendiendo la mano sobre su cabeza con un gesto y una mirada melancólica y solemne. Saludó despues á mistress Judith, pero sin arrodillarse delante de ella, y despues de haber hecho estos dos actos de respeto, salió del salon, pero no sin fijar antes sus miradas penetrantes en Nigel, que bajó entonces los ojos. Al punto volvió á dirigir su vista hácia ella; pero habia salido ya, y solo vió los pliegues de su vestido blanco.

Salieron entonces los criados, ofrecieron vino, frutas y dulces á lord Nigel y al ministro, y se despidió este de la compañía. Deseaba seguirle el noble lord, esperando obtener de él la esplicacion de la singular escena de que habia sido testigo; pero fué detenido por el platero, que quiso hablarle en su escritorio.

—Espero, milord, le dijo, que los preparativos de vmd. para presentarse en la córte estarán adelantados, y que podrá vmd. ir allí pasado maña-

na. Tal vez será la última vez que, durante algun tiempo, recibirá el rey públicamente á los que por su nacimiento, su rango ó sus empleos tienen el derecho de presentarse delante de él. El día siguiente irá al palacio de Teobalds, y en aquel sitio se distrae de tal modo con la caza y otras diversiones, que no quiere recibir á nadie.

—Estaré dispuesto á presentarme á su magestad; pero apenas me atrevo á hacerlo. Los amigos, que debían alentarme y protegerme, me han engañado, ó se han mostrado indiferentes y tibios; y es bien seguro que no iré yo á suplicar á ninguno de ellos que me acompañe en esta ocasión. Vmd. dirá, si le parece, que es una tontería; pero confieso que me repugna el presentarme solo en una escena tan nueva para mí.

—Aunque sea un atrevimiento tal vez en un mercader como yo hacer á un lord semejante ofrecimiento, es preciso que vaya yo mañana á la corte; en virtud del privilegio de que gozó como agregado á la casa del rey, puedo acompañar á vmd. hasta su gabinete, y facilitarle la entrada, si se ofreciese alguna dificultad. Tambien podré indicar á vmd. en qué tiempo y de qué modo vendrá acercarse al rey. Pero no sé, añadió Herriot sonriéndose, si estas ventajas podrán compensar el inconveniente de deberlas á un mercader.

—Diga vmd. mas bien al único amigo que he encontrado en Lóndres, digo Nigel ofreciéndole la mano.

—Si piensa vmd. de esa manera, nada tengo ya que decir. Iré á buscar á vmd. pasado mañana con una barca. Pero tenga vmd. presente, milord,

que yo no pretendo, como ciertas gentes, salir de los límites de mi condicion, ni aprovecharme de las ocasiones para darme importancia con mis superiores. Así no tema vmd. causarme ningun disgusto al dejarme á alguna distancia, cuando estemos delante del rey, pues debe haber en aquel sitio una línea de separacion entre nosotros y me daré por muy dichoso si logro hacer algun servicio al hijo de mi antiguo protector.

Estaba tan lejos esta conversacion del objeto que habia excitado su curiosidad, que no encontró medio alguno de satisfacerla por entonces. Dió las gracias á Jorge Heriot, y se despidió de él, ofreciéndole aguardarle el dia señalado, á las diez de la mañana, dispuesto á seguirle.

La clase de los pages de hachas, creados por el conde Antonio Hamilton, esclusivamente para Lóndres, habia empezado ya sus funciones en el reinado de Jacobo I, y uno de ellos recibió el encargo de ir delante del lord y su criado alumbrándoles con su antorcha hasta su alojamiento, que tal vez no hubieran podido encontrar en medio de la oscuridad, aunque empezaban á conocer un poco la ciudad. Esto proporcionó al astuto Monipplies la ocasion de acercarse á su amo, despues de haber pasado su mano izquierda por su escudo, y haberse asegurado de que su sable estaba en disposicion de servir en llegando el caso.

—A no ser por el vino y la buena comida que se encuentran en casa de ese tendero, dijo con tono sentencioso, y si no le conociese, por oidas, como hombre que vive bien bajo ciertos aspectos, y por un hijo verdadero de Edimburgo, hubiera deseado ver si no habia un pié hendido debajo de

las hermosas rosetas y los zapatos de Córdoba de ese viejo.

—¡Cómo, bribon, respondió su amo, despues de haber sido tan bien tratado, y haberte llenado la barriga á costa de ese buen hombre, ¿te atreves á quitarle de ese modo el pellejo?

—Perdone vmd., milord: esto es decir solamente que quisiera conocerle algo mas. He comido bien en su casa, es ciertísimo, y es una mala vergüenza que la gentecilla como él pueda regalarse de tal manera, cuando vuestra señoría y yo solemos vernos reducidos á una mala sopa. He bebido muy buen vino.

—Y en abundancia, á lo que parece, y mas de lo que era regular.

—Perdóneme vmd. milord: no hablaria vmd. así, si supiese que no he hecho otra cosa mas que beber una botella con Jenkin, que es un aprendiz de Fleet-Street, y eso por agradecerle el servicio que me habia hecho. Verdad es tambien que le he cantado la cancion antigua de Elisa Marlia, mucho mejor que lo que esperaba y habia oido en su vida.

Y al paso (como dice John Bunyan (1) se puso á cantar á voz en grito:

¿Ha visto vmd. á Marlia,
La que vende el pan tan fresco.
Lástima es, siendo tan bella,
Que vaya á guardar los cerdos.
¿Ha visto vmd..,

(1) Autor del *Pilgrim's Progress* citado muchas veces en la *Cárcel de Edimburgo*,

Pero fué interrumpido por su amo, que, cogiéndole por el cuello, y dándole unas cuantas sacudidas, le amenazó con una recia paliza, si llamaba la atención de la guardia de la ciudad con semejante música.

—Perdon, señor, le pido á vmd. perdon; pero cuando me acuerdo del tal Jin Vin, como le llaman, no puedo menos de cantar: *Ha visto vmd...* No, milord, no; perdon; seré mudo, si vmd. me lo llega á ordenar.

—Habla, pues, para decirme que no hablarás ya, charlarás mas que treinta papagayos, y mas que si te diese una entera libertad de hablar. Habla, y quiero que me digas lo que sepas acerca del señor platero Heriot.

Es probable que al interrumpir de ese modo á su criado, esperaba el jóven lord encontrar en su respuesta alguna cosa que tuviese relacion con la señora que se presentó con tanto misterio al tiempo de empezar el oficio divino. Pero, ya sea que hubiese realmente concebido aquella esperanza, ó ya que desease únicamente que hiciese Moniplies evaporar la exuberancia de espíritus animales en palabras pronunciadas con calma en la conversacion, y no que la emplease en bulliciosos cánticos, lo cierto es que permitió á Richie que contase su historia como le diese la gana.

—Diré á vmd., pues, continuó el orador aprovechándose del privilegio que acababa de concederle, que quisiera saber qué clase de hombre es el tal señor Heriot. Ha proporcionado á vuestra señoría una mina de oro, segun pienso, y si eso es cierto, sus razones ha tenido para hacerlo, porque en este mundo:

Nadie envía una morcilla
A quien no mata lechón.

Dado caso que vuestra señoría pudiese disponer de sus dominios, no tengo la menor duda de que este hombre, como los demás que hacen el mismo tráfico (plateros, según ellos dicen, pero yo los llamo usureros) se contentase con cambiar algunas libras de polvo de Africa, quiero decir de oro, por algunos centenares de fanegas de tierra de Escocia.

—Pero ya sabes que yo no tengo tales tierras, por lo menos, que puedan asegurar el pago de las deudas que contraiga en el día. Y no debieras echármelo en cara.

—Es verdad, milord, es verdad, y como vmd. dice, no es necesario ser muy hábil para saberlo. Así pues, el señor Heriot tiene algún otro motivo para ser liberal, y debe saber que no puede hincar el diente á los bienes de vmd. No pienso que atente contra la libertad de vuestra persona; pero ¿quién sabe si tal vez podrá poner asechanzas á vuestra alma?

—Mi alma ¡grandísimo loco! ¿Y de qué podrá servirle mi alma?

—Lo que puedo decir á vmd. en el particular es, que van rugiendo y buscando á quien devorar; lo que prueba que tienen muchas ganas de coger las víctimas. Y dicen; añadió Moniplies acercándose mas á su amo, que el señor Heriot tiene en su casa un espíritu.

—¡Un espíritu! ¿qué es lo que dices, borrachonazo? Te moleré las costillas á palos, si prosigues diciéndome semejantes paparruchas.

—¡Borrachonazo! ¿Y es eso lo que tiene vmd. que decir por su parte? ¿Podía yo dejar de beber á la salud de vuestra señoría, cuando el señor Jenkin me lo ha propuesto? Y eso de rodillas, y sin que pudiese yo rehusarlo. Hubiera cortado las piernas con mi sable al impudente que no hubiese querido hacer otro tanto, y le hubiera hecho doblar las rodillas de manera que no pudiese levantarse así como quiera.

Calló un instante, esperando que su amo respondiese de algun modo á sus fanfarronadas; pero viendo que callaba, añadió:

—En cuanto al espíritu, vuestra señoría le ha visto con sus propios ojos.

—Yo no he visto tal espíritu, dijo Glenvarloch, sin acertar á respirar, como quien desea descubrir alguna cosa muy extraordinaria: ¿qué quiere decir con eso?

—Vmd. ha visto acudir al rezo una señora joven, que no ha hablado con nadie, y que se ha contentado con hacer una reverencia al señor Heriot y á la señora anciana de la casa. ¿Sabe vmd. quien es?

—No. Alguna parienta sin duda del señor Heriot.

—No es eso. ¡Qué diablo! Si acaso tiene alguna gota de sangre humana en sus venas, no es de la sangre de esa familia. Le diré á vmd. lo que creen cuantos habitan en el distrito de Lombard-Street. Esa señora, esa bruja, hechicera, ó como vmd. quiera que la llamemos, murió corporal y materialmente hace años, aunque viene á ver la familia durante sus devociones.

—Por lo menos será preciso confesar que es un

buen espíritu, ya que escoge ese momento para venir á ver sus amigos.

—Yo no lo sé, milord. No conozco espíritu alguno que hubiera podido resistir á la vista de John Knox, á quien mi padre sostuvo en todas ocasiones en sus trabajos, hasta que se declaró la cóрте contra él, porque daba á la cóрте la provision de la carne. Pero el ministro que estaba allí, no es de la misma iglesia que reverendo M. Rollock y el reverendo M. David Black de North-Leith y otros muchos. ¿Quién sabe si los rezos que los ministros ingleses leen en su libro negro, grasiento, tienen ó no tanta eficacia para atraer los diablos, como las oraciones piadosas y ardientes pronunciadas por un ministro escocés, la tienen para ahuyentarlos, como fué arrojado el maligno espíritu con el olor del bazo de pescado en el cuarto nupcial de Sara, hija de Ragüel. Pero en cuanto á esta última historia, no diré si es ó no cierta; porque dicen que otros, que saben mas que yo, la ponen en duda.

—Muy bien, muy bien, dijo su amo enfadado: estamos cerca de nuestra casa, y te he dejado hablar á tus anchuras, por ver á donde irias á parar con tus supersticiones tontas. Pero así tú como las gentes insensatas que te han contado esa fábula ¿qué es lo que piensan acerca de esa señora?

—Eso es lo que yo no puedo decir precisamente, lo cierto es que ella murió y fué enterrada hace mucho tiempo, aunque vuelve todavía á aparecerse entre los vivos, y sobre todo á la familia del señor Heriot; sin embargo, los que la conocen

bien, la han visto en otros sitios. Pero no sé quien es, ni le puedo decir á vmd. tampoco por que se ha agregado á una familia particular como una *Bowine* de Escocia (4). Dicen que tiene una habitacion compuesta de una antecámara, un salon, y un cuarto: pero, ¡el diablo me lleve! si tiene mas cama que un atahud, y las puertas y ventanas cerradas siempre y á oscuras, y necesita de velas y bujías en la mitad del dia.

—¿Para que las necesita, si es un espíritu?

—No puedo decírselo á vuestra señoría. Gracias á Dios no sé ni que es lo que necesita, ni que es lo que deja de necesitar. Pero su atahud está allí. ¿Me quiere vmd. decir si una persona viva tiene mas necesidad de un atahud, que un espíritu de una bujía?

—¿Qué necesidad tiene una muger tan jóven y tan bella de estar contemplando siempre el lecho en el que encontrará algun dia su último reposo?

—Yo no sé maldita la cosa, milord, pero su atahud está allí, como me lo han asegurado los que le han visto. Es de ébano, y está guarnecido de clavos de plata, y está forrado de damasco digno de la cama de una princesa.

—Es cosa muy singular, dijo Nigel, cuya imaginacion se interesaba fácilmente, como la de la mayor parte de los jóvenes, en todo cuanto tenia alguna apariencia extraordinaria y romancesca: ¿come alguna vez con la familia? le preguntó.

—¿Quién? ¿ella? Seria necesaria una cuchara con un mango larguísimo para comer la sopa con ella. ¡Cáscaras! Sin embargo siempre le ponen al-

(4) Especie de espíritu familiar, en Escocia.

guna cosa en *el torno*, pues llaman así á una especie de cajon redondo, abierto por un lado y cerrado por el otro; que dá la vuelta en derredor, como una devanadera.

—Ya sé qué viene á ser eso, pues he visto los tales tornos en pais estrangero, en los conventos de monjas. ¿Así es como le dan la comida?

—Todos los dias le pasan así alguna cosa, segun dicen; pero solo por la forma. No debemos creer que ella las toca mas que las imágenes de Baal y de Dagon los víveres que les ponian delante. Hay bastantes criados y criadas en la casa para ser otros tantos tragaldabas, como los setenta sacerdotes de Bel, sin contar sus mugeres y sus hijos.

—¿Y no la ven jamás sino á la hora del rezo?

—Jamás, segun me han dicho.

—Es cosa singular, dijo entre sí Nigel Olifaunt. Si no llevase consigo los aderezos de diamantes, y sobre todo, si no asistiese á los oficios de la iglesia protestante, pudiera creer que es una monja católica, que por algun motivo ha logrado una dispensa, y ha establecido su celda en Lóndres; ó alguna beata católica que se ha impuesto á sí misma esa penitencia. Si no es nada de eso, yo no sé que pensar.

Llegaron en esto á su casa, es decir, á la de John Christie y llamaron á la puerta. La señora Nelly bajó á abrirla, risueña y con una bujía en la mano; y llevó al jóven lord á su cuarto.

CAPITULO VIII.

Ay ! mark the matron well-and laugh not, Harry,
At her old steeple-hat and velvet guard
J've call'd her like the ear of Dionysius ;
J mean that ear-form'd vault , built ó er his dungeon,
Lo catch the groans and discontented murmurs
Of his poor bondsmen-Ev'n so doth Martha
Drink up , for her own purpore, all that passes ,
Or is supposed to pass ; in this wide city
She can retail it too, if that her profit
She call on her to do so ; and retail it
For gour advantage , so that you can make
Your profit jump with hers:

THE CONSPIRACY.

Sí ! contempla bien esa matrona y no te rias , Enrique , de su sombrero antiguo y sus adornos de terciopelo. Yo la he comparado con la oreja de Dionisio ; es decir , con aquella bóveda en forma de oreja que hizo construir sobre sus calabozos, para escuchar desde ella los gemidos y murmullos sediciosos de sus presos. Del mismo modo Marta se penetra, para sus propios fines, de lo que pasa ó se supone que pasa en esta gran ciudad; luego lo vende por menor si su interés lo exige, y puede hacerlo tambien en tu beneficio , poniéndote así en disposicion de unir tus intereses á los suyos.

LA CONSPIRACION.

Ahora es necesario que conozca el curioso lector otro personaje mas laborioso, mas importante de lo que su clase en la sociedad anunciaba al parecer, en una palabra, la señora Ursula Suddlechops, muger de Benjamin Suddlechops, el barbero mas famoso de Fleet-Street. Tenia la tal muger cualidades muy particulares ; pero si he-

mos de dar crédito á lo que decia ella misma, consistia su principal mérito en un deseo sin límites de hacer algun servicio á su prógimo. Dejando que su marido, flaco y hambriento, se jactase de tener, para hacer la barba, la mano mas ligera que todos los demas barberos de Lóndres, y sostener una tienda, en la que los aprendices desollaban la barba de los insensatos que la ponian en tales manos, ejercia ella un comercio distinto y mas lucrativo; pero que se dividia en tantos ramos separados, que algunas veces se dirigian al parecer en sentido inverso.

Sus funciones mas altas é importantes eran confidenciales y secretas; y era cosa sabida que jamás la señora Ursula habia faltado á la confianza de los que se valian de su ministerio, á no ser cuando no pagaban bien sus servicios, ó cuando por otro lado recibia otra doble paga por revelar el misterio. Y estos dos casos eran tan raros, que su discrecion continuaba siendo irrepreensible y asimismo su honradez y su benevolencia.

Era en suma una matrona admirable, y solia hacerse útil á la fragilidad humana en los principios, los progresos y las consecuencias de una pasion amorosa. Sabia de qué medios debia valerse para dar citas á los amantes que se veian obligados á verse en secreto, y para acudir al socorro de las muchachas que habian tenido algun desliz; y aun colocaba tal vez el niño ilegítimo, que venia llorando al mundo, como heredero de una familia, cuyo amor legítimo echaba de menos un heredero. Mas hacia todavía: sabia secretos mucho mas importantes y los hacia pagar muy bien. Era discípula de mistress Turner, y habia

aprendido de ella á hacer unos cuantos menjures secretos de no poca importancia , aunque tal vez no tan criminales y diabólicos como los que fueron imputados á su maestra. Pero la parte sombría y triste de su carácter se cubria con un barniz de alegría y buen humor, con el gracejo y los chistes que solía emplear para embaucar á los papanatas que la escuchaban, y con otros amaños que empleaba para hacerse útil á los jóvenes , y sobre todo á las muchachas.

Apenas podría creerse que tuviese la señora Ursula cuarenta años ; porque era gorda sin exceso , tenia unas facciones agradables, y su semblante vivo y animado, mostrándose alegre, daba aun algun valor á lo que le quedaba en punto á hermosura. En las inmediaciones de su casa jamás habia casamiento ó bautismo en que no se hallase la señora Ursley , como la llamaban. Inventaba todo género de juegos y de pasatiempos, para divertir á las muchas personas que en aquellos tiempos solian reunirse en semejantes ocasiones ; de suerte que para estas ceremonias alegres , todas las familias acomodadas juzgaban indispensable su presencia en alguna manera. Suponian en ella tambien tal conocimiento del corazon humano, que era la confidenta voluntaria de muchísimos amantes que le comunicaban los secretos, y recibian sus consejos. Los ricos pagaban sus servicios dándole sortijas , collares, ó monedas de oro, que era lo que ella preferia á todo lo demas , y solia dar á los pobres limosnas , siguiendo el ejemplo de los médicos jóvenes, que los visitan de valde, ya por compasion, ya por ejercitarse en su profesion.

Tenia en la ciudad la señora Ursula una reputacion tan grande, que se estendia su práctica mucho mas allá de Temple-Bar, y tenia conocidos, y aun protectores, entre las gentes de calidad, cuyo rango, por ser en menor número, y la dificultad de acercarse á la córte mucho mayor, era infinitamente mas importante que en nuestro tiempo, en el que los pies del plebeyo casi llegan á tocar los talones de los cortesanos. Sostenia sus relaciones con esta clase de parroquianos, ya sea vendiéndoles perfumes, pomadas y escofietas llevadas de Francia, ya porcelanas y adornos de la China, que se iban haciendo de moda, sin contar las drogas de varias especies, sobre todo para las señoras; y tambien haciéndoles otros servicios, que tenian mas ó menos analogía con los ramos secretos de su profesion, de que ya hemos hablado.

A pesar de tantos y tan variados medios de ganar la vida, era sin embargo pobre la señora Ursula; y probablemente hubieran sido ricos su marido y ella, si hubiese renunciado á su tráfico, para ayudar á Benjamin en el de su barbería. Pero á Ursula le gustaba comer opíparamente, y no podia contentarse con la mesa económica del barbero, ni tampoco tolerar la monotonía de su barberil conversacion.

Necesitamos poner en escena á Ursula Suddechops antes de concluirse el dia mismo en que lord Nigel comió en casa del rico platero Heriot. Habia hecho por la mañana un largo viage hasta Westminster, se hallaba fatigada y sentada en una silla poltrona de madera reluciente ya; á fuerza de haber servido, en un rincón de la chimenea,

en la que habia un buen fuego. Entre despierta y dormida, miraba á una olla en la que hervía la ale con los requisitos ó condimentos necesarios. En la otra parte lateral de la chimenea, cuidaba una mulata jóven de una cazuela de plata, en la que habia un pedazo de ternera; y sin duda estaba destinado todo á dar fin á un dia, que habia sido bien empleado, y cuyas faenas se habian concluido. Pero se equivocaba sin embargo; pues al momento mismo en que la ale estaba bien cocida y la ternera en disposicion de ser comida, segun le dijo la criada susodicha, la voz áspera de Benjamin se oyó al pié de la escalera.

—¡Ursula! ¡Ursula! ¡Amor mio! Te están aguardando con tanta impaciencia como una navaja de afeitar suele aguardar que le den el filo.

—¡Quisiera que una de tus navajas te cortase el gañote, majadero! dijo ella impaciente. ¿Qué hay de nuevo, señor Suddlechops? voy á meterme en la cama; que en todo el dia no he hecho mas que correr.

—Yo no necesito de vmd., señora, respondió el bueno del barbero; la criada escocesa de nuestro vecino Ramsay quiere hablar con vmd.

Al escuchar esto, echó la señora Ursula una ojeada á su ternera, lanzó un suspiro y respondió:

—Diga vmd. á Jenny que suba, señor Suddlechops; pues deseo saber qué es lo que tiene que decirme; y añadió en voz baja:— tambien ella se irá á ver al diablo con una camisa embreada, como han ido antes que ella otra infinidad de brujas escocesas.

Entró Juanita, y como no habia oido que era lo que le deseaba caritativamente la señora Ur-

sula, la saludó con mucho respeto, y le dijo que su señorita acababa de llegar á casa algo indispuesta y deseaba verla al instante.

—Pero, Jenny ¿no será mejor que vaya mañana temprano? dijo Ursula: he estado hoy en Witehall, y estoy muy cansada.

—Pues bien, respondió Juanita, siendo eso así, endré que ir mas lejos. Iré hasta Hungerford, Stairs en busca de la anciana Redcap, que tiene tambien remedios secretos como vmd. para aliviar muchas enfermedades; pues es necesario que mi señorita vea á una de vmds. dos, antes de acostarse; eso es todo lo que yo sé.

Y sin insistir mas tiempo, dió la emisaria una media vuelta, y se disponia á partir; pero exclamó la señora Ursula.

—No, Jenny, no, de ninguna manera. Si aquella señorita necesita de buenos consejos, no es necesario dirigirse á la tia Redcap. Las mugeres de los marineros y las hijas de los jornaleros podrán servirse de ella, enhorabuena; pero en cuanto á mistress Margarita, la hija del relojero de la sagradísima magestad, yo, yo solamente iré á verla y á asistirle. Al momento, ahora mismo voy á salir. Pero dígame vmd., Jenny; ¿no le fastidian á vmd. tambien muchas veces los caprichos de esa niña que cambia de modo de pensar diez veces al dia?

—No, á fe mia, respondió la criada; aunque algunas veces no es fácil lavar á su gusto los encajes. Pero la conozco desde que nació, y así...

—No hay duda en eso, dijo Ursula cubriéndose con un gran pañuelo para precaverse del frio de la noche; y bien sabe vmd. que tiene doscientas libras de renta al año.

—Que ha heredado de su abuela, que esté en el cielo. No hubiera podido dejarlas á otra persona que las mereciese como ella.

—Es cierto, ciertísimo; pues, á pesar de todos sus caprichos, yo siempre he dicho que mistress Margarita Ramsay es la mas linda niña del barrio, y apostaria que no ha encontrado que cenar la pobrecilla.

—No diré á vmd. lo contrario, señora Ursula, pues como el amo no ha comido en casa, y los aprendices han ido á buscarla despues de haber cerrado la tienda, la cocinera y yo hemos ido á casa de Sandy Macgivin á ver una amiga que acaba de llegar de Escocia.

—Como está en el órden, mistress Juanita, dijo la señora Ursula, que encontraba mucha ventaja en decir á todo amen.

—De suerte que el fuego se ha apagado, añadió Jenny.

—Era muy natural tambien, dijo Ursula. Pero en una palabra, Jenny, yo llevaré mi cena, pues no he comido hoy; y tal vez la linda mistress Margarita me acompañará á comer un bocado, porque, si las muchachas tienen vacío el estómago, mistress Juanita, es fácil que se les ponga en la cabeza la idea de que están enfermas.

Al decir esto dió á Jenny el jarro de ale, y levantándose con la resignacion de una persona que se aviene á sacrificar su gusto, á su deber, puso el manto de manera que cubriese bien la cazuela que contenia el guisado de ternera, y dijo á la mulata que las alumbrase con un farol.

—¿Y adónde va vmd. á estas horas? le preguntó su marido, al verla atravesar la tienda mien-

tras comia con los aprendices un poco de bacalao y unos nabos.

—Adonde no puede vmd. ir por mí, Gaffie, le respondió ella con mal gesto, y por consiguiente no tengo necesidad de decírselo á vmd.

Estaba Benjamin acostumbrado á tolerar á su muger en tales casos, y se escusó de volverle á hacer otras preguntas. No aguardó ella tampoco á que se las hiciese; salió sin detenerse, y dijo á uno de los aprendices, que la aguardase y que cuidase la casa.

Era la noche húmeda y sombría; y aunque no estaban lejos las dos tiendas una de otra, la señora Ursula, que iba con las sayas remangadas, tuvo tiempo sin embargo de desahogar su mal humor.

—¿Qué pecados he cometido yo, para verme obligada á estar á las órdenes de las viejas locas, ó de las jóvenes casquivanas, que tengan el capricho de llamarme de este modo? Me han hecho trotar desde Temple-Bar hasta White-Chapel para ver á la muger de un fabricante de alfileres que se habia picado un dedo. Ya que habia hecho su marido la arma que la hirió, ¿por qué no ha curado él mismo la herida? Vea vmd. ahora esta caprichosa, la linda mistress Margarita. ¡Linda! las muñecas que vienen de Holanda son tan bonitas como ellas. Y tiene tantos caprichos como una marquesa. La he visto en un mismo dia testaruda como una mula y variable como una veleta. Yo quisiera saber si el loco de su padre encierra mas caprichos en su cabeza desdichada. Pero ella tiene doscientas libras esterlinas de renta en tierras, en un país miserable: el padre tiene en medio de todas sus rarezas una avaricia estremada: y nos hu-

biera obligado ya á pagar la renta de la casa, á no haber mediado su hija en nuestro favor. Por tanto ¡Dios me favorezca! necesito complacerla. Y por otra parte, esa caprichosa es la que únicamente puede ayudarme á saber el secreto de Jorge Heriot, y está mi reputacion interesada en descubrirle. Por consiguiente, *andiamo*, como dicen los italianos.

Al mismo tiempo continuaba marchando, y llegó pronto á la puerta del relojero. Abrióla Juanita, y entró la señora Ursula, ya alumbrada, ya á oscuras, no como la amable lady Chistabelle (1) por medio de esculturas góticas y armaduras antiguas, sino abriéndose el paso por entre los restos de máquinas antiguas, y los modelos de nuevas invenciones en los diferentes ramos de la mecánica, monumentos de una industria inútil, y cuya mayor parte no estaban acabados, que ocupaban toda la casa, y con los que tropezaba á cada paso.

Al fin llegaron, subiendo una escalera estrecha, al cuarto de la linda mistress Margarita, en donde esta Cinosura (2), hechizo de los jóvenes de Fleet-Street que se atrevian á poner en ella los ojos, estaba sentada y pensativa. Sus blancas espaldas formaban una línea curva, su barba estaba sostenida por su blanca mano, cuyos dedos se estendian sobre su boca, su codo se apoyaba en una mesa, y estaban fijos sus ojos en un carbon encendido, que no podia tardar en apagarse. Apenas volvió la cabeza cuando entró la

(1) Alusion al estraño poema de Coleridge asi intitulado.

(2) Nombre poético de una heroina de novela.

señora Ursula; y despues de haberle dicho la eriada en alta voz que estaba allí la estimable matrona, se contentó mistress Margarita, sin mover su airoso cuerpo, con decir entre dientes tres ó cuatro palabras.

—Vaya vmd. á la cocina con Willie, mistress Juanita, dijo la señora Ursula; ponga vmd. todo eso á calentar, y déjenos vmd.; pues tengo que hablar á solas con mi querida mistress Margarita.—Desde aqui hasta la iglesia de Bow, no hay jóven alguno que no me envidiase esta fortuna.

Juanita se fué, y habiendo la señora Ursula atizado un poco el fuego para que no se le enfriase su cazuela, se acercó á la hija del platero, y le preguntó callandito:—¿Qué tiene vmd., hija mia, la mas bonita de todas mis vecinas? ¿Qué tiene vmd.?

—Nada, señora Ursula, respondió Margarita algo impaciente, y volviéndole la espalda algun tanto.

—¿Nada, preciosa Margarita? ¿Y me hace vmd. venir á estas horas sin tener nada que le obligue á ello?

—No soy yo quien ha hecho á vmd. venir.

—¿Quién es pues? si no hubieran venido á buscarme, á buen seguro que estaria ahora cenando en mi casa.

—Será sin duda esa mentecata Jenny, pues se le ha puesto eso en la cabeza, y hace dos horas que me estaba quebrando loscascos, hablándome de vmd. y de la tia Redcap.

—¡De mí y de la tia Redcap! Es una locura el confundirnos á las dos; pero vamos, mistress Margarita. No es Jenny tan loca como eso, pues ha

conocido que la tia Redcap no se halla en estado de dar á las jóvenes los consejos que necesitan, y ha ido á buscar socorros á donde sabia que no dejaría de encontrarlos. Asi pues, hija mia, sosiéguese ese corazoncito; dígame vmd. que es lo que le atormenta, fiese vmd. en Ursula, y pronto se verá aliviada.

—Ya que es vmd. tan sábia, tia Ursula, podrá adivinar que es lo que tengo, sin necesidad de decirselo.

—Sin duda, hija mia, sin duda; nadie mejor que yo puede jugar ese juego antiguo. *¿A qué se parece mi pensamiento?* Pues bien, apostaría que esa cabecita está en brasas, porque desea adornarse mejor que las damas de la ciudad. *¿O quiere vmd. acaso ir á divertirse á Islington ó á Ware, y está su padre de mal humor, y no quiere permitirselo? ¿O...*

—Es vmd. una vieja insensata, señora Suddlechops, y no debia mezclarse en cosas que no están á su alcance.

—Insensata, si á vmd. le parece, mistress Margarita, respondió la señora Ursula; pero vieja no lo soy mucho mas que vmd.

—¡Empezamos á enfadarnos! *¿Dígame vmd., si gusta, señora Ursula, como siendo un poco mas vieja que yo, viene á decirme tales fruslerías, á mí que soy mucho mas joven, y tengo bastante caletre para hacer muy poco aprecio de un adorno de cabeza, ó de Islington?*

—Muy bien, hermosa, muy bien, dijo la sábia consejera levantándose: veo que no puedo servir de nada aquí; y me parece qué, sabiendo vmd. mejor que nadie que es lo que necesita, era muy

escusado hacerme venir á estas horas para pedirme consejos.

— Veo que está vmd. muy enojada, buena mujer, dijo Margarita deteniéndola, y consiste sin duda en que ha salido vmd. de su casa sin haber cenado, pues jamás la he visto de tan maldito humor teniendo lleno el estómago.— ¡Juanita! ¡Juanita! trae un plato y sal para la señora Ursula. ¿Y qué tiene vmd. en este jarro? ¿Ale? ¡Bah! ¡bah! arroje vmd. el jarro por la ventana, Juanita, ó guardte vmd. mas bien la ale para el almuerzo de mi padre, y traiga vmd. la botella de vino de Canarias que estaba destinada para él. En medio de sus cálculos profundos no distinguirá la cerveza del vino.

— Pienso lo mismo que vmd., mi querida hija, dijo la señora Ursula, cuyo disgusto momentáneo se desvanecía al ver los preparativos de la cena, y sentándose en una silla poltrona delante de una mesa, empezó á comer con apetito. Sin embargo no faltó á las reglas de la urbanidad, é instó á mistress Margarita para que tomase parte en la cena, aunque fué inútil, y no pudo conseguirlo.

— Beberá vmd. por lo menos un vaso de vino de Canarias conmigo, dijo la señora Ursula; pues le oí decir á mi difunta abuela que, en tiempo de los católicos, bebia siempre el penitente un trago con su confesor antes de confesarse, y vmd. es mi penitente ahora.

— No beberé, respondió Margarita, y he dicho á vmd. ya, que sino se halla en el caso de adivinar que es lo que me atormenta, no tendré jamás bastante resolucion para decírselo.

Al decir esto, se volvió otra vez á poner casi

de espaldas, con el codo sobre la mesa y sosteniendo la barba con la mano, como anteriormente.

—¿Es, pues, según eso, preciso que eche mano de mi ciencia? Sea enhorabuena; déme vmd. su bonita mano, y le diré por medio de la quiromancia, tan bien como una gitana, de qué pié cojea vmd.

—¿Cojeo acaso de alguno de ellos? dijo Margarita con desden. Pero entretanto permitió que Ursula le cogiese la mano izquierda, aunque vuelta de espaldas siempre.

—Yo solo veo líneas de felicidad, dijo Ursula, sin mezcla de desdicha alguna:—placer—riqueza—noches agradables—días muy prósperos—un carruaje que hará temblar las paredes de Whitehall—un marido... ¡Ah! ¿se rie vmd? he dado en la tecla. ¿Y quién le impedirá llegar á ser lord-maire y asistir á la corte en su coche dorado, como los que le habrán precedido?

—¡Lord-maire! ¡Bah!

—¿Y por qué dice vmd. bah al lord-maire? Se burla vmd. de mi profecía? En medio de las líneas mas felices de la vida hay otras que las atraviesan pero, aunque veo en esta linda mano una gorra de aprendiz, los ojos negros y brillantes que están debajo no encuentran rivales en todo el barrio de Faringdon-without.

—¿De quién habla vmd. pues? preguntó Margarita con sequedad.

—¿De quién puedo hablar sino del principe de los aprendices, del rey de la buena y escogida sociedad, de Jenkin Vincent?

—¿De Jenkin Vincent? ¡Bah! ¡bah! ¡Un cual-

quiera, un estúpido! exclamó la señorita con indignación.

—¿Viene el viento de ese lado, señorita? Mucho ha debido cambiar, según eso, desde que nos vimos la última vez; pues entonces era favorable al pobre Jin Vin. Está perdido de amores por vmd.; y tiene mas gusto en ver esos lindos ojos que el primer rayo del sol el día de la gran fiesta del primero de mayo.

—Quisiera que tuviesen mis ojos como el sol el poder de cegarle, para enseñarle á moderar sus deseos, sin salir de su clase.

—Cierto es que muchas personas dicen que Frank-Tunstall tiene tanto mérito como Jin Vin. Por otra parte es tercer primo de un baronet, y por consiguiente de noble familia. ¿Quién sabe si podrá vmd. ir á parar al Norte?

—No es imposible, señora Ursula; pero no casándome con un aprendiz de mi padre, y le doy á vmd. muchísimas gracias.

—Encárguese, pues, el diablo en mi lugar de adivinar los pensamientos de vmd., dijo la señora Ursula.

—Escuche vmd. bien lo que voy á decirle. No he comido hoy en casa.

—Ya sé donde ha comido vmd.: en casa de su padrino el platero. Ya vé vmd. que no ignoro nada; y si quisiera, podría decir con quien ha comido vmd. allí.

—¿De veras? exclamó Margarita volviéndose hacia ella sorprendida, y mudando de color.

—Con sir Mungo Malagrowthe. Al paso le han hecho la barba en la tienda de Benjamin.

—¡Ese espantajo! ¡ese esqueleto!

—Si por cierto, hija mia: es vergüenza que le vean fuera del pórtico de San Pancracio, porque allí está en verdadero su lugar ese viejo chocarrero y mordaz. Decía esta mañana á mi marido...

—Cosas que nada tienen que ver con nuestro asunto, á buen seguro. Será preciso que yo hable: ha comido con nosotros un lord...

—¡Un lord! ¡la pobre niña ha perdido la chabeta!

—Un jóven lord escocés, añadió Margarita sin escuchar aquella exclamacion.

—¡La vírgen santísima nos asista! exclamó la confidenta: es una loca rematada. ¿Háse visto jamás que la hija de un relojero se haya enamorado de un lord? ¿Y de un lord escocés, para servir á vmd? Todos ellos son orgullosos como Lucifer, y pobretones como Job. ¡Un lord escocés! Menos malo fuera que me hablase vmd. de un buhonero judío. Mírese vmd. bien en ello, antes de meterse en honduras.

—Vmd. nada tiene que ver en eso, Ursula; necesito de la ayuda de vmd.; pero no de sus consejos; y bien sabe vmd. que nada perderá conmigo.

—No soy interesada, mistress Margarita, y quisiera que no desechase vmd. mis advertencias. Conozca vmd. que su condicion...

—Sé que mi padre ejerce una profesion innoble; pero es noble nuestra sangre, pues me tiene dicho que descendemos, á lo lejos, de los condes de Dalwolsey.

—Sin duda, sin duda alguna: no conozco ningun escocés que no descienda de noble familia; pero, á lo lejos, como vmd. dice, y es tal la dis-

tancia, que se pierde de vista. Pero dígame vmd. como se llama ese galan del Norte; y veremos si puedo yo hacer alguna cosa por vmd.

—El lord Glenvarloch, llamado tambien lord Nigel Olifaunt, dijo Margarita bajando la voz, y volviendo la cabeza.

—Es un diablo, dijo Ursula, y peor todavia que el diablo mismo. ¡Dios nos asista!

—¿Qué quiere vmd. decir con eso? preguntó Margarita admirada al oir tan viva esclamacion.

—¡Cómo! ¿No sabe vmd. que tiene enemigos poderosos en la córte? ¿No sabe vmd. que?..... ¡Maldita lengua! siempre se me escapa..... Baste decir á vmd. que valiera mas poner su lecho nupcial en una casa que va á desplomarse, que pensar en el jóven Glenvarloch.

—¿Es, segun eso, desdichado? Ya lo sabia, ya lo habia adivinado yo. Habia en su voz un acento triste, por mas que se esforzaba en mostrarse alegre. Noté que sus sonrisas eran melancólicas, y no hubiera tomado tanto interés en favor suyo, si le hubiera visto brillar con todo el esplendor de la prosperidad.

—Las novelas le han trastornado la cabeza, dijo la señora Ursula. ¡Es una muchacha perdida! ¡perdida sin remedio! ¡Amar á un lord escocés! y amarle porque es desdichado. Lo siento mucho mistress Margarita; pero este es uno de aquellos asuntos en los que yo no puedo hacer maldita la cosa. Seria obrar contra mi conciencia, y eso sale del círculo de mis ocupaciones ordinarias. Pero guardaré el secreto.

—¿Y tendrá vmd. la bajeza de abandonarme

despues de haberle manifestado mi corazon? dijo Margarita indignada. Si vmd. quiere ayudarme, la recompensaré bien, y si se niega á hacerlo, sé como me podré vengar. La casa que vmd. habita es de mi padre.

—Muy bien lo sé, mistress Margarita, respondió Ursula, despues de un instante de reflexion, y quisiera servir á vmd. en lo que está á mis alcances. Pero en tratándose de gentes de un rango tan elevado... No me olvidaré nunca de la pobre mistress Turner, mi buena maestra, (¡que en paz descanse!) Tuvo la desgracia de mezclarse en la intriga de Sommerset y de Overbury; el gran conde y su muger tuvieron bastante talento para librarsus cuellosdel dogal, y le dejaron en su lugar y plaza con otros seis. Me parece que la estoy viendo ahora en el cadalso, con un alzacuello almidonado con el almidon amarillo que solia yo ayudarle á hacer, y que iba á ser reemplazado por un triste cordel de cáñamo. Semejante espectáculo, amiga mia, pudiera quitar á cualquiera las ganas de mezclarse en asuntos árduos, y capaces de quemar la mano como un hierro encendido.

—¡Es vmd. una loca! ¿le pido á vmd. acaso que emplee los criminales manejos que han conducido al suplicio á aquella miserable muger? Todo lo que yo le pido á vmd. se reduce á que me proporcione informes seguros acerca del asunto que ha traído al lord á la córte.

—¿Y qué lograria vmd. con saber sus secretos? Pero, si quiere vmd. que le haga ese servicio, necesita hacerme á mi otro en cambio.

—¿Qué quiere vmd., pues, que yo haga?

—Se lo he pedido á vmd. otra vez, y se puso al momento hecha una furia. Quisiera lograr alguna esplicacion acerca de la historia del Espíritu que está en casa del padrino de vmd., y no es visible sino á la hora del rezo.

—Por todos los tesoros del mundo no serviria de espía para descubrir los secretos de mi buen padrino; ni procuraré tampoco jamás saber lo que él desea ocultar. Pero vmd. sabe, señora Ursula, que tengo una fortuna independiente y propia, de la que seré dueña absoluta pasado algun corto tiempo. Pídame vmd. otra recompensa, señora Ursula.

—¡Ay! muy bien lo sé. Las doscientas libras de renta al año y la indulgencia de vuestro padre, hacen á vmd. tan terca y voluntariosa.

—Asi sea; pero entre tanto, si quiere vmd. servirme fielmente, hé aquí una sortija que le regalo, mientras pueda dar á vmd. cincuenta monedas de oro.

—¡Cincuenta monedas de oro! ¡y esta sortija de valor para prueba de que no faltará vmd. á su palabra! Yo le aseguro á vmd., señorita, que si necesito esponer mi vida, por ninguna otra persona mas generosa podré hacerlo; y no quisiera mas que poder servir á vmd., pero Benjamin es cada dia mas haragan, y mi familia....

—No me hable vmd. de eso, ya nos comprendemos. Dígame vmd. ahora lo que sepa acerca de los asuntos del jóven lord, y porque no queria vmd. mezclarse en ellos.

—No puedo decir á vmd. todavía lo que quisiera, y solamente sé que los hombres que tienen mas influjo en la córte, aun sobre sus compatrio-

tas, se han declarado contra él ; pero llegaré á saber mas. Seria un libro muy mal impreso, si no pudiese yo leer en él por servir á mistress Margarita. ¿En dónde vive ese jóven lord?

—Casualmente lo he sabido , respondió Margarita: vive , segun parece , en casa de un tal Christie, un revendedor de la marina, junto á San Pablo, si no me equivoco.

—¡Hermosa casa para un jóven baron! Pero eso no debe atormentar á vmd. mistress Margarita: si ha llegado como un gusano, igualmente que muchos de sus compatriotas, podrá como ellos cambiar de forma, y llegar á ser una hermosa mariposa con el tiempo.² Deseo á vmd. una buena noche, y sueños agradables: bebo á la salud de vmd. este último vaso de vino, y pasadas veinte y cuatro horas recibirá vmd. mis noticias. Vaya vmd. ahora á meterse en la cama, perla de las perlas, margarita de las margaritas.

Al decir esto besó las mejillas de su jóven amiga ó protectora, que se prestó á ello de mala gana, y salió con los pasos silenciosos con que caminan los que tienen que desempeñar encargos que exigen diligencia y discrecion.

—He hecho mal, dijo Margarita despues quedando sola, en descubrirle de este modo mi inclinacion; pero es astuta , atrevida , servicial y fiel, segun creo. En todo caso cuenta le tendrá el serme fiel. Pero siento haberle hablado acerca de eso; he comenzado, y no sé que es lo que podré hacer. ¿Me ha dicho él acaso alguna cosa que me dé el derecho de mezclarme en sus negocios? Solo me ha dicho cosas comunes, y ha usado únicamente de aquellas espresiones que en tales ca-

esos nada significan en rigor. ¿Y sin embargo quién sabe?.... Al decir esto se fijaron sus ojos, sin pensarlo, en un espejo; y al ver reflejadas allí sus facciones, dió su imaginacion á aquella frase una conclusion mucho mas favorable de lo que su boca se hubiera atrevido á espresar.

CAPITULO IX.

So pitigul thing is suctor's state!
Most miserable man, when wicked fate
Hath bought to Court to sue, for *Had Jivist* ,
That few have fonnd , and many á one hath miss' dl
Full little Knowest thou, that hast nont tried,
What hell it is, in sueing long to bide:
To loose tood days that might de bette spent;
To waste iong nights in pensive discontent:
To speed to-day, to be put back to-morrow;
To feed on hope, to pine with fear and sorrow;
To have thy Prince's grace, yet wait may yeless;
To fret thy soul wicht cosses and with cares
To eat thy heart through comporles despairs,
To fawn, to crouch, to wait, to ride, to run.
To spend, to give, to want, to be undone.

MOTHER HUBERD' S TALE.

¡Qué posicion tan triste la de un litigante ! Que desgraciado aquel que por su mala suerte tiene que acudir á un tribunal, buscando lo que pocos han hallado, y la mayor parte echa de menos. No sabes bien tu, que nunca lo has experimentado, el infierno que es un pleito largo; perder hermosos dias que podian haberse empleado mejor; desperdiciar largas noches en reflexiones desagradables; darse prisa hoy para aguardar mañana; nutrirse con esperanzas y consumirse con el miedo y el sentimiento ; gozar el favor del principe y carecer del desus súbditos; conseguir lo que se pretende y tener que aguardarlo muchos años quemarte el alma con reveses y cuidados; traspasarte el corazon desesperado de angustia; adular, reñajarse, esperar, viajar, correr, gastar, regalar, carecer y por último arruinarse.

CUENTO DE LA TIA HURBET.

El dia en que Jorge Heriot iba á acompañar al jóven lord Glenvarloch á la córte de White-Hall, podemos suponer razonablemente que aquel jóven, cuya fortuna dependia al parecer de ese

paso, estuvo por la mañana impaciente é inquieto. Se levantó temprano, y se vistió con mas esmero que otras veces. Hallándose, gracias á la generosidad de su compatriota plebeyo, en disposicion de sacar partido de un modo conveniente de los dones que habia recibido de la naturaleza, no pudo menos de mirarse con cierta complacencia en el espejo, y oyó á la señora Nelly, decir con una alegria que llegaba ya á ser entusiasmo, que tomaria el barlovento sobre todos los pisaverdes de la córte; pues el comercio de su marido le habia dado ocasion de adornar sus discursos con metáforas.

El señor Jorge Heriot llegó puntual, á la hora convenida, en una hermosa barca que tenia un número suficiente de marineros, y estaba cubierta con un toldo, en que se veian pintadas su cifra y las armas del gremio de los plateros.

Recibió el jóven lord de Glenvarloch al amigo que le habia dado pruebas de un afecto desinteresado, con la urbanidad y respeto de que era tan digno.

Solo entonces le habló el señor Heriot de la suma que el rey le habia encargado pagarle, y la entregó á su amigo, sin querer deducir por entonces la que le habia prestado él de su bolsillo. Nigel echó de ver qué agradecimiento merecian de su parte el desinterés y la amistad del platero, y se la manifestó como convenia.

Al embarcarse el jóven lord, para ir á la audiencia del soberano bajo los auspicios de un hombre que era cuando mas uno de los principales miembros del gremio de los plateros, se sorprendió algun tanto, por no decir que se aver-

gonzó, viendo cual era su situacion; y Richie Moniplies no pudo menos de decir entre dientes al llegar á bordo:

—¡Los tiempos han cambiado mucho! ¡Qué diferencia tan grande entre el señor Heriot y el bueno de su padre que vivia en el Kræmes! Pero hay mucha diferencia tambien entre martillar el oro y la plata y machacar el estaño y el cobre.

Ayudados por los remos de cuatro vigorosos marineros, se adelantaban sobre el Támesis, que era entonces el camino principal para ir desde Lóndres hasta Westminster, pues se atrevian pocos á ir á caballo por las calles estrechas y frecuentadas de la ciudad: los carruages eran entonces un lujo que solo la mas alta clase de la nobleza se atrevia á gastar, y los demas ciudadanos, por ricos que fuesen, de ninguna manera pensaban en tenerle. Heriot hizo notar á Nigel la hermosura de las orillas del rio, sobre todo, del lado del norte, en donde habia jardines de los palacios de los grandes, que llegaban hasta el rio mismo, pero fué en vano. La imaginacion del jóven lord Glenvarloch estaba sumamente ocupada, de un modo nada agradable, en figurarse el recibimiento que le haria un rey por el que se habia arruinado casi enteramente su familia, y con el anhelo ordinario de los que se encuentran en semejante situacion, suponía las preguntas que el rey podria hacerle, y se devanaba los sesos preparando las respuestas. El señor Heriot conoció fácilmente que era lo que le tenia pensativo; y no quiso aumentar su embarazo, distrayéndole con su conversacion: de suerte que despues de haberle explicado brevemente la ce-

remonia acostumbrada al presentarse á la córte, no volvió á hablarle durante el viage.

Desembarcaron en la escalera de Whitehall, y fueron admitidos en el palacio despues de haber dicho quienes eran. Los centinelas hicieron á lord Glenvarloch los honores debidos á su rango. El corazon del jóven lord se conmovió al entrar en las habitaciones del rey. La sencilla educacion que habia recibido en pais extranjero, le habia dado únicamente ideas imperfectas de la grandeza de una córte ; y las reflexiones filosóficas que le habian enseñado á mirar con desprecio un ceremonial vano y la magnificencia meramente exterior, se encontraron, como sucede con todas las máximas de pura filosofia , ineficaces contra la ilusion que produjo naturalmente en la imaginacion de un jóven sin esperiencia, el brillo de una escena á la que no estaba acostumbrado. Las habitaciones espléndidas por donde pasaban; el rico traje de los criados , los guardias, los porteros , la ceremonia que acompañaba su tránsito de una sala á otra; todo esto , que pareceria indiferente á los ojos de un cortesano, causaba encogimiento y aun casi temor á un hombre que lo veía por primera vez , y que ignoraba qué acogida le haria el soberano, á quien jamás se habia presentado.

Cuidando Heriot de evitar al jóven lord el menor embarazo, habia prevenido ya á las centinelas, á los porteros, á los camareros, en una palabra, á todos los empleados de palacio, que debian encontrar; de suerte que pudieron pasar sin el menor obstáculo.

De este modo atravesaron muchas antecáma-

ras, llenas de guardias y personas agregadas á la córte, cuyos amigos de uno y otro sexo adornados con los trages mas brillantes, y animados de una grande curiosidad, colocados junto á las paredes, mostraban ser espectadores y no actores de aquella escena de la córte.

De estas habitaciones, lord Glenvarloch y el platero pasaron á un salon grande y magnífico, que comunicaba con la sala de audiencia, y en el que solo eran admitidos aquellos que por su nacimiento, los empleos que tenian en el gobierno ó en la casa real, ó un favor particular del soberano, adquirian un derecho de presentarse en la córte y de ofrecer sus respetos al monarca.

En medio de esta sociedad favorecida y escogida, descubrió Nigel á sir Mungo Malagrowth, quien, viéndose abandonado y desdeñado por los que sabian de qué poco crédito gozaba, vió los cielos abiertos al poder acercarse á un hombre del rango del lord Glenvarloch, que no tenia aun bastante esperiencia para poder librarse de semejante importuno.

Cubrió entonces el caballero su mala facha con una sonrisa ridícula, inclinó la cabeza mirando á Jorge Heriot, y haciéndole con la mano una señal de superioridad y de proteccion, y dejando al honrado platero á quien debia mucho dinero, se acercó al jóven lord, aunque pensaba que tenia, como él, no pocas veces necesidad de pedirle. Por mas singular y desagradable que fuese la embestida de este original, no fué enteramente mal acogido por lord Glenvarloch, que se encontraba así libre del embarazo en que le ponía el silencio absoluto y casi forzado del señor Heriot,

que le dejaba abandonado á reflexiones penosas. No podia menos de distraerse algun tanto con las ocurrencias y las criticas de un cortesano observador y descontento, que estaba en sus glorias al encontrar en él un oyente benévolo de alto rango; y Nigel escuchó atento su conversacion durante algunos minutos. Al mismo tiempo Heriot, viéndose desdeñado por sir Mungo, y resistiendo á los esfuerzos que hacia el lord agradecido para hacerle tomar parte en la conversacion, estaba en pié junto á ellos, mirando á sir Mungo con cierta sonrisa maliciosa y burlona.

Estaban así en un rincon del salon cerca de la puerta de la sala de audiencia, que aun no estaba abierta, cuando Maxwell llegó, con la vara que indica las funciones que egercia y muy afanoso, al salon en donde todos le cedian con ánsia el paso, á excepcion de los señores del mas alto rango. Se detuvo junto á las personas que fijan naturalmente la atencion del curioso lector, miró al joven lord escocés de paso, hizo una señal con la cabeza á Heriot, y dirigiéndose á sir Mungo, se quejó amargamente de la conducta de los guardias y de los gentileshombres pensionados, que permitian que las gentes de todas clases, simples particulares, pretendientes, y pendolistas, llenasen las antecámaras, lo que se oponia á la decencia y al respeto debido á su magestad.

—Los ingleses, al ver eso, están escandalizados, añadió; pues no sucedia lo mismo en tiempo de la reina. En su reinado los patios del palacio eran para la plebe, y las habitaciones para la nobleza. Es una deshonor para vmd., que pertenece á la casa real, que reine aquí tan poco el orden.

Fué atacado sir Mungo en aquel momento, como le acontecia en tales casos, por la sordera á la que estaba sujeto; y respondió que no era extraño que las gentes del pueblo se tomasen alguna licencia, cuando los que él veía ocupando los empleos, no valian más, ni por su nacimiento, ni por su educacion.

—Tiene vmd. razon, señor: tiene vmd. muchísima razon, respondió Maxwell echando mano al bordado sucio y deslucido de la manga del caballero: cuando semejantes sugetos ven á los empleados vestidos como los pobres marineros, no es extraño que se llene la córte de intrusos.

—¿Elogia vmd. así mi bordado? le preguntó sir Mungo fingiendo no entender sus palabras, y notar solamente su gesto: es de muy buen gusto. Es obra del padre de la madre de vmd., James Stitchell, sastre en Merlin's Wynd, á quien daba yo ocupacion en vista de haberse casado el padre de vmd. con su hija.

Mordíase los labios Maxwell; pero sabiendo que nada ganaria con sir Mungo haciendo que le multasen, y que una querella con semejante adversario le haria poco favor, y pondria en claro el enlace de su padre, lo que nada le acomodaba, disimuló; y manifestando sentir que sir Mungo no hubiese comprendido lo que le habia dicho, se adelantó y fué á colocarse delante de la puerta de la sala de audiencia, en donde necesitaba ejercer sus funciones de portero de cámara y vice-cambrero, luego que estuviese abierta.

¶ —La sala de audiencia va á abrirse, dijo el platero en voz baja al jóven lord: mi profesion no me permite ir mas lejos con vmd. Preséntese vmd.

con desembarazo, como su nacimiento y su rango le dan el derecho de hacerlo, y entregue vmd. al rey la súplica; no dejará de recibirla, y espero que dará una respuesta favorable.

Hablaba aun, cuando se abrieron las puertas: y segun se acostumbra en ocasion semejante, empezaron á entrar los cortesanos, como las aguas de un rio, llevando sin detenerse su curso lento y magestuoso. Cuando Nigel se presentó á su vez diciendo su apellido y título, Maxwell vaciló al parecer, y dijo:

—Ninguno le conoce á vmd., milord, y mi deber me prohíbe dejar entrar en la sala de audiencia las personas desconocidas, á no ser que alguna otra salga por fiadora.

—He venido con el señor Jorge Heriot, dijo Nigel algo embarazado al ver este obstáculo inesperado.

—Si se tratase de oro ó de plata, milord, respondió Maxwell sonriéndose, la palabra del señor Jorge Heriot seria moneda corriente; pero en cuanto al rango y al nacimiento, no es lo mismo. No puede vmd. entrar, milord; mi plaza exige muchísima circunspeccion. La entrada está cerrada, y siento verme obligado á decirlo. Tenga vmd. la bondad de detenerse.

—¿De qué se trata? preguntó un señor mayor escocés, que habia hablado con el señor Jorge Heriot despues que Nigel le habia dejado y se adelantó viendo el altercado entre el jóven lord y Maxwell.

—Es únicamente el portero de la cámara y vice-camarero Maxwell, milord, dijo sir Mungo Malagrowth, que manifiesta su alegría al ver en la

córte á lord Glenvarloch, cuyo padre le logró el empleo que ocupa. Por lo menos pienso que le habla de eso; pues vuestra señoría conoce mi enfermedad.

Este sarcasmo causó la risa de todos los que le entendieron, aunque con la precaucion que exigian el sitio y las circunstancias; pero el lord se adelantó mas aun.

—¡Qué! dijo, ¡el hijo de mi valiente y antiguo antagonista, Ochtred Olifaunt! yo mismo le presentaré á su magestad.

Al decir esto, cogió sin ceremonia á Nigel por el brazo, y cuando iban á entrar en la sala de audiencia, Maxwell cerró la entrada con su vara oficial, diciendo turbado é indeciso:

—Suplico á vuestra señoría que observe que milord es desconocido. Mis órdenes son rigurosas.

—¿Qué es lo que estás diciendo? exclamó el anciano lord; sus cejas solas bastarian para que le reconociese yo por hijo de su padre; y tú mismo, Maxwell, tú conociste bastante al lord Olifaunt, para no tener tan necios escrúpulos. Y al decir esto, quitó de enmedio la vara del vice-camarero, y entró en la sala de audiencia, teniendo siempre á Nigel de bracero.

—Es preciso que nos conozcamos, señorito, es muy preciso. Conocí al padre de vmd. Hemos roto lanzas los dos; nuestras espadas se cruzaron; y me glorío de vivir para publicarlo. Habia adoptado el partido del rey, y yo el de la reina durante las guerras de Douglas. Eramos jóvenes los dos: ní el fuego ní el acero nos causaban el menor temor, y teniamos además una de las querellas feudales, que pasaban de padre á hijo, co-

mo nuestros blasones y nuestras claymoras.

Baje vmd. la voz, milord, dijo en voz baja un gentilhombre de cámara: ¡el rey!

El conde, pues era ese su título, sin que se lo dijeran dos veces, guardó silencio. Entró Jacobo por una puerta lateral, rodeado de algunos favoritos y de empleados de su casa, á los que dirigia la palabra de cuando en cuando, y recibió los homenajes de los estrangeros. Habíanse esmerado en esta ocasion algo mas al vestir á su magestad, que cuando le hemos presentado la primera vez al curioso lector; pero su porte era naturalmente tan desairado, que ningun traje le podia sentar bien: su prudencia, ó su carácter tímido, le habia hecho adoptar, segun hemos dicho ya, vestidos acolchados y á prueba de puñal, y eso le impedia mostrarse con desembarazo, y quitaba toda la gracia á los gestos animados que acompañaban á su conversacion. Y no obstante, aunque el rey en su exterior carecia de dignidad, tenia al presentarse tanto agrado, tanta afabilidad y franqueza, procuraba tan pocas veces ocultar sus propias debilidades, y era tan indulgente para con las de los demás, que todas estas cualidades, juntas á su erudicion y á algunos dichos maliciosos, como los de su madre, no dejaban de causar una favorable impresion en los que se acercaban á su persona.

Luego que Nigel fué presentado por el conde de Huntinglen á su soberano, de cuya ceremonia se habia encargado el anciano par, dijo el rey á su introductor, que se alegraba infinito de verlos juntos:—Porque sé que los antepasados de los dos, añadió, y vmd. mismo, milord, con el padre de este señorito, se ha encontrado cara á

cara á la distancia de la espada, y en postura poco agradable.

—Vuestra magestad debe acordarse, dijo el conde, de que nos ordenó al lord Ochtred y á mí darnos la mano el dia memorable en que reunió en un mismo festin á todos los nobles que tenian entre sí disensiones, y les dió la órden de reconciliarse en su presencia.

—Me acuerdo, dijo el rey, me acuerdo muy bien. Fué un dia feliz el 19 de setiembre, el dia mas feliz de todo el año. Yo me reia interiormente al ver la cara y el gesto de algunos de ellos al darse las manos. A fé mia, que creia que hubiese entre ellos, especialmente entre los gefes de los montañeses, algunos que darian principio á nuevas querellas en nuestra presencia. Pero los hicimos ir de bracero y beber un buen vaso de vino á la salud unos de otros, á la estincion de todos los ódios y á la mas perfecta union y concordia.

—Fué por cierto un dia feliz, dijo el conde de Huntinglen, y no será echado en olvido en los fastos del reinado de vuestra magestad.

—No quisiera que lo fuese, milord; sentiria que la historia le pasase en silencio: Si, si, *beati pacifici*. Mis súbditos ingleses que están aquí, no deben sentir poseerme, pues deben saber que les ha dado el cielo el único hombre pacífico que ha salido de mi familia. ¡Si Jacobo *facha de fuego* hubiera venido á reinar aquí, añadió mirando á todos lados, ó por lo menos, mi bisabuelo de Flo-den-Field!...

—Le hubiéramos hecho volver al Norte, dijo en voz baja un lord inglés.

—O por lo menos, respondió otro en voz baja

tambien, hubiéramos tenido un *hombre* por soberano, aunque escocés.

—Y vmd., señorito, preguntó el rey al lord Glenvarloch ¿en dónde ha pasado los años de su juventud?...

—En Leyden, señor, respondió Nigel.

—¡Ah! ¡ah! dijo el rey, es un sábio y ¡á fe mia! un jóven modesto, que tiene pudor, lo que falta á la mayor parte de nuestros jóvenes que han viajado y que han vuelto aquí hechos unos señores. Ya les ajustaremos las cuentas.

Enderézándose entonces; tosiendo dos ó tres veces, y mirando en derredor como quien dice: Ya vereis ahora una muestra de mi esquisita erudicion; el monarca sábio empezó á preguntar á Nigel en latin, mientras todos los cortesanos le rodeaban, sea que entendiesen ó ignorasen aquella lengua muerta.

—¡*Salve, bis quaterque salve, Glenvarlochides noster! Nuperne á Lugduno-Batavorum Britanniam rediisti* (1)?

El jóven lord respondió haciendo una profunda reverencia:

—*Imò, rex augustissime, biennium ferè apud Lugdunenses moratus sum* (2).

Jacobo continuó:

—*Biennium decis? benè, benè, optimè factum. Non uno die, quod dicunt... Intelligis, domine Glenvarlochides* (3)? ¡Ah! ¡ah!

(1) ¡Salud, dos y cuatro veces. ¡Salud, nuestro querido Glenvarloch! ¿Hace poco tiempo que ha vuelto vmd. de Leyden á la Gran Bretaña?

(2) Si, rey augustísimo. Estuve dos años en Leyden.

(3) Dos años, dice vmd? Bien, bien, muy bien. Dice que en un solo dia no... ¿Me entiende vmd. Glenvarloch?

Nigel respondió saludándole respetuosamente, y el rey volviéndose hácia los que estaban á su espalda, les dijo:

—*Adolescentulus quidem ingenui vultus, ingenuique pudoris* (1). Y continuó sus sábias preguntas.

—*Et quid hodiè Lugdunenses loquuntur? Vossius vester nihilne novi scripsit? Nihil certè, quod doleo, typis recenter edidit* (2).

—*Valet quidem Vossius, rex benevole*, respondió Nigel. *At senex veneratissimus annum agit, ni fallor, septuagesimum* (3).

—*Virum me herclè! vix tam graddævum crediderim*, replicó el monarca. *El Vorstius iste, Arminii improbi successor æquè ac sectator, herosne adhuc, ut cum Homero loquar*.

Ζωός ἐστι, καὶ ἐπὶ χθοὶν δέργων (4).

Quiso la suerte que Nigel se acordase de que este Vorscio, el teólogo de quien acababa de hablar su magestad en su última pregunta, habia sostenido contra Jacobo una controversia en la que habia empleado el rey tanto calor, que por fin habia insinuado en su correspondencia de oficio á las Provincias-Unidas que harian bien en servirse del brazo secular para poner un freno á

(1) Es un jóven de noble semblante y amable modestia.

(2) Y ¿qué dicen en el día en Leiden? ¿Vuestro Vosio no ha escrito nada de nuevo? Por lo menos nada ha publicado, y lo siento.

(3) Vosio tiene salud, rey lleno de bondad, pero ese anciano venerable, si yo no me engaño, tiene ya setenta años.

(4) ¡A fé mia! yo no le creia tan viejo. Y ese Vorscio, el sucesor y el sectario del malvado Arminio, ese héroe, por servirme de las palabras de Homero,

¿Vive y demora aun sobre la tierra?

los progresos de la heregía, adoptando medidas eficaces contra la persona misma del profesor. Demanda que fué eludida, aunque no sin dificultad, por ser opuesta á los principios de tolerancia universal de sus altas Potencias. Como se habia instruido en estas circunstancias, lord Glenvarloch, que empezaba á ser cortesano hacia cinco minutos, fué bastante astuto para replicar como sigue:

—*Vivum quidem, haud diù est, hominem videbam: vigere autem quis dicat, qui sub fulminibus eloquentiæ tuæ, rex magne, jamdudùm pronus jacet et prostratus* (1)?

Este tributo pagado á sus talentos polémicos, llenó de satisfaccion y contento á Jacobo, que se gloriaba de haber dado semejantes pruebas de erudicion.

Frotóse las manos, sacudió los dedos, soltó una gran carcajada, y exclamó: *Euge! belle! optimè!* Y volviéndose despues hácia los obispos de Excester y de Oxford, que estaban detrás, añadió:

—Acaban vms. de ver, señores, una ligera muestra de nuestro modo de hablar el latin en Escocia. Quisiéramos que todos nuestros súbditos de Inglaterra conociesen esa lengua tan bien como este jóven lord y los otros jóvenes bien nacidos de nuestro antiguo reino. Observen vms. tambien que conservamos la verdadera pronunciacion romana, como las demas naciones sábias de la Europa; y asi podemos conversar con todos los

(1) No hace mucho tiempo, gran rey, que le ví vivo, si puede llamarse vivo un hombre á quien echaron por tierra los rayos de vuestra elocuencia.

sábios de todas las partes del universo ; pero vms. los ingleses han adoptado en las universidades, muy sábias por otra parte, un modo de pronunciar el latin , que hace, y no lleven vms. á mal que se lo diga francamente , que hace, digo, que ninguna nacion del globo pueda entenderlos á vms., sino vms. mismos. Ha resultado de ahí que el latin, *quo ad Anglos* deja de ser *communis lingua*, el drogman ó intérprete general de todos los sábios de la tierra.

El obispo de Excester inclinó la cabeza , encontrando sin duda justa la critica del rey ; pero el de Oxford pareció mas bien disponerse á defender la pronunciacion del latin adoptada en su universidad, como si se hubiese tratado de algun artículo de fé religiosa.

Sin aguardar la respuesta de los dos prelados, continuó el rey preguntando á Nigel, empleando empero su lengua natural.

—¿Y qué motivo, mi jóven alumno de las Musas, le preguntó, ha obligado á vmd. á abandonar el Norte?

—El rendir mis homenajes á vuestra magestad, respondió el jóven lord doblando la rodilla, y entregarle esta humilde y respetuosa súplica.

El ver una pistola que amenazase su pecho hubiera, por cierto, hecho estremecer al rey mucho menos ; pero, dejando á un lado el terror , el peligro no hubiera sido mas desagradable á su habitual indolencia.

—¿Es cierto lo que vmd. dice? preguntó el rey: ¿es posible que ninguno de nuestros súbditos, ni aun por un caso raro, vendrá de Escocia sin el designio premeditado de ver qué es lo que podrá

sacar de su soberano? Hace tres dias no mas, que por poco no hemos perdido la vida, y hecho vestirse de luto á tres reinos, por el ánsia con que un patan aturdido vino á arrojarnos á la mano no sé qué memorial; y ¡he aquí que nos vemos es-
puesto en nuestra córte á semejante impunidad!
—Entregue vmd. ese papel á nuestro secretario de Estado, milord, entréguele vmd. ese papel.

—He entregado ya mi humilde súplica al secretario de Estado de vuestra magestad, respondió lord Glenvarloch; pero parece que....

—¿Que no ha querido recibirla? dijo el rey interrumpiéndole. ¡A fé mia! nuestro secretario conoce mejor que nadie ese artículo de las prerogativas reales que se llama *carpetazo* vulgarmente; y no quiere escuchar sino lo que le dá la gana. Creo que seria yo mejor secretario para él que lo es él para mí.—Milord, sea vmd. bien venido á Lóndres, y como veo que es vmd. un jóven instruido é inteligente, le propongo que se vuelva al Norte, cuando lo juzgue conveniente, y se fije por algun tiempo en San Andrés (1). Nos alegraremos infinito al saber que hace vmd. nuevos progresos en sus estudios.

Incumbite remis fortiter.

Al decir esto, tenia el rey el memorial del jóven lord, sin fijar en él su atencion, y como quien aguarda mas bien el momento en que el

(1) Ciudad de Escocia, y universidad célebre en aquel tiempo.

suplicante le haya perdido de vista, para echarle á un lado ó ponerle en un sitio en el que no volverá á verle jamás. Nigel que veía este resultado en las miradas frías é indiferentes del monarca, y en el modo con que arrugaba y plegaba su súplica, se llenó al punto de despecho y aun de cólera. Pero el conde de Huntinglen, que estaba junto á él, le contuvo cogiéndole la falda del vestido con disimulo, y Nigel que comprendió el aviso, se separó de la presencia del rey algunos pasos. Al mismo tiempo se arrodilló el conde delante del rey y le dijo:

—¿Querrá vuestra magestad acordarse, de que en cierta ocasion me prometió concederme una merced cada año de vuestra preciosa vida?

—Ya me acuerdo de eso muy bien, respondió el monarca, y no es fácil que lo eche en olvido. Fué cuando me arrancó vmd. de entre las manos de aquel traidor Ruthven, que tenia entre sus garras nuestro real pescuezo, y cuando le atravesó vmd., como fiel súbdito, el pecho de una puñalada. Prometimos á vmd. entonces, segun acaba vmd. de recordárnoslo, (aunque no era necesario) hallándonos casi sin sentido, en medio de la estremada alegría que nos causó el vernos en libertad; prometimos á vmd. acordarle un favor cada año, y confirmamos á vmd. la tal promesa luego que recobramos enteramente el uso de nuestras reales facultades; pero *restrictivè et conditionaliter*, es decir, con tal que las demandas de vuestra señoría sean tales que podamos acordárselas racionalmente en el ejercicio de nuestra real discrecion.

—Asi es la verdad, graciosísimo soberano, pe-

ro ¿podré preguntaros aun si he pasado alguna vez los límites de vuestra bondad?

—No, ¡á fé mia! no me acuerdo de que me haya vmd. pedido jamás otra cosa mas que un perro, un halcon, un gamo de nuestro parque de Teobald, ú otra friolera semejante. Pero ¿adónde quiere vmd. ir á parar con ese preámbulo?

—A la merced que tengo que pedir, señor, y es que se digne vuestra magestad pasar la vista al momento sobre ese memorial del lord Glenvarloch, y decidir acerca de su contenido, segun su real juicio lo encuentre justo y conveniente, sin consultar á su secretario ni á ningun individuo de su consejo.

—¡A fé mia, que eso es cosa estraña! aboga vmd. en favor del hijo de su enemigo.

—Dé un hombre que habia sido enemigo mio, señor, hasta que vuestra magestad le hizo mi amigo.

—Muy bien dicho, milord, y como debe hablar un buen cristiano. En cuanto á la súplica de ese señorito, fácilmente podré adivinar qué es lo que contiene, y á decir la verdad, habia prometido á Jorge Heriot hacer algo en su favor. Pero hé aquí el punto de la dificultad: Steenie y Carlos se han declarado contra él, y otro tanto sucede con su hijo de vmd., milord; por lo mismo pienso que vale mas que se vuelva á Escocia antes que le armen algun lazo.

—Si me permite vuestra magestad decirlo, señor, yo no arreglo mi conducta ni por la opinion de mi hijo, ni por la de ningun otro calavera y botarate.

—¡Por el alma de mi padre! tampoco influirán

en la mia. Ninguno de ellos hará conmigo el papel de rey. Haré lo que quiera, lo que debo hacer como monarca soberano.

—¿Accede vuestra magestad, según eso, á mi demanda?

—Si, si, ¡já fé mia! accedo á ella. Pero venga vmd. conmigo, y hablaremos en particular.

Al decir esto, hizo al conde de Huntinglen pasar por medio de los cortesanos, que miraban esta escena extraordinaria en silencio y con suma atención, como se acostumbra en las córtes. El rey entró apresurado en un gabinete, y lo primero que hizo fué decir al conde que cerrase la puerta; pero revocó esta orden al mismo instante diciéndole:

—No, no, ¡já fé mia! yo soy rey, y haré lo que quiero y lo que debo hacer. Soy *justus et tenax propositi*; conde. Sin embargo, quede vmd. junto á la puerta, lord Huntinglen, no sea que llegue Steenie hecho un loco.

—¡Pobre amo mio! dijo entre sí suspirando el conde; cuando habitábais en el clima frío de la Escocia, una sangre mas caliente circulaba en vuestras venas.

El rey leyó de prisa el memorial, mirando de cuando en cuando hácia la puerta, y poniendo al punto sus ojos sobre el papel que tenia en la mano, temiendo sin duda que lord Huntinglen, á quien respetaba, echase de ver su timidez.

—Preciso es que yo confiese, dijo el rey después de haber acabado la lectura, que se encuentra ese jóven en una situacion muy dura, mas dura todavía de lo que me habian ponderado, pues habia oido ya hablar de este asunto. Pide

el dinero que le debemos para rescatar el dominio de sus padres. Pero al cabo tendrá que pagar otras deudas. ¿Qué necesidad tiene de tantas tierras? Tiene que perder ese dominio, Huntinglen, tiene que perderle. Nuestro canciller de Escocia se lo ha prometido á Steenie. Tiene el mejor cazadero de todo ese reino. Cárlos y Steenie quieren ir á dar caza á los ciervos el año que viene. Es preciso que tengan ese dominio, no hay otro remedio. Por lo que hace á nuestra deuda, se la pagaremos en plack y bawbee (1), y podrá gastar en nuestra córte el dinero que reciba. Si tiene hambre de tierras, le llenaremos el estómago de tierras inglesas que tienen doble valor; si, le daremos diez veces mas que esas malditas montañas, esos peñascos y esos pantanos, de los que está tan amartelado.

Al decir esto, el pobre rey iba de un lado al otro del cuarto, en un estado de incertidumbre digno de compasion, y parecia mas ridiculo aun por su modo de andar y por los gestos que hacia al mismo tiempo.

El conde de Huntinglen le escuchó con mucha frescura, y cuando dejó de hablar, le dijo:

—¿Me permitirá vuestra magestad citarle la respuesta que dió Naboth á Acab que codiciaba su viñedo? ¡No quiera Dios que os abandone la herencia de mis padres!

—¡Ya, milord, ya! exclamó Jacobo cambiando de color: ¿quiere vmd. enseñarme la teología? No tema vmd. que yo deje de hacer justicia á nadie;

(1) Monedas pequeñas de Escocia, como si dijésemos en español cuartos y maravedises.

y supuesto que vuestra señoría no quiere ayudarme á arreglar este asunto de un modo amistoso, (que seria, segun me parece, mas útil á ese señorito, como le tengo dicho á vmd. ya) ¡pues bien! ya que es preciso, ¡cuerpo de Cristo! yo soy rey, yo soy el amo; tendrá su dinero; y cuando haya rescatado su tierra, que fabrique allí una iglesia, ó un molino, lo que le dé la gana.

Al decir esto escribió una orden, dirigida á la tesorería de Escocia, de pagar la suma en cuestion, y añadió:

—No sé si podrán pagar ese dinero; pero aseguro que cediendo esta orden, se le darán los plateros que le tienen para todo el mundo menos para mí. Y ya vé vmd. ahora, milor Huntinglen, que no soy hombre sin palabra, que no rehuso cumplir lo que he prometido, y que no soy ni un Acab que codicia el viñedo de Naboth, ni un papanatas que se deja conducir por los favoritos y dá vueltas como un zarandillo. Espero que juzgará vmd. que yo no soy nada de eso.

—Vos sois, mi rey, y el mas noble de todos los príncipes, respondió el conde doblando la rodilla para besar la mano de S. M.; justo y poderoso cuando escucha lo que le dicta su buen corazón.

—Si, si, dijo el rey con bondad á su fiel servidor, y todos me dicen lo mismo cuando hago alguna cosa que les acomoda. Pero tenga vmd. esa orden, y váyase al momento con ese señorito, pues extraño que Steenie y Cárlos no hayan venido ya á sorprenderme.

El conde de Huntinglen se apresuró á salir del gabinete, previendo una de aquellas escenas

de las que no le agradaba ser testigo , y que raras veces dejaban de representarse cuando Jacobo hacia sobre sí mismo un esfuerzo vigoroso para probar que era rey y amo, como se jactaba, sin consultar la voluntad de su altivo favorito, el duque de Buckingham, á quien llamaba Steenie porque habia creído hallar alguna semejanza entre sus bellas facciones y las que los pintores italianos han puesto en los retratos del protomártir San Esteban.

Pero este favorito, que gozaba de la buena fortuna, que suele ser rara, de estar tan bien con el heredero presuntivo de la corona como con el monarca reinante, no habia conservado, ni con mucho, el respeto que manifestaba á su soberano en el principio de su favor ; y los cortesanos mas refinados creian notar que Jacobo se sometia á su dominio por costumbre, por timidez , por miedo de sufrir un chubasco, mas bien que por tener la misma amistad con el que debia toda su grandeza al favor que le habia prodigado. Asi , pues, para evitar el disgusto de ver lo que pasaria probablemente á la llegada del duque , y tambien al rey la nueva humillacion que le hubiera causado la presencia de un testigo , salió el conde del gabinete lo mas pronto que pudo , despues de haber guardado en su faltriquera la órden importante que habia obtenido.

Volviendo á la sala de la audiencia, buscó al punto al lord Glenvarloch. Este se hallaba retirado junto á una ventana, para evitar las miradas de los cortesanos, que no estaban dispuestos , al parecer, á prestarle otra atencion que la que nace de la curiosidad y sorpresa. Cogiéndole lord

Huntinglen por el brazo sin hablarle , le hizo salir de la sala de audiencia para ir al salon que la precedia. Encontraron allí al digno platero, que les salió al encuentro brotando curiosidad por los ojos. Moderó el conde de Huntinglen su impaciencia diciéndole :

—Todo va bien. ¿Le aguarda á vmd. su barca? Heriot dijo que si.—En tal caso, añadió el conde, me conducirá vmd. hasta medio camino, y en pago les daré á vmds. de comer á los dos, pues necesitamos tener juntos un rato de conversacion.

Siguieron en silencio al conde; y acababan de entrar en la segunda antecámara , cuando el anuncio de oficio de los porteros y el rumor de los cortesanos, que se decian unos á otros en voz baja.—¡El duque! ¡el duque! les hizo saber la llegada del todopoderoso favorito.

Entró aquel desdichado favorito de la córte, con el trage suntuoso y pintoresco que vivirá siempre en el cuadro de Vandick, y que caracteriza tan bien el siglo orgulloso en que la aristocracia , minada ya por todas partes, y acercándose el momento de su caída , procuraba demostrar con la profusion de los gastos y el brillo exterior, su superioridad sobre las clases subalternas de la sociedad. Su talla magestuosa, sus facciones regulares, su agilidad y sus movimientos llenos de gracia, todo esto contribuia á hacer que aquel vestido magnífico le sentase mejor que á todos sus contemporáneos juntos. No obstante, en aquel momento anunciaba al parecer su fisonomía hallarse poseido de una cólera violenta, sus vestidos estaban mas desordenados de lo que

lo permitia al parecer aquel sitio, su paso era precipitado y su voz imperiosa.

Todos notaron su entrecejo, y se retiraron con tanta precipitacion abriendo el paso, que el conde de Huntinglen, que no se dió mas prisa que la ordinaria, y sus dos compañeros, que ni querian ni debian alejarse de él, quedaron solos en medio del salon, y en el sitio por donde habia de pasar el favorito enojado. Echó la mano á su toca con altivez mirando á Huntinglen, pero se descubrió la cabeza enteramente delante de Heriot, y le saludó profundamente con un respeto burlesco. El platero le correspondió saludándole sencillamente, y le dijo:

—La demasiada cortesía, milord duque, no siempre es una señal de benevolencia.

—Siento infinito que piense vmd. así, señor Heriot, respondió el duque. Al rendir á vmd. mis homenajes, mi solo objeto es el de merecer vuestra favor, señor, y que se digne ser mi protector. Segun me han dicho, es vmd. en la córte un pretendiente, un protector, un dispensador de las gracias de su soberano. Apoya vmd. las pretensiones de los hombres de mérito y de calidad, que tienen la desgracia de hallarse sin un cristo. Deseo que vuestros sacos sean lastre suficiente para vuestra barca, y que le conduzcan felizmente al puerto.

—Podré ir tanto mas lejos, milord, respondió el platero, cuanto menos deseos tengo de navegar.

—No se hace vmd. justicia como lo merece, mi querido señor Heriot, replicó el duque con el mismo tono de ironía. Para ser hijo de un Calderero de Edimburgo, tiene vmd. en la córte un

partido formidable. ¿Querrá vmd. tener la bondad de presentarme al noble lord que ha tenido el honor de obtener vuestra proteccion?

—Yo tendré esa ventaja, dijo el conde de Huntinglen. Milord duque, tengo el gusto de dar á vmd. á conocer á Nigel Olifaunt, lord de Glenvarloch, heredero de una de las mas antiguas y poderosas casas de Escocia.—Lord Glenvarloch, presento á vmd. á su gracia el duque de Buckingham, heredero de sir Jorge Villiers, caballero de Brookesby, en el condado de Leicester.

El duque saludó al lord Glenvarloch con desden, y Nigel correspondió por su parte con altivez y mal gesto.

—Ya nos conocemos el uno al otro, dijo el duque despues de un corto silencio; y viendo en el semblante del jóven lord algo que merecia una atencion mas seria que la burla amarga con la que habia dado principio á la conversacion, repitió:—nos conocemos ya, y vmd., milord, sabe que soy su enemigo.

—Gracias por la franqueza, milord duque, dijo Nigel: vale mas un enemigo declarado que un amigo falso.

—Por lo que á vmd. toca, lord Huntinglen, creo que ha pasado vmd. los límites que debia prescribirse, siendo padre del amigo del príncipe que es tambien el mio.

—¡A fé mia! milord duque, respondió el conde, fácil es exceder los límites que uno no conoce. Mi hijo no frecuenta una compañía de un rango tan elevado para obtener mi proteccion y mi consentimiento.

—¡Oh! milord, exclamó el duque, conocemos á

vmd., y todo se lo permitimos. Es vmd. de los que creen que el mérito de una accion buena debe resplandecer durante toda la vida.

—Y aun cuando asi fuese , milord , respondió el conde, já fé mia! tengo por lo menos alguna ventaja sobre los que piensan lo mismo, sin haber hecho jamás cosa alguna que les dé un derecho á ello. Pero no quiero disputar con vmd., milord: no podemos ser ni amigos ni enemigos: vaya cada cual por su lado.

La única respuesta que le dió Buckingham fué encasquetarse la toca con su gran plumero, y sacudir la cabeza con desprecio. Atravesó el salon para entrar en los que conducian hasta la estancia del rey; los dos lores y Heriot salieron del palacio, y fueron á bordo de la barca del laborioso ciudadano.

CAPITULO X.

Bid not thy fortune troll suponde wheels
Of gouders dancing cubes of mottled bone;
And drovvn is not, like Egypt's royal harlot,
Dissolving her rich pearl in the brimm'd vvine-cup.
Thess are de arts, Lothario, vvwhich skriuk acres
Ynto brief yard—bring sterling poundosto farthings.
Credit to infamy; and the poor gull,
Who might have lived an honour'd, easy life,
To ruin, and unregarded grave.

THE CHANGES.

No confies tu suerte al juego de los dados, ni la ahogues, como aquella reina de Egipto que disolvió su rica perla en un vaso lleno de leche. Por estos medios, Lotario, se reducen á pulgadas las fanegas de tierra, los pesos duros á maravedises, la reputacion al desconcepto y el pobre tonto que podía haber vivido con honra y descanso, se precipita á su ruina y á una tumba despreciada de todos.

LAS MUDANZAS.

Luego que la barca empezó á alejarse, sacó el conde de la faltriquera el memorial de lord Glenvarloch, al márgen del cual habia escrito el rey de su propio puño la libranza; y mostrándola á Jorge Heriot le preguntó si la hallaba en regla.

El digno platero la leyó de prisa, llevó la mano hácia Nigel como para darle la enhorabuena, la retiró para ponerse los anteojos (regalo del amigo David Ramsay) y leyó otra vez aquel importante escrito con toda la atencion que hubie-

ra podido emplear el mas práctico comerciante.

—Está en regla; nada falta en ella, dijo mirando al conde de Huntinglen , de lo que me alegro infinito.

—Asi lo creia yo, respondió el conde, el rey lo entiende, y sino trabaja mas es porque burla su indolencia los talentos que debe á la naturaleza. Pero, ¿qué mas tenemos que hacer en favor de nuestro amigo, señor Heriot? Vmd. sabe cuál es mi posicion: los lores escoceses que se hallan en la córte de Inglaterra, no tienen dinero metálico sonante, y sin embargo, si no es pagada al momento esta órden, preveo, segun lo que vmd. me ha dicho al paso, que irán por tierra la hipoteca, el *wadset* y demas andamios del edificio.

—Es verdad, dijo Heriot algo embozado: la suma que necesitamos es considerable, y sin embargo, sino se encuentra, milord será escludo, como dicen los legistas, y pasarán sus bienes al acreedor.

—Nobles y dignos amigos, dijo lord Nigel, vmds. que han tomado de un modo tan inesperado tan grande interés en favor de un hombre que nada habia hecho para merecerle, deben tener entendido que no quiero serles gravoso. Bastante han hecho vmds. ya por mí.

—Poco á poco, señorito, ¡poco á poco! dijo lord Huntinglen, déjenos vmd. discutir este asunto á nosotros. Heriot nos dirá lo que hace al caso.

—Milord, dijo el platero, el duque de Buckingham lanza sarcasmos contra nuestros sacos de dinero, y sin embargo ellos son los que pueden en los apuros sostener las casas nobles que amenazan ruina.

—Muy bien lo sé, respondió el conde; pero deje vmd. á Buckingham, y veamos que es lo que puede hacerse.

—Tengo ya dicho á lord Glenvarloch, contestó el platero, que con una libranza como esta se podrá encontrar la suma necesaria para el rescate; y aseguro con mi crédito que se encontrará. Pero para la entera seguridad del que preste el dinero, es necesario que ponga los zapatos del acreedor que será reembolsado.

—¡Cómo los zapatos! exclamó el conde, ¿qué tienen que ver los zapatos ni las botas con este asunto, amigo mio?

—Es una frase que usan los legistas, milord, es una gerigonza de la que he aprendido alguna porcion oyéndoles hablar.

—Pero ¿qué significa en suma?

—Que el que preste la suma reembolsará al acreedor que tiene una hipoteca sobre el dominio de Glenvarloch, y se hará sustituir en todos sus derechos para conservar el privilegio sobre el dominio, dado caso que la libranza contra la tesorería de Escocia no sea pagada. El crédito público es tan poco seguro en el día que sin semejantes condiciones sería imposible encontrar una suma tan considerable.

—¡Vamos, pues!, exclamó lord Huntinglen, me ocurre una dificultad. Si el nuevo acreedor se llega á enamorar del dominio tanto como su gracia el duque de Buckingham parece estarlo, si encontrase que es el mejor canton de la Escocia por lo que hace á la caza, sí se le pusiese en la cabeza ir á correr los ciervos el año próximo, creo señor Jorge, que segun lo que vmd. propone, ten-

dria tanto derecho como el acreedor actual de despojar á Glenvarloch.

El platero soltó la carcajada.

—¡Ah! ¡ah! ¡ah! Yo le aseguro á vmd.; respondió, que entre todos aquellos á quienes puedo dirigirme con este objeto, el más acérrimo cazador no pensará jamás en ir con sus perros mas allá del bosque de Epping; á donde el lord maire va todos los años á cazar por las pascuas. Sin embargo, la reflexion de vuestra señoría es justísima. Será preciso que el acreedor se obligue á acordar al lord Glenvarloch un plazo suficiente para rescatar él mismo su dominio, echando mano de la suma que recibirá en virtud de la libranza del rey; será preciso tambien que renuncie á aprovecharse de la conclusion del primer plazo; y me parece que esto es muy fácil, porque el acreedor actual debe ser reembolsado á nombre del lord Glenvarloch.

—¿Pero cómo encontrar en Lóndres un hombre capaz de estender el contrato que sea necesario? Si viviese todavia mi antiguo amigo sir John Skene de Halyard^e, nos valdriamos ahora de sus consejos, pero el tiempo urge, y....

—Yo conozco, dijo Heriot, un huérfano que vive cerca de Temple-Bar, y que estenderá en debida forma el escrito que sea necesario, segun las leyes de Inglaterra y Escocia, le he empleado con frecuencia para asuntos de mayor importancia. Voy á enviar á uno de mis criados para decirle que venga aquí, y haremos lo que sea necesario en presencia de vuestra señoría, pues la situacion en que se encuentran las cosas no admite la menor dilacion.

Consintió el conde, y deteniéndose en aquel momento la barca al pié de la escalera del jardín de la hermosa casa en que vivia, enviaron al criado sin perder tiempo.

Nigel, que habia permanecido como atontado mientras sus celosos amigos tomaban las medidas necesarias para rescatar su fortuna, volvió á hacer otra tentativa para obligarles á escuchar las espresiones de su agradecimiento. Pero lord Huntinglen le volvió á imponer silencio, diciéndole que no queria oír hablar de este asunto, y propuso pasear en el jardín ó sentarse en un banco de piedra, desde donde se veia el Támesis, mientras la llegada de su hijo les fijase el momento de ir á comer.

—Deseo que Dalgarno y lord Glenvarloch se conozcan y se traten: serán vecinos, y espero que vivirán en mejor inteligencia que sus padres han solido hacerlo. No hay mas que tres millas de Escocia de distancia entre sus castillos, y desde las torres del uno se llegan á descubrir las del otro.

Calló el conde, meditando sin duda sobre los recuerdos que la proximidad de los dos castillos habia traido á su memoria.

—¿Piensa lord Dalgarno seguir la córte en Newmarket la semana próxima? preguntó Heriot queriendo mudar de conversacion.

—Creo que es esa su idea, respondió el conde volviendo á meditar dos ó tres minutos.

Volviéndose entonces hácia Nigel, le dijo:

—Amigo y compatriota, espero que cuando vmd. se hallé en posesion de su herencia, y no creo que tarde mucho en llegar ese momento, no aumentará vmd. el número de los holgazanes que

siguen la corte, sino que fijará su residencia en el dominio de sus padres para amar á sus vasallos, á sus pobres parientes, protegerles contra toda opresion subalterna, y hacer lo que hacian nuestros ascendientes con menos luces y conocimientos que los que tenemos nosotros.

—¿Y un hombre, dijo Heriot, que hace mucho tiempo contribuye al esplendor de la corte de Jacobo I, aconseja preferir la provincia?

—Si, respondió el conde, un antiguo cortesano y el primero de su familia á quien ha podido darse ese nombre. Mi barba caña cae sobre la muselina y sobre la seda, y la de mi padre caia sobre un cuero y sobre una coraza. No deseo que vuelvan los tiempos de combates, pero quisiera que retumbase todavía en mi antiguo bosque de Dalgarno el sonido de la corneta, los gritos de los cazadores y los ladridos de los perros. Quisiera que la grande sala antigua de mi castillo fuese todavia testigo de la alegria que animaba á mis vasallos, cuando la ale y el vino pasaban entre ellos de mano en mano. Mucho me alegrára de volver á ver el Tay antes de morir; mi corazon le prefiere aun al Támesis mismo.

—Fácilmente podeis conseguirlo, milord, bastan un solo momento de resolucion, y algunos dias de viage. ¿Quién puede impedir á vmd. ir á donde mas le acomode?

—La costumbre, señor Jorge, la costumbre. Para una persona jóven y robusta es un hilo; pero para un viejo es una cadena de hierro que abruma sus miembros entorpecidos. Ir á Escocia por un corto tiempo seria por cierto un trabajo perdido, y cuando pienso en fijarme allí, no puedo re-

sol verme á ello dejando á mi antiguo amo, á quien me imagino que soy útil algunas veces, y con quien he participado durante tanto tiempo de la buena fortuna y de la mala. Pero Dalgarno será un verdadero noble escocés.

—¿Ha estado en el Norte alguna vez?

—Ha estado el año pasado, y lo que ha dicho acerca de nuestro país al príncipe, le ha dado ganas de ir á verle.

—Lord Dalgarno goza de gran favor al lado de su alteza real y del duque de Buckingham.

—Es cierto, y deseo que resulte de ello la ventaja de los tres. El príncipe es justo y equitativo, aunque se nota tibieza y altivez en sus modales y que es obstinado y terco aun en las cosas que no valen la pena. El duque es noble, valiente, franco y generoso; pero altivo, ambicioso y violento. Dalgarno no tiene ninguno de esos defectos, y los que pudieran echársele en cara pueden corregirse con la compañía que frecuenta. Pero aquí llega ya.

Lord Dalgarno se presentó al punto, y se acercó al banco en que estaban sentados su padre, Nigel y Heriot. Mientras llegaba, tuvo tiempo Nigel de observar su fisonomía. Estaba vestido á la última moda que convenia con su edad, que era al parecer la de veinte y cinco años, y con su porte noble y sus bellas facciones, en las que era fácil descubrir las de su padre; pero su espresion las daba un barniz de afabilidad, que el conde no se dignaba mostrar siempre con todo el mundo. Manifestaba desde luego franqueza y galanteria, sin mezcla alguna de orgullo ni altivez. Ciertamente no podia echársele en cara una vanidad fria

ni una impetuosidad ardiente, y con razon su padre le suponía exento de los defectos que atribuía al príncipe, y á Buckingham su favorito.

Mientras presentaba el conde á su hijo su nuevo conocido lord Glenvarloch, como un señorito de quien deseaba se hiciese amigo, Nigel observó con atencion la fisonomía de lord Dalgarno, por si encontraba en ella algo que denotase que aquel jóven lord habia concebido preocupaciones contra él, como el rey lo habia dado á entender á lord Huntinglen, preocupaciones que podian provenir de los intereses diferentes que dividian al parecer al duque de Buckingham y al lord Glenvarloch. Pero nada de esto pudo notar. Por el contrario, lord Dalgarno le recibió con aquella franqueza y cordialidad que hacen repentinas conquistas cuando asaltan el corazon de un jóven ingénuo.

¿Será preciso decir acaso que el recibimiento abierto y amistoso de lord Dalgarno fué recibido por Nigel Olifaunt con las mismas demostraciones? Hacia algunos meses las circunstancias habian privado al lord Glenvarloch, que solo tenia entonces veinte y dos á veinte y tres años, de toda sociedad con los jóvenes. Y al volver á Escocia despues de haber salido de los Países-Bajos por la muerte repentina de su padre, se habia encontrado empeñado en un laberinto de asuntos, que parecian inesplicables, y amenazaban su ruina por la enagenacion de su patrimonio, que le privaria de los medios de sostener su rango. El luto que llevaba en su corazon mas bien que en su traje, su orgullo ofendido, el pesar que le causaba un infortunio inesperado y no merecido, y la incertidumbre de su suerte futura; todo eso le ha-

bia obligado á vivir en Escocia retirado y solo. El curioso lector sabe ya como habia pasado el tiempo en Lóndres; pero aquella vida triste y sombría no se avenia ni con su edad, ni con su carácter que era accesible y alegre. Asi es que recibió con un verdadero placer los alhagos de un jóven de su edad, y luego que hubieron mediado entre él y lord Dalgarno algunas de aquellas palabras y signos, que como en la fracmasoneria hacen se reconozcan los jóvenes que desean amistar-se entre sí, la intimidad de sus relaciones fué tal como existe entre personas que se han conocido de mucho tiempo atrás.

Mientras se establecia entre ellos este comercio tácito, un criado del lord Huntinglen vino acompañando á un hombre vestido de negro que le seguia muy de prisa, en vista de la postura que llevaba, porque el respeto que queria manifestar á los señores delante de los cuales iba á presentarse, le hizo poner el cuerpo inclinado y paralelo al horizonte, desde que le descubrieron.

—¿Qué hombre es ese? preguntó el conde que á pesar de su larga ausencia de Escocia, habia conservado el carácter impaciente y el buenapetito de un baron escocés:—Y ¿por qué John Cook (1) (el diablo le lleve) nos hace aguardar tanto tiempo la comida?

—Es el amanuense que hemos enviado á buscar, respondió Jorge Heriot; y por consiguiente, si es un intruso, á nadie sino á nosotros mismos debemos echar la culpa.

—Levante la cabeza, Andrés, y mírenos cara á

(1) Juan el cocinero.

cara, como un hombre que no ha hecho mal á nadie, en lugar de dirigir contra nosotros la nuca, como un carnero que quisiera amedrentarnos con sus cuernos.

El amanuense levantó al punto la cabeza, moviéndola como un autómeta que obedece de pronto al impulso de un resorte oculto. Pero ¡cosa rara! ni la prisa que se dió á obedecer á las órdenes del señor Jorge para trabajar, segun le habian dicho, en un asunto urgente é importante, ni tampoco la inclinacion hácia la tierra que por humildad habia dado á su cabeza desde que entró en los dominios del conde de Huntinglen, habian podido dar color á sus megillas. Tenia la frente bañada en sudor, y su rostro permanecia pálido y enjuto. Lo que pareció mas extraño todavía fué que al levantar la cabeza cayeron sus cabellos sobre las orejas, tan derechos y tan lisos como los tenia cuando le hemos presentado la vez primera al curioso lector en su tienda y sentado junto á su escritorio.

No pudo lord Dalgarno ocultar enteramente la risa que le causó el ver la facha ridícula, y la especie de figura puritana que se le ponía delante como un esqueleto, y dijo al mismo tiempo al oído al lord Glenvarloch:

El infierno te confunda
 Con tu figura de queso.
 ¿Quién puso un aire de ganso
 Sobre ese rostro tan sério (1).

No conocia bastante el teatro Nigel para comprender un dicho que era ya en Lóndres muy

(1) SHAKSPEARE.

frecuente, y viendo Dalgarno que no comprendia la alusion, añadió:

—Este perillan, segun las apariencias, debe ser un santo, ó un pícaro hipócrita; y tengo tal opinion de la naturaleza humana, que siempre pienso lo peor. Pero parece que tienen grandes negocios entre manos. ¿Quiere vmd. dar un paseo en el jardin, milord, ó prefiere vmd. asistir á tan sério conclave?

—De buena gana iré con vmd., milord, respondió Nigel. Y empezaban á alejarse cuando dijo Jorge Heriot en tono formal, que el asunto de que se trataba interesaba á lord Glenvarloch, y haria mejor quedarse para conocerle á fondo y ser testigo de lo que iba á hacerse.

—Es enteramente inútil mi presencia, mi querido lord, y mi buen amigo señor Heriot. Yo no tengo experiencia alguna en los negocios, no comprendo nada en ellos, y puedo decir desde ahora lo que diré cuando esté todo concluido; que no me atrevo á quitar el timon de entre las manos de los pilotos hábiles, cuya amistad ha dirigido mi rumbo tan cerca de un puerto en el que no esperaba entrar. Pondré mi firma y mi sello en donde sea necesario, y una explicacion corta que me dé el señor Heriot, si gusta hacerme ese favor, me instruirá mas que todos los términos técnicos del mas sabio legista.

—Tiene razon, dijo lord Huntinglen: hace bien en fiarse de vmd. y de mí: no ha puesto en malas manos sus asuntos.

—El señor Jorge miró durante algunos instantes á los dos jóvenes que se paseaban en el jardin, y dijo al fin:

—Sin duda me atrevo á decir como vmd. ñoría, que no ha puesto en malas manos el panadero: pero sin embargo, eso no es ir á derechas. Cada cual debe conocer á fondo sus negocios, cuando son importantes sobre todo.

Esplicó en seguida al amanuense, delante del conde, de qué modo era necesario estender un escrito que, dando toda seguridad á los que debian adelantar el dinero, conservase al jóven lord el derecho de rescatar el patrimonio de su familia, cuando hubiese obtenido los medios de hacerlo, mediante el reembolso que debia recibir de la tesorería de Escocia, ó de cualquiera otra manera que le fuese posible. Inútil será entrar en estos pormenores; pero no así el hacer observar, como un rasgo de carácter, que Heriot hizo ver, al discutir sobre todos los puntos de derecho, de qué modo la esperiencia le habia enseñado á conocer los rodeos mas complicados de la jurisprudencia escocesa; y que el conde de Huntinglen, aunque no conocia los detalles técnicos, no quiso que se diese paso alguno en el asunto, sin que le hubiesen explicado el objeto, para tener una idea general, pero muy clara, de la significacion y la utilidad de cada fórmula.

—Ayudáronles admirablemente en sus buenas intenciones para con el jóven lord Glenvarloch, el talento y el celo del escribiente que Heriot habia hecho venir para este negocio, el mas importante que habia tenido Andrés entre manos en toda su vida, y que tenia que discutir con personajes tan notables como un conde y un hombre que, por su fortuna y su reputacion, podia llegar á ser alderman del barrio, y mas adelante tal vez lord-

maire á su turno. De tal modo les tenia ocupados esta discusion, que el bueno del lord Huntinglen, no acordándose ya de su apetito ni de lo que tardaban en llamarles á comer, solo pensó en cuidar de que se pesase y considerase todo como era debido, para que recibiese el amanuense las instrucciones que pudiesen serle necesarias antes de empezar á estender el escrito que se le pedia.

Durante este tiempo los dos jóvenes se paseaban del lado del Támesis, y hablaban de cosas que lord Dalgarno, que era el de mas edad y conocia mejor el mundo, juzgaba á propósito para divertir á su nuevo conocido. Conversaron, como era natural, sobre los placeres y pasatiempos que ofrece la córte; y el hijo del conde se admiró mucho de que Nigel se propusiese volver al momento á Escocia,

—¡Vmd. se chancea! exclamó: ¿Por qué hacer un misterio de lo que pasa? Solo se habla en la córte del extraordinario éxito de la demanda de vmd., á despecho de los intereses contrarios del astro cuyo influjo reina en el horizonte de Whitehall. Solo piensan en vmd., solo hablan de vmd.; y dicen: ¿quién es ese lord escocés que ha hecho tantos progresos en un solo dia? Aun quieren adivinar en silencio hasta donde podrá llegar esa fortuna. Y todos los proyectos de vmd. se reducen á volver á Escocia á comer tortas de harina de cebada, tener que dar la mano de amigo al primer patan con gorra azul que quiera llamar á vmd. su primo, aunque llegue el parentesco hasta Noé: beber la ale escocesa á dos cuartos; comer como un regalo un gamo flaco y hambriento, despues de haberle muerto; tener un rocinante del pais, y

oir que le llamen muy honorable y muy digno lord.

—Confieso que mi perspectiva no es nada risueña, respondió lord Glenvarloch, aun cuando su señor padre de vmd. y el buen señor Heriot consiguiesen poner mis asuntos sobre un pié capaz de darme buenas esperanzas. Y sin embargo, espero hacer alguna cosa por mis vasallos, como mis ascendientes lo han hecho antes que yo, y enseñar á mis hijos, como yo lo he aprendido, á hacer algunos sacrificios personales, en caso necesario, para mantener con dignidad el rango en que la Providencia les habrá colocado.

Despues de haberse mordido los lábios dos ó tres veces lord Dalgarno durante este discurso, soltó la carcajada, y continuó riendo de tan buena gana, que Nigel tuvo que acompañarle á su pesar, aunque las risotadas le parecian infundadas y aun impertinentes.

Volvió sin embargo en sí mismo, y dijo con un tono capaz de imponer decoro á lord Dalgarno:

—Todo eso está muy bien, milord; pero ¿qué quiere decir esa alegría tan descompasada? Lord Dalgarno le respondió soltando nuevas carcajadas y cogiéndole de tal suerte por el vestido, que parecia que las convulsiones le obligaban á apoyarse y sostenerse sobre sus piernas.

Nigel se encontró avergonzado en parte y en parte irritado al verse hecho objeto de la mofa de su nuevo conocido; y se abstuvo de manifestar todo su resentimiento al hijo, porque pensaba en los favores que debia al padre. Calmóse al fin lord Dalgarno; y con una voz turbada y los ojos bañados en lágrimas, volvió á hablar, y dijo á Nigel.

—¡Perdon, mi querido lord Glenvarloch; una y mil veces le pido á vmd. perdon! Pero despues del último cuadro de la dignidad rural, y del aire de sorpresa y de cólera, al verme reir por lo que hubiera hecho reir del mismo modo al último de los dogos que hubiese ladrado una vez sola á la luna en el patio de Whitehall... vamos, no he podido contenerme. ¡Cómo! mi querido lord, vmd. tan buen mozo, tan bien nacido, tan bien recibido por el rey desde el primer dia, que no es posible que deje de hacer una fortuna loca si sabe manejarse, pues el rey ha dicho que *es vmd. un buen muchacho y muy versado en el cultivo de las letras*; vmd., á quien todas las mugeres, todas las bellezas mas célebres de la córte desean ver, por que ha venido vmd. de Leyden, y es vmd. de Escocia, y ha ganado en un instante el proceso mas azaroso; vmd. que tiene el aspecto de un príncipe, ojos vivos y muy buena labia, ¿podrá acaso dejar de jugar teniendo tan buenos naipes? y volver al polo glacial á casarse...; y ¿con quién? Veamos, con alguna mocetona de ojos azules, blanca como la nieve, con diez y ocho cuarteles en su blason; un retrato de la muger de Loth que ha bajado del pedestal, y á encerrarse con ella en un cuarto con chimenea. ¡Voto vá! Bastaria esta idea para arrojarme del mundo.

Es cosa muy rara que un jóven, por grande que sea su talento, tenga bastante fuerza en su carácter, y firmeza en sus principios para ver con calma que le ridiculizan. Medio descontento, medio mortificado, y valga la verdad, avergonzándose casi de sus loables proyectos, cedió Nigel, y creyó que no era necesario (aunque una voz se-

creta le inspiraba pensamientos mejores) que representase el papel de un patriota moral y rígido, al lado de un jóven á quien una elocuente verbosidad y la esperiencia que habia adquirido en las tertulias mas brillantes de la sociedad, daban una superioridad momentánea. Cedió, pues, y evitó ulteriores disputas confesándole con franqueza que, aunque no tuviese ganas de volver á Escocia, le seria preciso hacerlo porque sus asuntos no estaban aun arreglados, y sus rentas, por decirlo asi, en el aire.

—¿Y quién es el guapo entre todos los cortesanos que tenga sus asuntos arreglados, y cuyas rentas dejen de estar en el aire? replicó Dalgarno. Solo se ven allá en la córte gentes que ganan ó que pierden. Los que tienen fortuna vienen á descartarse de ella; y los que, como nosotros dos, querido Glenvarloch, tiene poca ó no tienen ninguna, pueden tal vez apoderarse de los despojos de los otros.

—No tengo semejante ambicion, respondió Nigel, y aunque la tuviese, lord Dalgarno, debo decir á vmd. con franqueza que me faltarian los medios necesarios. Escasamente puedo asegurar que es mio el traje que llevo, pues no me avergüenzo de confesar que debo á la amistad de ese buen platero el dinero con que ha sido pagado.

—Bien pudiera volver á reirme de buena gana, replicó Dalgarno. ¡Haber recibido dinero prestado de un platero para hacerse un vestido! Yo le hubiera hecho á vmd. conocer un buen sastre, que hubiera hecho media docena al fiado, y solo por amor á esa palabrita *lord* que designa un alto rango. En tal caso el bueno del platero, si es un

amigo verdadero y fino, hubiera dado á vmd. un bolsillo lleno de hermosos nobles de oro á la rosa, que le habria puesto en estado de triplicarlos cuando menos.

—Yo no entiendo nada de todo eso, milord, dijo Nigel. Si me presento en la córte de mi soberano, será cuando pueda hacerlo sin necesidad de contraer deudas, con el traje y lo demas que exige mi rango.

—¡Qué exige mi rango! repitió lord Dalgarno. No parece sino que estoy oyendo hablar á mi padre. Querria vmd. sin duda presentarse en la córte como él, seguido de veinte lacayos con libreas azules, cabellos blancos y la nariz de color de tomate, escudos y sable en las manos, trémulas por la edad y los licores fuertes, que no los pueden manejar, teniendo en los brazos (para hacer ver quien es el amo que cria ese rebaño de locos) unas chapas de plata, bastante macizas para poder hacer con ellas un servicio de mesa; bribones que solo son buenos para llenar las antecámaras de olor de cebollas y de ginebra. ¡Puf!

—Quizás todos ellos han servido á su padre de vmd. en la guerra. ¿A dónde irian los pobres á parar, si les despidiese y arrojase de su casa?

—Al hospicio, ó estarian de planton sobre el puente vendiendo bastones y látigos. El rey es mucho mas rico que mi padre, y sin embargo todos los dias ve vmd. hacer lo mismo á los que han servido en las guerras; sin eso, cuando se les hubiese roto su vestido azul, serian hermosos espantajos. ¿Ve vmd. aquel perillan que se acerca á nosotros? El cuervo mas atrevido no se atreveria á ponerse á la distancia de tres pies de esa nariz

de cobre. Le digo á vmd. que valen mas, como vmd. lo verá, mi criado y mi page Luzbel, que veinte viejos trofeos ambulantes de las guerras de Douglas, en las cuales se degollaban los unos á los otros esperando encontrar diez cuartos en las faltriqueras del muerto. Pero, ¡cáscaras! milord, ya saben desquitarse en el dia; cada uno de ellos come como cuatro, y beben la ale como si fuese su vientre un tonel. Pero la campana va á llamarnos á comer. Oigo que le dan la vuelta preliminar para que pueda sonar recio. Esa es otra de las vejezes que arrojaría yo al Támesis, si fuese el amo. ¡Por vida del diablo! ¿No es una gran cosa para los que pasan el Strand, y para los artesanos que viven allí, saber que el conde de Huntinglen va á comer ahora mismo? Pero mi padre nos está mirando, vamos mas aprisa: lleguemos antes de las *gracias* (4), ó caeríamos en *desgracia*; perdóneme vmd. este juego de palabras que hubiera hecho reir á su magestad. Vá vmd. á verse no sé como; y estando acostumbrado á ver los platos regulares en los paises estrangeros, casi me da vergüenza que vea vmd. nuestros occéanos de pan remojado y nuestras montañas de carne de cebon, semejantes á las lagunas y á los peñascos de nuestro pais. Pero mañana comerá vmd. mejor. ¿En dónde vive vmd.? Iré á buscarle temprano, y le serviré de guia atravesando el desierto poblado, para llevarle á vmd. á cierto pais encantado, que con dificultad descubriría sin mapa ni piloto. ¿En dónde vive vmd.?

(4) Llámase *gracias* en Inglaterra la oracion que precede á la comida.

—Esperaré á vmd. en uno de los lados de San Pablo, á la hora que vmd. quiera, respondió Nigel confuso.

—¿Quiere vmd. estar solo? ¡Oh! no tema vmd. que le sea importuno. Pero hemos llegado ya al vasto depósito de carne, aves, y pescados. No sé como las tablas de la mesa no vienen á tierra con tanto peso.

Acababan de entrar en efecto en el comedor, en el que habia una mesa muy copiosamente servida, y gran número de criados, que en cierto modo merecian los sarcasmos del lord Dalgarno. El capellan de la familia y sir Mungo Malagrowth eran del número de los convidados, y este último dió la enhorabuena al lord Glenvarloch de haber sido tan bien recibido en la córte.

—No parece, milord, dijo, sino que habia traído vmd. en su faltriquera la manzana de la discordia, ó que era vmd. el tizon de Altea, y que esta vez le habia parido en un barril de pólvora; pues el rey, el príncipe, y el duque han tenido una pelotera hablando de vmd., y lo mismo ha sucedido á otros muchos que, hasta este dia dichoso, no sabian siquiera que vmd. existia sobre la tierra.

—Sir Mungo, dijo el conde, vea vmd. que es lo que hay en su plato, sin dejar que se enfrie.

—El aviso es oportuno, milord; pues regularmente las comidas de vuestra señoría á nadie suelen escaldar la boca. Los criados van haciéndose muy viejos, y está lejos de aquí la cocina.

Esta ligera esplosion de misantropía fué la única que sir Mungo soltó durante la comida; pero cuando pusieron sobre la mesa los postres, fijando la vista en un traje nuevo del lord

Dalgarno, le elogió su economía, diciendo que encontraba que era el mismo que el conde su padre llevaba en Edimburgo en tiempo del embajador de España.

Lord Dalgarno tenía mucho mundo para darse por ofendido de los sarcasmos lanzados por semejante adversario; y mientras cascaba las nueces con gran serenidad, le respondió que era muy cierto que aquel vestido era en algún modo de su padre, porque le costaría incesantemente cincuenta libras.

Sir Mungo se apresuró á dar al conde esta agradable noticia, haciéndole notar que su hijo sabía hacer mejor sus compras que su señoría;— pues ha comprado, decía, un traje tan rico como el que vuestra señoría llevaba cuando el embajador de España estaba en Holyrood, y le ha costado solo cincuenta libras de Escocia (1). No es comprar á lo loco seguramente.

—Cincuenta libras esterlinas, si á vmd. le parece, sir Mungo, respondió el conde con calma; y es una compra hecha á locas en todos los tiempos del verbo: Dalgarno *fué* un loco cuando compró; yo *seré* otro cuando pague, y, perdone vuestra merced que se lo diga, vmd. lo *es* también *in presenti* al hablar de lo que no le vá ni le viene.

Al decir esto, el conde no estaba ocioso, pues hacia caminar las botellas con una rapidez que aumentaba la alegría y buen humor de los convidados, amenazando su templanza. Por fortuna llegó el aviso de que el amanuense había concluido su tarea. Jorge Heriot se levantó diciendo que

(1) Es casi una veintésima parte de la libra esterlina.

los vasos y los negocios eran vecinos que no se avenían bien, y el conde y lord Glenvarloch pasaron al cuarto en donde los aguardaba Andrés.

El conde le preguntó si habían tenido cuidado de llevarle de comer y de beber, á lo que respondió Andrés con muchísimo respeto:

—No quiera Dios que piense yo en beber ni en comer antes de dar fin al asunto que su señoría me ha encargado.

—Es preciso que comas antes de partir, dijo el conde, y quiero que veas si una buena botella de vino de Canarias podrá hacer salir los colores á tu cara. El honor de mi casa está interesado en eso; pues sería una afrenta para mí que te vieses entrar en el Strand, saliendo de mi casa, con esa figura de fantasma. Y llamando á lord Dalgarno, le encargó que cuidase de que tratasen bien á Andrés.

Mientras fué lord Dalgarno á dar las órdenes necesarias, lord Glenvarloch y el platero firmaron el escrito, que habían preparado por duplicado. El jóven lord no sabía casi acerca del asunto que acababa de concluir, sino que era el resultado de los afanes de un amigo sincero y celoso, que tomaba á su cargo encontrar la suma necesaria para impedir que el dominio de Glenvarloch pasase á manos del acreedor actual, reembolsándole el día primero de agosto próximo á la hora del mediodía, junto á la sepultura del conde Murray, regente de Escocia, en la iglesia de San Gil de Edimburgo, sitio, día y hora señalados para el pago, so pena de espulsion.

Cuando hubieron concluido este asunto, el conde les instó que volviesen á la mesa; pero el

platero, alegando la importancia del escrito, y haciendo ver que tenia que ocuparse el dia siguiente muy temprano en buscar los medios de reunir los fondos, no solamente se negó á quedarse, sino que se llevó consigo al lord Glenvarloch, que tal vez sin eso se hubiera mostrado mas complaciente.

Al verse ya en la barca, y navegando sobre el Támesis, el platero fijó la vista en la casa que acababan de dejar, y dijo muy sério:

—Bajo ese techo viven la antigua y la nueva moda. El padre es como una de las viejas y nobles espadas, algo cubiertas de moho por descuido y falta de uso: el hijo es una de las espadas nuevecitas, bien guarnecidas y doradas, segun la moda del dia; pero no sabemos si el metal es tan bueno como lo parece. ¡Dios lo quiera! Un antiguo amigo de la familia se lo pide asi.

Ninguna otra cosa importante se trató entre ellos. Lord Glenvarloch desembarcó en el muelle de San Pablo, y se despidió del platero. Entró en su habitacion, en donde Richie, con los cascos calientes, hizo una relacion soberbia de la comida del conde de Huntinglen, á la señora Nelly, que se alegró mucho de saber que el sol, segun decia Moniplies, empezaba á brillar sobre el horizonte.



CAPITULO XI.

You are not for the manner nor the times,
They have thui vices now most like to virtue;
Yon cannot Kuow them apart by any differenca,
They wear the same elothes, eat the same mert
Sleep i'the self-same beds, ride in those coaches,
Or, very like, four horses in a coach,
As the best men aud women.

BEN JONSON.

No es V. para la época ni para las costumbres actuales. Los vicios de ahora se parecen tanto á las virtudes que al examinarles separadamente no se les encuentra diferencia alguna. Visten el mismo trage, comen el mismo alimento, duermen en un mismo lecho, se pasean en buenos coches y á veces en carruages de cuatro caballos como los caballeros y señoras mas distinguidos.

BEN JONSON.

Mientras pensaba Nigel la siguiente mañana despues de haber almorzado, de qué modo emplearia lo restante del dia, oyó un ruido en la escalera que llamó su atención, y casi al mismo tiempo entró en su cuarto la señora Nelly, encendida y sofocada, sin poder apenas decirle:

—¡Un señorito! Señor.... ¿Y qué otra persona, añadió pasando los dedos por sus labios, qué otra persona se hubiera atrevido?... Un señorito desea hablar con vmd.

Siguióla al momento lord Dalgarno con franqueza, alegría y desembarazo, y tan contento al

parecer de volver á ver á su nuevo conocido , como si hubiese encontrado á Nigel en un hermoso palacio. Este por el contrario, como sucede á todo jóven en iguales casos, se desconcertó y mortificó al verse sorprendido por un cortesano tan galan y tan bien vestido, en un cuarto que le pareció en aquel momento mas estrecho , mas oseo y miserable que otras veces. Empezaba á escusarse de recibirle asi; pero Dalgarno le interrumpió.

—No me hable vmd. de eso, le dijo, ni una palabra siquiera. Ya sé por qué ha echado vmd. el ancla aquí; pero puedo guardar un secreto. Un alojamiento mas malo todavia seria muy agradable al lado de una tan linda...

—Yo le aseguro á vmd. por mi honor, dijo lord Glenvarloch...

—No se hable de eso, le dije á vmd., añadió Dalgarno. Yo no soy parlanchin, ni le haré á vmd. tampoco mal tercio. El bosque tiene abundancia de aves, gracias á Dios, y nadie me impide ir á la caza.

Dijo estas pocas palabras con tal espresion, y la esplicacion que adoptó ponía la galantería del lord Glenvarloch en un pié tan respetable, que cesó este de procurar desengañarle. Menos avergonzado tal vez del vicio que le suponía, que de su pobreza (tal es la debilidad humana), mudó de conversacion y dejó la reputacion de la pobre señora Nelly y la suya á merced de las falsas interpretaciones del jóven cortesano.

Le preguntó si queria tomar alguna cosa; pero Dalgarno habia almorzado hacia mucho tiempo, y como acababa de jugar á la raqueta, dijo que bebería de buena gana un vaso de cerveza. Era

fácil dársela; y como la tragese la señora Nelly en persona, lord Dalgarno se aprovechó de esa ocasion para mirarla otra vez con mayor atencion; despues de lo cual la dijo en el tonó mas grave, que iba á beber á la salud de su marido, haciendo al mismo tiempo al lord Glenvarloch un gesto casi imperceptible. La señora Nelly se lo agradeci6 mucho; y cogiendo su delantal entre los dedos, respondi6 que era muy gran honor para John.— Es un buen marido, y andar4 á gatas, si es preciso, por su familia. Apenas se encontrará otro igual en toda la calle, ni aun yendo hasta San Pablo.

Iba probablemente á hablar en seguida de la diferencia de la edad entre ellos; pero Nigel, que temia otras nuevas burlas de parte de su jocosó amigo, le hizo una se1al de retirarse, y ella sali6 al momento del cuarto.

Dalgarno mir6, ya á ella, ya á Nigel, mene6 la cabeza y repiti6 estos versos muy conocidos:

—Temed, se1or, temed; temed los zelos,
Esa pasion cruel, ciega, insensata,
Prepara con sospechas y recelos
El t6sigo 6 pu1al con que se mata (1).

Pero yo no sé por qué me tomo la libertad de hablar á vmd. en ese tono, a1adi6, yo que soy capaz de hacer las mayores locuras; cuando debiera únicamente escusarme de haber venido aquí, y decir cuál es el motivo.

Al decir esto, se apoder6 de una silla, dando

(1) SHAKSPEARE, en el *Otelo*.

otra al lord Nigel, á pesar de haberle querido evitar este aquella molestia, y continuó en el mismo tono franco y familiar.

—Somos vecinos, milord, y acaban de presentarnos uno á otro; pero conozco bastante la cara Escocia para saber que en aquel pais es necesario que los vecinos sean amigos íntimos, ó mortales enemigos, que vayan dándose la mano, ó empuñando su espada. Por lo que á mí toca, ofrezco á vmd. la mano, si acaso quisiese aceptarla.

—¿Cómo pudiera, milord, respondió Glenvarloch, rehusar lo que vmd. me ofrece con tanta franqueza? y cogiendo la mano del lord Dalgarno, añadió: Creo que no he perdido tiempo; solo he pasado un dia en la córte, y he ganado un excelente amigo, y un enemigo poderoso.

—El amigo agradece á vmd. que le haga justicia, mi querido Glenvarloch, ó mas bien, (pues los títulos son una vana ceremonia entre nosotros que somos de buena ralea) ¿cuál es el nombre que le dieron á vmd. en el bautismo?

—Nigel.

—Pues bien, seremos Nigel y Malcolm uno para otro, y milord para los plebeyos que nos rodean. Pero quisiera preguntar á vmd. quién es su enemigo.

—Nada menos que el favorito todopoderoso, el gran duque de Buckingham.

—¡Vmd. sueña! ¿Quién se lo ha dicho á vmd.

—Él mismo; y en eso se ha comportado conmigo de un modo franco y sincero.

—¡Oh! ¡No le conoce vmd. todavía! Tiene el duque cien calidades nobles y generosas que le hacen recalcitrar impaciente, como un caballo fo-

goso cuando encuentra algun obstáculo. Pero no sabe lo que se dice cuando está enfadado. Yo tengo ¡gracias al cielo! tanto ascendiente con él como el mas pintado de cuantos le rodean; vendrá vmd. conmigo á visitarle, y seremos muy bien recibidos sin duda.

—He dicho á vmd., milord, respondió Glenvarloch con firmeza, que el duque de Buckingham, sin que yo le haya dado motivo alguno, se ha declarado enemigo mío delante de toda la córte, y reparará este acto de agresion con igual publicidad, antes que yo dé el menor paso en busca de su proteccion.

—En cualquiera otro caso, seria eso lo que debiera vmd. hacer; pero en el caso presente, de ninguna manera. El duque domina sobre el horizonte de la córte; y la fortuna de un cortesano sube ó baja segun el grado en que se encuentre en su favor. El rey diria á vmd. con Fedro:

Arripiens geminas, ripis cedentibus, ollas.

Vmd. es la olla de barro: no se haga vmd. pedazos chocando con la de hierro.

—La olla de barro evitará el choque, separándose de la de hierro; pues no pienso volver á presentarme en la córte.

—Es absolutamente necesario que lo haga vmd. pues de otro modo su asunto de Escocia irá muy mal. Necesita vmd. todavía proteccion y favor para hacer ejecutar la orden que ha obtenido. Ya volveremos á hablar de eso. Pero entre tanto, dígame vmd. ¿no es cosa estraña que haya venido yo aquí tan temprano?

—Lo es que haya podido vmd. encontrarme en un rincón tan oscuro.

—Mi page Luzbel es el mismo diablo para cosas de estas. Me basta decirle:—Luzbel, quisiera saber donde vive tal ó cual persona, y al punto me conduce como por ensalmo á la tal casa.

—Creo que no le aguarda á vmd. en la calle, milord, pues en tal caso le enviaré á llamar.

—Déjele vmd. andar: estará jugando al hoyuelo, ó á pares y nones, con los pillos del muelle, según acostumbra.

—¿Y no teme vmd. que adquiriera malas costumbres en semejante compañía?

—Los que él frecuente corren ese riesgo, pero no él; pues solo la compañía del diablo puede darle mas malicia que la que tiene ya. A Dios gracias, para la edad que tiene, bastantes progresos ha hecho en la maldad. No tengo que cuidar de sus costumbres, pues tan imposible es corregirlas como empeorarlas.

—¿Y qué cuenta podrá vmd. dar de su conducta á sus padres?

—¿A dónde diablos iré yo á buscarlos para darles esa cuenta?

—¿Es acaso huérfano? Siendo page de vuestra señoría, sus padres deben ser de una clase distinguida, de alto rango.

—¡Oh! sin duda, respondió Dalgarno con mucha serenidad; tan alto como la horca, pues su padre y su madre murieron guindados, según tengo entendido. Por lo menos, eso es lo que me dijeron los gitanos que me le vendieron hace ya cinco años. Esto le causa á vmd. sorpresa. Pero dígame vmd. Nigel, en lugar de un noblecito hol-

gazan y vanidoso, mas blanco que el suero, á quien hubiera tenido que servir de pedagogo, segun esas ideas rancias, cuidando de que se lavase las manos y la cara, de que rezase el rosario, de que aprendiese el *b-a-n ban*, y el *sum, est, fui*, de que no dijese una palabra mas alta que otra, de que se escobillase el sombrero, y no se pusiese el vestido nuevo sino los domingos y los dias de incienso; en lugar, digo, de un *Juan Lanás* ¿no es mejor tener á mi servicio una especie de duendecillo como este?

Silbó al decir esto, y el page se presentó casi tan pronto como una aparicion. Segun su estaturo no le hubieran dado mas que quince años; pero las facciones indicaban algunos dos ó tres mas. Era bien formado; estaba bien vestido; tenia el rostro moreno como los gitanos, y ojos negros y brillantes.

—Aquí le tenemos, dijo lord Dalgarno, pronto á ejecutar las órdenes que reciba, buenas, malas, ó indiferentes. El mayor haragan, el mayor ladrón, y el mayor embustero de toda su casta.

—Cualidades que han solido servir á vuestra señoría, digo el page con desfachatez.

—Véte, hijo de Satanás, dijo su amo, anda, quítate de mi vista, ó te daré con mi varita mágica entre oreja y oreja.

Volvió la espalda el page, y desapareció con la misma rapidez con que habia venido.

—Ya ve vmd. añadió lord Dalgarno, que al poner casa, lo mejor que puedo hacer por la nobleza de la sangre, es excluirle; pues este picaronzazo seria capaz de corromper á toda una antecámara.

ra de pages, aunque fuesen descendientes de reyes ó de césares.

—Apenas puedo creer que un hombre del rango de vmd., dijo Nigel, tenga necesidad de los servicios de un page como el tal Luzbel. Vmd. se divierte á mi costa, al verme falto de esperiencia.

—El tiempo le dirá á vmd. si me chanceo ó no, querido Nigel; entre tanto, si vmd. quiere aprovecharse de la marea, daremos un paseo por el Támesis, y espero que al mediodia comerá vmd. conmigo.

Accedió Nigel sin repugnancia á una proposicion que no podia menos de serle agradable; y su nuevo amigo y él, seguidos de Luzbel y Moniplies, que así reunidos semejaban bastante al oso acompañado del mono, entraron en la barca de Dalgarno que aguardaba su llegada.

Corria un aire delicioso sobre el rio, y la conversacion animada de lord Dalgarno hacia aun mas placentero este paseo. No solamente daba á conocer á su compañero los edificios públicos y las casas de muchos señores, que veian á las orillas del Támesis, sino que sazonaba su conversacion con varias anécdotas políticas ó escandalosas, pues ya que no tuviese un gran talento, poseia por lo menos un lenguaje brillante con el barniz de la moda, que bastaba en aquel tiempo, como en el nuestro, para suplir todo lo demás.

Este estilo era tan extraño para Nigel como el mundo, y no debe sorprender que, á pesar de su sensatez y talento natural, se sometiese, mas fácilmente que debiera al parecer, al tono de autoridad que tomaba su nuevo amigo al darle sus instrucciones. Y hubiera efectivamente encon-

traído dificultad en resistir. Querer tomar el tono de una moral austera para responder á las cuchufletas y fruslerías de Dalgarno, que guardaba un medio término entre las burlas y las veras, hubiera sido querer pasar por pedante ridículo: y siempre que queria combatir las proposiciones de su compañero, empleando el mismo tono ligero y frívolo, no hacia mas que manifestar su nulidad en ese género de controversia. Y por otra parte es preciso confesar que, aunque desaprobaba en su interior una gran parte de lo que oia, lord Glenvarloch no escuchaba los discursos del joven cortesano con una entera repugnancia.

Por su parte, lord Dalgarno no queria escandalizar á su prosélito, insistiendo en las ideas que parecian diametralmente opuestas á sus costumbres y á sus principios, y hacia una mezcla tan astuta de las burlas y las veras, que solia ser casi imposible á Nigel distinguir si hablaba con seriedad, ó si eran sus discursos nacidos de un humor alegre y de un carácter ligero. De cuando en cuando brillaban tambien en su conversacion, como relámpagos, bellos sentimientos de honor y de valor, y probaban al parecer que lord Dalgarno, cuando se viese animado por algun motivo loable de conducta, se manifestaria muy diferente del cortesano dedicado solo á sus placeres, cuyo papel representaba en aquel momento.

Volviendo á bajar el Támesis, notó lord Glenvarloch que pasaba la barca delante de la casa de lord Huntinglen sin detenerse, y le dijo que creia que iban á comer en casa de su padre.

—No por cierto, respondió Dalgarno; otros recursos tenemos; y no quiero volver á poner á vmd.

bajo una montaña de cebon, ni ahogarle en un mar de vino de Canarias. Tendremos otra cosa que aseguro á vmd. le será mas agradable que un banquete de escitas; y en cuanto á mi padre, debe comer hoy en casa del grave y anciano conde de Northampton, aquel que tanto se señaló contra las profecías supuestas, lord Enrique Howard.

—¿Y por qué no va vmd. con él?

—¿Y qué habia de hacer yo allí? ¿Oír al sabio señor hablar acerca de fastidiosas noticias políticas, en mal latin, que el viejo raposo habla por los codos, para que el sabio rey de Inglaterra tenga ocasion de corregir sus solecismos y barbarismos? ¡Sería muy lindo modo de emplear el tiempo, por vida mia!

—No estaria de mas darle una prueba de respeto acompañándole.

—Mi padre estará acompañado por bastantes moscas azules, y no necesita serlo por una mariposa como yo. Ya acertará sin mí á llevar á la boca el vaso de vino de Canarias; y si la susodicha cabeza paternal llegase á perder el equilibrio, no le faltarán gentes capaces de cargar con su respetable señoría, y llevarla á su muy respetable cama. No me mire vmd. Nigel, como si lo que le digo debiera echar á pique la barca. Amo á mi padre, le amo con ternura, y aun le respeto, sin embargo de que respeto muy pocas cosas de este mundo. Ninguno de los antiguos héroes troyanos fué mas valiente que él. Pero ¿qué resulta de ahí? Pertenece, él al mundo antiguo, y yo al moderno: él tiene sus manías, y yo tengo las mias; y cuanto menos veamos los pecadillos el uno del otro, mas nos honraremos y respetaremos. Creo

que es hablar como conviene: digo el respeto que tendremos el uno por el otro. Estando separados, cada uno de nosotros será lo que realmente es, y se manifestará como le han hecho la naturaleza y las circunstancias; pero si nos ponen uno junto á otro, llevarán de reata á un viejo hipócrita ó á un jóven, ó tal vez á los dos al mismo tiempo.

Seguia hablando todavía, cuando llegó la barca cerca de Blackfriars, y se detuvo. Lord Dalgarno saltó á tierra, dió la espada y la capa á su page, y dijo á su compañero que hiciese lo mismo.

—Vamos á encontrarnos entre la multitud, le dijo, y si marchásemos así cubiertos, nos pareceríamos á los atezados españoles, que se embozan en su capa para encubrir los andrajos de sus vestidos.

—He conocido á muchos sugetos honrados que hacian lo mismo, dijo Moniplies que deseaba tomar parte en la conversacion, y que no habia echado sin duda en olvido en qué estado se hallaba su vestido algunos dias antes.

Lord Dalgarno le miró sorprendido, y le respondió al punto.

—Puede vmd. saber muchas cosas, amiguito; pero no sabe la principal, que es hacer como debe su servicio. ¿Por qué no lleva vmd. la capa de su amo de modo que se vean los galones y los embozos? Vea vmd. como lleva Luzbel mi espada: la cubre mi capa; pero de modo que se vea la hermosa guarnicion de plata.—Dé vmd. su espada al criado, Nigel, para que tome una leccion en un arte tan necesario.

—¿Le parece á vmd. seguro, dijo Nigel dando á Moniplies la espada, caminar enteramente desarmados?

—¿Y por qué no? vmd. piensa todavía en Auld-Reekie (1), como llama con ternura mi padre á la buena capital de Escocia, en donde hay tantas querellas particulares y disensiones públicas, que no es posible pasar dos veces por High-Street, sin correr riesgo tres veces de perder la vida. Pero aquí no se permite nada de eso. Luego que el mercader con cabeza de buey ve un sable en el aire, toma cartas en el asunto, y se oye la palabra de orden—¡los garrotes! los garrotes!

—¡Palabra terrible! dijo Moniplies, como es buen testigo mi cabeza.

—Si fuera yo tu amo, perillan, respondió lord Dalgarno, pagaria tu cabeza los pecados de tu lengua, y te guardarias bien de hablar sino para responderme.

Richie dijo algunas palabras entre dientes; pero quedó advertido, y se puso detrás de su amo al lado de Luzbel, que se burlaba de su nuevo compañero con disimulo, remedando su modo de andar y sus gestos.

—Dígame vmd., pues, ahora, querido Malcolm, dijo Nigel, adonde vamos, y si comeremos en alguna habitacion de vmd.

—¡Habitacion mia! Si, por cierto, comeremos en una habitacion que es mia, y de vmd. y de otros veinte y cinco; y tendremos mejor comida y mejores vinos, que si pagásemos todos en comun. Vamos á comer en el mas famoso Ordinario de Lóndres (2).

(1) *La vieja ahumada*, nombre vulgar de Edimburgo.

(2) Así llamaban entonces, y llaman todavía en Lóndres, la que llamamos mesa redonda.

—Es decir, en lenguaje *ordinario*, en un figon, en una taberna.

—¡Figon! ¡taberna! exclamó lord Dalgarno. No, no, querido mio; esos son los sitios adonde los individuos grasientos van á beber un jarro de cerveza, y á fumar; adonde los bribones de los lecionistas van á dar un jabon á sus desdichadas víctimas; adonde los estudiantes del Templo van á decir chocarrerías tan vacías como las cáscaras de las nueces que han comido; adonde la gente de medio pelo va á beber vino aguado, capaz de ponerles hidrónicos, pero no borrachos. Un *Ordinario* es una invencion nueva, un templo consagrado á Baco y á Como; en el que la mas alta nobleza del dia se reúne con el mas fino y sutil gusto del siglo; en el que el vino, el alma misma de los racimos mas selectos, es esquisito como el genio poético, generoso y rancio como la sangre de los nobles. Los manjares en nada se parecen á los alimentos terrestres y groseros. La tierra y el mar constituyen su provision, y la imaginacion de seis cocineros ingeniosos se pone en prensa para que su arte iguale, y aun se aventaje, si es posible, á los preciosos materiales que sirven de base á su trabajo.

—Lo que yo puedo comprender de toda esa rapsodia y cháchara, es que como yo decia, vamos á una taberna escogida, en la que seremos regalados opíparamente, con tal que paguemos suntuosamente el escote.

—¡Escote! exclamó lord Dalgarno con una indignacion cómica. ¡Qué palabra tan vulgar! ¡qué profanacion! El señor caballero de Beaujeu, la flor de los gascones, lo mejorcito de Paris, que

conoce la edad de los vinos en el olor solo, que destila las salsas en un alambique, siguiendo la filosofía de Lulle; que trincha con una precisión tan esquisita, que dá al noble caballero y al simple escudero exactamente la porción de un faisán debida á su rango; que divide un pájaro en doce partes, con un escrúpulo tal, que de doce convidados ninguno tendrá un átomo mas que el otro; ¡qué! ¿puede vmd. hablar de escote cuando se trata de un hombre semejante? Es el árbitro general y muy conocido en todo lo perteneciente á los misterios y dudas de todos los juegos. Beaujeu es el rey de los juegos de naipes, el duque de los dados. ¿Pedir él escote como un cocinero vulgar con sus narices coloradas y su delantal verde? ¡Oh! ¡querido Nigel! ¡qué palabra se le ha escapado á vmd. hablando de semejante personage! La única excusa que puede vmd. dar habiendo proferido esa blasfemia, es decir que no le conoce, y aun no me parece tal vez suficiente; pues haber pasado en Lóndres un día y no conocer á Beaujeu, es un crimen en su especie. Pero vmd. vá á conocerle, bendecirá el momento en que le conozca, y mirará vmd. con horror la profanación de que se ha hecho culpable.

—Si; pero ese digno caballero no dá, segun yo pienso, tan buenas comidas á su costa.

—No, sin duda: hay un ceremonial que los amigos del caballero entienden perfectamente, pero que hoy no le toca á vmd. Se desembolsa, como diria S. M., un *symbolum*. Es decir, que hay un cambio mútuo de política entre Beaujeu y sus convidados. Les hace él un don gratuito de una buena comida y excelente vino, siempre que con-

sultan su dicha yendo á su casa al mediodia, y estos por agradecimiento dan al caballero un jacobino. Sabe vmd. en seguida que además de Baco y Como, la princesa de los negocios sublunares, *diva Fortuna*, recibe frecuentemente adoraciones en casa de Beaujeu: y como es el gran sacerdote que oficia, encuentra como es justo, una considerable ventaja en la porcion que tiene en las ofrendas.

—En una palabra, dijo lord Glenvarloch, ese hombre tiene una casa de juego.

—Una casa en la que seguramente podrá vmd. jugar, como puede vmd. hacerlo en su cuarto, si le da la regaladísima gana. Yo me acuerdo bien de que Tom-Tally jugó una mano al Put por apuesta, con Quinze-le-va, un francés en la iglesia de San Pablo, durante los oficios divinos. La mañana era oscura, el ministro estaba mediodormido, la congregacion se componia de ellos y de una vieja ciega, y por consiguiente no fueron descubiertos.

—Segun todo eso, Malcolm, dijo Nigel con gravedad, no puedo comer con vmd. hoy en el Ordinario.

—¿Y por qué? ¡Viven los cielos! ¿Se vuelve vmd. atrás de la palabra que me ha dado? exclamó lord Dalgarno.

—Le diré á vmd. el motivo, Malcolm: hice una solemne promesa á mi padre de no poner jamás los pies en las casas de juego.

—Le digo á vmd. que no es casa de juego. Es, á la verdad, una casa en la que se dá de comer como en otras muchas de Lóndres, y se distingue en que hay en ella mas urbanidad y la sociedad

mas escogida. Si algunas personas se entretienen á veces jugando á los naipes, ó á los dados, son gentes de honor, y solamente arriesgan lo que pueden perder. No podia hablar aquel buen señor de casas semejantes, cuando le aconsejaba á vmd. huir de ellas. Por otra parte, hubiera tenido iguales motivos para exigir de vmd. la promesa de no entrar en las posadas ó tabernas públicas, pues en todas ellas podrá vmd. ver que juegan á las damas, á los dados, etc., y no hay mas diferencia sino que en la casa á donde vamos, veremos tal vez algunas personas de calidad que se entretienen jugando, y en las otras solo veria vmd. tahures, tunantes, y petardistas que le meterian á vmd. por el aro, y le soplarian su dinero con trampas.

—Estoy seguro de que no querria vmd. inducirme á hacer nada de malo, pero mi padre miraba con horror todos los juegos de azar, y creo que le inspiraban este sentimiento la prudencia y la religion. Juzgó, no sé por qué circunstancia, que era naturalmente aficionado al juego; creo que se equivocó, pero exigió de mí no obstante la promesa de no jugar jamás.

—Lo que acaba vmd. de decirme, esá fé mia, una razon de insistir con mayor empeño en llevar á vmd. conmigo. Un hombre que quiere huir un peligro, debe desde luego asegurarse sabiendo en qué consiste, y hasta dónde se estiende, y necesita para eso echar mano de un guia que le acompañe. ¿Piensa vmd. que soy un jugador de profesion? ¡A fé mia! Las encinas de mi padre están demasiado lejos de Lóndres, y han echado bastantes raices en las montañas del Perthshire, para

que las haga yo rodar como los dados, aunque he visto echar por tierra muchas arboledas como si fuesen bolos. No, no, esos juegos son buenos para los ingleses ricos; pero no convienen á los pobres escoceses nobles. Vuelvo á repetir á vmd. que es una casa en la que dán de comer, y ni vmd. ni yo haremos allí otra cosa. Si hubiese algunos que jueguen, no tendremos nosotros la culpa, ni la casa tampoco.

No satisfizo á Nigel este razonamiento, y queria cumplir la promesa que habia dado á su padre; su compañero se mostró descontento y dispuesto á atribuirle sospechas descorteses é injuriosas. Lord Nigel no pudo resistir al verle tomar ese tono; pensó que debia consideraciones á lord Dalgarno por la amistad que el conde su padre le habia franqueado, y tambien en parte por el modo franco con que le habia ofrecido igualmente él mismo la suya. No tenia ningun motivo de dudar acerca de la seguridad que le daba de que la casa adonde iban no era de la clase de aquellas cuya entrada le habia prohibido su padre. Y en fin persistia en la firme resolucion de resistir á todas las tentaciones de jugar á juego alguno de azar, y dijo á lord Dalgarno que estaba dispuesto á acompañarle. El jóven cortesano poniéndose de buen humor, empezó á hacer un retrato grotesco y vivo de M. Beaujeu, y le concluyó cuando llegaron á la puerta del templo erigido á la hospitalidad por aquel eminente profesor.

CAPITULO XII.

This is the very barn-yard,
Where muster daily the prime cocks o' the game,
Ruffle their pinions, crow till they are hoarse,
And spa rabouta barleycorn. Here too chickens,
The calow, unfledged brood of forward folly,
Learn first to rear the crest, and aim 'h spur,
And tune their not like full-plumed Chanticleer.

THE BEAR-GARDEN.

Este es el mismo corral donde diariamente se reúnen los mejores galitos, se encrespan, cantan hasta ponerse roucos, y se pelean por un grano de cebada. Aquí también los polluelos, esa raza de futuros disipadores, pero débil, sin desarrollar aun, aprenden primero á levantar sus crestas, á herir con sus espolones y á entonar sus cantos ni mas ni menos que los gallos ya formados.

EL JARDIN DE LOS OSOS.

Un Ordinario, palabra poco noble en nuestros dias, era en el tiempo de Jacobo I una institucion nueva, tan á la moda entre los señoritos de aquel siglo, como los clubs de primera clase lo son entre los *fashionables* del nuestro. Pero se diferenciaba principalmente en que era en él recibido todo el que se atrevia á presentarse vestido con decencia. Todos comian comunmente en la misma mesa, y el amo de la casa presidia como maestro de ceremonias.

M. el caballero de Saint-Priest de Beaujeu (asi se calificaba á sí mismo) era un gascon refi-

:

nado, alto, flaco, y tenia cerca de sesenta años. Habia sido desterrado de su pais, segun decia, por un lance de honor, en el que habia tenido la desgracia de dejar á su contrario en la estacada, aunque era el mejor espadachin de todo el Mediodia de la Francia. Sus pretensiones á la nobleza estaban fundadas en un sombrero con plumas, un gran chafarote, y un traje completo de tafetan bordado, casi nuevo todavia, cortado segun la última moda de la córte de Francia, y guarnecido de tantas rosetas, que se calcula habian entrado en ellas muchas piezas de cintas. A pesar de toda esta bambolla y ostentacion, no faltaban gentes que encontraban al caballero tan bien colocado en el puesto honorifico que ocupaba, que creian que la naturaleza jamás habia tenido la intencion de darle otro mas elevado. Al mismo tiempo, una de las diversiones que encontraban en esta casa lord Dalgarno y otros señoritos de calidad, era la de tratar irónicamente á Beaujeu con mucha ceremonia, y el enjambre de zánganos que la frecuentaban, queriendo imitarles, le manifestaban un respeto verdadero. Esta circunstancia contribuía no poco á dar realce al carácter altivo y presuntuoso del gascon; salia algunas veces de los límites que su clase le prescribia, y sufría mil desaires cuando le obligaban á entrar en ellos callentándole bien las orejas.

Al entrar Nigel en la casa de este personaje importante, que habia sido en otros tiempos la residencia de un gran baron de la córte de Isabel, que se retiró á sus haciendas cuando murió aquella reina, le sorprendió la hermosura y la grandeza de las habitaciones que contenia, y el nú-

mero de personas que estaban ya reunidas. Por todas partes se veían ondear las plumas, brillar las espuelas, los encages y los bordados; y la primera perspectiva justificaba al parecer el elogio que había hecho lord Dalgarno al decir que aquella reunion se componía casi enteramente de señoritos de la primera nobleza. Viendo las cosas más de cerca, ya le parecieron algo diferentes. Desde luego se podía notar que muchos individuos se hallaban embarazados y encogidos con el traje espléndido que llevaban, y que por consiguiente se podía creer que no estaban acostumbrados á tanta magnificencia. Y había otros que tenían unos vestidos, en general no inferiores á los del resto de la sociedad en la apariencia, pero que dejaban descubrir al examinarlos de cerca, algunas de aquellas ingeniaturas con las cuales quieren cubrir muchos nobles su pobreza y miseria.

No tuvo tiempo Nigel de examinar todas estas diferencias, porque la llegada de lord Dalgarno hizo sensación y causó un cuchicheo general en la sociedad, entre un gran número de individuos que hacían pasar su nombre de boca en boca. Los unos se acercaban á verle, mientras los otros se retiraban para dejarle pasar. Los señoritos de su rango acudieron con ansia á saludarle; los de una clase inferior examinaban sus gestos y ademanes para imitarle, y procuraban grabar en su memoria el corte de su vestido, para mandar hacer otros iguales y estar seguros de seguir la última moda.

El *genius loci*, el caballero mismo, fué uno de los primeros que acudieron á ver á un jóven lord

que era el adorno y el principal apoyo de 'su establecimiento. Se acercó con sumisión, desplegó mil monerías respetuosas, y repitió varias veces *mi querido milord*, para espresar la dicha que lograba de volver á ver al lord Dalgarno.

—Espero, milord, le dijo, que trae vmd. el sol consigo; vuestro pobre caballero se ve privado de él, y de la luna tambien, cuando vmd. le abandona durante tanto tiempo. ¡Pardiez! creo que le trae vmd. en las faltriqueras.

—Y es sin duda porque no ha dejado vmd. en ellas otra cosa, respondió Dalgarno. Pero, señor caballero, presento á vmd. á mi amigo y mi compatriota lord Glenvarloch.

—¡Ah! ¡ah! ¡Me doy la enhorabuena! Ya me acuerdo, si, conocí en otro tiempo un milord Kenfarloque en Escocia. Si, bien me acuerdo. El padre de milord seguramente. Eramos grandes amigos, cuando estaba yo en Oly-Root (1), con M. de la Motte. He jugado con frecuencia á la raqueta con milord Kenfarloque en la abadía de Oly-Root. ¡Jugaba mejor que yo, pardiez! Era un gusto verle dar un revés! Y me acuerdo tambien de que para las niñas bonitas... ¡Ah! ¡ah! un diablo desenfrenado. Me acuerdo....

—Haria vmd. mejor en no acordarse tan bien del difunto lord Glenvarloch, dijo lord Dalgarno, sin dejarlo proseguir; porque previó que el elogio que iba á hacer del difunto desagradaria un poco al hijo, pues de ningun modo lo merecia el padre, que muy lejos de haber sido, como lo su-

(1) Por *Holirood*, chiste frio con el que el caballero llama á *Holyrood*, *Santa-Cruz*, *Santa-Raiz*.

ponia el caballero, un jugador y un libertino, habia sido toda su vida un hombre rígido y severo en sus costumbres.

—Tiene vmd. razon, milord, respondió el caballero, tiene vmd. razon. ¿Qué tenemos que ver con la edad pasada? Los tiempos pasados pertenecen á nuestros padres, á nuestros ascendientes: ¡bueno! pero el tiempo presente es todo nuestro. Tienen sus hermosos sepulcros de mármol ó de bronce, con sus epitafios y sus blasones; y nosotros tenemos buena sopa y platos esquisitos. Voy á dar órden de que nos traigan la comida al punto, milord.

Al hablar asi, fué á decir á los criados que pusiesen la comida sobre la mesa. Dalgarno se sonrió, y viendo que su compañero estaba sério, le dijo:

—¿Qué tiene vmd? no hay que enfadarse por lo que pueda decir un majadero semejante.

—Reservo mi cólera para mejores ocasiones, respondió lord Glenvarloch, pero confieso que me ha causado indignacion oír á ese perillan hablar asi de mi padre. ¡Y vmd., milord, vmd., que despues de haberme asegurado que el sitio á donde me traia, no era una casa de juego, acaba de decir que habia salido de ella con las faltriqueras vacias!

—¡Ah! ah! ah! exclamó Dalgarno, le he hablado la gerigonza del dia, y ademas, hablando en plata, es preciso jugar una vez ú otra uno ó dos jacobos, para no pasar plaza de avaro entre los demas. Pero aqui llega la comida ya; y veremos si los manjares del caballero agradan á vmd. mas que su cháchara gascona.

Todos se sentaron á la mesa; y la cabecera fué ocupada por los dosjóvenes Dalgarno y Nigel. Colmóles el caballero de atenciones y ceremonias y les hizo los honores de la mesa, y así mismo á los demas convidados, sazónándolo todo con su conversacion agradable. La comida era por cierto escelente, opípara, en el estilo picante que habian introducido ya los franceses; y que tenian que admirar los inglesesjóvenes para acreditarse de inteligentes y hombres de gusto. Todos los diferentes vinos eran igualmente esquisitos y abundantes. Los concurrentes eran casi todos jóvenes, y por consiguiente la conversacion fué viva y divertida. Y Nigel, que se habia visto durante largo tiempo abrumado por los cuidados y desgracias, se encontró algo consolado, y recobró en parte su antigua alegría.

Entre los convidados reunidos allí, unos tenían talento, y sabian hacerle valer; otros eran mentecatos, de los que podian burlarse los demas sin que se diesen por ofendidos; algunos eran originales, y por suplir la falta de su talento, se veian obligados á decir desatinos y chocarrerías, para hacer reir á los demas. La mayor parte de los que sostenian la conversacion, tenían un buen tono, segun la buena sociedad de aquel tiempo, ó por lo menos empleaban cierto barniz en su lugar.

En una palabra, la sociedad y la conversacion fueron tan agradables, que dieron por tierra con el rigorismo de Nigel; empezó á ver con mejores ojos aun al amo mismo de la casa, y escuchó con paciencia los pormenores que le dió el caballero de Beaujeu acerca de los misterios de la cocina,

viendo, le dijo, que milord gustaba mucho de lo curioso y lo útil. Para satisfacer al mismo tiempo el gusto que suponía en él también sin duda por la antigüedad, hizo el elogio de los grandes artistas de los tiempos antiguos, y de uno sobre todo que había conocido, siendo muchacho, cocinero principal del mariscal de Strozzi, muy buen gentil-hombre al mismo tiempo; que había preparado todos los días una comida para su amo de doce cubiertos, durante el bloqueo largo y riguroso de Leith el pequeño, aunque no había allí más que la carne de los caballos y las yerbas de las murallas.—¡Cáspita! ¡era un hombre arrogante! decía; con un cardo y unas ortigas, digámoslo así, solía hacer una sopa para veinte personas; la pierna de un perro era un asado excelente; pero en lo que más se distinguió fué en la *rendición* de la plaza. Con las ancas de un caballo salado hizo cuarenta y cinco platos; de suerte que los oficiales ingleses y escoceses, que comieron con el mariscal, se daban al diablo sin poder adivinar que era lo que estaban tragando.

Al mismo tiempo, el vino había circulado con tanta rapidez, y había hecho tal efecto en los convidados, que los que estaban al extremo de la mesa y que hasta entonces no habían hecho más que escuchar, tomaron otro rumbo, haciéndose poco favor á sí mismos y ninguno al Ordinario.

—¿Habla vmd. del sitio de Leith? dijo un hombre muy alto, y flaco como un esqueleto, que tenía grandes bigotes, un cinto ancho de cuero, un gran chafarote, y los otros símbolos exteriores de la honrosa profesión en que se vive matando; ¿habla vmd. del sitio de Leith? yo he visto esa plaza. Es

una especie de aldea rodeada de unas malas paredes, y uno ó dos palomares en cada ángulo en forma de torres. ¡Gran cosa por cierto! Un capitán de nuestro tiempo no hubiera tardado tanto en tomar la tal plaza por asalto. En veinte y cuatro horas se hubiese hecho dueño de ella y de todos los gallineros uno tras otro, ó hubiera merecido un castigo egemplar.

—Señor capitán, dijo el caballero, yo no me hallé en el sitio de Leith, y no sé qué quiere vmd. decir hablando de gallineros. Pero, si diré, que Strozzi sabia hacer la guerra en grande; que era un gran capitán; mas grande que muchos capitanes de Inglaterra que levantan el gallo. Con vmd. hablo, señor mio.

—¡Oh! señor, respondió el del chafarote: ya sabemos que los franceses se baten muy bien, cuando están detrás de la murallas, y defendidos por una buena coraza y una olla en la cabeza.

—¡Una olla! exclamó el caballero: ¿qué quiere vmd. decir con eso? ¿Quiere vmd. acaso insultarme delante de mis nobles convidados? Sepa vmd. que me porté como caballero, bajo las órdenes de Enrique IV, en Courtrai y en Ivry. Y ¡pardiez! no teníamos ni olla ni puchero, y atacábamos siempre en camisa.

—Y eso refuta otra calumnia, dijo lord Dalgarno; pues he oido decir que las camisas estaban muy escasas entre los guerreros franceses.

—Si, si, milord, solian descubrir los codos, dijo el capitán. Con el permiso de vmd., milord, yo conozco bien á esos guerreros, y....

—Déjese vmd. por ahora, respondió lord Dalgarno, de hablarnos de esos conocimientos, y de

mortificar su modestia haciéndonos ver como los adquirió.

—Nada necesito decir, milord , replicó el de los bigotes; todo el mundo lo sabe muy bien; todo el mundo, escepto tal vez los caballeros de la vara, los viles y bribones ciudadanos de Lóndres, que verian al hombre mas valiente reducido á comerse los codos, sin sacar de su bolsillo repleto una mala moneda , para acudir á socorrer su miseria. ¡Oh si una banda de mozos valientes que yo he conocido, pudiese acercarse algun dia á ese nido de cuclillos!

—¡Nidode cuclillos! repitió un pisaverde que estaba al otro lado de la mesa, y llevaba un trage magnífico ¿ y habla vmd. asi de la ciudad de Lóndres?

—¡Qué! dijo el capitan frunciendo sus grandes cejas negras, echando una mano á la guarnicion de su chafarote , y componiéndose los bigotes con la otra; ¿quiere vmd. ser el campeon de la ciudad?

—Si por cierto, quiero serlo, respondió el pisaverde. Soy de la ciudad; no me importa que se sepa. El que se atreve á decir mal de ella, es un bobalicon y un cuadrúpedo , y le romperé los cascos para enseñarle á hablar.

Los demas convidados que, por buenas razones tal vez, no estimaban el valor del capitan, tanto como él mismo, se divertian mucho al ver con qué fuego la indignacion del jóven le hacia tomar esta querella: y exclamaron de todas partes:—¡Bien suena la campana de la iglesia de Bow! ¡bien canta el gallito del campanario de San Pablo! Dése la señal del combate , ó el capitan

equivocando la señal, emprenderá su retirada.

—Vmds. no me conocen; señores, dijo el capitán mirando á todos los demas con entereza. Desde luego me informaré si ese *cavaliere* es de un rango y de un nacimiento que le permita hacer frente á un hombre animoso; pues deben vmds. saber, señores, que no puedo medir mi espada con la de un cualquiera, sin deshonrarme y perder mi reputacion; y en un caso afirmativo, recibirá pronto noticias mias, mediante un cartel.

—Y vmd. las mias mediante un garrote, dijo el jóven levantándose, y cogiendo la espada que habia dejado en un rincon; y añadió: sígame vmd.

—Segun todas las reglas, dijo el capitán, yo soy quien debe escoger el lugar y el tiempo del combate. El sitio será en el laberinto, en Tothill-Fields, tomaremos por testigos dos individuos ignorantes de esta disputa, y el tiempo será..... de hoy á quince dias al amanecer.

—Pues yo escojo, dijo el jóven, para sitio del combate el juego de bolos que está detrás de esta casa, los testigos serán los señores que nos escuchan, y el tiempo, en este mismo momento.

Al decir esto, se encasquetó bien su sombrero adornado con una pluma, dió con la vaina de su espada un golpe sobre las espaldas del capitán, y bajó haciéndole una señal de seguirle. El capitán no se dió mucha prisa en obedecer á la señal. Sin embargo, al ver que iban á mofarse de él todos los convidados, les aseguró con gravedad que todo cuanto hacia, lo hacia con serenidad y con madura reflexion. Y cogiendo entonces su sombrero y poniéndosele como en otro

tiempo Pistel (4), bajó para ir al sitio del combate, en donde le aguardaba su contrario con el sable en la mano; todos abandonaron la mesa, y la mayor parte de ellos se alegraban al parecer de ir á ver aquel espectáculo. Los unos se asomaron á las ventanas para ver desde allí, y los otros siguieron á los combatientes. Nigel no pudo menos de preguntar á Dalgarno si pensaba interponer su mediacion para evitar un accidente funesto.

—Seria un crimen, seria obrar contra el interés público, respondió el jóven cortesano; no puede acontecer entre seres semejantes accidente alguno que no sea un beneficio efectivo para la sociedad, y sobre todo para el establecimiento del caballero, como él le llama. Hace un mes que me hace títere y me revuelve el estómago el cinturón del capitán con su vestido rojo, y espero que ese mozo de tienda hará salir á garrotazos á ese burro viejo de debajo de la piel de leon. Vea vmd., Nigel, á ese valiente tendero, firme sobre el suelo, en la mitad de la palestra: ¿no parece un oso sobre las armas? ¡Véale vmd. adelantando el pié derecho y alargando el sable, como si fuese á medir una vara de muselina! Pero el capitán llega tambien. Parece á fé mia, que le llevan por fuerza. Ya está al frente de su antagonista: están á doce pasos uno de otro. ¡Ah! ya ha desenvainado el sable; pero, como buen general, mira por encima de sus hombros si hay medios de retirarse en un lance apurado. Vea vmd.

(4) Amigo de Falstaff, y oficial de los mas felices, en *Enrique IV y Enrique V*, de Shakspeare.

al valiente tendero bajar la cabeza, lleno sin duda de confianza en el morrion cívico con que su esposa ha cubierto su cráneo. ¡Es á fé mia, un admirable espectáculo! ¿Quiere acaso entrar en lid como si fuese un carnero?

Todo sucedió como se lo imaginaba lord Dalgarno. El tendero echó el pecho al agua, y viendo que el capitan no se adelantaba, se precipitó sobre él, le hizo bajar la espada dándole un gran golpe con la suya, y tirándole despues una estocada, le hirió al parecer mortalmente, pues cayó el capitan lanzando un profundo gemido. Mas de veinte personas gritaron al vencedor, que se quedó pasmado con la victoria:—¡Pronto! ¡Pronto! ¡Huya vmd., huya vmd! ¡Entre vmd. en Whitefriars, ó pase vmd. el rio en Bankside! Dése vmd. prisa; nosotros haremos frente al populacho y á los constables. Y dejando al vencido tendido en el suelo, tomó soleta el vencedor, y desapareció al momento.

—¡A fé mia! dijo Dalgarno, jamás hubiera creído que ese perillan aguardase á que le diesen semejante embestida. Sin duda el miedoleha debilitado, y ha perdido repentinamente el uso de las piernas. Vea vmd.; ya le levantan del suelo.

El cuerpo del capitan estaba ya frio al parecer cuando los convidados le levantaron, pero mientras le descubrian, para buscar las heridas que no tenia, recobró el guerrero el sentido de repente, y conociendo que el Ordinario no era ya un teatro en el que podia desplegar en adelante su valor, hizo ver que tenia muy buenas piernas, tomando tambien las de Villadiego, mientras quedaron todos riendo á carcajadas.

—Segun parece, dijo lord Dalgarno, va por el mismo camino que el vencedor, y si asi sucede, y llegan á juntarse, podrá creer el valiente ten-dero que le persigue el espectro del que acaba de matar.

—¡Pardiez! milord, dijo el caballero, solo le falta ir cubierto con una sábana para hacer bien el papel de la sombra de un gran baladron,

—Mientras tanto, señor caballero, dijo lord Dalgarno, suplicamos á vmd. que diga á sus concurrentes, que si vuelve á poner aqui los pies ese guapo, le molerán las costillas á garrotazos. Asi lo exige el honor de esta casa.

—¡Pardiez! milord, pierda vmd. cuidado, respondió el caballero, la muchacha que friega los platos romperá la cabeza á ese gallina, sacudiéndole con algun cucharon.

Despues de una escena tan cómica y burlesca, se dispersó la compañía. Los unos se quedaron en el teatro del combate, pidieron la bola y los bollos, y empezaron al punto á jugar. Pronunciando uno trás otro todos los términos técnicos de ese juego, probaron la verdad de aquella redondilla:

En juego tan majadero
Se pierden siempre tres cosas,
Que son el tiempo, el dinero,
Y las palabras ociosas.

Los demas volvieron á entrar en la casa. Los unos se pusieron á jugar á los naipes, al hombre, al primero, y otros juegos que eran entonces de moda, mientras preferian otros los dados y otros

juegos de azar. Al parecer no jugaban sino por mero pasatiempo, con decoro y decencia, sin que pudiese lord Glenvarloch dudar de la verdad de lo que le habia dicho su compañero, á saber, que esta casa era frecuentada por hombres de calidad y de buena conducta.

Lord Dalgarno no incitó á su amigo á jugar, ni jugó él mismo tampoco. Iba de mesa en mesa, notando la suerte y la habilidad de los jugadores y hablaba con las personas respetables y del mas alto rango. Al fin, como le fatigase su ociosidad, se acordó repentinamente de que Burbage (1) debia representar el papel del rey Ricardo en la tragedia de Sakspeare asi intitulada, en el teatro de la Fortuna, y de que no podia proporcionar en Lóndres á un forastero como lord Glenvarloch, una diversion mejor que llevarle á ver la tragedia. Asi se lo propuso.—A no ser, añadió callandito, que medie tambien una prohibicion paternal acerca del teatro, como acerca del Ordinario.

—Mi padre jamás ha podido hablarme de los espectáculos, respondió Nigel; porque son diversiones de fecha moderna, y aun son desconocidos en Escocia. Sin embargo, segun lo que he oido yo decir, mucho me temo que no los hubieran aprobado tampoco.

—¡Lo teme vmd. mucho! exclamó Dalgarno. ¡Cómo! Jorge Buchanan mismo ha compuesto tragedias y su real discipulo va á verlas representar siendo tan sábio y prudente; y es casi un crimen de alta traicion el no ir al teatro por ese motivo.

(1) El Kean, ó el Maiquez de la época.

Los mejores autores de Inglaterra abastecen de dramas el teatro, que es la reunion de las mas hermosas mugeres de Lóndres. En la puerta nos aguardan dos caballos, y con ellos atravesaremos las calles como dos relámpagos; ese paseo nos hará digerir la carne de venado y las aves, y ahuyentará los humos del vino. Así pues, ¡a caballo! Adios, señores. Adios, caballero de la Fortuna.

Dos criados aguardaban al lord Dalgarno, y los dos amigos montaron á caballo; el cortesano escogió el suyo favorito, dejando á Nigel otro español, que no era menos hermoso.

Yendo al teatro, lord Dalgarno procuró descubrir cuál era la opinion de su amigo acerca de la sociedad en la que acababa de introducirle, para impugnar las preocupaciones que le hubiese inspirado.

—¿Y por qué está vmd. tan pensativo, mi caro neófito? le dijo. Sabio hijo de la *Alma Mater* (1) de las ciencias de los Países-Bajos, que tiene vmd? ¿Acaso la hoja del libro del mundo, que acabamos de leer juntos, no está tan bien impresa como vmd. esperaba? Consuélese vmd. y disimule algunos borrones; está vmd. destinado á leer muchas páginas, que serán tan negras como las que puede escribir la infamia con su pluma de color de olin. Acuértese, candidísimo Nigel, de que estamos en Lóndres y no en Leyden, y de que estudiamos ahora, no los libros, sino los hombres. Resista vmd. á los escrúpulos de una conciencia timorata, y al hacer, como buen aritmético, la re-

(1) Término genérico de las universidades de Inglaterra.

capitulacion de las acciones del dia, diga vmd. al fiscal con barba de azufre, antes de hacer el balance de la cuenta con la almohada, que si ha oido vmd. el ruido de los dados, no les ha tocado siquiera, y que si ha visto la querrela de dos locos, no ha desenvainado vmd. su espada.

—Todo eso está muy bien dicho, respondió Nigel; pero no puedo menos de pensar que vuestra señoría y las otras personas de calidad con las que he comido, hubieran podido escoger una casa cuya entrada estuviese cerrada para gentes de la calaña del capitan, y mejor maestro de ceremonias que el aventurero gascon.

—Todo eso se remediará, *sancte Nigelle*, dijo Dalgarno, cuando, imitando á Pedro el Ermitaño, predique vmd. una cruzada contra las malas compañías, los dados y los naipes. Nos reuniremos á comer en la iglesia del Santo Sepulcro, comemos en el pórtico, beberemos en la sacristía, el ministro descorchará las botellas, y responderá el sacristan *amen* á cada brindis. Vamos, vamos, Nigel, alégrese vmd. sacudiendo ese humor tétrico é insociable. Créame vmd., los puritanos que nos echan en cara las debilidades inherentes á la naturaleza humana, tienen los vicios de unos diablos verdaderos; malicia, hipocresía y orgullo espiritual en toda su presuncion. Hay además en la vida muchas cosas que es preciso ver, aunque no sea sino para aprender á evitarlas. Shakspeare, que vive aunque murió, y que va á hacer gustar á vmd. una diversion que solo él puede proporcionar, ha llamado al galan Falconbridge (1)

(1) Caballero á quien Shakspeare dá un buen papel,

Bastardo del tiempo actual,
 Que no sabe todavía,
 Que es lo que se ha de observar.
 Yo no engañaré á ninguno,
 Ni Dios lo permitirá.
 Mas quiero saber qué medios
 Hay de poder engañar,
 Para que ningun tramposo
 Me pueda embaucar jamás.

Pero hemos llegado ya á la puerta de la Fortuna, en donde oiremos hablar al incomparable Shakspeare.—Luzbel, y vmd. muchacho, den vmds. los caballos á mis palafraneros, para abrirnos paso.

Apeáronse, y Luzbel, á fuerza de rodilladas, de codazos y rempujones, pronunciando en alta voz el nombre de su amo, les abrió el paso por medio de ciudadanos que murmuraban, y de aprendices que levantaban el grito. Entraron al fin, y Dalgarno se apoderó de dos taburetes sobre el teatro para su amigo y para él. Encontráronse allí sentados en medio de los señoritos de su rango, que preferian aquel sitio, para hacer parada y ostentacion de sus vestidos magníficos, mientras criticaban el drama que se representaba; formando de ese modo al mismo tiempo parte del espectáculo y del auditorio.

Nigel Olifaunt tomaba en la tragedia un interés demasiado vivo para poder representar el papel que exigia de él, el sitio en que se hallaba. Sentia la influencia de los encantos de aquel mágico, que en el estrecho círculo de un especie de horreo, habia resucitado las largas guerras de Yorck y de Lancastre, obligando á los héroes de

esas dos razas á presentarse en la escena, y hablar en ella como si hubiesen estado aun vivos, ó hubiesen salido estando muertos, del sepulcro, para divertir é instruir á los vivientes. Burbage, que era el que hasta Garrick habia representado mejor el papel de Ricardo, representó el papel del tirano y del usurpador con tanta fuerza y verdad, que cuando parecia haberse concluido la batalla con su muerte, la verdad y la ficcion se encontraban de tal suerte confundidas en la mente de lord Glenvarloch, que necesitó dejar pasar algunos momentos para comprender á su compañero al decirle este que el rey Ricardo cenaria con ellos en *la Sirena* (1)

Reuniéronse allí á algunas de las personas con las que habian comido, y otros dos ó tres eruditos y poetas los mas distinguidos de la época, que rara vez dejaban de ir al teatro de la Fortuna y se hallaban muy dispuestos á concluir un dia divertido, entregando la noche al placer. Acudieron así á la tal taberna, y en medio de los vasos de un escelente vino de Canarias, agudezas, bur-las y chistes, realizaron al parecer lo que decia á Ben Johnson uno de sus contemporáneos, cuando hacia que se acordase el poeta

De los convites festivos,
En que habia entre nosotros
Alegria sin delirio ;
En que tus salados versos ,
Esparciendo el regocijo ,
La amenidad y los chistes ,
Daban mas valor al vino.

(1) Taberna en la que solian reunirse Shakspeare y otros autores de su tiempo.

CAPITULO XIII.

Let the proud salmon gorge the feather'd hook,
Then strike, and then you have him—He will wince
Spin out your line that it shall whistle from you
Some twenty yards or so, yet you shall have him—
Marry! you must have patience—the stout rock
Which is his trust, hath edges something sharp;
And the deep pool hat ooze aud sludge enough
To mar your fishing—'less you are more careful

ALBION, OR THE DOUBLE KINGS.

Espera que el soberbio salmon muerda el anzuelo, tira entonces de él y le tendrás en tu poder. El se resistirá, pero déjale cuerda hasta que se separe de tí mas de veinte varas pues á pesar de eso será tuyo... ¡Cáspita! mucha paciencia necesitas, porque tan finos pueden ser los picos de las rocas en que se afiance y tal el cieno y la impetuosa corriente del profundo rio que te hagan perder tu presa si no tienes mucho cuidado.

ALBION Ó LOS DOS REYES.

Rara vez sucede que el placer deje en la memoria de una persona una impresion tan dulce como la que sentia mientras duró. Por lo menos, se puede asegurar que la memoria del dia descrito en el capitulo anterior, nada ofreció de muy agradable á la imaginacion de Nigel; y solo la visita de su nuevo amigo pudo ponerle de buen humor. Apenas habia acabado de almorzar, cuando llegó lord Dalgarno, y la primera pregunta que

le hizo fué, que le habia parecido la sociedad de la noche anteriór.

—Me ha parecido muy buena, respondió lord Glenvarloch; pero los chistes y las agudezas me hubieran agradado mas, si hubieran sido mas naturales. Parecia que tenia cada cual en prensa su imaginacion, y la mitad de los eruditos trataban al parecer únicamente de buscar los medios de sobrepujar las estravagancias de los que acababan de hablar.

—¿Y por qué no? ¿De qué sirven esas gentes, cuando no se esfuerzan de ese modo para poder divertirnos? Si echase pié atrás alguno de ellos, se le condenaria á beber una mala cerveza, y á ponerse bajo la proteccion de los marineros. Aseguro á ymd. que algunos eruditos han sido mortalmente heridos con un equivoquillo ó un sarcasmo en *la Sirena*, y han sido trasladados en un lastimoso estado al hospital de los eruditos en el Vintry, en donde vegetan ahora con los imbéciles y los aldermanes.

—Podrá ser así; pero sin embargo aseguraria por vida mia, que creí ver entre nosotros ayer noche algunos, á quienes su génio y su erudicion debian asegurar un rango mas alto en nuestra compañía, y que no habiéndolo obtenido, hubieran debido huir de una sociedad en la que hacian un papel subalterno y nada digno de ellos.

—¡Qué conciencia tan delicada! dijo lord Dalgarno. ¡Malditos sean los proscritos del monte Parnaso, residuos de algun noble banquete de arenques salados y vino del Rin, que ha plagado á Lóndres de tantos mercaderes de ingenio y bardos adocenados. ¿Qué hubiera dicho ymd. á ha-

ber visto á Nash, ó á Green, ya que se interesa tanto en favor de los pobres barqueros que vió ayer noche? Comieron y bebieron bien; y esto es bastante para ellos. Dormirán bien; y es regular que su apetito no se vuelva á aguzar antes de la noche: entonces, si saben ingeniarse, encontrarán algun protector, ó algun cómico que les pague el escote. Y al cabo ¿qué les falta en resumidas cuentas? Tendrán agua en abundancia mientras no se seque el manantial del Nuevo-Rio (1), y un vestido dura en el Parnaso una eternidad.

—Horacio y Virgilio tuvieron mejores protectores.

—Yo lo creo; pero estos poetas chirles no son Horacios ni Virgilibios. ¡Mala sarna en todos ellos! Verdad es que tenemos tambien ingenios de otra clase: yo se los daré á vmd. á conocer pronto. Nuestro cisne del Avon (2) acabó de cantar; pero nos queda aun Ben (3), cuyo génio y ciencia en nada ceden á cuantos poetas, han calzado hasta ahora el coturno y el zueco. Pero no hablaré á vmd. de él en este momento. Vengo á proponer á vmd., como amigo, que me acompañe hasta Richmond. Dos ó tres galanes de los que vió vmd. ayer dan á una sociedad de señoras un concierto en que habrá syllabub (4); y aseguro á vmd. que encontrará allí ojos capaces de hacer olvidar á un astrólogo la contemplacion de la via lactea. Mi hermana

(1) Rio llevado á Lóndres en tiempo de Jacobo I por un platero llamado Middleton. Son varios manantiales reunidos en el condado de Hereford.

(2) Shakspeare.

(3) Ben Johnson, mas erudito en efecto que los demás poetas dramáticos.

(4) Bebida agradable.

las preside y deseo presentarle á ella. No deja de tener en la córte admiradores, y aunque no me esté bien hacer su elogio, puedo asegurar á vmd. que es una de las mejores mozas de nuestro tiempo.

No podia rehusarse semejante convite hecho á un hombre tan humillado antes á sus propios ojos, á nombre de una señora de condicion, y una de las beldades de la córte. Aceptó lord Glenvarloch, como era indispensable, y pasó el dia en una sociedad de bellezas y gentes de buen humor. Todo el dia estuvo al lado de la hermana de su amigo, la hermosa condesa de Blackchester, que aspiraba al mismo tiempo al primer rango en los tres reinos, de la moda, del favor de la córte, y del talento. Tenia mas edad que su hermano, y probablemente contaba ya seis lustros; pero lo que le faltaba en punto á juventud, lo suplía diestramente con el esmero esquisito que empleaba en vestirse y en adornarse. Era la primera que recibia las noticias de todas las modas estrangeras, y tenia el talento de adaptarlas perfectamente á su tez y sus facciones. Sabia en la córte tan bien como todas las demás señoras, qué tono convenia tomar, moral ó político, sério ó jocoso, segun el humor que manifestaba el monarca; y se presumia que este favor personal habia contribuido no poco á obtener para su marido un puesto eminente, que el viejo gotoso no podia haber merecido con un mérito muy ordinario y una capacidad de las mas comunes.

Mas fácil fué á esta señora que á su hermano hacer agradables á un cortesano tan jóven como lord Glenvarloch las costumbres y los usos de una

esfera tan nueva para él. En todo país civilizado las mugeres de alto rango y muy hermosas dán el tono, influyendopoderosamente en los usos y costumbres. Tenia tambien lady Blackchester en la córte, ó sobre la córte, un influjo, cuyo origen no era muy conocido, pero le grangeaba amigos, y traia á raya á cuantos querian mostrarse sus enemigos.

En cierto tiempo, la suponian ligada con la familia Buckingham, con la que estaba siempre su hermano estrechamente unido. Su amistad con la duquesa se habia enfriado un poco: rara vez se las veia juntas; y la condesa de Blackchester solia vivir retirada. Pero decian algunos á la sordina que el estar mal con la muger del gran favorito, en nada disminuia su amistad con este.

No tenemos bastantes pormenores acerca de las intrigas particulares de la córte en aquella época, ni acerca de los individuos que las dirigian para dar un fallo sobre los rumores varios, á que habian dado origen las circunstancias que hemos mencionado. Diremos solamente que lady Blackchester tenia una grande influencia sobre los que la rodeaban, merced á sus atractivos, á sus talentos y á los manejos de que suponian echaba mano para conducir las intrigas de la córte. No pasó mucho tiempo Nigel Olifaunt sin rendirse á su poder, y se hizo en cierto modo esclavo de aquella especie de rutina que obliga á muchas personas á acudir á tal hora, á tal tertulia, ó sociedad, sin encontrar ni aun esperar diversion ó interés en ello.

Describiremos la vida que pasó durante algunas semanas. El Ordinario solia dar bastante buen

principio al dia; y el jóven lord echó de ver que, aunque los individuos que le frecuentaban no eran unos anacoretas, ni modelos de virtud, era sin embargo la reunión mas agradable que podia encontrar entre los señoritos de moda, en cuya compañía iba á Hyde-Park, al teatro, á los demás sitios públicos, ó á aumentar el número de los que iban á la tertulia brillante y divertida de lady Blackchester. No tenia ya tampoco aquel horror timorato que en un principio le habia hecho vacilar antes de poner los pies en una casa en la que se jugaba. Por el contrario, empezaba á concebir la idea de que ningun mal podia resultar de ver jugar á otros con la debida moderacion, Pero era escocés lord Glenvarloch: se habia acostumbrado desde muy jóven á reflexionar; y no habia sido nunca pródigo. No era dissipador ni por naturaleza, ni por educacion; y segun todas las probabilidades, cuando su padre no podia imaginarse sin un noble horror que pusiese su hijo los pies en una casa de juego, temia mas el que ganase que no el que perdiese. Y efectivamente, segun sus principios, la pérdida tiene un fin, un fin sin duda deplorable, el dar por tierra con su fortuna; pero la ganancia no hace mas que aumentar el mal que mas temia, poniendo en peligro al mismo tiempo el cuerpo y el alma del jugador.

Cualquiera que fuese el fundamento de los temores del noble lord, la conducta de su hijo probó muy pronto que eran justos. Despues de haber permanecido algun tiempo contentándose con ver los juegos de azar del Ordinario, empezó poco á poco á tomar parte, y aun no puede negarse que

su rango y sus esperanzas le permitian jugar algunas monedas de oro, con gentes que podia suponer en estado de hacer igual pérdida, al ver la frescura con que arriesgaban su dinero.

Sucedió, pues, ó por servirnos de una frase de aquel tiempo, habia decretado el mal génio de Nigel que ganase todos las apuestas. Por una parte tenia prudencia, serenidad, buena memoria, y mucha facilidad para hacer cálculos; y por otra era firme é intrépido; ninguno se hubiera atrevido á mirarle de mal ojo, y menos todavía á decirle una palabra mas alta que otra. Con mas razon nadie se hubiera espuesto á emplear contra él los manejos de los tahures, que suelen lograr su efecto intimidando á los que designan por víctimas. Jamás lord Glenvarloch jugaba sino como es regular, poniendo el dinero sobre la mesa; y cuando veia que se esquivaba la fortuna, ó no queria jugar mas largo tiempo, los jugadores de profesion, que frecuentaban la casa de M. el caballero de Saint-Priest de Beaujeu, no se atrevian á manifestar á las claras su despecho al verle retirarse con la ganancia. Pero como sucediese esto diferentes veces, los jugadores gruñian, y se quejaban amargamente de la prudencia y la suerte del jóven escocés, hasta que llegaron á tomarle entre ojos.

Lo que contribuyó no poco á confirmarle en esta perniciosa costumbre cuando llegó á tomarla, fué que la ganancia le ahorraba la necesidad, desagradable á su orgullo natural, de contraer nuevos empeños pecuniarios, que su morada en Londres le hubiera hecho, sin eso, indispensables. Tenia que solicitar de los ministros el cumpli-

miento de ciertas fórmulas de oficio que debían hacer ejecutar la orden firmada por el rey en favor suyo; y aunque no pudieron rehusarle lo que pedia, le daban largas dilaciones, que le obligaban á creer que mediaba alguna secreta oposicion que causaba semejantes obstáculos para la pronta expedicion de su asunto. Fué su primera idea volver á presentarse en la córte con la orden del rey, y preguntar á su magestad misma si tenían sus ministros el derecho de frustrar las justas y generosas resoluciones reales, á fuerza de dilaciones. Pero el conde de Huntinglen, que habia mediado en su favor la primera vez de un modo tan franco, y á quien iba á visitar de cuando en cuando, le habia disuadido de dar un paso semejante, y le habia aconsejado aguardar con paciencia la firma de los ministros, lo que le dispensaria de seguir presentándose en la córte.

Lord Dalgarno se reunió á su padre para persuadirle igualmente que no se volviese á presentar, por lo menos hasta haber hecho las paces con el duque de Buckingham.

—Le he ofrecido ayudarle para lograrlo, en lo poco que puedo, dijo á su padre delante de su amigo; pero no he podido persuadir á Nigel que haga el menor acto de sumision para con el duque.

—¡A fe mia! creo que tiene muchísima razon, respondió el noble lord escocés, que no transigiria en puntos de honor. ¿Qué derecho tiene Buckingham, ó por mejor decir, el hijo de sir Jorge Villiers, de exigir homenaje ni sumision á un hombre mucho mas noble que él? Le he oido yo mismo declararse enemigo del lord Nigel, sin que

sepa [yo que tuviese motivo alguno para ello, y jamás seré de parecer que el jóven lord le dirija una palabra halagüena, sin que primero haya reparado él mismo su falta de urbanidad.

—Ese es precisamente el consejo que he dado al lord Glenvarloch, padre mio; pero vmd. sabe muy bien al mismo tiempo que nuestro amigo lo arriesgaria todo, si se presentase delante del rey mientras es enemigo suyo el duque. Vale mas dejarme el cuidado de destruir poco á poco las injustas preocupaciones que algunos intrigantes han inspirado al duque contra él.

—Si llegas á convencer á Buckinham de su error, Malcolm, será la primera vez que se encuentre en la córte candor y honradez; pero he dicho muchas veces á tu hermana, y á tí mismo, que no tengo sino una estimacion pequeñísima por todo lo que hay en ella.

—Puede vmd. estar bien seguro de que nada omitiré para servir á Nigel; pero piense vmd. al mismo tiempo, padre mio, que necesito emplear medios mas lentos y mas suaves que los que hicieron de vmd. un favorito hace veinte años.

—¡Oh! ¡já fé mia! Malcolm, no dudo acerca de tu buena voluntad, y quisiera mas bien bajar al sepulcro que dudar un instante de tu honor y de tu lealtad. Sin embargo, veo que no son esas dos cualidades tan útiles en la córte como lo eran en mi juventud; y extraño mucho que estés en ella tan bien visto.

—¡Oh! nuestra época no exige precisamente la misma clase de servicios que el siglo pasado. No tenemos ya cada dia una insurreccion, y una tentativa de asesinato cada noche, como era de rigor

en la corte de Escocia. No es necesario para servir al rey estar siempre con el chafarote en la mano. Sería eso tan ridículo como ver á nuestros antiguos servidores con sus chupas, sus sables y sus escudos en un baile de máscaras. Y por otra parte, padre mio, una lealtad exagerada no deja de tener sus inconvenientes. He oido decir al rey mismo que, cuando dió vmd. las puñaladas al traidor Ruthven, lo hizo con tan poco miramiento, que la punta del puñal entró tres líneas en las reales posaderas. Jamás habla de eso el rey sin frotarse la parte que fué herida; y sin citar: *Infandum... jubes renovare dolorem*. Vea vmd. ahí el inconveniente de las modas antiguas, y de llevar una larga daga de Liddesdale y no un puñal de Parma. Llama vmd. á eso, sin embargo, haber hecho un servicio con valor y con prontitud. Así sea; pero segun me han dicho, el rey no pudo sentarse en dos semanas; aunque habian echado mano, para aumentar la borra de su silla poltrona, de todas las almohadas del antiguo palacio de Falkland, y de las del preboste de Dunfermline por añadidura.

—¡Es mentira! exclamó el conde; ¡es una mentira infame! sea quien fuere el que la haya forjado. Es verdad que yo llevaba una daga, que podía ser útil en las ocasiones, y no un punzon como el vuestro, que solo puede servir de mondadientes. ¡Por vida del diablo! ¿Quién puede emplear demasiada precipitacion cuando un rey grita ¡al asesino! al traidor! como una gallina cuando van á degollarla? Pero vosotros, los jóvenes cortesanos, no entendeis palotada; y no teneis mas mérito que el de las cotorras verdes que traen de

las Indias, á saber, el de repetir las palabras que les dice su amo. Una manada de boquirrubios, aduladores y charlatanes. Por lo que á mí toca, soy ya un vegestorio, para cambiar de modo de vivir; si así no fuese, huiria de la córte, y volveria á oír el ruido de las aguas del Tay, cuando se precipitan desde lo mas alto de los peñascos de Campsie-Linn (4).

—La campana nos llama á comer, padre mio, dijo lord Dalgarno; y si la carne de venado que he enviado á vmd. está bien sazónada, el sonido de la campana es por lo menos tan agradable como el de las aguas del Tay.

—Vamos, pues, señoritos, si vmds. gustan, respondió el conde; y dejó el sitio pintoresco en el que habian conversado, para ir á su casa con su hijo y el lord Glenvarloch.

Lord Dalgarno en sus conversaciones particulares, con facilidad quitaba á Nigel de la cabeza la idea de ir directamente á la córte; pero los ofrecimientos que le hacia por otra parte de llevarle á ver al duque de Buckingham, eran rechazados siempre del modo mas positivo y desdeñoso. Dalgarno entonces se contentaba con encogerse de hombros, como quien hace mérito de haber dado un buen consejo á un amigo terco, y no quiere que pueda echársele en cara su obstinacion.

Por lo que toca al padre, su mesa y su mejor vino, que prodigaba mas de lo necesario, estaban á la disposicion de su jóven amigo, igualmente que sus consejos é influjo para llevar adelante sus

(4) En el condado de Stirling.

asuntos. Pero el influjo de que gozaba el conde de Huntinglen , tenia mas apariencia que realidad ; y el favor que habia adquirido defendiendo con valor la persona del rey , habia sido tan mal empleado por él mismo, y tan fácilmente frustrado por los ministros y los favoritos del soberano, que si se esceptúan dos ó tres ocasiones, en las que este príncipe habia sido, por decirlo así, sorprendido, como en el asunto del lord Glenvarloch , jamás se habia aprovechado de las bondades del rey ni para sí ni para sus amigos.

—Jamás ha existido, dijo un dia á Nigel el lord Dalgarno , que conocia á fondo la córte de Inglaterra y veia por lo mismo qué era lo que faltaba á su padre para ser cortesano; jamás ha existido un hombre que tuviese mas completamente en su poder los medios de elevar su fortuna que el bueno de mi padre. Habia adquirido el derecho de ir construyendo poco á poco y con seguridad el edificio de su elevacion, sirviéndose del favor que hubiera recibido cada año como de un punto de apoyo, para subir de grada en grada. Pero la fortuna de vmd. , Nigel , no hará naufragio en la misma costa. Aunque tengo yo menos medios de influir que mi padre ha tenido , ó tiene , y de los que solo se ha servido únicamente para tener buen vino de Canarias, halcones, perros ó cosa semejante , me hallo en estado de sacar mejor partido que él de los que poseo , y todos los emplearé para servir á vmd. No estrañe vmd. , mi querido Nigel, verme con menos frecuencia ahora que otras veces. Ha empezado ya la estacion de la caza, y quiere el príncipe que yo le acompañe. Necesito tambien ver mas á menudo al duque pa-

ra aprovecharme de las ocasiones que se presenten de hablarle del asunto de vmd.

—No quiero que dé vmd. ningun paso de mi parte que me degrade, respondió Nigel con gravedad: se lo he dicho á vmd. ya muchas veces.

—Lo que yo quiero decir, hombre receloso y testarudo, es, replicó Dalgarno, que defenderé la causa de vmd. delante de él, como defendiendo la suya delante de vmd. Y solo pido una parte en la bendicion favorita del rey nuestro amo: *beatu pacifici!*

Las conversaciones del lord Glenvarloch, ya sea con el noble conde, ya con su hijo, tomaron muchas veces el mismo giro y se acabaron de la misma manera. Pareciale algunas veces que el crédito del uno y del otro, dejando á un lado la influencia invisible y secreta, y no por eso menos segura, de lady Blackchester, hubiera podido acelerar algun tanto un asunto tan sencilló como el suyo.

Conocia por otra parte Nigel ser cierto lo que lord Dalgarno le habia dicho ya varias veces, que sabiéndose que el favorito era su enemigo, todos los empleados por cuyas manos pasase el asunto, se esmerarian en multiplicar los obstáculos, que no podia él vencer sino con la paciencia, á no ser que quisiese cerrar la brecha, segun le decia su amigo, haciendo las paces con el duque.

En esta ocasion Nigel hubiera podido recurrir á los consejos de su amigo Jorge Heriot; y sin duda no hubiera dejado de consultarle; pero la única vez que le vió despues de la visita que habian hecho juntos á la córte, encontró al digno platero haciendo los preparativos para un viage á

Paris, á donde debia ir con una comision del duque de Buckingham por un negocio muy importante, y que ofrecia muchas ganancias. El buen platero se sonrió al mencionar al duque de Buckingham; estaba, dijo, casi seguro de que su desgracia no duraria mucho, por esta parte.

Lord Glenvarloch le manifestó que se alegraba de saberlo, pues nada, añadió, habia sentido tanto como pensar que el interés que le manifestaba el señor Heriot, hubiese podido hacerle incurrir en la desgracia de un favorito poderoso.

—Milord, respondió Heriot, haria muchas cosas por el hijo de su padre de vmd., y sin embargo, si, me conozco á mí mismo, haria ciertamente, por amor á la justicia, en favor de un hombre que me inspirase mucho menos interés, todo lo que me he atrevido á hacer por vmd. Pero, como pasará algun tiempo sin que nos volvamos á ver, es preciso que deje el asunto de vmd. al cuidado de su prudencia.

Y se separaron al decir esto, con todas las demostraciones de un afecto recíproco.

Tambien se habian efectuado en la situacion de lord Glenvarloch otras mudanzas de las que debemos hablar un poco. Sus actuales ocupaciones y los hábitos que habia contraido, le hacian incómoda su habitacion en la ciudad. Y quizá tambien empezaba á avergonzarle un poco el verse en un cuarto de una calle oscura hácia el muelle de San Pablo, y deseaba estar alojado de un modo algo mas análogo á su rango. Por consiguiente habia alquilado una habitacioncita con buenos muebles junto al Templo. Y tuvo un cierto pesar al ver que su partida causaba al parecer alguna

pesadumbre á John Christie , y alguna mas todavía á la señora Nelly , tan servicial y bondadosa.

El marido, que era de un carácter sério y taciturno , se contentó con decir que creia que nada habia faltado en su casa al lord Glenvarloch; *y que no les dejaba por causa de algun descuido, de que hubiera podido quejarse. Pero se asomó una lágrima á los ojos de la señora Nelly, cuando recitó el catálogo de todas las mejoras que habia hecho en el cuarto para la mayor comodidad de su señoría.*

Habia ahí un cajon, dijo ella , que hizo llevar al cuartito que ocupaba en el granero el mozo de tienda, aunque solo quedaban diez y ocho pulgadas entre él y la cama; y Dios sabe (pues ella no lo sabia) si será posible bajarle de allí siendo tan estrecha la escalera. Ademas habia hecho del gabinete una alcoba, lo que le habia costado veinte schelines, y es muy cierto que el gabinete hubiera sido mas cómodo para cualquiera otro huésped que no fuese su señoría. Habia comprado ropa blanca espresamente para él, pero era preciso que la voluntad de Dios se cumpliese , y no le faltaba resignacion.

A ninguno deja de lisongear el recibir pruebas de afecto á su persona , y el corazon de Nigel le echaba en cara su conducta , como si la mejora que podia esperar en su fortuna le hiciese ya despreciar el techo humilde que le habia cubierto en tiempos menos felices , los cuidados de sus pobres amigos , y los servicios que habia recibido de ellos como otros tantos favores. No dejó de disminuir el pesar de Nelly y de su marido , asegurándoles que podrian contar siempre con su amis-

tad, y pagándoles con mucha generosidad; y dejó impreso en los hermosos lábios de la señora Nelly un beso, para lograr el perdón al momento de partir.

Richie Moniplies se quedó un instante mas, para preguntar á John Cristie si podria, en caso necesario, facilitar á un valiente escocés los medios de volver á su pais. John le dijo que sí; y añadió él al partir.

—En tal caso pronto acudiré á vmd. ; pues, si mi amo no está fastidiado de vivir en este maldito Lóndres, conozco á uno que lo está; y ese uno soy yo mismo. Estoy decidido á volver á ver Arthur Seat (1), antes de envejecer siete dias mas.

(1) Altura que domina á Edimburgo.

CAPÍTULO XIV.

Bingo, why; Bingo! hey, boy—here, sir, here!—
He 's gone and off, but he 'll be home before us;—
'Tis the most wayward cur e 'er mumbled bone,
Or dogg 'd a master 's footstep.—Bingo loves me
Better than ever beggar loved his alms;
Yet when he takes such humour, yon may coax
Sweet Mistress Fantasy, your worship 's mistress,
Out of her sullen moods, as soon as Bingo.

THE DOMINIE AND HIS DOG.

Bingo... ¡Cómo! Bingo! He!! muchacho!—Aquí, señor, aquí.—Se marchó, y muy de prisa; pero volverá á casa antes que nosotros. Es el perro mas testarudo que royó hueso ó siguió los pasos de su amo.—Sin embargo, Bingo me ama mas que un mendigo á su limosna; no obstante, cuando le dán esos arrebatos, puede vd. lisongearse de dulcificar mas antes el mal humor de su querida, la señora Fantasia, que el de Bingo.

EL DOMINIE Y SU PERRO.

Richie Moniplies cumplió su palabra. Cuando hacia dos ó tres dias que se hallaba su amo en su nueva habitacion, se presentó delante de Nigel cuando iba á vestirse, lo que solia hacer otros dias mucho mas temprano.

Desde luego echó de ver lord Glenvarloch, al mirar á su criado, que además de la gravedad que tenia siempre su fisonomía, encontraba en ella la espresion de un grado mas de importancia que

queria darse, ó algun enfado extraordinario, si no eran tal vez ambas cosas reunidas.

—¿Que tal, Richie, le dijo, qué tenemos de nuevo? ¿Por qué se parece la figura de vmd. á la de esas estátuas grotescas que están sobre esas goteras? Y al decir esto, le mostraba con el dedo la iglesia gótica del templo que se veía desde la ventana.

—Inclinóse un poco Richie á mirar hácia aquel lado, y dijo despues.

—¿Qué tenemos con eso? De otras cosas tengo que hablar á vmd. en el momento.

—¿De qué tiene vmd. que hablarme, le preguntó su amo acostumbrado ya á tolerar sus familiaridades.

—Milord... respondió Richie, y se detuvo y tosió, como si se le atragantasen las palabras que iba á pronunciar.

—Ya caigo en la cuenta, Richie, dijo Nigel; vmd. necesita algun dinero. ¿Le bastan á vmd. por el pronto cinco monedas de oro?

—Podré necesitar algun dinerillo, milord: me alegro (aunque al mismo tiempo lo siento) de que no sea tan raro en el bolsillo de vuestra señoría como en otra época.

—¡Me alegro y lo siento! ¿Qué enigmas son esos, Richie?

—Pronto se aclararán, milord. Vengo á recibir las órdenes de vmd. para la Escocia.

—¡Para la Escocia! ¿Ha perdido vmd. la chaqueta? ¿No podremos ir juntos los dos?

—Ya no necesitará vmd. de mí, milord; pues va á tener un page y un lacayo.

—¡Como así! Es vmd. un necio envidioso ¿No

ve vmd. que le aliviarán en sus trabajos? Vaya vmd. á almorzar, y á echar unos cuantos tragos de ale, para sacar de la chola un desatino tan garrafal. Debiera enfadarme mucho; pero no puedo echar en olvido que me ha servido vmd. durante la adversidad.

—Jamás nos hubiera separado la adversidad, milord, dijo Richie. Me parece que en todo caso hubiera podido pasar hambre tan bien como vuestra señoría, y aun mucho mejor, por estar medio acostumbrado; pues, aunque soy hijo de un carnicero, no siempre he comido buenas tajadas de cebon.

—¿Que al caso viene toda esa cháchara? dijo Nigel: ¿quiere vmd impacientarme? Bien sabe vmd. que aunque tuviese veinte criados, ninguno de ellos sería preferido al servidor fiel que ha sido mi compañero de desgracia. Pero es una locura venir á quebrarme la cabeza con tales desatinos.

—Al declarar que vmd. me estima, milord, hace vmd. una cosa que le honra; y me atrevo á decir con modestia que no soy del todo indigno de ese favor. Y sin embargo es preciso que nos separemos.

—¿Y cuál puede ser el motivo, si estamos los dos satisfechos el uno del otro? ¡Qué majadería!

—Vuestra señoría emplea el tiempo de un modo tal milord, que no puedo aprobarlo con mi presencia.

—¿Qué está vmd. diciendo, insolente? dijo su amo muy enfadado.

—Diré á vmd. milord, con el respeto debido, que no es justo enfadarse del mismo modo cuan-

no hablo que cuando dejo de hablar. Si quiere vmd. escuchar con paciencia los motivos de mi viage, puede suceder que le haga provecho para este mundo y para el otro; si no, déjeme vmd. que vaya sin decir palabra y asunto concluido.

—Hable vmd., desembuche vmd. sin olvidarse de que está hablando conmigo.

—Hablo con la mayor humildad, milord, respondió Moniplies mas sério y grave que nunca; pero ¿cree vmd. que la vida que pasa, jugando á los dados y á los naipes, frecuentando las tabernas y los teatros, es la que conviene á vuestra señoría? En cuanto á mí, estoy seguro de que no me conviene.

—¿Se ha vuelto vmd. precisiano (4) ó puritano, grandísimo loco? le preguntó su amo riéndose pero hallándose medio avergonzado y medio colérico, se reía de muy mala gana.

—Comprendo bien esa pregunta, milord, podré tal vez ser algo precisiano, y quisiera que permitiese el cielo fuese digno de ese nombre; pero dejemos eso á un lado. He cumplido con los deberes de criado en cuanto lo permite mi conciencia de escocés. Cuando me encuentro en un pais extranjero, puedo hablar en favor de mi amo y de mi pais, aunque tenga que disfrazar algun tanto la verdad. De buena gana hartaria de mogicones al que hablase mal de ellos, y me espondria á recibirlos tambien; pero las casas de juego, las tabernas y los teatros no rezan conmigo; no se respira allí el aire que necesito para vivir. Y cuando oigo decir que vuestra señoría ha ganado su dine-

(4) Secta religiosa nacida del puritanismo.

ro á algun pobre diablo que podrá tener gran necesidad de él... ¡A fe mia! Si se viese vmd. reducido á ese extremo, quisiera mas dar asaltos con vuestra señoría y decir ¡la bolsa ó la vida! á un pobre patan que volviese del mercado de Smithfield con el dinero que le habian producido sus terneras de Essex, en su bolsa de cuero.

—¡Qué locura! exclamó Nigel, que no dejaba sin embargo de escuchar los remordimientos de su conciencia: yo no juego jamás grandes sumas.

—Sin duda, milord, dijo el inflexible criado, y, si vmd. me lo permite, eso es peor todavía. Si jugase vmd. con sus iguales, el pecado sería el mismo, pero parecería menor á los ojos del mundo. Vuestra señoría sabe, ó debe saber por experiencia propia y muy reciente, que una suma muy pequeña que saquen del bolsillo del pobre le deja temblando de frio. Y si he de hablar con franqueza, añadiré que se ha notado que vuestra señoría juega con esos pobres alucinados que esponen en el juego el poco dinero que tienen.

—¿Quién se atreve á decirlo? exclamó Nigel enfadado. Yo juego con los que me agrada, y me espongo á perder lo que se me antoja, y me dá la gana.

—Eso es precisamente lo que dicen, milord, respondió Richie, cuyo carácter y educacion grosera le impedian conocer hasta qué punto mortificaba á su amo, en esos mismos términos se explican. Ayer mismo ganó vuestra señoría en el Ordinario cinco libras esterlinas, ó poco menos, á aquel mocito gentil hombre á medias, que lleva un traje carmesí y un sombrero con pluma, el que riñó con el capitan fanfarron; y yo mismo

le ví salir de la sala sin una mala moneda.

—¡No es posible! ¿Quién es ese mozo? me pareció bastante rico.

—No es oro todo lo que reluce, milord, los bordados y los botones de plata sacan las monedas del bolsillo, y le dejan vacío, y, si pregunta vmd. quien es, puede ser que lo sepa, y que no tenga ganas de decirlo.

—Por lo menos, si le he arruinado, dígame vmd. que debo hacer para remediarlo.

—No tenga vmd. cuidado, milord, en cuanto á eso. Ya se tomarán las medidas que sean necesarias, considérele vmd. como un hombre que caminaba en posta en busca del diablo, y vuestra señoría no ha hecho mas que empujarle por la espalda para que llegue algo mas pronto; pero yo le detendré, si es posible, y vuestra señoría no necesita hacerme preguntas sobre el asunto, ni es preciso que vmd. le aclare; todo lo contrario.

—Escuche vmd. bribon, dijo Nigel; tengo algunas razones para tolerar que me hable vmd. libremente; pero no permitiré que abuse mas de mi bondad. ¿Quiere vmd. dejarme? ¡Santo y bueno! Váyase vmd. Tome vmd. lo necesario para hacer el viage. Y al decir esto puso en su mano algunas monedas de oro, que Richie contó una á una con cuidado y atencion.

—¡Qué tal! ¿están cabales? preguntó Nigel muy picado de la presuncion con que Richie acababa de darle una leccion de moral. ¿Es falta de peso alguna de esas monedas? ¿Quién, diablos, le detiene á vmd. siendo asi que tenia tanta prisa aun no ha cinco minutos?

—Cabales están, respondió Richie con mucha

gravedad; y en cuanto al peso, aunque las gentes son aquí tan difíciles que ponen mal gesto al ver una moneda algo gastada, ó sin cordoncillo, se arrojarán tras estas en Edimburgo como un gallo tras un grano de trigo. Las monedas de oro no abundan tanto allí por desgracia.

—Y por eso, á no haber vmd. perdido enteramente el juicio, dijo Nigel, cuya cólera solia ser momentánea, no debiera salir de un pais en donde no faltan.

—Si he de hablar á vmd. con franqueza, milord, dijo Richie, la gracia de Dios vale mas que las monedas de oro. Cuando Lucifer, ese que llama vmd. Luzbel, y pudiera llamar igualmente Sata-nás, pues es el diablo incarnado, le proponga á vmd. un page, no oirá vmd. de su boca una doctrina como la que acabo de predicarle. Pero, aunque fuesen estas mis últimas palabras, añadió Richie alzando la voz, debo decir á vmd. milord, que va vmd. descarriado; que ha dejado vmd. el camino por el que marchaba siempre su padre; y lo peor es, que aquellos mismos que le hacen á vmd. pasar una vida tan desordenada, son los primeros que se rien de vmd.

—¡Que se rien de mí! exclamó Nigel, que, como otros muchos jóvenes, sentia sobre todo el verse ridiculizado, ¿quién se atreve á reirse de mí?

—Milord, es tan cierto como que me alimento con pan, tan cierto como que soy fiel; y pienso que vuestra señoría no ha oído de mi boca jamás sino la verdad, á no ser que medie el honor de vuestra señoría ó el de mi pais, ó alguna otra razon de interés particular que me obligue á dis-

frazarla; le digo á vmd., pues, con toda verdad, que cuando ví, á ese pobre mozo en ese Ordinario que, Dios me perdone, es maldecido de Dios y de los hombres, cuando le ví pasar rechinando los dientes cerrando los puños, y con el sombrero encasquetado, que le cubría las cejas, desesperado al parecer, me dijo Luzbel:—Ese es un gallito que el amo de vmd. acaba de desplumar; pero pasará mucho tiempo antes que pueda arrancar una plumá sola á ciertos gallos que conozco yo. Asi es, milord, que si he de decirlo todo, los lacayos y los amos, y sobre todo vuestro íntimo amigo lord Dalgarno, llaman á vmd. el pela pájaros. Hubiera yo querido sacudir el polvo á Luzbel por lo que me ha dicho; pero mas vale evitar una disputa.

—¿Han hablado en esos términos? dijo Nigel: ¡Por vida del diablo!

—Es un infierno este Lóndres, milord y además de eso, Luzbel y su amo se burlan de vmd, diciendo que ha querido vmd. hacer creer que lograba los favores de la muger del hombre honrado cuya casa ha dejado, mientras decian los embusteros malditos, que queriendo acariciarla, no se ha atrevido vmd. á sostener una querella: y que el pela pájaros no ha tenido bastantes garras para acometer á la muger de uno que vende quesos y estopá á los marineros.

Calló un instante, y miró á su amo que estaba avergonzado y colérico:

—Milord, dijo despues, he hecho á vmd. justicia, y me la he hecho á mi mismo tambien; porque decia yo para mi capote, se hubiera entregado á este desorden como á los demás, si le hubieran faltado los útiles avisos de Richie.

—¿Con qué nuevos desatinos va vmd. á atormentarme todavía? dijo lord Glenvarloch; continúe vmd. sin embargo, pues será la última vez que escuche sus impertinencias: vamos, aprovechése vmd. del poco tiempo que le queda.

—Es precisamente lo que deseo hacer; y ya que me ha dado el cielo una lengua para hablar y dar consejos....

—Bien se aprovecha vmd. de ese don del cielo, dijo lord Nigel interrumpiéndole.

—Es la verdad, milord, respondió Richie, y espero que se acordará vmd. mas de cuatro veces de lo que le digo. Como voy á dejar el servicio de vmd., es bueno que sepa la verdad, para que conozca los lazos á que la inesperienza y la juventud le podrán esponer, cuando no tenga á su lado cabezas mas viejas y prudentes. Sepa vmd., milord, que ha venido á buscarme una muger bien parecida, de unos cuarenta años ó algo menos, y me ha hecho una infinidad de preguntas acerca de vmd.

—¿Y qué es lo que pretendia?

—En primer lugar, milord, diré á vmd. que, como parecia una muger de mérito, y tenia muy buena labia, y le gustaba la conversacion, [no he tenido inconveniente en charlar con ella, ni en decirla...

—Yo lo creo... ni en decirla de pe á pa todos mis secretos.

—¿Quién yo, milord? ¡no por cierto! Aunque me ha hecho muchas preguntas acerca de la reputacion de vmd., de su fortuna, del asunto que le ha obligado á venir á Lóndres, y de otras muchas cosas, yo no he juzgado á propósito decirle enteramente la verdad,

—Yo no sé qué necesidad tenía vmd. de mentir ni de decir la verdad á la tal muger sobre cosas que no la interesan.

—Eso es lo que he pensado yo tambien, milord, y por lo mismo no le he dicho ni verdades ni mentiras.

—¿Qué le ha dicho vmd. pues, parlanchin? exclamó su amo enfadado, y curioso al mismo tiempo.

—Le he dicho acerca de la fortuna de vmd. y de todo lo demas, algo que no es la pura verdad en este momento, pero que fué cierto, que debiera serlo todavía, y que espero lo será pronto, es decir, que tiene vmd. hermosas haciendas, mientras es cierto únicamente que tiene vmd. derecho á reclamarlas; tuvimos una conversacion agradable sobre este y otros muchos asuntos; pero al fin ella sacó la pata.... entregó la carta.... se quitó de cuentos. y me empezó á hablar de una linda señorita que, segun me dijo, habia puesto sus miras en vuestra señoría; y hubiera ella querido hablar con vmd.; pero desde luego eché de ver que todo estaba reducido... Y se puso á silbar al decir esto.

—¿Y que hizo vmd., señor puritano, en ese lance? preguntó Nigel sin poder dejar de reirse.

—Yo la miré así, milord, respondió Richie, frunciendo las cejas y la boca de modo que hubiera debido avergonzarse. La dije que era una bribona y la amenacé con una coroza. Ella me injurió por su parte, llamándome insolente y parlurdo escocés, y nos separamos para no volvernos á ver; segun pienso. Así pues, milord, me puse entre vuestra señoría y una tentacion mas peli-

grosa que las del Ordinario y el teatro, pues ya sabe vmd. que es lo que Salomon, rey de los judios, dice hablando de la muger estrangera; y añadí entre mi mismo: basta y sobra con el juego; si las faldas se ponen de por medio, Dios sabe donde irá este hombre á parar.

—Semejante impertinencia no debiera quedar impune; pero como es la última vez que tendré que perdonar á vmd., al menos durante algun tiempo, se la perdono; y supuesto que vamos á separarnos, me contentaré con decir á vmd., con respecto á las precauciones que ha creido deber tomar por mí, que hubiera hecho mejor en dejarme obrar como mas me conviniese.

—¡Mejor! no por cierto, milord, no por cierto; somos criaturas frágiles, y vemos los asuntos agenos con mas claridad que los propios. Y por lo que á mi toca, escepto el caso de la *súplica*, que hubiera podido suceder á cualquiera, he notado siempre que he obrado con mucha mas prudencia en lo concerniente á los intereses de vuestra señoría que en lo tocante á los míos, que se quedaban á la cola, como era regular.

—Asilo creo, dijo lord Glenvarloch, pues siempre he encontrado á vmd. fiel; pero ya que Londres agrada á vmd. tan poco, Richie, le haré una corta despedida. Puede vmd., ir á Edimburgo con la condicion de volver á mi servicio, cuando esté yo tambien allí de vuelta.

—¡Bendiga el cielo, milord, á vuestra señoría por semejante palabra! dijo Moniplies alzando la vista. Hace quince dias que no ha salido de la boca de vmd. otra cuyo sonido haya sido tan agradable. Adios, milord.

Al decir esto, estendió la mano, cogió la de lord Glenvarloch, la besó y salió con precipitación, temiendo enternecerse demasiado. Algosorprendido lord Nigel de verle salir así, le llamó y le preguntó si tenía bastante dinero. Richie, sin responderle, le dió á entender con la cabeza que sí, bajó corriendo la escalera, y cerrando con fuerza la puerta de la casa, se alejó alargando el paso por el Strand.

Su amo se asomó á una ventana casi sin querer, y vió entre los que pasaban á su antiguo criado, que se perdió pronto de vista.

Entregóse entonces á reflexiones ajenas de un hombre que aprueba su conducta. No podia menos de convencerse á sí mismo de que no era buena señal ver que un criado tan fiel hubiese así perdido el deseo de servirle y el afecto á su persona. También le remordia algun tanto la conciencia, conociendo que podian ser en parte justas las reconvenciones que Richie acababa de hacerle; y no pudo menos de hallarse confuso y mortificado pensando en los colores con que pintaban lo que él llamaba su prudencia y su moderación en el juego. Su única excusa era que no habia considerado nunca su conducta bajo ese punto de vista.

Por otra parte, el orgullo y el amor propio le decian que Richie, á pesar de sus buenas intenciones, no era mas que un criado preocupado y terco. Richie, decia entre sí mismo, habia querido representar el papel de preceptor, en lugar de contentarse con el de lacayo, por afecto, segun él decia, á la persona de su amo; se arrogaba el derecho de velar su conducta y criticar sus ac-

ciones: Richie en fin, le hacia ridiculo con sus rarezas y su ilimitada presuncion.

Apenas se habia retirado Nigel de la ventana, cuando su nuevo patron entró en su cuarto y le entregó un papel cerrado, y sellado con precaucion; dijo que se le habia dejado una muger que no quiso aguardar la respuesta.

Lo que él leyó hacia sonar la misma cuerda que Moniplies habia pulsado ya , pues la epistola estaba concebida en estos términos :

Al honorable lord Glenvarloch de parte de un amigo desconocido.

MILORD :

Dá vmd. su confianza á un amigo falso , perdiendo al mismo tiempo una buena reputacion. Un amigo desconocido de vuestra señoría le dirá en pocas palabras lo que los aduladores no le dirán en los dias que serian necesarios únicamente para acabar su ruina. El que mira vmd. como su amigo sincero, lord Dalgarno , le vende á vmd.; y con la máscara de la amistad solo procura dañar á su fortuna de vmd., y hacer que pierda la buena reputacion que podriamejorarla. La buena acogida que dá á vmd. es mas peligrosa que la tibieza del príncipe; asi como es cosa mas deshonrosa ganar en el Ordinario que lo seria perder. Guárdese vmd. de uno y otro. Este aviso se le dá á vmd, un amigo verdadero, aunque no se nombra.

IGNOTO.

T. I. 283

Lord Glenvarloch reflexionó un poco, arrugó el papel entre sus manos, le volvió á abrir y á leer, volvió á reflexionar aun, y exclamó haciéndole pedazos: —Vil calumnia, pero velaré, observaré...

Acudieron mil pensamientos á su mente, pero lord Glenvarloch, poco satisfecho con el resultado de sus reflexiones, y queriendo distraerse, se encaminó al parque, despues de haberse puesto la capa.

CAPITULO XV.

'Twas when fleet Snowball's head was woxen grey
A lukless lev'ret met him on his way.—
Who Knows not Snowball—he , whose race renown'd
Is still victorions on each coursing ground?
Swaffain, Newmarket, and the Roman Camp
Have seen them victores o'er each meaner stamp.—
In vain the youngling sought, vvith doubling vvile,
Tge hedge, the hill, the thicket, or the stile.
Experience sage the lack of speed supplied,
Andrinthe gap he sought, the victum deed,
So vvvas Joncé, in thy fair street, Saint James,
Through vvalking cavaliers, and car-borne dames,
Descried, pursued, turned o'er again, and o'er,
Coursed, coted, month'd by an infeeeling bore.

ETC., ETC., ETC.

En la época en que ya empezaba á encanecerse la cabeza de Snowaball, un lebratillo infeliz acertó á interponerse en su camino.—¿Quién no conoce á Snowball, cuya famosa raza campea aun en todos los hipodromos? Swaffham, Newmarket y el campo romano la han visto siempre triunfante sobre todas las demas. En vano el astuto animalejo buscaba el vallado, la colina, las asperezas ó el barranco. La sábia experiencia suplía la falta de velocidad y al salvar una cerca, sucumbió la desgraciada víctima. Asi me ví yo en cierta época en la hermosa calle de Saint James, en medio de una multitud de paseantes á caballo y señoras en coche, puesto en evidencia, seguido de gente, impelido á uno y otro lado, perseguido, sobado, y aturdido por un majadero sin misericordia.

ETC., ETC., ETC.

El parque de San James, que fué aumentado y mejorado bajo nuevos planes por Cárlos II, era ya en tiempo de su bisabuelo un paseo pú-

:

blico muy hermoso y agradable; y las gentes de tono iban allí á hacer un poco de egercicio y á pasar el tiempo.

Lord Glenvarloch se encaminó á este sitio, para alejar de su mente las reflexiones desagradables que le inspiraron, no solamente la separacion de su criado Richie Moniplies, verificada de un modo que heria su amor propio y su delicadeza; sino tambien la carta del INCÓGNITO ó IGNOTO, que al parecer remachaba el clavo, confirmando todo lo que habia dicho su criado en la conversacion referida al fin del capítulo precedente.

Mucha gente habia en el parque cuando él llegó; pero la disposicion en que se hallaba su ánimo entonces, le indujo á huir de toda sociedad, y alejarse de los sitios mas frecuentados, es decir, de los que estaban cerca de Westminster y de Whitehall; y se fué hácia el nórte, ó como diríamos en el día, del lado de Piccadilly, creyendo poder entregarse allí libremente á sus pensamientos, ó mas bien, combatirlos.

Se llevó gran chasco, porque al pasearse embozado en su capa y con el sombrero encasquetado, se vió de repente asaltado por sir Mungo Malagrowth, que huyendo de los demás, ó huyendo los demás de él, habia, de grado ó por fuerza, acudido al sitio menos concurrido, que lord Glenvarloch habia igualmente preferido.

Tembló Nigel al oír la voz ácre, sonora y chillona del caballero, y se asustó todavía mucho mas al ver que se acercaba á él cojeando. Estaba embozado en su capa, usada y llena de manchas, que formaban mapas sobre el color escarlata que tuvo cuando nueva. Tenia la cabeza muy cubier-

ta con un casquete de castor, rodeado de una faja de terciopelo negro en lugar de cadena, y una pluma de capon suplía la falta de una pluma de avestruz.

Desdeluego lord Glenvarloch se hubiera escapado, huyendo de semejante pelmazo; pero como dicen los versos que hemos puesto al frente de este capítulo, una liebre difícilmente puede librarse al verse perseguida por un buen lebre. Estaba el tal sir Mungo muy acostumbrado á *correr liebres* (si hemos de continuar la metáfora) y á *alcanzarlas* á fuerza de perseguirlas. Nigel por consiguiente tuvo que detenerse, y responder á la pregunta de cajón.

—¿Qué tenemos de nuevo?

—Nada de particular, respondió el jóven lord, queriendo dar fin á la conversacion.

—¿Vá vmd. al Ordinario francés? dijo sir Mungo: es demasiado temprano todavía, y tenemos tiempo de dar la vuelta al parque. Con eso avivará vmd. un poco el apetito.

Al decir esto, le cogió el brazo, á pesar de la resistencia que pudo hacer Nigel, y viéndose ya dueño de su víctima, la llevó á remolque.

Nigel se mantuvo sério y silencioso, esperando verse de este modo libre mas pronto de tan fastidioso compañero; pero sir Mungo quiso que, ya que no hablase el jóven lord, le escuchase por lo menos.

—Vá vmd. probablemente al Ordinario, milord, hace vmd. muy bien: los que allí van son, segun he oido decir, gente de tono, sugetos escogidos. Es sin duda alguna la sociedad que puede convenir á todos los señoritos de calidad. Su padre

de vmd. hubiera ciertamente llevado á bien ver que vmd la frecuentaba.

—Asi lo creo, dijo lord Glenvarloch, viéndose obligado á decir alguna cosa; es una sociedad tan buena como suelen serlo en general todas aquellas cuyas puertas no se cierran nunca á cualquiera persona que acude á gastar su dinero.

—Es verdad, milord. es mucha verdad, dijo su perseguidor soltando una carcajada. Esos tenderos, esa gentecilla, acechan la ocasion de rozarse con nosotros, si encuentran una puerta entreabierta. ¿Y quién puede remediarlo? Yo solo encuentro un remedio, que es dejarles *in puribus* ganándoles el dinero que les hace tan impudentes. Desplúmeles vmd. bien, milord; quémeles vmd. el pellejo, como hacen las cocineras con los ratones que caen en la ratonera; y yo le aseguro á vmd. que no volverán á tres tirones. Si, si, le digo á vmd. que es preciso desplumarles; y los capones no se atreverán á elevar el vuelo entre los buitres y los gabilanes.

Y, al decir esto, sir Mungo fijaba la vista en Nigel, para ver qué efecto producian sus sarcasmos, como observa un cirujano progresivamente una operacion anatómica.

Aunque deseaba ocultar Nigel sus sensaciones, no pudo privar al que le atormentaba del placer de ver como sufría en aquella operacion moral. Se llenó de cólera y de indignacion, pero conoció que una querella con sir Mungo Malagrowth le cubriría de ridículo, y se contentó con decir en voz baja:—¡Fátuo impertinente! Aunque la sordera no le impidió oírle, dió á esas palabras otra aplicacion sir Mungo.

—Si, no hay duda, no hay duda; es verdad: son fátuos, son impertinentes, pues se atreven á presentarse entre gentes que valen mas que ellos dijo el cáustico cortesano. Pero vuestra señoría sabe aprovecharse de eso, castigándoles al mismo tiempo. Contaron el viernes último delante del rey, el petardo que se llevó con vmd. un jóven tendero, que echó vmd. á pique, cargando con sus *spolia opima*, todo el oro que tenia en su bolsillo, y con los botones de plata de su vestido, y enviándole á comer yerba con Nabucodonosor, rey de Babilonia. Esto es digno de vuestra señoría. Dicen que el bribon se arrojó al Támesis, desesperado; pero otros tunantes quedan todavía, mas hombres se perdieron en la batalla de Flodden (1).

—Han contado á vmd. muchos embustes por lo que á mí toca, sir Mungo, exclamó Nigel alzando la voz y muy sério.

—Es muy probable, respondió sir Mungo; se miente mucho en la córte. Segun eso no se ahogó? es lástima; pero yo no habia creido esta parte de la historia; un mercader de Lóndres no es tan tonto como todo eso aun en medio de su cólera. Apostaria las orejas á que ese perillan anda en este momento buscando en las calles de la ciudad con una escoba en la mano clavos roñosos para hacer asi otra pacotilla. Dicen que tiene tres hijos que podrán ayudarle á limpiar el Strand; y si hiciese fortuna en su nuevo oficio, vuestra señoría podrá arruinarle nuevamente todavía.

(1) Batalla memorable á la que continuamente aludian en Escocia, y celebrada en el último canto de *Marmion*.

—¡Eso es ya mas que intolerable! exclamó Nigel, no sabiendo si debia justificarse con indignacion, ó arrojar con desden á su perseguidor; pero un momento de reflexion bastó para convencerle de que las dos cosas solo servirian para dar cierta apariencia de verdad á los rumores calumniosos, con los que empezaba á ver que pretendian algunos denigrar su reputacion, aun en las reuniones mas elevadas. Tomó, pues, la resolucion prudente de sufrir la impertinente y estudiada charlatanería de sir Mungo, esperando saber de qué manantial salian tan injuriosos rumores.

Sir Mungo, segun su loable costumbre, echó mano de la palabra última que acababa de pronunciar Nigel, y la interpretó á su guisa.

—Tolerable, dijo; si por cierto, milord; dicen que tiene vmd. una dicha tolerable, y que sabe vmd. traer á raya á esa insigne coqueta, la señora Fortuna, recibiendo sus favores cuando está ó se muestra risueña, como jóven, sábio y prudente, sin esponerse nunca á sufrir sus desdenes. Es una dicha segura.

—Sir Mungo Malagrowth, dijo Glenvarloch, tenga vmd. la complacencia de escucharme un momento.

—Oiré lo mejor que pueda, milord; lo mejor que pueda, repitió sir Mungo poniendo la mano izquierda detrás de la oreja: ya conoce vmd. mi achaque.

—Procuraré hablar muy claramente, dijo Nigel armándose de paciencia. Vmd. supone que soy un jugador de profesion; pero aseguro á vuestra merced que le han engañado, pues no lo soy de ninguna manera. Espero que se explicará

Vmd. conmigo acerca del origen de donde ha sacado tan falsos informes.

—Jamás he oído decir, ni he pensado tampoco que fuese vmd. un *gran* jugador, milord, respondió sir Mungo, que no pudo menos de oír lo que Nigel acababa de decirle con voz muy alta y clara. No, jamás he oído decir, ni he pensado que fuese vmd. *gran* jugador, uno de los jugadores que llaman de primera clase. Note vmd. esta distinción, milord, yo llamo jugador al que juega con los que saben jugar como él, y pueden á los mismos juegos, esponiéndose á perder ó á ganar. Llamo gran jugador ó jugador de la primera clase, al que juega francamente esponiendo todo su dinero. Pero aquel hombre, que es tan prudente y tan sereno, que jamás arriesga sino una suma pequeña, la que baste para dar al traste con el dinerillo de un aprendiz de tendero, aquel que teniendo el bolsillo bien provisto, puede aguardar siempre el instante en que le favorezca la suerte para dejar vacíos los de otros, y deja de jugar cuando le sea contraria; este, milord, no es ni gran jugador ni jugador tampoco: yo no sé como llamarle.

—¿Y quiere vmd. darme á entender, dijo lord Glenvarloch, que soy de esos cobardes, de esas almas viles y sórdidas, de esos hombres que temen á los jugadores hábiles y solo juegan con los ignorantes, que evitan jugar con sus iguales, para robar mejor á sus inferiores? ¿Son esos los rumores que han hecho algunos correr para denigrarme?

—Nada ganará vmd., milord, en levantar el gallo, dijo sir Mungo, que sosteniendo su humor

caústico con un valor natural, contaba enteramente con las inmunidades que le habian asegurado la espada de sir Rullion Rattray, y los garrotazos, que le dieron de parte de lady Cockpen ciertos empleados *ad hoc*.—Y en suma, continuó diciendo, vuestra señoría sabe si ha perdido alguna vez mas de cinco monedas de oro, desde que frecuenta el Ordinario del gascon Beaujeu; si ha salido ó no ganando casi siempre; y si los otros jugadores, hablo de los que se distinguen por su rango y fortuna, suelen jugar del mismo modo.

—¡Muchísima razon tenia mi padre! exclamó lord Glenvarloch en medio de la amargura de su corazon: con harta justicia me ha perseguido su maldicion desde que puse los pies la vez primera en ese sitio. El aire que en él se respira es pestífero; y el que no pierde allí su fortuna, pierde su honor y su reputacion.

Sir Mungo Malagrowth, que acechaba todos los movimientos de su víctima, con la satisfaccion de un diestro pescador de caña, vió entonces que si queria retirarla de pronto, se esponia á dejar escapar el pez. Temiendo, pues, dejar que se escapase la víctima, dijo que lord Glenvarloch no debia darse por ofendido de su franqueza.—Siendo vmd. algo circunspecto en sus diversiones, milord, añadió, es preciso confesar que ese es el mejor medio de no poner en mayor riesgo su fortuna descalabrada ya; y jugando con sus inferiores, no tendrá vmd. el disgusto de llenar su bolsillo con el dinero de sus iguales y amigos. Por otra parte, los tunantes de los plebeyos, que son vencidos por vuestra señoría, tienen la ventaja *tecum certasse*, como dice Ajax Telamonio, *apud*

Metamorphoseos. Haber jugado con un noble lord escocés, es para esa gentecilla una compensacion suficiente de la pérdida que hayan hecho; pérdida que la mayor parte de ellos puede tal vez soportar fácilmente.

—Sea como fuere, sir Mungo, quisiera saber...

—¡Bueno! ¡bueno! ¿Por qué atormentarse para saber si esos cebones de Basan pueden ó no soportar su pérdida? Los hombres de condicion no deben poner límites á sus diversiones por consideracion á tales tunantes.

—Repito á vmd., sir Mungo, que quisiera saber en qué compañía ó reunion ha oido vmd. hablar de mí en esos términos.

—Sin duda, milord, sin duda; he oido decir siempre y he declarado yo mismo que vuestra señoría frecuenta en particular las mejores compañías y reuniones. La hermosa condesa de Blackchester... Pero creo que no se deja ver en público apenas desde su asunto con su gracia el duque de Buckingham; y ademas el noble escocés de la antigua corte lord Huntinglen, es preciso convenir en que es un hombre de la primera calidad, ¡lástima es que el vino se le suba á la cabeza tan fácilmente! lo que causa algun perjuicio á su reputacion. Y ese jóven lor Dalgarno, ese cortesano galante, que tiene toda la prudencia de las canas entre los rizos capaces de cautivar á una querida. ¡Hermosa raza! Padre, hija, hijo, todos son de la misma ilustre familia. Nada tenemos que decir de Jorge Heriot, hombre honradísimo, pues tratamos ahora de la nobleza. Tal es la compañía que me han dicho que frecuenta vmd., milord, sin hablar de la que concurre al Ordinario.

—Es verdad que no conozco mas gentes que las que vmd. acaba de nombrar, pero para dar un corte...

—La corte, milord; es precisamente lo que iba á decir á vmd. Dice lord Dalgarno que no puede lograr que venga vmd. á la corte, y en eso hace vmd. mal. El rey oye á los demas hablar de vmd., cuando debiera ver á vmd. en persona. Hablo á vmd. como amigo, milord. Hace algunos dias, que al oir pronunciar el nombre de vuestra merced, dijo su magestad: *Jacta est alea, Glenvarlochides* se ha hecho bebedor y jugador. Lord Dalgarno quiso defender á vmd. pero fué sofocada su voz por la de los cortesanos, que le pintaban á vmd. como á un hombre que solo halla gusto en la sociedad de la ciudad, y esponiendo su corona de baron entre las gorras de los aprendices.

—¿Hablan asi públicamente de mí delante de su magestad?

—¿Si hablan públicamente? Si, á fé mia; es decir, cada uno lo cuchichea; y eso es hablar con la publicidad posible, pues la corte no es un sitio en donde se tratan todos de igual á igual, y en donde puede alzarse la voz como en el Ordinario.

—¡Váyanse al diablo la corte y el Ordinario! exclamó Nigel con impaciencia.

—Asi sea, respondió el cinico. Yo no he ganado gran cosa, que digamos, en la corte, cumpliendo con mi deber de caballero, y la última vez que estuve en el Ordinario, me costó la torta un pan, pues me ganaron cuatro ángeles.

—¿Querrá vmd. decirme, sir Mungo, quiénes son los que se burlan así de la reputacion de un

hombre que apenas pueden conocer, y que en nada les ha ofendido?

—¿No le he dicho á vmd. ya que el rey habia hablado sobre el particular? El príncipe ha hecho lo mismo; y en vista de eso debe vmd. sospechar que los que no guardaban silencio repetian la misma cancion.

—Pero vmd. acaba de decirme que lord Dalgarno ha querido defenderme.

—Si ¡por cierto! dijo sir Mungo con ironía; pero el jóven lord calló al punto; estaba acatarado, y hablaba como un cuervo. Sin esa circunstancia, hubiera litigado la causa de vmd. como litiga la suya, cuando es necesario, de un modo el mas inteligible y claro. Pero permítame vmd. que le pregunte al paso si lord Dalgarno ha presentada á vmd. al duque de Buckingham ó al príncipe; pues el uno ó el otro hubiera podido concluir el asunto de vmd.

—No tengo el menor derecho á los favores del príncipe ni del duque, respondió lord Glenvarloch. Como vmd., segun parece, se ha enterado particularmente de mis asuntos, sir Mungo, aunque quizá no era necesario, puede vmd. haber sabido que presenté al rey un memorial para obtener el pago de una suma que se debe á mi familia. No puedo dudar que desea su magestad hacer justicia; y no puedo recurrir, sin faltar á la decencia al príncipe ó al duque, para obtener de ellos lo que debe concedérseme como un derecho, ó rehusárseme enteramente.

Sir Mungo se echó á reir, y dando á sus facciones una espresion de las mas grotescas, dijo:

—Eso se llama esponer el asunto del modo mas

claro y preciso , milord ; y contando con eso manifiesta vmd. que conoce perfectamente al rey , á la córte y á los hombres. ¿Pero quién llega aquí? Por aquí , milord , por aquí , es preciso hacerse á un lado. ¡Como soy sir Mungo! son las personas mismas de las que estábamos hablando. Bien dice el adagio que en nombrando al ruin de Roma luego asoma.

Bueno será decir aquí que durante esta conversacion, lord Glenvarloch, tal vez por descartarse de sir Mungo, se habia ido hácia los sitios mas concurridos del parque , mientras le tenia siempre el pelmazo cogido por el brazo izquierdo, cuidando solo de que no se le escapase. Distaban algo todavia del sitio en donde habia mas gente, euando sir Mungo distinguió lo que le hizo cambiar de conversacion.

Un murmullo respetuoso salió entonces de entre los corrillos que habia en aquel lado. Todos al punto, reuniéndose, inclinaron los ojos del lado de Whitehall; despues se pusieron á la derecha y á la izquierda , para abrir paso á una comitiva brillante que llegaba del palacio y se adelantaba en el parque , mientras se colocaba la gente en dos hileras al acercarse, y descubriendo cada cual la cabeza, deseaba verla pasar.

Muchos de aquellos galanes cortesanos llevaban el traje que el pincel de Vandick nos ha dado á conocer, aun despues de un intévalo de cerca de dos siglos, y que en aquella época precisamente empezaba á reemplazar la moda mas frívola que adoptaron en Francia en la córte de Enrique IV.

Todos los que componian aquella comitiva es-

pléndida tenían descubierta la cabeza , á escepcion del príncipe de Gales , que fué despues el mas desgraciado de los monarcas ingleses. Adelantábase el primero con sus largos cabellos castaños rizados y con un sombrero á la española, adornado con una hermosa pluma de avestruz, que cubria su cabeza; y en su semblante se leia la espresion de una melancolía anticipada. Estaba á su derecha el duque de Buckingham, cuyo aspecto altanero y gracioso al mismo tiempo , oscurecia casi la persona y la magestad del príncipe. Las miradas, los movimientos y los gestos del favorito se conformaban tanto con las reglas todas de etiqueta que su situacion prescribia , que formaban un contraste muy notable con la frivolidad y la alegría escesiva que le habian grangeado los favores de su *querido papá y compadre* el rey Jacobo. Preciso es confesar que el destino de este favorito y cortesano perfecto era muy singular; pues siendo al mismo tiempo el favorito de un padre y de un hijo tan diferentes, se veia obligado , para agradar al príncipe , á someterse á las leyes del respeto y de la gravedad , al paso que encantaba al monarca con su humor libre y divertido.

Conocia perfectamente Buckingham la diferencia que habia entre el carácter de Jacobo y el de Cárlos, y no hallaba dificultad en conducirse de modo que pudiese mantenerse en el pináculo del favor con el uno y con el otro. Verdad es que han supuesto algunos que, despues de haberse apoderado enteramente del afecto de Cárlos, no conservó el duque el del padre sino por la tiranía de la costumbre; y que si hubiera podido Jacobo resolverse á tomar una resolucion vigorosa, en los

últimos años de su vida por lo menos, es bastante probable que le hubiera destituido, alejándole de sus consejos. Pero si pensó acaso alguna vez en hacerlo así, era demasiado tímido, y estaba demasiado acostumbrado á ceder al influjo que Buckingham habia tenido sobre él, para poder poner en ejecucion semejante proyecto. En todo caso, lo cierto es que Buckingham, que sobrevivió, al amo que le habia elevado, ofreció el ejemplo raro de un favorito cuyo poderoso crédito ningun eclipse oscureció durante el curso de dos reinados, hasta que le bañó en su sangre el puñal asesino de Felton.

Concluycamos esta digresion. El príncipe se adelantaba con su comitiva; pronto se encontró cerca del sitio en donde lord Glenvarloch y sir Mungo se habian colocado para abrirle el paso y darle las ordinarias señales de respeto. Pudo notar entonces Nigel que lord Dalgarno iba inmediatamente detrás del duque, y aun creyó ver que decia algunas palabras al favorito sin detenerse. De todos modos hubo alguna cosa que dirigiese la atencion del príncipe y del duque hácia Nigel; porque los dos volvieron la cabeza hácia aquel lado, y le miraron con atencion. Las miradas del príncipe eran graves y melancólicas, y aun algo severas; y el aspecto de Buckingham manifestaba cierto triunfo desdeñoso. Lord Dalgarno no dió á entender que habia visto á su amigo; y tal vez los rayos del sol obligaron á Malcolm á alzar su sombrero, para que no incomodasen su vista.

Cuando pasó el príncipe, lord Glenvarloch y sir Mungo le saludaron como lo exigia el respeto, y habiéndoles Carlos saludado con la gravedad y

el ceremonial que da á cada uno lo que se le debe y nada mas, hizo á sir Mungo la señal de acercarse. Adelantóse éste cojeando, y haciendo plegarias y dando excusas acerca de su pierna coja, que no le permitia ir mas ligero á ponerse á las órdenes del príncipe. Sir Mungo escuchó atento algunas preguntas que le hizo Carlos, en voz tan baja, que ciertamente no las hubiera oido de cualquier otro que no fuese el heredero presuntivo de la corona. Despues de un momento de conversacion, el príncipe volvió á mirar á Nigel de un modo bastante capaz de dejarle muy cabiloso, saludó á sir Mungo llevando la mano á su sombrero, y continuó su paseo.

—Es lo que yo me pensaba, milord, dijo sir Mungo cuando estuvo de vuelta junto á lord Glenvarloch, procurando dar á sus facciones una expresion de melancolía y de compasion, como el gesto de un mono que se escalda la boca con una castaña asada.

—Tiene vmd. amigos tibios, milord, es decir, amigos que lo son solo en el nombre; ó hablando en plata, tiene vmd. enemigos que rodean al príncipe.

—Siento mucho saberlo, respondió Nigel; pero quisiera saber de qué me acusan.

—Va vmd. á oír, milord, las palabras mismas del príncipe.—Sir Mungo, me ha dicho, me alegro de ver á vmd., y de que el reumatismo no le impida á vmd. pasearse en el parque.—He saludado como era debido; y es preciso que note vmd. eso, milord, pues ha sido el primer punto de nuestra conversacion. El príncipe me ha preguntado entonces si la persona que estaba conmigo era el

jóven lord Glenvarloch.—Si, he dicho, dispuesto á servir á vuestra alteza; y este ha sido el segundo punto. El príncipe me ha dicho despues que se lo habian dicho; pero que él no podia creer que el heredero de una familia tan noble pasase una vida ociosa, escandalosa y precaria en las tabernas de Lóndres, mientras los tambores del rey tocaban llamada, y mientras las banderas reales se despleaban en Alemania, para sostener la causa del palatino su yerno. Vuestra señoría debe pensar que lo que he podido hacer es saludar de nuevo; y un gracioso:—Adios, sir Mungo Malagrowth, me ha permitido volver aqui. Y ahora, mi lord, si su gusto ó sus negocios le obligan á vmd. á ir al Ordinario Beaujeu, ó á otra parte de la ciudad, hará vmd. bien en irse; pues ha permanecido sin duda harto tiempo en el parque. El príncipe va á volver, y ya vé vmd. que todo lo que acaba de oír es un aviso de su parte, para que no trate por ahora de presentarse á la vista de su alteza.

—Vmd. puede quedarse ó irse, como le dé la gana, sir Mungo, respondió Nigel con un resentimiento tranquilo y profundo; pero he tomado mi partido, y no saldré de este paseo público por complacer á nadie, y menos aun como un hombre indigno de dejarse ver. Espero que el príncipe y su comitiva volverán á pasar por aqui, como vmd. lo cree: los aguardaré, sir Mungo, y me encararé con ellos.

—¡Se encarará vmd. con ellos! exclamó sir Mungo muy sorprendido: ¡con el príncipe de Gales! ¡con el heredero presuntivo de la corona! ¡Cáscaras! Eso no habla conmigo.

Despues de haber dado algunos pasos para alejarse de Nigel, una corazonada poco comun en él, y que le inspiraba un jóven sin esperiencia, suspendió un momento su cinismo ordinario.

—Soy un viejo mentecato, dijo para su capote: ¿tengo yo el diablo en el cuerpo? Debiendo tan poco á la fortuna y á mis semejantes ¿por qué interesarme en favor de este atolondrado testarudo y terco? Toda su casta ha sido lo mismo. Pero le daré sin embargo un buen consejo.

Y volviéndose á él, le dijo.

—Mi querido lord Glenvarloch, escúcheme vmd. con atencion, pues no es esto un juego de niños. Las espresiones que ha pronunciado el príncipe, y he repetido á vmd., vienen á ser una especie de órden de no volver á presentarse á su vista. Siga vmd. el consejo de un hombre anciano que le desea su bien, y mas tal vez todavia que debiera deseará alma viviente. Siga vmd. su camino, y deje pasar al buitre como buen muchacho. Vuélvase vmd. á su casa; no ponga vmd. jamás los pies en las tabernas, no vuelva vmd. á jugar á los dados; encargue vmd. á otro que lo entienda, el cuidado de componer tranquilamente sus asuntos en la córte, y logrará vmd. el dinero que sea necesario para ir á probar fortuna en Alemania ó en otra parte. Un soldado de fortuna fué el fundador de la familia de vmd. hace cuatrocientos ó quinientos años; y si vmd. tuviese el mismo valor y la misma fortuna podria llegar á restablecerla de nuevo, pero crea vmd. que jamás podrá prosperar en la córte de Inglaterra.

Cuando hubo acabado sir Mungo esta exhortacion, en la que habia mas interés verdadero por

la situación de otro que el que había expresado en toda su vida á ninguna otra persona, lord Glenvarloch le respondió.

—Doy á vmd. las gracias, sir Mungo: creo que me ha hablado vmd. con sinceridad y franqueza. Pero por lo mismo le aconsejo á vmd. que se aleje de mí. Veo que el príncipe y su comitiva vuelven hácia este lado; y quedándose conmigo, se dañaría vmd. á sí mismo sin causarme ninguna utilidad.

—Es ciertísimo, dijo sir Mungo; sin embargo, si tuviese diez años menos, me darían tentaciones de quedarme con vmd. aguardándoles. Pero en un pobre viejo sexagenario está ya frío el valor; y los que no pueden ganar su vida, no deben esponer lo poco que tienen cuando son viejos. Yo le deseo á vmd. mucho bien, milord; pero no quiero jugar con tan malos naipes.

Al decir esto se encaminó hácia otro lado; pero deteniéndose y mirando atrás de cuando en cuando, como si su carácter fogoso, aunque apagado por la situación en que se encontraba, y su espíritu de contradicción le hubiesen hecho mirar con repugnancia el paso mismo tan necesario para su seguridad.

Abandonado Nigel de este modo por su compañero, de quien pensó mas favorablemente al alejarse que cuando le había visto venir, se quedó con los brazos cruzados junto á un árbol solitario, resuelto á esponerse á un encuentro que podía ser el momento crítico de su destino. Pero se equivocaba en suponer que el príncipe de Gales le dirigiría la palabra ó le daría ocasión de explicarse en un sitio público como el parque. Sin

embargo, el príncipe no dejó de fijar la atención en él al pasar, pues cuando le saludó Nigel con aire magestuoso y altanero, y con una mirada que daba á entender que se hallaba instruido, y nada mas, de la opinion poco favorable que habia concebido el príncipe acerca de él, y que habia manifestado algunos momentos antes, Carlos le saludó tambien, pero con el entrecejo de que echan mano los que se reconocen superiores y quieren manifestar su desagrado. Siguióle su comitiva; el duque no manifestó haber visto á lord Glenvarloch, y lord Dalgarno miró hácia otro lado, aunque hallándose cubierto el sol por una nube, no tenia que temer que le incomodasen ya sus rayos.

Con dificultad contuvo lord Glenvarloch su indignacion, aunque conoció que el entregarse á ella en aquel momento hubiera sido una grande locura. Siguió á la comitiva del príncipe sin perderla de vista, lo que no le fué muy difícil á causa de la lentitud de la marcha. La vió dirigirse al palacio: cuando llegaron á la puerta, el príncipe saludó á los señores que le habian acompañado, como para despedirles, y entró en el palacio con el duque de Buckingham y dos escuderos. La comitiva le saludó entonces con el respeto que exigia su rango, y se dispersó.

Lord Glenvarloch lo observaba todo, y enderezándose la capa, y dando vuelta al cinturon hasta que estuviese el puño de su espada al alcance de su mano, dijo entre dientes.—Preciso será que Dalgarno me explique todo eso, pues no hay duda alguna en que está enterado de cuanto sucede.

CAPITULO XVI.

Give way—give Y must aud will have justice
Aud tell me not of privilege and place;
Where Iam injured, there I'll sue redress.
Look to it, every one who bars my access;
J have á heart to feel the injury,
A hand to righ myself, and, by my honour,
That hand shall grasp what gray-beard Law de nies me.

THE CHAMBERLAIN.

Abridme paso, paso—Necesito y quiero que me hagan justicia y no hay que hablarme de sitios que deben respetarse; donde me insultan alli exijo la satisfaccion. Mire bien lo que hace el que intente detenerme; pues tengo un corazon que siente los agravios, y una mano para vengarlos, y á fé mia que esta mano alcanzará lo que me niega la rigidez de las leyes.

EL CAMARERO.

No tardó mucho tiempo Nigel en descubrir al lord Dalgarno, que venia hácia él con otro pisa-verde distinguido de la comitiva del príncipe. Dirigiáanse hácia el ángulo sudeste del parque, por lo que pensó que iban á casa del conde de Huntinglen; pero se detuvieron de repente, y se dirigieron hácia el norte. Sospechó entonces Nigel que habian cambiado de direccion por haberle visto, y que no querian encararse con él.

Siguióles Nigel por una senda que conducia al sitio menos concurrido del parque, examinó que direccion tomaban lord Dalgarno y su compañero,

y adelantándose apresuradamente no tardó en encontrarse junto á ellos.

—Buenos días, milord Dalgarno, dijo lord Glenvarloch con sequedad.

—¡Ah! mi amigo Nigel! dijo Dalgarno, mi amigo Nigel con su frente arrugada, y pensando en algun asunto sério. Pero escuche vmd., nos veremos al mediodia en casa de Beaujeu, pues sir Ewes Haldimund y yo estamos en el momento ocupados en el servicio del príncipe.

—Aunque lo estuviese vmd. en el del rey, milord, respondió Nigel, seria preciso que se detuviese para responderme.

—¡Ah! ah! dijo Dalgarno sorprendido: qué arrebato es ese? Ese es el estilo de Cambyses (1). Ha frecuentado vmd. demasiado los teatros hace algun tiempo. Vamos, Nigel, déjese vmd. de locuras: coma vmd. una sopa y una ensalada, beba vmd. agua de achicorias para refrescar la sangre, acuéstese vmd. temprano; y arroje de sí esos dos demonios funestos, la cólera y los chismes.

—Bastantes hablillas corren acerca de mí entre vmds., respondió Glenvarloch muy descontento, y en presencia de vmd., milord, aunque se cubrió con la máscara de la amistad al oírlos cierto dia.

—¡Es cosa chistosa! exclamó lord Dalgarno volviéndose hácia sir Ewes Haldimund, como para apelar á su decision: ¡vé vmd. este camorrista, sir Ewes! hace un mes que no se hubiera atrevido á mirar cara á cara á uno de los carneros

(1) Tragedia en estilo altisonante, que habia ridiculizado ya Shakspeare.

que se ven allá; y hoy es el príncipe de los guapetones: sabe desplumar un pichon; se entromete a criticar á los poetas y á los cómicos; y agradeciendo el que le haya indicado el medio de llegar á la reputacion que ha adquirido, viene aqui á querrellarse con su mejor amigo, ó con el solo que puede nombrar.

—Renuncio á una amistad tan falsa, milord, dijo Nigel: no merezco la reputacion que quiere vmd. darme aun en mi presencia, y me dará vmd. cuenta de semejante conducta antes de separarnos.

—Milores, dijo sir Ewes Haldimund, suplico á vmds. que se acuerden de que están en el parque del rey, y este no es un sitio á propósito para disputar.

—Yo sostengo mi queja en el sitio en que encuentro á mi enemigo, dijo lord Glenvarloch, que no conocia los privilegios de aquel sitio, ó los olvidaba por despecho.

—Me encontrará vmd. dispuesto á todo, respondió lord Dalgarno con serenidad, cuando me haya dado motivo suficiente. Sir Ewes Haldimund, que conoce la córte, sabrá decir á vmd. que yo no echo pié atrás en tales ocasiones. ¿Pero de qué puede vmd. quejarse habiendo recibido únicamente muestras de amistad de mi familia y de mi parte?

—No me quejo de la familia de vmd., dijo Nigel: ha hecho por mí todo cuanto ha podido hacer; mas, muchísimo mas que lo que podia yo esperar. Pero vmd., milord, vmd. que me llamaba su amigo, vmd. ha sufrido que me calumniasen, cuando una palabra salida de su boca hubiera bastado para

hacerme justicia; y de ahí ha salido el mensaje injurioso que acabo de recibir de parte del príncipe de Gales. El que oye las calumnias dirigidas á un amigo y no las refuta, se hace culpable, milord.

—Le han informado á vmd. mal, milord, dijo sir Ewes Haldimund: he oído yo mismo á lord Dalgarno defender la reputacion de vmd., y lamentarse de que las distracciones y placeres de la ciudad le impidan venir á la córte y rendir sus homenajes al rey y al príncipe.

—Y era al mismo tiempo él mismo, dijo lord Glenvarloch, quien me aconsejaba que no me presentase.

—Daremos un córte á la conversacion, dijo lord Dalgarno con sequedad y orgullo. Sin duda se ha imaginado vmd., milord, que éramos los dos Pilades y Orestes, otros Damon y Pitias, ó cuando menos Teseo y Piritous. Se ha equivocado vmd. de medio á medio. Vmd. ha dado el nombre de amistad á lo que era solo de mi parte bondad, una mera complacencia de dirigir á un provincial ignorante, recién venido de su pais montaraz: me sujetaba tambien á los deseos de mi padre, que me habia encargado introducir á vmd. entre las gentes; ¡comision harto fastidiosa para mí por cierto! En cuanto á la reputacion de vmd., milord, se la debe únicamente á sí mismo y á su conducta. He llevado á vmd. á una casa, en la que se encuentra, como en todas partes, buena y mala compañía, y vmd. ha escogido la mala, sea por gusto, ó sea por otro motivo. El horror santo con que miraba vmd. los dados y los naipes, ha venido á parar en la prudente resolucion de jugar, sin esponerse á perder sino muy poco, y de salir siempre con

ganancia antes que se cambie la suerte. Nadie puede obrar de esa manera durante algun tiempo sin perder su reputacion; y no tiene vmd. derecho de echarme en cara no haber desmentido lo que no puede menos de confesar que es ciertísimo. Déjenos vmd. seguir nuestro camino; y si desea mas amplias y cumplidas esplicaciones, puede señalar otro momento, y escoger un sitio mas á propósito.

—Ningun momento puede ser mas conveniente que el actual, dijo Nigel pícado de la serenidad de Dalgarno, y del modo insultante que habia tenido de disculparse; ningun sitio mas á propósito que este en el que nos encontramos. Los individuos de mi familia se han vengado siempre en el instante y en el sitio mismo en que habian sido insultados, aunque fuese al pié del trono.—Lord Dalgarno, acuso á vmd. de falso y traidor; defiéndase vmd.: y al decir esto, desenvainó su espada.

—¿Ha perdido vmd. la chaveta? dijo lord Dalgarno: estamos en el recinto de la córte.

—¡Mucho mejor! respondió Nigel; yo la libraré de un calumniador cobarde. Y acercándose al lord Dalgarno, le dió un golpe con su espada.

La disputa habia comenzado á hacerse notar, y se oyó gritar de todos lados.—¡Paz! paz en nombre del rey! Una espada desnuda en el parque! la guardia! la guardia! y al momento acudió mucha gente hácia el sitio que servia de teatro á aquella escena.

Lord Dalgarno, que quiso desenvainar su espada al verse golpeado, se detuvo al reparar que acudia la gente; y cogiendo el brazo de sir Ewes

Haldimund, se alejó de prisa, despues de haber dicho á lord Glenvarloch.

—¡Ya me pagará vmd. este insulto bien caro! Ya nos volveremos á encontrar.

Un hombre entrado ya en años y bien vestido, que vió que Nigel no se alejaba, compadecido y atento se acercó á él y le dijo:

—¿Sabe vmd. que este asunto compite al tribunal ardiente, caballero, y que puede costarle la pérdida de la mano'derecha? Huya vmd. antes que lleguen los guardas y los constables: ocúltese vmd. y acójase al santuario de Whitefriars, hasta que pueda encontrar los medios de salir de Lóndres.

No era despreciable el aviso. Asi es que lord Glenvarloch creyó deber aprovecharse de él, y al momento siguió el camino que podia conducirle fuera del Templo por el palacio de San James, que era entonces el hospital de San James. Al mismo tiempo iba detrás de él aumentándose el tumulto, y muchos oficiales de paz de la casa real llegaron para apoderarse de la persona del culpable. Tuvo Nigel tal fortuna, que se habia esparcido la voz de que un compañero del duque de Buckingham habia insultado á un hombre forastero, y que este se habia vengado dándole algunos garrotazos. Un favorito ó un compañero del favorito, es siempre odioso á John Bull (1), que por otra parte vé con mucho gusto que cada cual se haga justicia por su mano. Las dos cosas favorecian á Nigel; y los que querian prenderle, no pudieron lograr de los espectadores noticia alguna de provecho para poder perseguirle; y esta circunstancia le valió por

(1) El pueblo inglés.

entonces para ir seguro. Los discursos que lord Glenvarloch oía al adelantarse para salir del parque, le daban á conocer bastante que su impaciencia y su despecho le habian colocado en una situacion peligrosísima. Bien sabia que las sentencias del tribunal ardiente eran severas, y sus fórmulas arbitrarias, especialmente en caso de violacion del privilegio, lo que le hacia objeto de un general horror. Sabia que en el reinado de Isabel habia sido condenado un individuo á perder la mano, por un delito idéntico al que acababa de cometer, y que se habia ejecutado la sentencia (1). Hacia tambien la reflexion muy triste de que la querrela que habia tenido con lord Dalgarno podia hacerle perder la amistad y los buenos oficios del conde de Huntinglen y de lady Blackchester, que eran casi las únicas personas de condicion que estaban dispuestas á protegerle, al paso que todos los rumores calunniosos que habian hecho correr contra él, podian dar mucho peso en un caso en que la opinion dependia de la reputacion del acusado. La idea de una pena como la amputacion de un brazo, es para la imaginacion de un jóven mas terrible que la muerte misma; y cada palabra que oía por donde pasaba, le anunciaba que era aquel el castigo reservado á su delito. No se atrevia á correr por no hacerse sospechoso, y vió algunas veces tan cerca á los alguaciles, que temblaba como si le hubieran ya puesto el brazo debajo de la cuchilla fatal. Al fin cuando se vió fuera del parque, tuvo algun poco

(1) La tal gloriosa y buena reina, segun la llama el pueblo inglés, hizo cortar el brazo igualmente á uno que habia firmado cierto folleto contrario á su gobierno.

mas de calma para pensar en lo que debia hacer.

El barrio contiguo al Templo y llamado Whitefriars, era conocido con el nombre de Alsacia en aquel tiempo; y gozaba del privilegio, que le duró el siglo siguiente, de ser un santuario inviolable, en el que ningun miembro de justicia podia poner los pies sin una órden del lord juez principal, ó de los lores del consejo privado. Era aquel el refugio de una cáfila de miserables de toda especie, de negociantes y jugadores arruinados, de disipadores incorregibles, de espadachines; de asesinos y de calaveras; y formaban una junta para sostener las inmunidades del sitio que les servia de asilo. Y no dejaba de ser difícil y arriesgado para los miembros de justicia y alguaciles, encargados de ejecutar los arrestos ordenados por aquellas autoridades, esponerse entre gentes cuya seguridad era incompatible con semejantes órdenes. Lord Glenvarloch estaba al corriente de todo eso; pero aunque le parecia odioso el tal lugar de refugio, le miró como el único que por el pronto, por lo menos, podia asegurarle un retiro y un asilo contra las diligencias que iban á practicar contra él, hasta que encontrase mejores medios de arreglar un asunto tan desagradable.

Mientras iba corriendo á refugiarse en aquel santuario, se condolia Nigel de haberse dejado llevar por lord Dalgarno á una morada de disipacion; y no sentia menos haber cedido á un despecho que le obligaba á buscar un asilo en la madriguera del crimen, del vicio y de los desórdenes.

Decíase entonces á sí mismo con amargura.

—Razon tenia Dalgarno en decirme que yo mismo me he granjeado una mala reputacion, si-

guiendo sus consejos insidiosos, y despreciando los saludables avisos que hubiera debido oír con sumision, y me obligaban á huir el riesgo. Pero si logro salir del peligroso laberinto en que me han metido mi locura, mi inesperienza y la violencia de mis pasiones, encontraré algun medio de volver todo su lustre á un apellido que jamás ha sido mancillado sino por el que le lleva en el dia.

Al mismo tiempo que formaba esta resolucion sabia, entraba lord Glenvarloch en el Templo (1). dirigiéndose á una puerta que habia del lado de Whitefriars; y siendo la entrada mas secreta, pensaba ir por allí al santuario. Al acercarse á la madriguera profana, en la que no podia pensar sin temblar que iba á tomar un asilo, su paso se acortó involuntariamente: las gradas medio arruinadas de una escalera le recordaron el *facilis descensus Averni*, y vaciló un momento todavia, no sabiendo si valia mas aguardar á lo que podia sucederle permaneciendo públicamente entre los hombres de bien, que escaparse del castigo encerrándose con los bribones y los viciosos.

Hallándose asi indeciso, se acercó á él un jóven estudiante del Templo, que habia visto continuamente en el Ordinario del gascon Beaujeu, y con quien habia hablado ya varias veces tambien. Este jóven solia ir allí con bastante frecuencia, y le recibian bien, porque no solia faltarle dinero: pasaba en los teatros y en otros sitios públicos el tiempo que creia su padre que empleaba en el estudio de las leyes. Reginald de Lowestoffe (asi se

(1) El Templo es una reunion de edificios, de calles, plazas, jardines, etc.

Ramaba el tal estudiante del Templo) pensaba que el conocimiento de las leyes no era muy necesario para hallarse en disposicion de gastar las rentas de las haciendas que heredaria cuando muriese su padre; y por consiguiente se contentaba con la ciencia que le podia comunicar el aire que respiraba en las regiones sábias, en las que habia escogido al efecto su morada. Por lo demas era uno de los eruditos del Templo; leía á Ovidio y Marcial, procuraba dar muestras de ingenio con sus chistes y equívocos; bailaba, manejaba las armas, jugaba bien á la raqueta y tocaba el violin y la trompa, lo que hacia darse al diablo al abogado Barratter, que tenia una habitacion inmediata á la suya.

Tal era Reginald Lowestoffe, vivo y despejado, y que conocia muy bien la ciudad. Se acercó á Glenvarloch, le saludó nombrando su título, preguntándole si pensaba ir aquel dia al Ordinario de Beaujeu, y añadiendo que se acercaba la hora, y que el faisán estaria ya sobre la mesa antes que llegasen ellos.

—No pienso ir hoy, dijo lord Glenvarloch.

—¿A dónde va vmd. pues, milord? preguntó el estudiante, que queria que le viesen en la calle con un lord, aunque no era mas que un lord escocés.

—Yo... yo... dijo Nigel que deseaba aprovecharse de los conocimientos locales de aquel joven, al paso que le repugnaba mucho el manifestarle su intencion de refugiarse en un asilo semejante, y la situacion en que se encontraba: tengo muchos deseos de ver á Whitefriars.

—¡Cómo! ¿Vuestra señoría tiene el antojo de ir

á la Alsacia? Yo le acompañaré , milord , y no puede encontrar mejor guia que yo en esas regiones infernales. Yo le aseguro á vmd. que encontrará allí buen vino , y para beberle , buenos compañeros; aunque algo lacerados por los rigores de la fortuna. Pero confieso que entre todos mis conocidos no hay uno en quien no pudiese suponer antes que en vuestra señoría el proyecto de semejante viage , milord.

—Agradezco á vmd. , señor Lowestoffe , la buena opinion que me manifiesta al decir eso; pero las circunstancias en que me encuentro me obligan á pasar un dia ó dos en ese santuario.

—¿Es positivo? exclamó Lowestoffe sorprendido. Creía que vuestra señoría habia tenido siempre la precaucion de no esponerse á perder demasiado en el juego. Perdone vmd. ; y si los dados han sido contrarios y pérfidos , conozco las leyes , lo bastante por lo menos para saber que un par no puede ser encarcelado. Si es solo el dinero lo que falta á vmd. , mas fácil es vivir sin él en cualquiera otra parte que en Whitefriars , donde es tal la pobreza , que se devoran los unos á los otros.

—Mi desgracia no viene de la falta de dinero.

—Segun eso , milord , habrá dado vmd. á algun insolente una leccioncita de esgrima. En tal caso , con un poco de dinero podrá vmd. hacerse sombra y pasar incógnito en Whitefriars , un año si fuere menester. Pero para eso convendrá sobre todo que le reciban á vmd. como miembro de aquella honrada *sociedad* y se haga un escudo de las franquicias de los habitantes de Alsacia , sin cuyo requisito no lograria vmd. ni paz ni seguridad.

—El asunto no es precisamente tan sério como vmd. lo cree, señor Lowestoffe; he dado de plano un sablazo á un gentilhombre en el parque : á eso está reducido todo.

—¡Cáscaras! Menos malo hubiera sido atravesarle el cuerpo en Barns-Elms. ¡En el recinto y en la jurisdiccion de la córte! Es un asunto , milord, muy peliagudo, y sobre todo, si el adversario de vmd. es hombre poderoso.

—Se lo diré á vmd., señor Lowestoffe , ya que he empezado á hablarle en confianza. Mi adversario es lord Dalgarno, á quien suele vmd. ver en casa de Beaujeu.

—¡Un señor de la comitiva del duque de Buckingham! ¡y uno de sus favoritos! Es un suceso muy desagradable, milord; pero yo soy un verdadero inglés, y no puedo tolerar que sea un jóven lord abrumado bajo el peso de enemigos poderosos, como es probable que lo será vmd., sino tomamos ciertas medidas para evitarlo. En primer lugar , el estado de sus asuntos no permite que hablemos así en público. Los estudiantes del Templo no tolerarian que se arrestase en su recinto á nadie, si solo se tratase de un desafío; pero en un asunto como el de vmd. con lord Dalgarno , tal vez se declararían los unos en favor de vmd. y los otros en contra. Asi será preciso venir al momento á mi pobre habitacion, muy cerca de aquí, y que cambie vmd. de trage antes de ir al santuario, sin cuyo requisito toda la chusma de Whitefriars se le echaria á vmd. encima como los cuervos se arrojan sobre el halcon que se pone en medio de ellos. Es necesario que se ponga vmd. un vestido algo mas semejante al de

ellos, de lo contrario , le seria á vmd. imposible quedarse en Alsacia.

Mientras decia esto, llevaba al lord Glenvarloch á su habitacion, en la que habia una biblioteca bonita, llena de todos los poemas y de todos los dramas que lograban algun aplauso. Envió Lowestoffe á un muchacho que le servia de criado, á buscar dos platos á una hostería.

—Esos dos platos formarán la comida de vuestra señoría , dijo á Nigel, con un vaso de vino de Canarias; mi abuela me ha enviado una docena de botellas (Dios se las pague) diciéndome que podré mezclarle con suero, cuando me halle rendido por los trabajos del estudio. ¡Par diez! beberemos á la salud de aquella bendita vieja, si vuestra señoría gusta ; y verá con eso de qué modo vivimos los pobres estudiantes del Templo.

Cuando llegó la comida , cerró el estudiante con llave la puerta de la entrada, y el muchacho se puso de centinela, con orden de no dejar entrar á nadie. Lowestoffe instó al jóven lord para que le acompañase á comer , y le dió el ejemplo. Su franqueza y cordialidad, aunque estaban lejos de parecerse á las cumplimientos de un cortesano, lord Dalgarno por ejemplo, debia hacer una impresion favorable; y lord Glenvarloch, aunque la perfidia de su falso amigo le habia dado esperiencia, enseñándole á no creer ligeramente en las promesas de amistad, no pudo menos de mostrarse agradecido al estudiante que le hacia tales obsequios y tomaba interés por su seguridad.

—No hable vmd. de agradecimiento , milord, dijo Lowestoffe , todo ello es una friolera. Sin duda, quisiera ser útil á todo hombre bien nacido

que tiene algunos motivos para esclamar ¡*O fortune ennemie!* y tengo un placer particular en servir á vuestra señoría; pero confesaré tambien que tengo que pagar al lord Dalgarno una cuenta atrasada.

—Si no es demasiada curiosidad, señor Lowestoffe, dijo lord Glenvarloch, quisiera saber.....

—¡Oh! milord, es la consecuencia de cierto lancecito que sucedió en el Ordinario hará tres semanas, una noche y despues de la salida de vmd. Por lo menos, creo que vmd. no estaba ya allí, pues vuestra señoría solia retirarse siempre antes que los jugadores se acalorasen. No es por ofender á vmd., milord; pero vmd. sabe que solia hacerlo asi. Jugando su señoría y yo al *gleeh*, tuvimos una disputa. Tenia su señoría los cuatro ases, que valian ocho, *tib* (1) que valia quince, en todo veinte y tres. Yo tenia rey y reina, que valian tres, un *towser* natural, quince, y *tiddy*, diez y nueve, en todo treinta y siete. Habiamos doblado la partida, de modo que entonces subia á la mitad de mi renta anual; cincuenta pájaros amarillos. Canarios, los mas bonitos que pueden enjaularse en un bolsillo de seda verde. Contamos, y habia ganado yo : pero, no señor, se le antojó á su señoría decir que habiamos jugado sin *tiddy* y como le dieron la razon los otros, y sobre todo el gascon Beaujéu, tuve que decir que habia perdido, y le pagué mas de lo que podré ganar en todo el año. Vea vmd. si tengo que ajustar cuentas con su señoría. ¿Habíase visto jamás jugar al

(1) *Tib, towser, tiddy*; asi se llaman en este juego las sotas y otros naipes.

gleeh en el Ordinario sin *tiddy*? El que vá allí á perder su dinero, tiene tanto derecho de establecer nuevas leyes como milord, segun imagino. Los que comen y juegan juntos son todos iguales.

Mientras Lowestoffe hablaba asi, en el lenguaje técnico del juego, lord Glenvarloch se veia avergonzado y mortificado; y su orgullo aristocrático recibió una herida profunda al oír la última frase del estudiante, y al sacar de ella la consecuencia de que los dados, como el sepulcro, reducen á un nivel general las clases elevadas, cuyas distinciones defendia tal vez Nigel con demasiada preocupacion y parcialidad. Nada sin embargo podia responder á los sábios razonamientos de Lowestoffe; y se contentó con mudar de conversacion, preguntándole varias cosas acerca del estado actual de Whitefriars. Tambien estaba enterado el estudiante en este asunto, y respondió de este modo:

—Ya sabe vmd., milord, que formamos los templarios una potencia y un dominio; y aun me glorío de ocupar cierto rango en nuestra república. Fuí, este año pasado, tesorero del lord del Tumulto (1), y en este momento, estoy propuesto para esta última dignidad. En tales circunstancias tenemos que mantener relaciones de amistad con nuestros vecinos de Alsacia, al modo que los estados cristianos hacen mas de cuatro veces, por política, tratados de alianza con el Gran Turco ó los Estados berberiscos.

—Yo creia que los habitantes del Templo eran mas independientes de sus vecinos.

(1) En inglés lord of *Misrule*.

—Nos honra vmd. demasiado, milord. Los de Alsacia, y nosotros tenemos los mismos enemigos, y tenemos tambien en secreto algunos amigos comunes. Tenemos la costumbre de no permitir á ningun alguacil, ó cosa semejante, poner los pies en nuestros dominios; y nos ayudan poderosamente nuestros vecinos, que no consienten que se acerque á ellos nada que huelga á cosa de corchete á cien leguas. Por otra parte (fije vmd. aquí su atencion), los de Alsacia tienen el poder de proteger ó de servir á nuestros amigos de ambos sexos, que se ven precisados á refugiarse en sus límites. En una palabra, los dos imperios son mutuamente útiles uno á otro, aunque hay una línea que separa dos estados de calidad diferente. He tenido el encargo de tratar entre ellos de algunos asuntos importantes, y mis negociaciones han obtenido la aprobacion de los dos cuerpos. Pero escuche vmd. escuche vmd. ¿Qué es lo que oigo?

El ruido que interrumpió á Lowestoffe, era el sonido lejano de una corneta de caza, y despues el de un murmullo y una aclamacion.

—Algo hay de nuevo en Alsacia en este momento, dijo el estudiante. Es la señal de haber violado algun magistrado ó alguacil los privilegios del santuario. Al oír el sonido de la corneta cada cual sale de su casa, como las abejas de su colmena cuando las perturban.—Jim, dijo al muchacho, corre á ver qué es lo que sucede en Alsacia.—Vale mas oro que pesa, añadió mientras el muchacho, que conocia su impaciencia, bajaba en dos saltos la escalera: sirve á seis años, cuatro de ellos en cuatro números diferentes; y se

encuentra siempre junto al que tiene que servirse de él. Parece un duende. No hay quien le iguale ni en Oxford, ni en Cambridge, en astucia ó en vivacidad. Si oye á alguno al pié de la escalera, distingue desde aquí, ó desde el último piso, si es un acreedor ó un conocido, un legista ó una linda muchacha. En fin, es bien pesado todo..... Pero veo que vuestra señoría está inquieto. ¿Quiere vmd. un vaso del cordial que la buena abuela me ha enviado, ó mas bien ver mis vestidos, y que le sirva de ayuda de cámara?

Confesó al punto lord Glenvarloch que su actual posicion le tenia muy cuidadoso, y que deseaba tomar las medidas necesarias para ponerse al abrigo de todo peligro.

El jóven templario, tan bueno como atolondrado, le llevó á su cuarto; y abriendo cofres, maletas y cajones, asi como tambien una vieja cómoda de nogal, empezó á escoger los vestidos que le parecieron mas á propósito para disfrazar á Nigel, y ponerle en disposicion de presentarse entre la compañía turbulenta y desarreglada de Alsacia.



CAPITULO XX.

Come hither, young one,—Mark me! Thou art now
Mongst men ó' the sword, that live by reputation
More than by constant income—Single-suited
They are, I grant you; yet each single suit
Maintains, on the rough guess, a thousand followers—
And they be men, who, hazarding their all,
Needful apparel, necessary income,
And human body, and immortal soul,
Do in the very deed but hazard nothing—
So strictly is ALL bound in reversion;
Clothes to the brok, income to the usurer,
And body to disease, and soul to the foul fiend;
Who langhs to see Soldadoes and Fooladoes,
Play better than himself his game on earth

THE MOHOCKS.

Acércate, jóven —Escúchame! En este momento te hallas entre hombres valientes que viven mas bien de su reputacion que de lo que producen sus rentas.—Cada cual va siempre solo, te lo confieso; pero cualquiera de ellos puede disponer sobre poco mas ó menos de otros mil, tan decididos. Es gente que arriesgándolo todo, sus trages, su dinero, su cuerpo y su alma, no arriesgan nada de hecho. He aqui la distribucion de ese todo: los trages pertenecen al ropavejero, las rentas al usurero, el cuerpo á las enfermedades y el alma al diablo, el cual se rie de los fanfarrones y locos que mejor que él imitan sus hazañas en el mundo.

LOS MOHOCKS.

—Conviene que vuestra señoría me deje su espada, dijo Reginald Lowestoffe, yo la guardaré por ahora, y se sirva de este sable, cuya guarnicion de hierro pesa un quintal. Será preciso de—

jar ese trage lujoso por este á *lo marinero*. No hay necesidad de capa, pues los alsacianos no la llevan jamás, y van *en cuerpo*, como dicen los españoles; y con este vestido raído y lleno de manchas por todos lados, parecerá vmd. un pillito. Me voy por un momento; empiece vmd. á vestirse, y vendré luego á ayudarle.

Empezó Nigel á vestirse; pero no se daba mucha prisa, porque le causaba disgusto y repugnancia disfrazarse de un modo tan indecente. Pero considerando que la ley castigaba con una pena terrible el acto de violencia inconsiderada de que podían acusarle, pensando en el carácter débil é indiferente del rey, y en la enemistad que le manifestaban el príncipe y el favorito duque de Buckingham; y reflexionando sobre todo que debía ya mirar á Dalgarno, cortesano activo y artificioso, como á un mortal enemigo, se convenció al momento de que todos los medios, por desagradables que pareciesen, eran buenos en la situación peligrosa en que se encontraba, con tal que no fuesen contrarios al honor, y pudiesen servir á sacarle del peligro.

Mientras hacia Nigel estas reflexiones, y se disfrazaba, entró el estudiante, y le dijo:

—¡Cáscaras! milord, es una fortuna que no haya vmd. entrado en nuestra Alsacia al instante, cuando queria, pues segun dice el muchacho que viene de allí, ha visto á un alguacil con una órden de arresto del consejo privado y una docena de yeomen muy bien armados; y la corneta que hemos oido era una llamada á los alsacianos para que acudiesen á tomar las armas. Pero cuando ha visto el duque Hildebrod que buscaban á un

hombre de quien no habia oido hablar jamás, ha permitido á los corchetes registrar por todas partes, hallándose bien seguro de que no encontrarían á quien buscaban; porque el duque Hildebrod es un juicioso potentado.—Vuelve allí otra vez, Jim, y vendrás á advertirnos luego que todo esté sosegado.

—¿Y quién es ese duque Hildebrod? preguntó lord Glenvarloch.

—¿Cómo, demonio, milord, ha podido vivir vmd. tanto tiempo en Lóndres sin haber oido hablar jamás del valiente, del sabio y político duque Hildebrod, el gran protector de las libertades de Alsacia? Todos los que juegan le conocen, por lo menos de reputacion.

—Sin embargo, señor Lowestoffe, no he oido jamás hablar de él, ó lo que para el caso viene á ser lo mismo, no he puesto atencion alguna en escuchar lo que hayan dicho delante de mí.

—Pues bien... pero veamos el vestido. No es necesario atar todas las rosetas... así va bien. Seria bueno tambien dejar ver en la cintura un pedazo de lacamisa: así lo hacen los de la vida airada, y le respetarán á vmd. mas en Alsacia, donde escasea mucho la ropa blanca. Es preciso que el vestido de un alsaciano deje ver siempre flojedad, desaliño, y.....

—Disponga vmd. lo que guste, señor Lowestoffe; pero dígame vmd. alguna cosa acerca del estado del infeliz barrio habitado por tales tunantes, entre los que tengo que buscar un asilo.

—La Alsacia, que está aquí, junto á nosotros, milord, y que la ley llama el santuario de Whitefriars, es un estado que ha tenido sus altos y ba-

jos, y sus revolucionarios como los mas grandes imperios. Era algo arbitrario su gobierno, y de ahí ha resultado naturalmente que las tales revoluciones han sido allí mas frecuentes que en las repúblicas mejor arregladas, como el Templo, Gray's Inn (4), y otras sociedades semejantes. Las tradiciones y los anales hacen mencion de veinte trastornos, poco mas ó menos, que ha habido en doce años, durante los cuales el dicho estado ha pasado muchas veces del despotismo absoluto al republicanismo, sin hablar de las épocas intermedias, en las que ha solido estar sometido á una monarquía moderada, á una oligarquía, ó tal vez á una ginocracia; pues yo mismo me acuerdo haber visto la Alsacia gobernada, durante nueve meses, por una vieja que vendia besugos, merluza, sardinas, cóngrio y otros pescados. Cayó despues bajo el dominio de un procurador tramposo, y este fué destronado luego por un capitán retirado, que, por haber querido ser tirano, fué depuesto para dejar el gobierno á un predicador de calles; y éste, que hizo voluntariamente abdicacion, fué reemplazado por el duque Jacobo Hildebrod, primero de ese nombre, ¡á quien dé Dios un próspero y dilatadísimo reinado!

—¿Y es despótico acaso el gobierno de este potentado? preguntó lord Glenvarloch queriendo manifestar que tomaba cierto interés en la conversacion.

—No, milord, es demasiado sabio ese soberano para esponerse, como lo han hecho muchos de sus predecesores, á hacerse odioso ejerciendo un poder

(4) Otro colegio de las leyes.

tan importante segun su capricho. Ha establecido un consejo de estado, que se reune regularmente tres veces al dia: en primer lugar, á las siete, para echar el trago de aguardiente; á las once para echar la ley *antè meridiem*, y por último á las dos de la tarde, para deliberar con el vaso en la mano acerca de los asuntos públicos. Y trabajan con tal ardor estos senadores, empleando de buena gana el tiempo en las tareas, que muchas veces las hacen durar hasta que canta el gallo, es decir, hasta media noche. A este digno areópago, que en parte se compone de los predecesores del duque Hildebrod en su alta dignidad, de los que se ha querido rodear para desviar la envidia que sigue á la autoridad soberana depositada en una sola mano; á este cónclave, digo, me propongo presentará vmd., para que sea admitido en el goce de sus privilegios, y le asignen una residencia.

—¡Cómo! ¿tiene el consejo semejante derecho?

—Le mira como á uno de los mas importantes artículos de sus privilegios, milord: y es en verdad uno de los medios mejores de mantener su autoridad. Efectivamente, cuando el duque Hildebrod y su senado llegan á descubrir que uno de los principales habitantes de Whitefriars es disidente ó faccioso, les basta darle por locatario algun rico, que ha hecho quiebra, algun recién venido, que se ha visto obligado á buscar un asilo y es acaudalado y el lobo que ahullaba, se convierte en carnero manso. En cuanto á los refugiados pobres, les dejan que se valgan como puedan; pero hay dos formalidades, de las cuales ninguno se exceptua nunca, y son la de inscribir el nombre del recién venido en el registro del du-

que, y la de pagar un derecho de entrada, segun los medios de cada uno. Poco segura seria la residencia de Whitefriars para el forastero que no quisiese someterse á esas dos formalidades.

—Vamos, señor Lowestoffe, es preciso ceder al imperio de las circunstancias que me obligan á ocultarme de esta manera; pero no quisiera que se supiese como me llamo ni cual es mi rango.

—Es un partido muy prudente, milord, y ese caso ha sido previsto por uno de los estatutos de la república ó del reino que vmd. va á habitar, llámele vmd. como guste. Dice el tal estatuto que el que desee que no le hagan preguntas acerca de su nombre, de su estado, del motivo de su llegada etc., podrá eximirse pagando un derecho de entrada doble del que hubiera debido pagar despues de haber sido preguntado. Satisfaciendo á este reglamento esencial, puede vuestra señoría hacerse inscribir en el registro como rey de Bantam, si se le antoja, pues nada le preguntarán. Pero aquí llega el espía y por consiguiente la paz y la tranquilidad han sido ya restablecidas sin duda alguna. Voy á acompañar á vmd. y á presentarle al consejo de Alsacia, valiéndome de mi influjo en calidad de una de las dignidades del Templo, lo que no es poca cosa á los ojos de los alsacianos, porque no les ha ido muy bien cuando nos hemos declarado contra ellos, y no lo pueden ignorar. El momento es favorable, el consejo debe estar reunido ahora, y las calles del Templo están desiertas: cúbrase vmd., milord, con la capa, para ocultar ese vestido, y se la dará vmd. á Jim al entrar en el santuario. De esta manera se despojará vmd. de su nobleza en el Templo, y se

elevará al rango de alsaciano en Whitefriars, como la balada dice que la reina Eleonora cayó en Charing-Cross, y se elevó en Queenhithe (1).

Salieron acompañados de Jim; atravesaron los jardines del Templo; bajaron por la escalera vieja y desde la grada última declamó el estudiante.

—Digamos ahora con Ovidio:

In nova fert animus mutatas dicere formas Corpora.

—¡Fuera, fuera, vestidos prestados! continuó diciendo: corred la cortina que cubria á Borjia, dijo luego; pero viendo que lord Glenvarloch estaba al parecer mortificado con aquel traje:—Creo, milord, le dije, que no ha ofendido á vmd. mi locura poética. Solo quisiera que se conformase vmd. desde luego con su actual situacion, y se pusiese en lo posible dispuesto en todo á vivir alegre en tan estraña morada. Vamos, anímese vmd.: creo que podrá vmd. salir de aquí pasados algunos dias.

Nigel le cogió entonces la mano, y le respondió enterneciéndose.

—Agradezco la bondad de vmd.: conozco que es preciso que yo beba el caliz de amargura, que mi locura me ha llenado. Al acercarle á mis labios, no puedo menos de encontrarle muy amargo.

Reginald Lowestoffe tenia buen corazon, y un deseo escesivo de ser útil á los demas; pero como estaba acostumbrado á una vida disipada y estra- vagante, no podia tener una idea de las reflexio- nes dolorosas que hacia Nigel, y miraba el retiro

(1) Dos barrios de Lóndres.

forzado que iba á hacer en Whitefriars como una travesura de un muchacho que se esconde para que tenga que buscarle su preceptor. Conocia demasiado por otra parte el sitio en que entraban, para que produjese en él su vista la menor impresion; pero hizo en su compañero una muy profunda.

El antiguo santuario de Whitefriars estaba situado en un terreno mucho mas bajo que los jardines del Templo; y por consiguiente solia estar cubierto de los vapores y las nieblas del Támesis. Todos los edificios estaban contiguos unos á otros, porque en un sitio que gozaba de semejante privilegio, era precioso cada pié de terreno. Pero como las casas habian sido construidas por gentes cuyos fondos no eran suficientes para aquella especulacion, eran poco sólidas, y aun las que eran casi nuevas amenazaban ruína, ó degradacion anticipada. El llanto de los niños, los chillidos de sus madres que les reñian, el aspecto de los andrajos colgados en las ventanas para secarse, todo denotaba la miseria y desnudez de los habitantes de aquella triste morada; pero si los gemidos y las quejas resonaban por un lado, por otro se oian tumultuosas aclamaciones, juramentos, canciones alegres y carcajadas en las tabernas y figones, cuyo número era igual ó mayor que el de las otras casas. En fin, para completar el cuadro, las mugeres desvergonzadas y deshonestamente vestidas miraban con descaro á los dos forasteros que llegaban, mientras otras algo mas modestas, cuidaban al parecer de algunos tiestos rotos de flores, colocados en las ventanas con notable peligro de los que pasaban por la calle.

—*Semi-reducta Venus*, dijo el estudiante señalando á una de las ninfas, que temia al parecer ser vista, y se ocultaba á medias detrás de la ventana hablando con un tordo que habia en una jaula. Conozco la cara de esa criatura; y segun todas las señas, apostaria un noble á que su escofieta es bastante blanca; y que lo demás de su vestido necesita un buen jabonado. Pero he aquí dos habitantes del sexo masculino que, como si fuesen dos volcanes ambulantes, vienen vomitando nubes de humo. Son pillos de buen calibre, á los que Nicocia y la Trinidad proveen de lo que les sirve de cebon ó puding; pues ha de saber vmd., milord, que la declaracion del rey Jacobo contra la yerba que viene de las Indias, no se pone aquí en ejecución, como no se pondrá tampoco la orden de arrestar á vuestra señoría.

Mientras hablaba así, se acercaron los dos fumadores. Eran dos perillanes andrajosos, con grandes bigotes, y los cabellos desgredados; y sus sombreros viejos no cubrian sus cabezas sino por un lado. Sus trages, llenos de manchas y raidos, sus súcios cinturones, y sobre todo el gran sable del uno, y la enorme espada y el puñal del otro, les declaraban verdaderos matones de Alsacia, muy conocidos entonces, y aun en el siglo siguiente tambien.

—Mira con cuidado á esa ventana, dijo un perillan al otro, mostrándole la ninfa que habia conocido el estudiante, ¿véscómo quiere atraerá sí las miradas de los forasteros aquella pelandusca?

—Yo olfateo á un espia, respondió el otro mirando á Nigel: dale una mojada con tu puñal en la tetilla izquierda.

—No por cierto, ¡oh! no por cierto, dijo el primero: su camarada es Reginald Lowestoffe del Templo: bien le conozco, es un buen muchacho, y goza de nuestros fueros y privilegios.

Al decir esto pasaron fumando adelante, sin hacer mas caso de nuestros dos amigos.

—¡*Crasso in aere!* dijo el estudiante. Ya vé vmd. en qué concepto me tienen esos pillos impudentes; pero con tal que sirva de algo á vuestra señoría, poco me importa lo demas. Dígame vmd. ahora qué apellido quiere vmd. adoptar, pues estamos cerca del palacio del duque Hildebrod.

—El de Grahame, respondió Nigel, que es el de mi madre.

—Grime (1) es propio para la Alsacia, pues aquí se ven aspectos ceñudos, dijo Lowestoffe, muy á menudo y el sitio no es agradable.

—He dicho Grahame, y no Grime, señor, dijo Nigel pronunciando las vocales, porque los escoceses pocas veces consienten que se burle nadie de sus apellidos.

—Perdone vmd., milord, habia entendido mal, dijo el estudiante que gustaba de encontrar equívocos; Graam puede aplicarse tambien al caso, pues significa en holandés tribulacion, y vuestra señoría se halla en cierto modo en la tribulacion.

No pudo menos de reirse Nigel del nuevo equívoco del estudiante, y este, haciéndole ver un mostrador que figuraba, ó queria figurar, un

(1) Hay aquí un equívoco: *Grim* en inglés quiere decir ceñudo.

perro que atacaba á un toro , y le mordía las orejas segun los principios científicos de este noble combate , le dijo:

—Aquí es donde el buen duque Hildebrod distribuye á sus fieles alsacianos las leyes, la cerveza y los licores fuertes. Como es un decidido campeón del jardín de Paris (4), ha escogido una empresa análoga á sus costumbres, y dá de beber á los que vienen sedientos á su casa. Entre mos en la casa de este segundo Axilo , que siempre está abierta.

Al decir esto, entraron en una taberna de mala apariencia, pero no obstante mas grande y menos arruinada que la mayor parte de las casas inmediatas. Dos ó tres mozos andrajosos, de mala facha, y que al parecer solo estaban, como los mochuelos, en su elemento á oscuras, pues les ofendia la luz del dia, servian solícitos á los parroquianos. Uno de estos nuevos Ganimedes les condujo á un cuarto ,en el que los rayos débiles del sol se veian casi eclipsados por el humo espeso que salia de las pipas de todos los individuos del senado. Uno de ellos cantaba en aquel momento en voz alta una cancion antigua y propia de aquellos sitios.

El duque Hildebrod, que no se desdeñaba de dar esta clase de conciertos á sus caros súbditos, era un viejo gordísimo y tuerto; y tenia unas narices tan coloradas, que á tiro de ballesta se echaba de ver que bebia muchas veces y mucho, pero no agua ni cosa semejante. Su traje era muy oscuro, y estaba manchado con el roce del

(4) Jardín muy conocido entónçes en Lóndres en el que, en tiempo de Isabel, sobre todo, hubo famosos combates de osos.

jarro de cerveza: habia sido nuevo hacia muchos años, y no le abotonaba á causa de su enorme barriga. Detrás de él estaba su mastin favorito, que por tener la cabeza redonda, enorme corpulencia, y un ojo solo, se parecia de un modo burlesco á su amo.

Los fieles y amados consejeros, que rodeaban el trono ducal, le incensaban con el humo del tabaco, daban la razon á su soberano bebiendo como él grandes tragos de ale turbia y espesa, y repetian formando coro el verso último de la cancion; eran, en una palabra, súbditos dignos de semejarle sultan. El traje, el cinturon y el sable de uno de ellos denotaban un hombre que habia servido en los Países-Bajos, y su aire de importancia y sus miradas desenvueltas daban testimonio del derecho que tenia al mote que se habia dado á sí mismo: *Hoja de Forban*. Creyó Nigel haber visto al tal guapeton en alguna parte. A la derecha del duque, estaba un predicador de calles ó mendigo con tonsura, como se han atrevido algunos á llamar con irreverencia á esta clase de clérigos, que se distinguia por su collarin grasiento, su sombrero idem, y la sotana de color de ala de mosca. Junto al ministro, se hallaba un procurador, escluido del número de sus camaradas por sus rapacidades y malversaciones, y solo le quedaban de su oficio sus picardías inveteradas. Veíase á su derecha un viejo, seco, flaco y arrugado, con una capucha de tela ordinaria y raida, abotonada.

Algunos otros personajes menos importantes, entre los cuales habia una figura, que igualmente que la del militar, creyó Nigel haber visto otra

vez, aunque no se acordaba en qué parte, completaban el consejo de Jacobo Hildebrod.

Los dos recién llegados tuvieron tiempo para observar todo lo referido, pues ya sea que su gracia el duque se hubiese dejado llevar por el embeleso de la armonía, ó ya que quisiese dar una idea suficiente de su importancia, continuó la canción hasta la copla final, antes de dirigir la palabra á los forasteros; aunque mientras cantaba no dejó de examinarles bien con el ojo bueno.

Cuando hubo concluido su canción el duque Hildebrod, dijo á sus pares que un digno templo se hallaba en su presencia: y dando orden al capitán y al ministro de ceder sus sillas poltronas á los forasteros, les hizo colocar á sus dos lados. Los dignos representantes del ejército y de la iglesia de Alsacia, fueron á sentarse al otro extremo de la mesa, sobre un banco, que como no estaba acostumbrado á sostener personajes de tanto peso se hizo pedazos, y vinieron al suelo con gran ruido el militar y el clérigo, causando una risa general en el concurso. Levantándose irritados, juraban como dos carreteros; pero el ministro se aventajó al capitán á causa de sus superiores conocimientos en teología.

Restablecióse la tranquilidad luego que trajeron sillas mas sólidas los mozos, gracias á dos vasos de la bebida que contenian dos jarros que habia sobre la mesa. El duque bebió por la prosperidad del Templo del modo mas gracioso, y á la salud del señor Reginald Lowestoffe, y este, agradeciendo el honor que se le hacia pidió el permiso de enviar á buscar á sus expensas un gran

:

frasco de vino del Rin, antes de dar cuenta del motivo de su llegada.

El oír nombrar un vino tan superior á cuantos licores solian beber los miembros del senado, produjo en ellos un efecto muy favorable; abrieron tanto ojo; y sus fisonomías risueñas prometian desde luego la mejor acogida á la propuesta que debia hacerles Lowestoffe. Aguardó este sin embargo á que los vasos estuviesen llenos la segunda vez, antes de hablarles de la demanda que tenia que hacerles, que no era otra que la de admitir á su amigo Nigel Grahame en el goce de los privilegios é inmunidades del santuario de Alsacia en calidad de buen pagador; pues asi llamaban á los que pagaban doble derecho de entrada al matricularse, por evitar tener que manifestar al senado los motivos que les obligaban á buscar un asilo.

El ojo del duque chispeó de placer cuando oyó esta proposicion, y no es extraño. Pocas veces se presentaba igual circunstancia, y era muy ventajosa á la bolsa privada. Ordenó al punto que le trajesen su registro ducal, que era un libro muy grande, como el de los mercaderes; y sus hojas, llenas de manchas de vino y de tabaco, contenian sin duda los nombres de tantos pícaros como los que pudieran encontrarse en las del registro de los presos de Newgate.

Dijeron entonces á Nigel que pusiese sobre la mesa dos nobles por el derecho de matrícula, y que presentase la súplica: asi lo hizo, repitiendo los siguientes versos que le dictó el duque Hildebrod mismo.

Yo, Nigel Grahame, tímido esponente,
 Os prevengo, señor, sucintamente,
 Que si algun alguacil ó guardia viene
 Y me toca la espalda, me detiene,
 Diciendo: ¡preso! ¡preso por el rey!
 Y echándome las garras de la ley,
 Garras que prenden á los pobres pillos
 Con esposas, cadenas y con grillos,
 Necesito que acudan al momento
 En mi favor vuestro sutil talento,
 Vuestros sables, espadas y floretes,
 Para espantar los guardias y corchetes;
 Y que el derecho se respete aquí
 De mi seguridad, un otrosí.

Mientras empezaba el duque Hildebrod con mano trémula á hacer la inscripcion en el registro, y acababa de dar con una prodigalidad superflua dos g al nombre de Nigel (1), el ministro interrumpió su trabajo. Este reverendo personage hablaba en voz baja hacia dos ó tres minutos, no con el capitan que hemos ya retratado, sino con el otro individuo que creia conocer Nigel, como tenemos notado. Teniendo tal vez aun un poco de mal humor por el accidente que acababa de sucederle, pidió la palabra antes que se hiciese la inscripcion, y dijo asi:

—Este hombre que tiene la audacia de querer ser admitido en el goce de los privilegios é in-

(1) Este registro curioso existe aun en poder del sabio anticuario, el doctor Dryasdust, que permitia al autor hacer grabar el autógrapho del duque de Hildebrod, en apoyo de este pasage. Por desgracia es tan rigorista como el mismo Ritson para atenerse á la letra de su manuscrito, y puso la condicion de adoptar la ortografia del duque y dar á la obra el titulo: *Las Aventuras de Niggle*; pero no hemos creído deber aceptar esta propuesta.

(Nota de Walter-Scoot.)

munidades de esta honrosa sociedad, viene á ser, hablando en plata, un mendigo escocés. Bastantes langostas como esta tenemos ya en Lóndres. Si admitimos en el santuario estas orugas, estos gusanos roedores, toda la Escocia vá á caer sobre nuestras costillas.

—No tenemos derecho de preguntarle, dijo el duque Hildebrod, si es escocés, francés ó inglés, pues ha pagado su matrícula; y tiene derecho á nuestra proteccion.

—¡A fé mia! muy soberano duque, respondió el ministro, yo no le hago ninguna pregunta. Su acento le ha descubierto. Es un galileo, y el dinero que ha depositado debe confiscársele, para castigar la temeridad que ha tenido de poner aquí los pies. Pido, pues, al señor duque que ponga contra él la ley en ejecucion.

En esto se levantó el templario, y se disponia á interrumpir la discusion, cuando el duque le aseguró con seriedad que escucharia lo que tuviese que decir cuando el consejo hubiese ya deliberado.

El procurador se levantó en seguida, y despues de haber prevenido que iba á hablar del asunto bajo un punto de vista legal, dijo que era fácil echar de ver que el caso que habia originado la venida á Alsacia del individuo de quien se trataba, no era perteneciente á las leyes civiles: que creia firmemente que era el lance de que habian oido hablar relativo al recinto del parque; que el santuario no podia servir de refugio al criminal en igual caso: que el gefe de la Inglaterra enviaria escobas capaces de barrer las calles de Alsacia desde el Strand hasta el Támesis; y en fin que la política imponia á sus cólegas el deber de

pensar en los peligros que amenazarían á su república, si daban asilo á un extranjero en tales circunstancias.

El capitán, que habia permanecido sentado con aire de impaciencia mientras estos dos oradores manifestaban su opinion, se levantó entonces de repente, con la violencia misma de un corcho que arroja una botella de cerveza hasta el techo. Componiéndose en seguida los bigotes con aire marcial, y mirando con desprecio al legista y al eclesiástico, pronunció el discurso siguiente:

Noble duque de Hildebrod.

Cuando oigo á los consejeros de vuestra gracia hacer proposiciones tan ignominiosas y rastroseras; cuando me acuerdo de los Huffs, los Muns y los *Tytire-tu*, cuyos avisos dirigieron, en semejantes ocasiones, á los antepasados y predecesores de vuestra gracia, empiezo á creer que el verdadero valor está ya tan apagado en Alsacia, como en el corazón de mi abuela. Pero no hay nada de eso; no por cierto, no hay nada de eso: yo encontraré aquí todavía bastantes mozos bizarras para sostener nuestros privilegios contra los esbirros que vengan de Westminster. Y si la fuerza nos abrumase un instante ¡por vida de Cristo! ¿no tendremos tiempo de enviar á este jóven en un barco al jardín de Paris ó á Bankside? Y si es de buena ralea ¿no nos resarcirá agradecido los sacrificios que hayamos hecho en su favor? Si las otras sociedades existen por la ley, yo digo que la nuestra debe vivir en despecho de ella, y que jamás será mas floreciente que cuando

esté en oposición con las órdenes de arresto, los decretos, los magistrados, los alguaciles, y sus varas y bastones.

Esta arenga fué acogida con un murmullo de aprobacion, y queriendo aprovecharse Lowestoffe de este momento favorable, para lograr la decision, dijo al duque y al consejo que la seguridad del reino de Alsacia reposaba en mucha parte sobre la amistad de la república del Templo, que, cerrando sus puertas, podia privar á los alsacianos de un medio importante, y que dependia del modo de conducirse que tuviesen en esta ocasion el asegurar su crédito y buena armonía en lo sucesivo; lo que no debia desdeñarse por el consejo.—En cuanto á la objeccion de que mi amigo es un extranjero y un escocés, añadió, como el reverendo ministro y el sábio jurisconsulto acaban de hacer observar, deben vmds. atender á la causa de que trae origen su persecucion; es por haber dado una paliza, no á un inglés, sino á uno de sus compatriotas. Por lo que á mí toca, añadió tocando con la mano á Nigel para darle á entender que hablaba de burlas, cuando todos los escoceses que hay en Lóndres peleasen alineados como irlandeses, y se matasen hasta el último, me parece que el que sobreviviese tendria derecho á nuestro agradecimiento, por haber hecho semejante servicio á la vieja Inglaterra.

Fué acogida con grandes risotadas y bulliciosos aplausos esta ingeniosa apologia de Lowestoffe, dirigida á hacer perdonar á su amigo el ser extranjero; y el templario se aprovechó de un momento tan favorable para hacer al consejo otra propuesta muy ingeniosa.

—Ya sé, dijo, que el uso invariable de los padres de este antiguo y noble estado es deliberar con madurez todos los asuntos, cuidando refrescar el juicio con un número suficiente de tragos. No permita Dios que proponga á vmds. infringir tan loable costumbre, ni que pretenda que un asunto como este sea constitucionalmente meditado y pesado mientras se agota un miserable frasco de vino; pero como debe ser indiferente á este ilustre cónclave beber desde luego y deliberar despues, ó deliberar primero y beber al fin, propongo á vuestra gracia, salvo el parecer de vuestros sábios y poderosos senadores, dar desde luego el edicto concediendo á mi digno amigo las inmunidades de la Alsacia, y asignarle, segun los sábios reglamentos, un alojamiento al que irá desde ahora por hallarse fatigado. Y en seguida haré que traigan á vmds. una cántara de vino del Rin, con su correspondiente acompañamiento de lenguas de buey y sardinas saladas, para poner á todos vmds tan alegres como un Jorge-a-Green.

Esta proposicion fué generalmente aplaudida.

Con ella se cerró la boca á los disidentes, si podia acaso haber alguno en el senado de Alsacia capaz de oponerse á semejante propuesta. ¡ Buen corazon! ¡ noble y digno templario! ¡ jóven gallardo y generoso! repetian todos los miembros. Al momento fué inscrito el nombre del jóven escocés en el registro; y el digno duque le recibió el juramento acostumbrado, que estaba en verso, como las leyes de las Doce tablas, como las de los antiguos Cimbro-Bretones, y de todas las naciones primitivas.

Nigel veia con disgusto esta grave farsa; pe-

ro viéndole su amigo dispuesto á manifestar su desagrado , le dijo con voz baja que no era ya tiempo de volverse atrás ; y lord Glenvarloch dió por señas su aprobacion cuando se concluyó la fórmula. Procedió entonces el duque á concederle los privilegios é inmunidades de la Alsacia, tambien en verso , á lo cual se siguió una acalorada disputa sobre el domicilio que debia señalarse al nuevo hermano. Era una de las máximas de los alsacianos, que la leche de burra engorda; y siempre habia rivalidad entre los habitantes para lograr la ventaja de alojar á los recién venidos.

El Héctor, que habia hablado con tanto ardor en favor de Nigel en un momento tan crítico , se declaró el campeón, el caballero de una tal Blowse-linda, ó Bonstrops, que tenia desocupado un cuarto, antigua residencia de Slicing Dick de Paddington. Habia sido ahorcado éste últimamente en Tyburn, y su muerte prematura habia dejado á la inconsolable muchacha gimiendo en la soledad como una tortolilla.

Pero el crédito del capitán no pudo menos de ceder al del viejo de la capucha, que á pesar de su decrepitud, tenia fama de saber desplumar un pichon tan bien ó mejor que los mas pintados de Alsacia.

Este personaje venerable era un usurero llamado Trapbois , que gozaba de alguna celebridad ; y recientemente habia hecho un servicio importante al Estado , adelantando un subsidio indispensable para hacer la provision de la bodega del duque , porque el dueño del vino no tenia ganas de hacer la venta , mediando un hombre tan grande , sino al contado.

Así es que, cuando se levantó el buen viejo, y dijo al duque, despues de toser dos ó tres veces, que tenia desocupada una modesta habitacion; las demas reclamaciones fueron desatendidas, y Trapbois logró la preferencia de alojar á Nigel en su casa!

Cuando estuvo arreglado este punto, lord Glenvarloch manifestó á Lowestoffe su ánsia de alejarse de una compañía que tanto le repugnaba, y se despidió tan de prisa y de un modo tal, que hubiera causado malísimo efecto, si la cántara de vino del Rin no hubiese llegado en aquel mismo momento al salir él del cuarto.

El estudiante llevó á su amigo á casa del usurero, que conocia muy bien como muchos de sus compañeros. En el camino, aseguró al lord Glenvarloch que iba á alojarse en la única casa de Whitefriars, en la que reinaba un poco de limpieza, gracias al esmero de la hija única del usure-ro, fea como el pecado mortal, y no muy jóven ya, pero bastante rica para causar una tentacion á un puritano cuando hubiese cargado el diablo con su padre.

Mientras daba Lowestoffe á Nigel estos informes, llegaron á casa de Trapbois. Llamó á la puerta, y lo que acababa de decir de ningun modo fué desmentido por la cara avinagrada y desagradable de la que acudió á abrirla. Escuchó de muy mal humor y con mal gesto al estudiante, cuando le dijo que su compañero venia á alojarse en casa de su padre, refunfuñó diciendo que un inquilino causaba siempre molestias en una casa, y por fin llevó al forastero á la habitacion que debia ocupar. A Nigel le pareció mejor de lo que se

habia figurado ; y , aunque no era tan limpia y aseada como la de John Cristie , era mucho mas grande.

Viendo ya Lowestoffe á su amigo en posesion de su nuevo domicilio, y habiendo tomado las medidas necesarias para que le trajesen de la hostería lo que quisiese comer, se despidió de él ofreciéndole sus servicios para que le llevasen á su nueva habitacion los efectos que habia dejado en la otra. Nigel le dijo que le enviase diferentes objetos, pero tan pocos, que el estudiante no pudo menos de decirle que, segun veia, no pensaba gozar durante mucho tiempo de sus nuevos privilegios.

—No son bastante conformes , respondió lord Glenvarloch , ni con mis gustos, ni con mis costumbres, ni con mis principios.

—Quizá mañana será vmd. de diferente parecer, dijo Lowestoffe, y asi buenas noches: hasta mañana.

Al dia siguiente, en lugar de recibir la visita del estudiante, recibió una carta Nigel, y en ella le decia que los pelucones del Templo habian concebido sospechas acerca de sus idas y venidas, y que juzgaba conveniente no presentarse en Alsacia por entonces, para evitar asi que se llegase á descubrir la nueva residencia de lord Glenvarloch. Añadia que habia tomado medidas para asegurar sus efectos, que le enviaria con persona segura los que necesitaba, y la cajita del dinero; y concluia la carta dándole los sábios consejos que le dictaba el conocimiento que habia adquirido de las costumbres del pais que habitaba su amigo. Le aconsejaba no decir nada al usurero acerca

del estado de sus negocios, ni jugar nunca con el capitan, porque no sabia moderarse, y no pagaba sus deudas:—en fin no se fie vmd., le decia el templario, del duque Hildebrod: es tan fino como una aguja; aunque la luz es para su cabeza lo que el hilo para aquel instrumento tan necesario á la industria del bello sexo, és decir, que no puede entrar sino por un ojo.



CAPITULO XVIII.

MOTHER. What! dazzled by a flagh of cupid's mirror,
With which the boy, as mortal urchins wous,
Flings back the unbeam in the eye of passengers—
Then laughs to see them stumble!

DAUGHTER. Mother! no.—
It was a lightning-flash which dazzled me,
And never shall these eyes see true again—

BEEF AND PUDDING.—AN OLD EUGLIKH COMEDY.

LA MADRE.—¡Cómo! ¿te ha deslumbrado un rayo del espejo de Cupido, con el que el niño Dios, á la manera de los mortales, dirige los rayos del sol á los ojos de los pasajeros para divertirse en verlos tropezar?—

LA HIJA.—Madre, no.—fué un relámpago el que me deslumbró y nunca volverán estos ojos á ver la luz.

BUEY Y PUDDING.—COMEDIA INGLESA ANTIGUA.

Habiendo dejado á nuestro héroe Nigel en una situacion nada agradable, nada segura, y de ningun modo honorífica, tenemos que abandonarle por ahora, para dar algunas noticias que se entrelazan con sus aventuras.

Tres dias despues de haberse visto obligado á buscar un retiro en casa del señor Trapbois, usurero muy conocido en Whitefriars, vulgarmente llamado Trapbois el Dorado, la linda hija de Ramsay, el relojero, despues de haber visto piadosamente á su padre almorzar, cuidando de que no tragase por distraccion el salero en lugar de un

pedazo de pan, salió de su tienda, luego que le vió abismado en la profundidad de sus cálculos; y llevando consigo á Juanita, su antigua y fiel criada escocesa, que miraba todos sus caprichos como otras tantas leyes, se fué á Lombard-Street, y entró tempranito, á las ocho de la mañana, á ver á la tia Judith, hermana de su padrino.

La venerable tia Judith recibió esta visita con muy poco agasajo, porque no tenia naturalmente ni la misma admiracion que su hermano por la linda cara de Margarita, ni tanta complacencia para sufrir su carácter impaciente y caprichoso. Sabia sin embargo que era la niña mimada de su hermano, y la voluntad de éste era la ley suprema para la tia Judith. Contentóse por lo mismo con preguntarle por qué casualidad se paseaba tan pálida y tan temprano en las calles de Lóndres.

—Quisiera hablar á lady Hermione, respondió la señorita casi sin aliento, mientras acudia su sangre á sonrosear sus mejillas, y á ahuyentar la palidez que le echaba en rostro la tia Judith.

—¡A lady Hermione! dijo la tia Judith, ¡á estas horas! ¡siendo asi que apenas consiente que la vea ninguno de la familia ni aun en el resto del dia! Es vmd. una niña aturdida, ó abusa de la indulgencia que siempre le han manifestado mi hermano y esa señora.

—¡Oh! no, no por cierto, no abuso de ella, dijo Margarita esforzándose en contener una lágrima que queria salir al parecer de sus ojos á su pesar. Dígale vmd. solamente que la ahijada de su hermano de vmd. desea con ánsia hablarle, y estoy segura que me dará audiencia.

La tia Judith fijó en ella una mirada, con

la que queria sin duda penetrar su pensamiento.
 —Puede vmd. escogermme por confidenta tan bien como á lady Hermione, señorita, le dijo; yo soy mas vieja, y puedo dar mejores consejos. Tengo mas esperiencia del mundó que una muger encerrada siempre, y tengo por consiguiente mas medios de dirigir á vmd. bien.

¡Oh! no, no, dijo Margarita con sobrada franqueza. Hay cosas acerca de las cuales vmd. no puede darme consejos, tia Judith. Se trata de una cosa, perdone vmd., querida tia, de una cosa que no está á sus alcances.

—Me alegro mucho, señorita, respondió Judith con ceño, pues creo que las locuras de las jóvenes del dia trastornarian una cabeza como la mia. ¡Se ha levantado vmd. como una alondra, y atraviesa las calles de Lóndres para venir á hablar á una muger que no vé el sol sino cuando brilla sobre la pared que está al frente de sus ventanas! En fin, voy á decirle que está vmd. aqui.

Al decir esto, salió, y volvió al instante diciendo en tono seco:

—Lady Hermione dice que se alegrará mucho de ver á vmd., y eso es mas de lo que tenia vmd. derecho de esperar, mistress Margarita.

Margarita bajó la cabeza y calló, porque estaba demasiado distraida con otras ideas, para ocuparse en apagar el mal humor de la tia Judith, ó responderle en el mismo tono, lo que no hubiera dejado de hacer en cualquiera otra ocasion. Siguió á la hermana de su padrino, triste y pensativa, hasta la puerta de encima que separaba la habitacion de lady Hermione de lo restante de la casa espaciosa de Jorge Heriot.

Es preciso que hagamos alto en la puerta de este santuario para hacer ver la poca exactitud de las noticias que habia dado á su amo Richie Monplies, acerca de la estraña aparicion de aquella señora durante el rezo, pues confesamos ahora que era lady Hermione. Algunas de aquellas exageraciones, las habia sacado de la conversacion que habia tenido con Jenkin Vincent, que era diestrísimo en inventar patrañas, y cogió por su cuenta al payo Richie, que no conocia que se burlaba de él, y con el ánsia que tenia de oir cosas maravillosas ofrecia gran campo para ello. Lo demas lo habia él puesto de su cosecha, pues su lengua, cuando estaba achispado, se complacia en hacer amplificaciones; y no dejó de hacerlas al contar á su amo todas las circunstancias maravillosas que Vincent le habia referido, añadiendo algunas conjeturas suyas, que se trasformaron en su imaginacion en hechos positivos.

Sin embargo, la vida que lady Hermione habia pasado durante dos años, mientras vivia en casa de Jorge Heriot era tan singular, que casi enteramente justificaba los rumores ridículos que se habian esparcido acerca de ella. La casa habia pertenecido en otros tiempos á una rica y poderosa familia, que en tiempo de Enrique VIII acabó en la persona de una heredera muy rica, muy devota y muy católica. Era amiga íntima de lady Foljambe, abadesa del convento de San Roque, que por consiguiente profesaba como ella el catolicismo, y cuando el convento fué suprimido por la voluntad despótica de Enrique VIII, lady Foljambe recibió en su casa á su amiga y dos de sus servidoras que, como la abadesa, habian resuelto

continuar viviendo rigurosamente segun la observancia de sus votos, sin aprovecharse de la libertad profana que les habian dado. Hizo preparar para su residencia, con gran secreto (porque Enrique VIII no hubiera agradecido su celo) una habitacion compuesta de cuatro cuartos y un gabinete que cambió en oratorio, ó capilla; la cerró con una puerta muy doble de encina, para que no entrase ningun forastero, y puso, como en todos los conventos, un torno, por el que se hacia pasar á poder de las reclusas lo que necesitasen. La abadesa de San Roque y sus dos monjas vivieron muchos años en aquel retiro, sin tener comunicacion con alma viviente, sino con lady Foljambe, que, gracias á sus oraciones y á la proteccion que les daba, creia modestamente ser una santa hecha y derecha. La abadesa, por fortuna, murió antes que su benéfica protectora, que fué á unirse con sus padres muchos años despues del advenimiento de Isabel al trono.

Esta casa pasó entonces á manos de un caballero fanático, pariente bastante lejano de lady Foljambe, y creyó este hacer una obra meritoria arrojando de allí á las sacerdotisas de Baal, que en el concepto de su parienta eran unas criaturas celestiales. Las dos pobre monjas, arrojadas de la morada que les habia servido de refugio, se fueron la una á un pais extranjero, y la otra, por ser demasiado vieja, á pasar lo restante de su vida con una viuda católica y noble. Sir Pablo Crambasse, despues de haberse descartado de las monjas, sacó de la capilla todos los ornamentos, y pensó desde luego en dar otra distribucion á los cuartos. Pero reflexionó poco despues que seria

un gasto inútil, pues no ocupaba sino tres cuartos de la casa, y no tenia necesidad de mayor habitacion. Su hijo, que fué pródigo y disipador, vendió la casa á nuestro amigo Jorge Heriot, que como sir Pablo, encontraba suficiente para su familia lo restante, dejando la habitacion de San Roque (asi la llamaban) como la habia encontrado.

Dos años y medio antes de la época en que empieza esta historia, hallándose viajando Heriot en el continente, dió las órdenes á su hermana y á su cajero, de adornar con sencillez y limpieza la habitacion susodicha, para una señora que debia habitarla algun tiempo, y que se comunicaria mas ó menos con su familia, segun la acomodase. Decia tambien en su carta que se preparase en secreto lo necesario, sin divulgar la noticia á ser posible.

Cuando llegó el momento de su vuelta, la tia Judith se hallaba muy impaciente y curiosa, como todos los demas de la familia. Acompañaba el señor Jorge, segun lo habia anunciado, á una muger tan hermosa, que hubiera podido pasar por la criatura mas bella sin la palidez que cubria sus facciones. Traia consigo una dueña, ó una modesta compañera, que al parecer estaba destinada á servirla. Era una muger muy reservada, de unos cincuenta años de edad, y tenia el acento de una estrangera. Su ama la llamaba Monna Paula, y el señor Heriot, y los demas Paulina. Dormia en el mismo cuarto que su ama, comia en la misma habitacion, y en todo el dia apenas se separaba de ella un solo instante.

Estas dos forasteras entraron en posesion del claústro de la abadesa, y aunque no observaban

:

una reclusion rigurosa, dieron á esta habitacion casi el mismo destino primitivo, que tuvo cuando la habitaban las monjas. Vivian y comian separadas de la demas familia. Lady Hermione, pues asi es como se llamaba la señora forastera, ninguna comunicacion tenia con los criados, y Paulina solo tenia con ellos las relaciones indispensables durante algunos instantes. Para hacerles soportable tan estraña conducta, solia gratificarles á menudo, pues decian con frecuencia entre ellos, que el hacer algun servicio á Paulina era encontrar un tesoro guardado por las hadas.

Lady Hermione trataba siempre con mucho agasajo y política á la tia Judith; pero la veia muy raras veces, lo que inspiraba alguna curiosidad á la hermana del platero, al paso que ofendia algun tanto su dignidad. Pero conocia tan bien á su hermano, y le amaba con tal ternura, que le bastaba á éste espresar su voluntad para que fuese al momento la de ella. El buen platero habia contraido poco mas ó menos aquel tono imperioso que toma, sin pensarlo, el hombre mas bondadoso, cuando le basta decir una sola palabra para que todos le obedezcan gustosos. El señor Jorge no queria que su familia le hiciese preguntas; y habiendo dicho una vez que era su voluntad que viviese lady Hermione del modo que le pareciese mas agradable, y que nada le preguntasen ni acerca de su historia, ni de los motivos que tenia para pasar una vida tan retirada, comprendió su hermana que se enfadaria mucho al saber que hubiesen tratado de averiguar aquel secreto.

Pero aunque los criados estaban pagados para guardar silencio, y la tia Judith hiciese lo mismo,

por consideracion á su hermano , todas esas precauciones no podian impedir las observaciones críticas de los vecinos. Unos pensaban que el platero iba á hacerse papista , y restablecer el convento de lady Foljambe ó San Roque; otros creian que perdia la chabeta; y aun habia algunos que decian que queria casarse con la estrangera, por no decir otra cosa. Como solia ir el señor Jorge ordinariamente á la iglesia, y la supuesta católica asistia siempre al rezo que hacian en la familia, segun el rito de la iglesia anglicana , claro está que no tenia fundamento la primera sospecha. Los que tenian con él relaciones de comercio, sabian bien que su cabeza estaba sana; y para refutar los otros rumores, bastaba saber que, segun les constaba á los mas curiosos, el señor Jorge Heriot nunca veia á la forastera sino delante de Paulina, que solia estar siempre trabajando en un rincon del cuarto en que conversaban. Sabiase tambien que las tales visitas rara vez duraban una hora, y que no eran frecuentes. Por lo tanto no habia ninguna apariencia de que hubiese algun asunto amoroso entre manos.

Los curiosos se quedaron burlados sin poder descubrir el velo con que ocultaba Heriot su secreto; pero circulaban mil cuentos ridiculos entre las gentes ignorantes y supersticiosas, y Richie Moniplies habia oido algunos de ellos que le hizo creer el malicioso aprendiz de David Ramsay.

Habia no obstante una persona que creian hubiera podido dar acerca de lady Hermione mas noticias que el mas pintado de Lóndres, escepto Jorge Heriot; y era la tal persona la hija de David Ramsay.

Margarita tenia poco mas de quince años cuando lady Hermione llegó á Inglaterra. Iba muchas veces á casa de su padrino, que se divertia mucho con sus donaires, y le gustaba oirla cantar con una gracia natural, canciones escocesas. Era una niña mimada en cuanto cabe, contribuyendo para ello la indulgencia de su padrino, la indiferencia y las distracciones de su padre, y la deferencia que las personas que la rodeaban tenian hácia todos sus caprichos, en atencion á su hermosura y á la fortuna brillante de que debia disfrutar algun dia. Esta reunion de circunstancias habia hecho á esta linda señorita tan voluntariosa y presumida como suelen serlo casi siempre las que son educadas con una indulgencia escesiva. Unas veces manifestaba aquella apariencia de reserva, de timidez y de silencio que las jóvenes quieren hacer pasar por una modestia amable, otras se abandonaba á una locuacidad inconsiderada, que confunden con el talento. Margarita sin embargo no carecia de él, y tenia tambien un juicio sano, que podia fortificarse con la observacion; tenia vivacidad, gracia y amenidad, y sobre todo un corazon escelente. La lectura de las novelas y de las obras dramáticas, á la que destinaba gran parte del tiempo, le habia dado cierta aficion á todo lo que era romancesco, y habia aprendido en ella ideas muy diferentes de las que hubiera adquirido con las lecciones de una madre tierna é ilustrada. En fin, los caprichos que la dominaban, le valian, y no con mucha injusticia, la reputacion de veleidosa. Pero la picarilla era bastante astuta para ocultar sus defectos á su padrino, á quien queria tanto; y la

miraba él con tal cariño, que obtuvo por su medio poder ver á lady Hermione.

La vida singular que pasaba esta señora, su grande hermosura realzada por su estremada blancura y palidez; el interior orgullo que sentia Margarita viéndose admitida con mas intimidad que nadie en la compañía de una muger rodeada de tanto misterio, todo concurría á hacer una profunda impresion en la imaginacion de la hija de David Ramsay, y á que sus conversaciones no fuesen largas ni confidenciales, al paso que, pagada de la confianza que de ella hacia, guardaba Margarita un secreto tan riguroso como si cada palabra que hubiese revelado, le hubiera podido costar la vida. En vano habian recurrido á la insinuacion y á la lisonja para obligarla á decir alguna cosa; las preguntas mas astutas que le hacian, ya sea la señora Ursula, ya cualquiera otra persona curiosa, no podian sacar de ella la menor noticia acerca de cuanto oia ó veia en aquella misteriosa morada. La menor indirecta sobre la enclaustrada del señor Heriot bastaba, aun en los momentos de distraccion, para que enmudeciese.

Llamamos la atencion sobre esta circunstancia, para dar una idea de la fuerza de carácter de que se hallaba dotada Margarita, aun siendo niña; fuerza que se ocultaba debajo de mil caprichos, como el pilar de una pared antigua debajo de la yedra y la parietaria que la cubren. Tambien es preciso confesar que aun cuando ella hubiese dicho cuanto veia y oia en la habitacion Foljambe, poco hubiera podido satisfacer con eso á los curiosos.

En los primeros tiempos tenia lady Hermione

la costumbre de pagar las atenciones de su joven amiga con algunas chucherías, y distraerla haciéndole ver cosas curiosas traídas de países extranjeros; muchas de ellas de un valor considerable. Algunas veces no pasaba Margarita el tiempo de un modo tan agradable, pues le daba Paulina lecciones sobre diferentes labores. Pero aunque las ejecutaba la que la instruía, con aquel primor que no se conocía entonces sino en los conventos extranjeros, era tan perezosa la discípula, y tan poco diestra, que las obras de costura y bordado tuvieron que ceder la plaza á la música y al canto. Era Paulina también excelente maestra en este arte; y como había recibido Margarita de la naturaleza disposiciones para la melodía, hizo progresos notables en la música vocal é instrumental. Dábanse estas lecciones delante de lady Hermione, y le agradaban al parecer. Acompañaba también algunas veces, con la voz mas melodiosa que pudiera oirse, al instrumento que tocaba su amiguita, pero siempre versaban sus cánticos sobre asuntos piadosos y de religion.

Cuando Margarita tuvo mas edad, sus relaciones con la reclusa tomaron otro rumbo. Se le permitia hablar de lo que notaba en el mundo, y aun casi se la estimulaba á ello; y lady Hermione, que conocia su vivacidad y penetracion, le recomendaba que se guardase bien de formar juicios temerarios, y de manifestar sus opiniones ligeramente.


Como estaba acostumbrada Margarita á mirar á aquella muger extraordinaria con respeto, aunque nada le agradaban las contradicciones, escu-

chaba con paciencia sus consejos, y los atribuía á las buenas intenciones de lady Hermione. Le costaba sin embargo trabajo concebir como una señora, que nunca salía de su habitacion, trataba de instruir en el conocimiento del mundo á una jóven que atravesaba dos veces cada semana toda la distancia que separa Temple-Bar de Lombard-Street, sin contar los paseos del domingo en el parque, cuando hacia buen tiempo. Por cierto la linda Margarita estaba tan mal dispuesta á recibir reconvenções, que sus visitas á la habitacion claustral hubieran llegado á ser rarísimas, al paso que sus relaciones en el mundo se hacian mas frecuentes, si no lo hubiese impedido, por una parte aquel respeto habitual, y por otra la idea lisonjera de estar admitida en cierto modo en la confianza que procuraban otros muchos en valde.

Ademas, aunque la conversacion de lady Hermione era séria, mas no severa, ni demasiado grave. No la ofendian las futilidades y ligerezas que Margarita solia manifestar algunas veces en su presencia, aun cuando Monna Paula levantaba los ojos al cielo y suspiraba con la compasion propia de una beata, al mirar los extravíos de los esclavos del mundo profano. Así es que en resumidas cuentas la señorita se resignaba por fuerza á escuchar los sabios consejos de lady Hermione, y tambien porque, al misterio que cubria á aquella señora, se habia unido desde su niñez la idea vaga de que era muy rica, que pudo corroborar despues en muchas circunstancias.

Muchas veces sucede que los consejos que recibimos de mala gana cuando nos los dan sin que los hayamos pedido, llegan á ser para noso-

tros muy útiles, cuando nos inspira algun obstáculo la desconfianza de nosotros mismos que no tenemos ordinariamente; y esto se verifica sobre todo cuando suponemos en la persona que nos los dá el deseo y el poder de darnos tambien socorros eficaces. Esta era cabalmente la situacion en que se encontraba Margarita. Tenia ó creia tener necesidad de consejos y ayuda, y por esa razon, despues de haber pasado una noche sin poder dormir y muy desasosegada, resolvió acudir á lady Hermione, por creerla muy dispuesta á aconsejarla y darla algun otro género de asistencia. La conversacion que tuvieron explicará el motivo de aquella visita.



CAPITULO XIX.

By this good light, a wench of matchless mettle!
This were a leaguer-lass to love á soldier,
To bind his wounds, and kiss his bloody brow,
And sing a roundel as she help 'd to arm him.
Though the rough foeman 's drums were beat so nigh
They seem 'd to bear the burden.

OLD PLAY.

Por el sol que nos alumbra, una muchacha lista como esta, es la mas apropósito para amante de un soldado! Ella le curaria sus heridas, besaria su ensangrentada frente, y siempre cautando le ayudaria á vestirse su armadura, aunque los tambores del enemigo resonasen tan de cerca que pareciesen servir de acompañamiento á sus canciones.

COMEDIA ANTIGUA.

Cuando entró Margarita en la habitacion Foljambe encontró á las que la habitaban ocupadas, el ama en leer, y Paulina en bordar; y la obra que tenia entre manos la habia empezado cuando Margarita fué admitida por la primera vez en aquel retiro.

Hermione recibió á Margarita con bondad, pero sin hablarla; y como estaba acostumbrada á este recibimiento, no dejó de alegrarse de tener algunos instantes á su disposicion para reconcentrar sus ideas. Se acercó al bordador de Monna Paula, y la dijo en voz baja:

—Aquí estaba vmd., en esta rosa, la primera vez que vine aquí. Vea vmd. aquí el sitio en el que tuve la desgracia de echar á perder la flor, queriendo imitar á vmd.: no tenia entonces mas que quince años. Esas flores me envejecen, Monna Paula.

—Yo quisiera que sirviesen á vmd. de leccion, respondió Monna Paula que no estimaba tanto como su ama á la linda señorita; lo que procedia en parte de un carácter naturalmente austero que no perdonaba nada á la niña alegre, y en parte tambien de la envidia que siempre concibe una criada favorita contra todo lo que tenga asomos de una rival en el afecto de su ama.

—¿Qué dice vmd. á Monna, niña? preguntó Hermione.

—Nada, señora, respondió Margarita, sino que he visto florecer tres veces las flores naturales desde que ví á Monna Paula trabajar en este bordado que imita un jardin, y sus violetas no florecen todavía.

—Así es la verdad, niña; pero las flores que tardan mas tiempo en brotar, son las que tardan mas en marchitarse. Las ha visto vmd. nacer tres veces en el jardin; pero las ha visto vmd. tambien secarse y morir. Estas no temen ni el rigor del frio ni el ardor del sol.

—Tiene vmd. razon, señora; pero no tienen ni vida ni olor.

—Eso es comparar una vida agitada por la esperanza y el temor, mezclada de buenos y malos sucesos, sujeta al delirio del amor y del ódio, dividida entre las pasiones y la sensibilidad, llena de amargura, y abrumada por toda especie de vi-

cisitudes, á una existencia sosegada y tranquila, ocupada en cumplir con sus deberes durante su curso dulce y pacífico, de un modo uniforme y constante. ¿Es esa la moral que resulta de la respuesta de vmd., niña?

—No lo sé, señora, pero quisiera mas ser la alondra, que canta elevándose en el aire sobre las alas del viento del estio, que el gallo que veo sobre una barra de hierro, y solo se mueve para señalar de qué lado corre el viento.

—Las metáforas no son argumentos convincentes, hija mia, dijo Hermione sonriéndose.

—Lo siento mucho, señora; pues son un medio muy bueno de decir su modo de pensar, cuando es diferente del que tienen las personas á las que debemos respetar mucho. ¡Se presentan tantas á la imaginacion, y son tan agradables, tan persuasivas!

—¡Cierto! Pues bien: veamos algunas de ellas.

—Por ejemplo seria yo muy atrevida si le dijese á vmd. que en lugar de pasar una vida sosegada y tranquila preferiria la variedad de esperanza, de temor, de pasiones, de sensibilidad.... y de todo lo que acaba vmd. de decir. Pero diré libremente, y sin que nadie pueda llevarlo á mal, que prefiero la mariposa al caracol; un chopo, cuyas hojas se mueven sin cesar, al triste pino escocés, cuyas ramas son inmóviles; y que de todos los resortes, de todas las cadenas, de todo el cobre que los dedos de mi padre reúnen con arte, nada hay que deteste yo tanto como el gran reloj á la moda de Alemania que dá exactamente las horas, medias horas, cuartos y medios cuartos de hora, como si importase mucho saber en el público que le

han dado cuerda y que va bien. Compare vmd esa pesada y fea máquina con el bonito reloj que el señor Heriot ha mandado hacer para vmd. que toca varias contradanzas, y al dar la hora, hace salir y saltar al rededor una porcion de bailarines.

—¿Pero cuál de esos dos relojes va mas arreglado? respóndame vmd. Margarita.

—Debo confesar que... el gran reloj aleman lleva en esta parte la ventaja. Creo que tiene vmd. razon, señora; las comparaciones no son argumentos; por lo menos las mias no me han dejado muy lucida.

—Ciertamente, Margarita, dijo Hermione sonriéndose: me parece que ha hecho vmd. muchas reflexiones sobre ese asunto últimamente.

—Y aun quizá demasiadas, señora, respondió Margarita en voz baja. Pronunció estas palabras con mucha seriedad, y lanzó un suspiro que llamó la atencion de la que las escuchaba.

Hermione fijó la vista en Margarita, y un momento despues dijo á Monna Paula que se fuese á la antecámara con su bordador. Habiendo quedado sola con su jóven amiga, le dijo que se sentase junto á ella en un taburete.

—Así estaré mejor, señora, si vmd. me lo permite, respondió Margarita, quisiera que me oyesse vmd. sin verme.

—¡Como así, hija mia! ¿qué tiene vmd, que comunicarme, que no pueda decirse cara á cara á una amiga tan verdadera?

—Tenia vmd. razon, señora, dijo Margarita, sin responder directamente á la pregunta, al decirme que he hecho muchas reflexiones últimamente; pero, á pesar de todas esas reflexiones, co-

nózco que no he hecho bien : vmd. se enfadará conmigo y mi padrino tambien , y sin embargo no sé qué hacer: es preciso salvarle.

—¡Salvarle! dijo Hermione, esa palabra me esplica todo el enigma. Pero venga vmd. acá, señorita, veámonos las caras. Apostaria á que ha pensado vmd. con frecuencia en el aprendiz de su padre: hace mucho tiempo que el nombre de Vincent no sale de la boca de vmd.; pero eso no quiere decir que no esté impreso en su corazon. ¿Ha hecho vmd. la locura de permitirle que se esplique con formalidad? He oido decir que es intrépido.

—No lo es bastante para decirme cosas que puedan desagradarme, señora.

—Pero quizá no le han desagradado á vmd., ó tal vez no ha hablado todavía ; y eso seria lo mejor. Manifiésteme vmd. el estado de su corazon, amiga Margarita: el padrino de vmd. no tardará en volver , y hará tercio en la conversacion y consulta. Si ese jóven es industrioso, y de buena familia, quizá la falta de fortuna no será un obstáculo invencible; pero son vmds. muy jóvenes los dos, Margarita, y estoy persuadida de que el padrino de vmd. querrá que Vincent aguarde hasta haber acabado el tiempo de su aprendizaje.

Margarita no habia procurado hasta entonces sacar á lady Hermione de su error, porque no se atrevia á interrumpirla; pero el despecho que le causaron sus últimas palabras le dió al fin bastante atrevimiento para esclamar:

—Perdone vmd., señora, pero no es ni el jóven que vmd. supone, ni ningun aprendiz, ni tampoco ningun maestro de Lóndres.

—Margarita, dijo lady Hermione; el tono de desprecio con que habla vmd. de las gentes de su clase, en la que hay individuos superiores á vmd. en todo, y que le harian á vmd. mucho honor en aspirar á su mano, no me parece una buena prueba del acierto en esa eleccion, pues pienso que ha elegido vmd., y me temo que no será acertada. ¿Por quién se ha apasionado vmd. así?

—Por un lord escocés, señora, por lord Glenvarloch, respondió Margarita en voz baja, pero con bastante firmeza.

—¿Por el jóven lord Glenvarloch! dijo Hermione sorprendida; se ha vuelto vmd. loca, muchacha.

—Bien sabia yo que me lo diria vmd., replicó Margarita, es lo que me ha dicho ya otra persona, lo que todo el mundo me dirá, y lo que algunas veces tengo gana de decirme yo á mí misma. Pero míreme vmd. bien, señora, pues ahora puedo ponerme en su presencia, y cara á cara; dígame vmd. si mis ojos y mi acento manifiestan algun desconcierto en mi cabeza, al repetir que he consagrado todo mi afecto á ese jóven lord.

—Si no hay locura ni en los ojos ni en el acento de vmd., señorita, la encuentro muy grande en lo que dice, respondió lady Hermione reprendiéndola: ¿en dónde ha visto vmd. jamás que un amor mal colocado haya producido otra cosa que desdichas y desazones? Escoja vmd. un marido entre sus iguales, Margarita, sin esponerse á los peligros y los males sin número que son el resultado de una pasion que se atreve á elevarse á una altura á la que no podrá llegar. ¿De qué rie vmd. señorita? ¿Hay acaso alguna cosa despreciable en lo que digo?

—No por cierto, señora. Si me rio es solamente porque pienso que es muy singular que mientras que establece el rango tan grande diferencia entre criaturas formadas todas del mismo barro, el talento vulgar se encuentre muchas veces de acuerdo con el de las mas altas clases de la sociedad. Solo hay alguna diferencia en la espression. La señora Ursula me ha dicho precisamente lo mismo que acaba vmd. de decirme, la sola diferencia es que vmd., señora, me habla de peligros y de males sin número, y la señora Ursula me ha hablado de horca y de una tal mistress Turner que fué ahorcada.

—¿Cierto? ¿Y quién puede ser esa señora Ursula, que por prudencia me dá vmd. por compañera en el encargo difícil de dar consejos á una loca?

—La muger del barbero Suddlechops que vive á dos pasos de aquí, señora, respondió Margarita con un aire sencillo, pero alegrándose en realidad de encontrar un medio indirecto de mortificar á la que la daba consejos desagradables. A esception de vmd., señora, es una de las mugeres mas prudentes que yo conozco.

—¿Es una confidenta muy bien escogida! ¡Eleccion hecha con suma delicadeza, sin olvidar lo que debe vmd. á los demas, ni lo que se debe á sí misma! ¿Pero qué tiene vmd.? ¿A dónde vá vmd.?

—A pedir consejos á la muger del barbero, señora, respondió Margarita fingiendo irse; pues veo que está vmd. demasiado enfadada conmigo para querer dárme los, y el caso es urgente.

—¿Pero de qué se trata segun eso? No sea vmd.

gran cuidado en tenerle rodeado de sus hechuras é impedirle presentarse en la córte, y frecuentar las personas de su rango. Desde la conspiracion de la pólvora no ha habido una trama mas infame, urdida con una destreza mas pérfida, seguida con mayor constancia, y malignidad.

La energía con que se esplicaba Margarita obligó á lady Hermione á lanzar un suspiro y á decir en tono melancólico:

—Conoce vmd. muy poco el mundo, puesto que le causa tal admiracion encontrarle lleno de traicion y de perfidia. ¿Pero cómo ha podido vmd. saber, añadió, cuáles son las miras secretas de lord Dalgarno, de un hombre que no habrá dejado de tomar las precauciones que toman siempre los traidores?

—No puedo responder á esa pregunta sin faltar al secreto que he prometido á otros. Bastará decir á vmd., señora, que lo que he dicho es tan seguro como los medios por los que lo he sabido son ciertos, aunque no debo descubrirlos á nadie, ni á vmd. tampoco.

—¡Es vmd. una atrevida, Margarita! ¡Mezclar-se una niña en asuntos semejantes! No solamente es una cosa peligrosa, sino tambien poco conveniente para una señorita.

—Ya sabia yo que me diria vmd. todo eso, señora, respondió Margarita con bastante calma; pero sabe Dios que mi corazon está animado en este momento solamente por el deseo de salvar á un hombre inocente y víctima de un traidor. He hallado un medio de darle aviso de la falsedad de su amigo; pero ¡ah! esta precaucion solo ha servido para acelerar su ruina; pues es un hom-

bre perdido, sino le socorren pronto. Ha acusado de traidor á su falso amigo; ha desenvainado contra él la espada en el parque, y se halla ahora espuesto á sufrir el castigo terrible pronunciado por la ley contra los que violan los privilegios del palacio.

—¡Historia bien extraordinaria por cierto! ¿Y se halla en la cárcel lord Glenvarloch?

—No, gracias á Dios, señora; está en el santuario de Whitefriars; pero no sé si este asilo le puede proteger en el caso en que se encuentra. Se dice que hay orden de aprisionarlo. Un estudiante del Templo se halla perseguido por haber facilitado su fuga. Y aun querrán servirse del asilo que la necesidad le ha obligado á buscar para dañar mas y mas y obscurecer su reputacion. Lo sé todo, pero no puedo salvarle, no puedo salvarle sin la ayuda de vmd.

—¡Sin mi ayuda, señorita! No sabe vmd. lo que dice. Viviendo aquí tan retirada ¿qué medio puedo yo tener de socorrer á ese lord desgraciado?

—Tiene vmd. el medio sin embargo. Si, le tiene vmd., si no me engaño mucho. El medio que en esta ciudad, en este mundo, puede lograr cuanto se quiere. Es vmd. rica, y una corta suma de su riqueza me bastaria para librarle del peligro que le amenaza. Recibiria los medios y los avisos necesarios para escaparse, y...

—Y vmd. le acompañaria en su fuga sin duda, dijo Hermione con ironía, para coger el fruto de aquella obra de misericordia.

—¡Dios perdone á vmd. tan injusto pensamiento, señora! No le volveré á ver jamás, pero la idea de haberle salvado bastará para hacerme feliz.

—Es una conclusion muy fria para un entusiasmo tan ardiente y tan atrevido, dijo Hermione mostrándose incrédula.

—No aguardo sin embargo otra cosa, señora. Y aun casi podré decir que es todo lo que deseo. Lo cierto es que yo no daré ningun paso para llegar á conseguir otra cosa. Si soy atrevida en favor de sus intereses, soy bastante tímida con respecto á los míos. Durante la conversacion que tuve con él, no me atreví á decirle una palabra; no sabe cuál es el metal de mi voz, y todo lo que he arriesgado, todo lo que necesito arriesgar todavía es por un hombre que, si le hablan mal de mí, dirá que ya no se acuerda de haber visto una criatura tan insulsa, de haber hablado con ella, ni de haber estado sentado á su lado una vez.

—Es entregarse á una pasion romancesca y peligrosa de un modo tan estraño como imprudente, dijo lady Hermione.

—¿No quiere vmd. ayudarme, segun eso? replicó Margarita. En tal caso, señora: me retiraré, vmd. sabe mis secretos; pero nada importa, pues sé que no los descubrirá jamás.

—Deténgase vmd. un momento, hija mia; dígame qué medios tendria de servir á ese jóven, si tuviese dinero á su disposicion.

—Es inútil que yo responda, señora, si vmd. no tiene intencion de ayudarme, y si la tiene vmd., es igualmente inútil. Vmd. no podria comprender los medios que debo emplear sin esplicaciones que la urgencia del momento no permite dar.

—Pero ¿tiene vmd. realmente los medios?

—Con una suma de dinero algo considerable,

tengo un medio de desarmar á todos sus enemigos; de librarle de la cólera del rey irritado; del resentimiento mas frio y mas decidido del príncipe; de la venganza de Buckingham, que persigue encarnizado lo que cierra el camino á su ambicion, y de la infernal malicia de Dalgarno: todo eso podré hacer.

—¿Pero puede hacerse todo eso, Margarita, sin que se esponga vmd. misma personalmente? Sea cual fuere el motivo que vmd. se proponga, no debe poner en peligro ni la persona de vmd. ni su reputacion, con el designio romancesco de sacar á otro de un mal paso. Si ayudase á vmd. en una empresa fatal ó indigna, me haria responsable para con su padrino, que tanto nos favorece á los dos.

—Cuenta vmd., señora, con la palabra que le doy, y el juramento que hago. Nada haré sino por medio de otras personas: no me comprometeré en ninguna empresa peligrosa, ni que desdiga de una persona de mi sexo.

—No sé que hacer por cierto, dijo lady Hermione: podrá ser un acto de imprudencia, de irreflexion, ayudar á vmd. en un proyecto tan extraño: y sin embargo el objeto parece bueno y loable, y si son seguros los medios... ¿Qué castigo sufrirá si cae en poder de sus enemigos?

—¡Ah! la pérdida de su brazo derecho, respondió Margarita sin poder contener sus sollozos.

—¿Son acaso tan crueles las leyes inglesas? El cielo solo nos puede perdonar, ya que aun en este pais de libertad los hombres son lobos que se devoran recíprocamente. Tranquílicese vmd., Margarita. ¿Qué suma será necesaria para asegurar la evasion del lord Glenvarloch?

—Doscientas monedas de oro, respondió Margarita. Pudiera prometer á vmd. el pagarlas, pues podré hacerlo algun dia; pero sé, es decir, pienso que le será indiferente.

—Nada mas me diga vmd., dijo lady Hermione: vaya vmd. á buscar á Monna Paula.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

INDICE.

	<u>PÁGS,</u>
Epístola de introduccion.	VI
CAPITULO I.	1
CAP. II.	19
CAP. III.	38
CAP. IV.	58
CAP. V.	77
CAP. VI.	103
CAP. VII.	121
CAP. VIII.	134
CAP. IX.	154
CAP. X.	180
CAP. XI.	202
CAP. XII.	219
CAP. XIII.	237
CAP. XIV.	253
CAP. XV.	267
CAP. XVI.	286
CAP. XVII.	303
CAP. XVIII.	326
CAP. XIX.	339

